NACIONALISTAS Y NACIONALISMOS

DEBATES Y ESCENARIOS EN AMÉRICA LATINA Y EUROPA



Fortunato Mallimaci - Humberto Cucchetti
(COMPILADORES)

BOHOSLAVSKY – BUCHRUCKER – CANAL – DARD – DONATELLO
LVOVICH – MANCUSO – PINTO – POLONI-SIMARD
ROLDÁN – ROMERO – SABORIDO



EDITORIAL GORLA



NACIONALISTAS Y NACIONALISMOS
Debates y escenarios en América Latina y Europa

NACIONALISTAS Y NACIONALISMOS
Debates y escenarios en América Latina y Europa

FORTUNATO MALLIMACI - HUMBERTO CUCCHETTI
(Compiladores)



EDITORIAL GORLA

Mallimaci, Fortunato y Cucchetti Humberto
Nacionalistas y nacionalismos : debates y escenarios en América Latina y Europa / Fortunato Mallimaci ; Luis Donatello ; Humberto Cucchetti ; compilado por Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti. - 1a. ed. - Buenos Aires : Gorla, 2011.
288 p. ; 23x16 cm. - (Tensiones del pensamiento / Martín Carvajal; 7)

ISBN 978-987-1444-13-7

1. Historia Universal. I. Donatello, Luis II. Cucchetti, Humberto III. Mallimaci, Fortunato, comp. IV. Título.
CDD 909

Fecha de catalogación: 16/03/2011

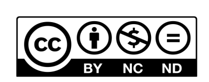
Diseño y diagramación: Juan Manuel Mileo

© 2011 EDITORIAL GORLA
Nogoyá 2448 Dto “1” | Tel.: (5411) 4 502-2564
Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1417) - Argentina
www.editorialgorla.com.ar | editorialgorla@hotmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Derechos reservados
ISBN: 978-987-1444-13-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentine

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales



Índice

PRESENTACIÓN

Nacionalistas y nacionalismos:
entre la marginalización, la salida del gueto y las trayectorias múltiples

HUMBERTO CUCCHETTI - FORTUNATO MALLIMACI

La presente obra colectiva retoma, amplía y profundiza las intervenciones realizadas en el marco del coloquio "Experiencias nacionalistas desde la postguerra: América Latina- Europa", Buenos Aires, Centro Franco Argentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires, en octubre 2009. La idea que se intentó plasmar en dicho evento, y cuyos participantes han retomado para la presente publicación, consistió en presentar nuevos avances y discusiones alrededor del fenómeno nacionalista en América Latina y Europa partiendo de casos y situaciones empíricas reconstruidas en su particularidad.

Los fenómenos escogidos se relacionan directamente con una reivindicación política y cultural de la "cuestión nacional". En dichos casos, sean historias de vida organizativas o individuales, la pertenencia a y la defensa de la *nación* constituye una de las vértebras troncales, cuando no el eje central, de la justificación intelectual y política en los diferentes actores y situaciones presentadas.

En términos problemáticos, reconstruir los nacionalismos remite a considerar cuál ha sido el derrotero, las opciones seguidas, las ideas construidas, las dinámicas alcanzadas y los límites evidentes de *actores políticos nacionalistas*. La identificación, que ha seguido en las últimas décadas la

marcha de la polémica y la connotación, busca ser presentada en esta oportunidad como un rasgo que describe las biografías de determinados protagonistas. A causa de dicha polémica y de los efectos de censura que suelen alcanzarse como consecuencia del uso peyorativo del término, algunos actores han buscado explícitamente diferenciarse de la etiqueta nacionalista; empresa muchas veces infructuosa, los principios básicos del "sano amor por la Patria" se manifiestan presentes en proyectos y trayectorias políticas que tienen como objetivo no solo de salvaguardar y preservar, sino también de modernizar y dislocar una herencia y una utopía nacional.

Al entender el nacionalismo no como bloque cultural abstracto o simple principio teórico, sino justamente a través las trayectorias de individuos, organizaciones e ideas que provienen de espacios insertos en diversos universos nacionalistas, la reflexión se centra sobre casos concretos que muestran, independientemente de cualquier valoración, el dinamismo, la amplitud, el espíritu de supervivencia y también (y con cierta frecuencia) los límites políticos de los nacionalismos.

Para ello hemos pensado en la siguiente organización temática. En una primera parte nos proponemos discutir diferentes aproximaciones al tema en cuestión partiendo de casos concretos. Daniel Lvovich analiza el caso de la organización Tacuara en Argentina, Jorge Saborido ingresa en el universo de representaciones nacionalistas y católicas de la revista *Cabildo*, Hugo Mancuso analiza las continuidades entre anarquismo, nacionalismo y catolicismo en los sectores populares en la Argentina de principios del siglo XX y Cristian Buchrucker retoma los rasgos históricos del fascismo clásico acotando los alcances de este tipo particular de manifestación nacionalista.

En una segunda parte, nos detenemos en trayectorias sociales, políticas e intelectuales inmersas en la inmediata postguerra. Ernesto Bohoslavsky retoma la problemática del nacionalismo a partir de un estudio comparado de las derechas en Argentina, Brasil y Chile. Fortunato Mallimaci precisa los lazos entre nacionalismo y catolicismo argentinos de mediados del siglo XX diferenciando un nacionalismo católico de un catolicismo nacionalista. Luis Donatello reconstruye la trayectoria transoceánica realizada por Jacques-Marie de Mahieu, quien proviniendo del

nacionalismo francés comienza a participar en la vida intelectual y militante de Argentina.

Finalmente, la tercera parte aborda situaciones contemporáneas donde podemos ver el reposicionamiento de diferentes actores políticos y discusiones intelectuales. Humberto Cucchetti reconstruye la trayectoria de Bertrand Renouvin, antiguo militante maurrasiano de los años sesenta y setenta, quien termina confluyendo en el proyecto político desplegado por François Mitterrand. Jordi Canal analiza la presencia de un discurso *patriótico* en la retórica y gestión políticos de José María Aznar. Por último, Julio Pinto nos ofrece un análisis global que desemboca en la presencia ubicua de ciertos planteos nacionalistas en la sociedad argentina.

Cada una de las partes contiene comentarios donde se sintetizan críticamente los aportes ofrecidos: Darío Roldán (primera parte), Jacques Poloni-Simard (segunda parte), Luis Alberto Romero y Olivier Dard (tercera parte) retoman y discuten respectivamente las reflexiones realizadas.

***

De las reflexiones presentadas emergen ejes transversales que, metodológica o temáticamente, nos pueden llevar a otro tipo de entrelazamientos. Los nacionalistas pueden ser igualmente comprendidos de acuerdo a una mirada que hace hincapié en el lugar de ciertas tradiciones políticas en diversas sociedades. Según un análisis Norte-Sur, se puede arribar a una especificación de una manifestación particular del nacionalismo, los movimientos fascistas europeos vinculados a la Segunda Guerra Mundial, determinando la carencia de elementos necesarios para la existencia de un "fascismo latinoamericano" (C. Buchrucker); o reflexionar conceptualmente a partir de diferentes aportes intelectuales alrededor de la idea de nación y cómo diferentes tradiciones culturales formaron parte de determinados conflictos políticos en Europa y América Latina (J. Pinto). Igualmente, un análisis Sur-Sur, puede analizar las correspondencias comparativas entre la categoría de derecha y los vínculos de ésta con la herencia nacionalista (E. Bohoslavsky).

Alternativamente, el análisis puede centrarse también en el plano de ciertas trayectorias organizativas, intelectuales y redes sociales. De este modo, la organización Tacuara puede representar un caso que, en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX, buscaba reeditar un viejo anhelo antisemita de ciertos nacionalismos en la implantación de un marcado activismo callejero, muy apegado al desarrollo de formas violentas; el caso de Tacuara puede despertar determinados interrogantes en función de cómo dar cuenta del nacionalismo (D. Lvovich). El caso de la revista *Cabildo* nos muestra el funcionamiento de una red intelectual con un temario que retoma los valores consagrados del tradicionalismo católico argentino (J. Saborido). El análisis de las trayectorias y pertenencias institucionales lleva a marcar igualmente las diferencias entre proyectos nacionalistas que retoman la herencia católica de la penetración por parte de cuadros católicos en diferentes enclaves institucionales y políticos (F. Mallimaci). El derrotero del anarcosindicalismo en Argentina y su cooptación-transformación en redes sociales católicas representa, además de un tema presentado en esta oportunidad a partir del análisis del discurso, una situación histórica original (H. Mancuso).

Finalmente, las biografías individuales nacionalistas contribuyen a la reconstrucción global del fenómeno.[1] Así, se refleja una trayectoria trasatlántica como la de Jacques-Marie de Mahieu, antiguo miembro de la *Action française*, devenido pro alemán durante la segunda guerra e intelectual peronista durante su prolongada estadía argentina cuando ingresa al país (L. Donatello), o el caso de otra trayectoria monárquica como la de Bertrand Renouvin quien, a diferencia de Mahieu, forma con otros compañeros de ruta la *Nouvelle Action française* en 1971 comenzando un recorrido que lo alejaría de la vieja formación maurrasiana y lo aproximaría a redes de la izquierda francesa (H. Cucchetti), o el análisis de la labor gubernativa pero también intelectual de José María Aznar quien busca, después de la pesada herencia dejada por el franquismo rehabilitar, una retórica patriótica como memoria legítima durante su actuación política (J. Canal).

Los capítulos de comentarios añaden interesantes pistas de análisis

•••••

[1] Ver el análisis realizado por Giorgi, G. y Levita, G., "Nacionalismos, modernidades y política", en: *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*, Paris, EHESS, 2010.

transversal. Si formulamos las contribuciones en forma de comentario bajo una forma interrogativa, podemos indagarnos sobre: ¿cómo pensar conceptualmente la historia política de los nacionalismos para exceder los márgenes de casos finalmente acotados y particulares? ¿Se reduce el nacionalismo a una versión "pesimista" en la que los objetos nacionalistas son supervivencias marginales? (D. Roldán). ¿Puede encontrarse una estructura nacionalista que permite identificar, en sus diferentes manifestaciones y transformaciones, una constelación coherente de ideas, actores, temas recurrentes, valores exprimidos? (J. Poloni-Simard). ¿Es posible encontrar paralelos, al menos en las sociedades trabajadas con mayor profundidad en esta oportunidad, Francia, España y Argentina, en los que la emergencia de una asociación entre *nación* y *progreso* describe también una trayectoria nacionalista? (L.A. Romero) —lo que propondría una visión diferente a la interpretación pesimista de los nacionalismos señalada más arriba. En relación a esta sugestión, y tomando la difícil situación finisecular de los nacionalismos históricos, ¿bajo qué expresiones concretas se manifiesta el carácter móvil de los nacionalismos por el cual no puede ser clasificado como de derecha ni como de izquierda?, ¿qué antecedentes nacionalistas sirven de asiento a formas políticas contemporáneas, allí incluidos los neo-populismos, diversas formas de extremismo político y otros emprendimientos político-intelectuales? (O. Dard).

****

Justamente desde las preguntas reformuladas a partir de los capítulos de comentarios podemos marcar ciertos temas de investigación que merecen ser revisitados y que la presente obra sólo aborda por momentos. Una interpretación heterodoxa puede añadirse a la idea hasta el momento presentada de retomar "nacionalistas" (tradiciones políticas, biografías organizativas y culturales, actores individuales) para reconstruir los nacionalismos. Si los nacionalistas buscan en todo tiempo, en algunos casos abusando de lo intelectual en detrimento de lo político, "proyectarse" alrededor de la idea de "toma del poder" o de un activismo radical que busca

hacer de la calle un espacio legítimo de la política[2], una gran parte de los casos presentados nos habla del esfuerzo denodado, que llega en ocasiones a magros resultados, de ciertos nacionalistas en lucha contra su respectiva marginalización. Estas páginas del nacionalismo también son una prueba del desencantamiento que dicho universo, en referencia a las raíces sociales de éste durante la primera mitad del siglo XX, ha sufrido en términos políticos. Pero en la lucha *por no caer a* o *salir de* una situación marginal, los nacionalistas construyen redes sociales logrando así cierta implantación pública. Así aparecen, según los casos analizados por los autores que participan en esta obra, los vínculos con el Estado, las Fuerzas Armadas, la sociedad política y mediática, las redes del catolisismo integral, las búsquedas intelectuales (allí la gama puede ir desde el nazismo, pasando por el liberalismo y el marxismo), las asociaciones anarquistas, las organizaciones sindicales, las redes anti-racistas, los economistas liberales y las múltiples relaciones, conexiones y pertenencias que provienen en países como los nuestros de compartir espacios múltiples de luchas antiimperialistas, antiyanquis, antiinglesa, o antiexplotación colonial o post-colonial.

Por esta razón, pensando en una amplitud de las redes sociales de los nacionalistas, y a pesar de la identificación entre éstos y los programas de "derecha", podemos repreguntarnos qué sucede con la relación entre izquierda y nación.[3] Un análisis del militantismo de los años sesenta y setenta en la sociedad argentina nos revela cómo la reivindicación nacional, presente en el nacionalismo guevarista continental al mismo tiempo que en una memoria hispanista vinculada a referencias intelectuales y geopolíticas del bloque no-alineado, estaba en el corazón de una *nebulosa organizativa* donde la idea de revolución se vinculaba a una retórica antiimperialista.[4]

Asimismo, convendría dar cuenta, para el mismo horizonte de análisis, de cómo y a partir de qué actores concretos pudo institucionalizarse el nacionalismo.

•••••

[2] González-Aleman, M., «Autour de septembre 1930 en Argentine : quel sens pour la 'Révolution'?», en: Colloques du MASCIPO: *La notion de révolution en Amérique Latine, 19e- 20e siècles*, Paris, février 2010.

[3] Retomando por ejemplo uno de los señalamientos realizados por Olivier Dard. Podemos citar, para el caso argentino, el reciente análisis realizado por Georgieff, G., *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960- 1970)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.

[4] Cucchetti, H., *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Buenos Aires, Prometeo-Colección Bicentenario, 2010.

Si hubo ciertos nacionalismos que se marginalizaron, hubo otros que, en nombre de una memoria colectivamente legítima, lograron asentarse dentro de una determinada comunidad política. El caso del peronismo o del Partido popular (este último tratado en el presente libro) representan dos "nacionalismos exitosos" en el sentido de dejar sus huellas como memoria nacional (relativamente) legítima. Otro caso sería el gaullismo en Francia y durante muchas décadas el franquismo español como nacionalismo de Estado adosado a la figura de Franco —victoria que, con el tiempo, devino en derrota política de dicha corriente que sólo la adaptación aznarista pudo revertir. En este *capítulo ausente* nos podríamos interrogar por los neo-nacionalismos en auge Europa, conocidos comúnmente como extremas derechas, y sus lazos con la política aplicada en los diferentes Estados europeos por los partidos dominantes[5]; asimismo, se podría aludir a los nuevos nacionalismos latinoamericanos que, sumados a la reflexión del párrafo previo, han inserto determinados elementos retóricos de las izquierdas a la idea de defensa de lo nacional.

Igualmente, la relación, sólo explorada tangencialmente en esta oportunidad, entre nacionalismo y neoliberalismo merecería toda una discusión específica en función de cuestionar el mentado carácter apolítico y antinacionalista del neoliberalismo. Si el aperturismo económico va en detrimento de ciertas injerencias estado-nacionales, la impronta cultural de los neoliberalismos no está exenta de un marcado "interés nacional".

Finalmente, convendría tener presente una reflexión alrededor de los nacionalismos ordinarios[6] para analizar qué símbolos, tradiciones culturales y memorias son movilizados cotidianamente por los diferentes actores que conforman una sociedad nacional.

Creemos, sin embargo, que esta presentación, que se suma a una fecunda lista de estudios realizados ya en Argentina[7], representa un esfuer-

•••••

[5] Con respecto a las extremas derechas en Europa, recomendamos sucintamente: Rodríguez Jiménez, J. L., *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Barcelona, Península, 1998; Taguieff, P. A., *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique*, Paris, Champs-Flammarion, 2007 (2002); Betz, H. G., *La droite populiste en Europe. Extrême et démocrate ?*, Paris, Autrement-CEVIPOF, 2004.

[6] Billig, M., *Banal Nationalisme*, Londres, Sage, 1995.

[7] En muchos de estos estudios se hace alusión al despliegue nacionalista que tuvo lugar a comienzos del siglo XX : Zuleta Alvarez, E., *El nacionalismo argentino*, Tomo I y II, Bue-

zo de reflexión para nada despreciable. Los autores han intentado reconstruir, partiendo de reflexiones intelectuales apoyadas sobre casos empíricos diversos, universos sociales donde las pertenencias intelectuales y militantes nacionalistas se han explayado: los lazos entre anarquismo y catolicismo en Argentina, los proyectos de catolización nacional desplegado por una parte del mundo católico en este mismo país, el activismo tacuarista, las gestas de determinados militantes nacionalistas en su afán de circular determinadas ideas, la idea de España para el aznarismo, el principio de un monarquía republicana y popular para la Francia contemporánea, son algunos de los puntos desplegados en los diferentes análisis propuestos. Reflexionar sobre el "nacionalismo de los nacionalistas"[8], aún cuando estos no siempre gocen de la salud de antaño, nos ayuda a reparar en sus respectivas supervivencias, sus continuidades y diferencias con otros proyectos que reclaman y recuperan las *banderas nacionales*. Unos y otros deben ser tenidos en cuenta a la hora de comprender vínculos, continuidades, rupturas y trayectorias en la construcción e imaginario

••••• nos Aires, La Toma de la Bastilla, 1975; Chiaramonte, J., *Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina*, Bs. As., Ed. Solar, 1971, Baily, S., *Movimiento Obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Bs. As, Paidos, 1984 (1967), Barbero, M. I. y Devoto, F., *Los nacionalistas,* Buenos Aires, CEAL, 1983; McGee Deutsch, S., *Contrarrevolución en la Argentina, 1900- 1932. La Liga Patriótica Argentina*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2003 (1986); Devoto, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina contemporánea. Una historia*, Buenos Aires, SXXI, 2006 (2002); Bertoni, L. A., *Patriotas cosmopolitas y nacionalistas. La formación de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Posteriormente, la presencia del peronismo ha supuesto análisis específico sobre las relaciones de éste tanto con el nacionalismo como con el catolicismo: Buchrucker, C., *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927- 1955),* Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Mallimaci, F., *El catolicismo integral en Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1988; Caimari, L., *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995; Zanatta, L., *Perón y el mito de la nación católica,* Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

[8] Podemos retomar la expresión de Pierre-André Taguieff y, en particular, de Raoul Girardet. La expresión abre la puerta para analizar, en otra oportunidad, el *nacionalismo de los no-nacionalistas*. En el caso de este libro, tres situaciones se acercarían a este tipo de objeto: la de los católicos que desembocan en el nacionalismo reparando en todo momento en la primacía católica de la política, la de Aznar quien se inscribiría en un post-nacionalismo que reivindica en todo momento *la razón de ser de la España*, la de Renouvin quien en su desafiliación del nacionalismo y del maurrasismo preserva un discurso político centrado en la nación y la necesidad de su existencia.

de la nación. De este modo, se problematiza en gran medida la hipótesis que ven en un multiforme paisaje identitario, comunitarista y multicultural la superación de las historias nacionales y los Estados nación.[9] Finalmente es menester enfatizar que en sus distintas facetas, esta empresa ha sido posible gracias a los aportes de diferentes agencias y programas de investigación locales: ALFA-CE, ECOS-Sud, PCT-FONCYT, PICT-CONICET Y UBACYT. Asimismo, ha contado con el apoyo del Centro Franco Argentino de la UBA, el CEIL del CONICET y la Ecole Des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París.

•••••

[9] Este tipo de interpretación es desarrollada, por ejemplo, por Birh, A., en *Le crépuscule des Etats-nations. Transnationalisation et crispations nationalistes*, Lausanne, Page deux, 2000.

Primera parte

Estudios y discusiones alrededor del fenómeno nacionalista

>>>



Una revista que fue modelo del cristianismo revolucionario.

CONTEXTOS, ESPECIFICIDADES Y TEMPORALIDADES EN EL ESTUDIO DEL NACIONALISMO ARGENTINO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

DANIEL LVOVICH

Hace algunos años, cuando me dediqué a la investigación de los grupos nacionalistas en la primera mitad del siglo XX, sostuve que dichos movimientos podían estudiarse tanto como una expresión de la familia de la derecha política surgida a fines del siglo XIX en Europa, en cuanto a su función de productores de relatos sobre la nación y sus límites, en competencia con los originados por otros grupos de distinta orientación en la búsqueda de alcanzar la hegemonía en el seno de una comunidad política.

En aquel momento, consideraba que definir ese campo nacionalista no resultaba sencillo, no sólo por las dificultades derivadas de la existencia de historias nacionalistas y antinacionalistas del nacionalismo, sino por las limitaciones de los intentos de definir el campo sólo a través de la autoadscripción.[1] En este último caso, como ejemplo, no

[1] Lvovich, D., *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003. En relación a los problemas de definición me basé en Taguieff, P. A., "El nacionalismo de los 'nacionalistas'. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia", en: Delannoi, G. y Taguieff, P. A., (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 63-66.

existirían razones para incluir en este conjunto al pensamiento católico integrista que, en muchos casos, no se reconoce como nacionalista pese a que la pertenencia a una misma familia ideológica pueda resultar muy notable para el analista. Por su parte, desde el punto de vista del mínimo denominador común ideológico del nacionalismo argentino, no encontré entonces dificultades para lograr una primera aproximación que englobe en dicha categoría a los distintos grupos e individuos que compartieran posturas antiliberales, antiizquierdistas y corporativistas. Sin embargo, en la literatura sobre el nacionalismo argentino no son pocos los desacuerdos que impiden establecer consensos historiográficos más amplios que permitan una definición más ajustada del objeto, aún tomando en cuenta la heterogeneidad de ese espacio, que abarcaba desde reaccionarios antimodernos hasta grupos que se expresaban a través de una retórica industrialista, en ocasiones populista, y anticapitalista.

Por lo cual, opté por agregar al criterio del mínimo común ideológico otro rasgo común. Pierre Taguieff ha propuesto definir al nacionalismo francés con origen en las últimas décadas del siglo XIX a partir de un gesto constitutivo compartido: la denuncia de un complot. El autor francés se preguntaba al respecto:

> ¿Por qué no definir el nacionalismo 'fin de siglo' a partir de su gesto constitutivo, fuertemente tematizado, de *denuncia de un complot* dirigido a dominar y explotar el cuerpo nacional? Un complot organizado por extranjeros del interior... He aquí de nuevo, vuelto hacia el interior, el tema de la *cruzada*, cruzada para la reconquista del poder real tanto como la del país legal.[2]

Sostuvimos entonces que el nacionalismo argentino de la primera mitad del siglo XX podía definirse en buena medida en tales términos. Los distintos grupos nacionalistas compartieron los gestos señalados por Taguieff: la denuncia de un complot y el llamado a una cruzada para la reconquista del país, así como unos tópicos ideológicos que les resultaron

•••••

[2] Ibídem, p. 156.

comunes. En efecto, dado que la "Teoría del Complot" –aunque haya sido ampliamente empleada en distintas latitudes por las derechas radicalizadas– no es un patrimonio exclusivo de los nacionalistas, su combinación con los rasgos ideológicos compartidos nos permitía establecer una delimitación razonablemente clara para estos sectores.

Evidentemente, esta delimitación no implicaba la existencia de barreras infranqueables con otras tradiciones y familias políticas. La bibliografía especializada coincide en señalar que en muchos casos las fronteras entre el conservadurismo y el nacionalismo eran porosas, y no resultaban escasos los sujetos que pertenecían a ambos mundos al mismo tiempo, tal como Manuel Fresco y Matías Sánchez Sorondo. Ciertos diagnósticos, como los que a comienzos de la década de 1940 indicaban la necesidad de una mayor intervención estatal para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y, en general, de la población de menores recursos, eran compartidos por un arco muy amplio que abarcaba a nacionalistas, socialistas, católicos, radicales y sectores del conservadurismo[3], mientras determinadas representaciones de la tradición argentina que resultaban claves para la constitución de identidades sociales en clave nacional resultaban aún más ampliamente compartidas.[4]

Si, pese a estos matices, el análisis del desarrollo del nacionalismo antes de la emergencia del peronismo nos deja ver una tradición claramente reconocible, a la hora de pensar en una posible definición similar que resulte abarcativa y descriptiva de los grupos nacionalistas surgidos en la Argentina tras 1945, y particularmente tras la caída del peronismo, la tarea resulta mucho más dificultosa, debido a que las fronteras entre las ideologías y prácticas del nacionalismo de derecha y las de otras organizaciones políticas se difuminaron significativamente en dicho período.

•••••

[3] Cf. Lvovich, D., "Sindicatos y empresarios frente al problema de la seguridad social en los albores del peronismo", en: Lvovich, D. y Suriano, J. (comps.), *La política social en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1950*, Buenos Aires, UNGS/Prometeo, 2006.

[4] Cataruzza, A. y Eujanian, A., "Héroes patricios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna", en: Cataruzza, A. y Eujanian, A. (eds.), *Políticas de la Historia, Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

En efecto, el estudio del nacionalismo en la etapa post-peronista presenta peculiaridades que dificultan la aplicación de las categorías que resultaban aptas para el análisis de grupos similares en la primera mitad del siglo XX. Una de las principales dificultades que se presentan para su estudio es la creciente interpenetración de las fronteras entre los postulados ideológicos y prácticas de los nacionalistas y los de otros actores, obligándonos a pensar más en términos de escalas y gradaciones –antiliberalismo, corporativismo, autoritarismo– que en posturas opuestas a las de otros actores. Una dificultad similar radica en la inestabilidad de las posiciones asumidas por los nacionalistas, y de las diversas alianzas y modos de participación que asumieron entre 1955 y 1976.

Evidentemente, el fenómeno del peronismo, y los debates acerca del modo en que se debía insertar al movimiento creado por Perón, tras su derrocamiento en 1955, resultó el eje organizador de la vida política argentina, generando un parteaguas que organizó el campo político con mayor intensidad que cualquier otro. De allí que los diversos grupos nacionalistas hayan confluido en función de este clivaje, con grupos y partidos que hasta poco tiempo antes parecían sus enemigos irreconciliables.

DESARROLLEMOS ENTONCES NUESTRA ARGUMENTACIÓN:

1. Sin duda alguna, los distintos grupos que se autodefinían como nacionalistas tras 1955, conservaron los rasgos ideológicos de antiliberalismo, antiizquierdismo y corporativismo que resultan constitutivos de esa tradición. No habría dificultades teóricas, incluso, para adscribir estas identidades políticas en la estelo de los fascismos, neofascismos o filofascismos, si seguimos el tipo ideal propuesto por Roger Griffin, según el cual el "fascismo es un tipo de ideología política cuyo núcleo mítico en sus diversas permutaciones es una forma paligenésica de ultranacionalismo populista."[5]

[5] Griffin, R., *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993, p. 26.

Pero el contexto había cambiado significativamente, por lo que tales características distaban de ser rasgos identitarios exclusivos de los nacionalistas. Por un lado, entre buena parte de los que compartían la identidad peronista, los rasgos antiliberales –expresados por ejemplo en la crítica al sistema de partidos y exacerbados tras el golpe de estado de 1955– y antiizquierdistas eran muy difundidos. Por otro lado, las críticas a los aspectos autoritarios del régimen de Perón pregonada por la coalición antiperonista, contrastaba con la presencia en su seno de sectores que distaban de abrazar la democracia liberal como horizonte político.

Si los constantes vaivenes institucionales que atravesó la Argentina desde 1955 contribuyeron a debilitar la confianza en las posibilidades de la democracia, resulta indudable que en la segunda mitad de la década de 1960, la dictadura de Onganía fue acompañada por amplios sectores que, en pos de la prioridad otorgada a la "modernización", no dudaron en adoptar perspectivas antiliberales y corporativistas. Una enumeración detallada sería imposible, y probablemente innecesaria. Lo que queremos sostener es que en la Argentina post peronista, por variadas causas, el antiliberalismo, el antiizquierdismo y el corporativismo dejaron de ser rasgos exclusivos de los nacionalistas para difuminarse ampliamente en la sociedad.

Algo similar podría decirse en relación a la valoración del uso de la violencia, que resultó crecientemente aceptada a lo largo del período. Ello provoca que dichos rasgos no puedan leerse en términos esenciales y fijos, sino en cuanto gradaciones, y advirtiendo que su asunción resulta modelada fuertemente por los cambios en el escenario político. La extensión de estos rasgos en el espacio público explica también la existencia de vasos comunicantes entre grupos autodefinidos como nacionalistas y los insertos en otras tradiciones: sobre todo –aunque no exclusivamente– entre sectores del peronismo y del conservadurismo.

2. Si en el plano estrictamente ideológico se observan dificultades para determinar límites precisos al nacionalismo, en el cultural se multiplican. Si pensamos los modos en que los grupos nacionalistas construyen su genealogía, observaremos que lo hacen recurriendo, por un lado a sus antecedentes inmediatos (los grupos nacionalistas que los prece-

dieron), y por otro a la inserción en el panteón de héroes nacionales del siglo XIX erigido por el revisionismo histórico. Mientras el primero de los elementos –sumado en algunos casos a la valoración positiva de los regímenes fascistas derrotados en la segunda guerra mundial– constituyó sin duda alguna un signo de identidad distintivo, la difusión del revisionismo como "sentido común historiográfico" de buena parte de la población aporta otro elemento compartido entre el "nacionalismo de los nacionalistas" y las visiones del pasado más populares.

3. Los nacionalistas no permanecieron idénticos a sí mismos, abroquelados en una identidad fija e inmutable a los vaivenes políticos. No me refiero solo a los casos de pasajes hacia otras inscripciones políticas, como en el caso de las sucesivas rupturas de *Tacuara*, el *Movimiento Nueva Argentina* que ingresa al peronismo, o el *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara* que repudia su anterior filofascismo y antisemitismo, sino a organizaciones, periódicos o personalidades que reclamándose nacionalistas, asumen posturas y prácticas poco compatibles con los postulados de esa tradición. Me refiero, por ejemplo, al caso de la Unión Federal Demócrata Cristiana que se organizó en mayo de 1955. Su Manifiesto, aparecido en junio de ese año, daba cuenta –junto a las referencias de la crisis espiritual de la nación y a los peligros del comunismo– de uno de los problemas que tensarían el campo político argentino en esos años: la combinación de la crítica a los aspectos considerados más opresivos y corruptos del peronismo con el rescate de muchos de sus contenidos sociales. Si no resulta sorprendente que dicho rescate se haya formulado a través de un discurso que valoraba la importancia de la mejora de las condiciones de vida de la población –ya que ello remitía a una de las tradiciones presentes en el campo nacionalista desde la década de 1930– resulta en cambio novedosa la constante referencia a la centralidad de las libertades políticas, civiles y sociales.[6] Este rasgo resulta novedoso, ya que la defensa de las libertades constitucionales no formaba parte de la retórica nacionalista y de la mayor parte de las expresiones políticas

•••••

[6] Cf. Fares, M. C., *La Unión Federal. ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria. (1955-1958)*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Astrea, 2007.

del catolicismo en las décadas anteriores. Podemos pensar también en las críticas de *Azul y Blanco* al carácter autoritario de la Revolución Libertadora, en su proceso de aproximación al público peronista[7], o a la posterior incorporación de figuras del nacionalismo católico –como Mario Amadeo– al gabinete de Arturo Frondizi.

4- En sus ámbitos de sociabilidad política, grupos nacionalistas confluyeron, en función de los cambios del escenario político, con grupos a los que anteriormente se oponían radicalmente. La trayectoria del Ateneo de la República, grupo formado por Mario Amadeo tras el triunfo de la facción Azul sobre la Colorada, ilustra este proceso. Tras el golpe de Estado de 1966, el Ateneo de la República fue uno de los principales grupos que proveyó de planes de gobierno y hombres al régimen encabezado por el general Onganía. Entre otros, provenían del Ateneo de la República, además del propio Amadeo, nombrado embajador en Brasil, el canciller Nicanor Costa Méndez, el Ministro del Interior Enrique Martínez Paz y su sucesor Guillermo Borda, el presidente del Banco Central Pedro Real y el secretario de relaciones con al comunidad Raúl Puigbó.[8]

En la década de 1960, cuando alcanzó su máximo nivel de influencia, el grupo combinaba ideas políticas autoritarias que incluían en ocasiones al corporativismo, con un fuerte énfasis tecnocrático, unido a una común referencia a la Doctrina Social de la Iglesia. Ello no les impedía aliarse a los grupos liberales que tradicionalmente criticaban. En el decenio siguiente –y muy alejado de su poderío de antaño– el grupo viró hacia el conservadurismo político y el liberalismo económico. La extendida convicción de amplios grupos liberales o conservadores de que las salidas autoritarias eran las únicas capaces de afrontar las sucesivas crisis argentinas, generaban un piso común con un amplio sector de los nacionalistas.

•••••

[7] Melón Pirro, J. C., "La prensa de oposición en la Argentina post-peronista", en: *EIAL*, Volumen 13, N° 12, Julio-Diciembre de 2002.

[8] Beraza, L. F., *Nacionalistas. La trayectoria de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Puerto de Palos, 2005, pp. 130-138 y 209-210.

***

¿Qué queda en esta representación de un nacionalismo que se resiste en mi perspectiva a toda definición? Un conjunto de actores que en función de sus creencias, intervinieron en la vida política como actores siempre secundarios –pero no por ello irrelevantes– en alianzas, pujas, disputas y escenarios en los que los protagonistas fundamentales fueron siempre otros –el peronismo, las fuerzas armadas, las fuerzas antiperonistas.

Como todo grupo político, la identidad de los nacionalistas resultaba inestable, y menos determinada por una rígida estructura ideológica que por un escenario político cambiante que los obligaba a asumir distintas posiciones y prácticas. Dadas las características de ese escenario, y a la diseminación del antiizquierdismo, el antiliberalismo y el corporativismo, parece más apropiado pensar en los grupos nacionalistas como los extremos de una gradación, más que como los portadores de una especificidad que los haya separado radicalmente del resto del arco político. En un contexto en que la mayor parte de los actores políticos relevantes hicieron un uso instrumental de las reglas de juego democráticas y negaron legitimidad a sus adversarios políticos, los nacionalistas llevaron al extremo tales posturas. En una sociedad en general poco tolerante y pluralista, los nacionalistas de derecha resultaron los abanderados del autoritarismo. En un sistema político que legitimó las intervenciones militares, los nacionalistas de derecha resultaron protagonistas o instigadores de los distintos golpes de Estado. Distintos grupos nacionalistas asumieron posiciones democráticas o golpistas, a favor del peronismo o en su contra, actuando junto a grupos sindicalistas, o en oposición a los mismos. Nada de ello se podría explicar si nos concentráramos exclusivamente en sus principios ideológicos o sus rasgos organizativos, aunque esa haya sido la explicación a la que acudieron los propios actores para dar cuenta de sus prácticas.

Entiendo que el modo en que este fenómeno fue abordado por historiadores y periodistas de investigación presenta algunos problemas que resultan en buena medida de enfoques excesivamente concentra-

dos en dichos factores organizativos e ideológicos, lo que implicó una relativa desatención al elemento contextual, y un encuadramiento cronológico más atento a determinadas continuidades que a la especificidad temporal del fenómeno.

Sobre este punto, tomemos como ejemplo el caso de *Tacuara*. En las referencias pioneras a esta organización se enfatizaron los rasgos de continuidad con la tradición nacionalista de la primera mitad del siglo XX. Así, Marysa Navarro Gerassi enfatizaba en el carácter católico, antisemita, antimarxista, anticapitalista, hispanista y rosista de la agrupación, sin profundizar en sus divisiones. Enrique Zuleta Alvarez, –simpatizante de lo que denominaba el nacionalismo republicano– afirmaba que *Tacuara* ni siquiera ameritaba ser estudiado, dado que atribuía a sus miembros un muy escaso desarrollo del pensamiento político, y caracterizaba a la organización básicamente por el uso de la violencia.[9] Enfatizando en las relaciones de continuidad con el nacionalismo precedente y posterior, David Rock destacó la primacía de la acción violenta por el grupo, cuya línea ideológica ubica "entre el nazismo y el falangismo", y cuyas divisiones explica por causa de rivalidades personales y motivos oportunistas. Haciendo hincapié en estas continuidades, estos autores no advirtieron el peso decisivo que los posicionamientos frente al peronismo tuvieron en las divisiones y la asunción de posturas políticas por esa organización.

En un sentido contrario, los análisis periodísticos, que hasta hace muy poco tiempo monopolizaban las indagaciones sobre Tacuara, consideraban al fenómeno desde lo que podemos llamar una ilusión retrospectiva. Probablemente, el fenómeno deba comprenderse dentro del más amplio interés surgido en la última década por los fenómenos de radicalización ideológica y violencia política, manifiesta en la proliferación de publicaciones periodísticas, estudios históricos, libros de memorias y testimonios de protagonistas de aquellas experiencias.

El vínculo entre Tacuara y los fenómenos de violencia política en la década de 1970 quedó expuesto en dos libros que llegaron a las

•••••

[9] Navarro Gerassi, M., *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968; y Zuleta Alvarez, E., *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

librerías argentinas en 2003. En uno de ellos, de autoría de Daniel Gutman, esta relación aparece de manera explícita desde el título: *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*[10]. El autor desarrolla una ambiciosa investigación periodística en la que se destaca la diversidad ideológica de los distintos grupos en que se fragmentó Tacuara, y se considera la trayectoria de algunos de sus militantes que se integraron con posterioridad a organizaciones revolucionarias. El segundo de los libros: *Tacuara. La pólvora y la sangre*, de Roberto Bardini, combina los géneros periodístico y autobiográfico para construir un relato en el que el transito juvenil por esa organización aparece como el anuncio de las posteriores formas de compromiso militante.[11]

Por supuesto, no son éstas las primeras intervenciones periodísticas sobre Tacuara. De hecho, en 1962, Rogelio García Lupo había propuesto una hipótesis que resultaría sumamente influyente en la interpretación del fenómeno tacuarista, al vincular el cambio en la composición social de la organización –al sumarse a los hijos de la alta burguesía jóvenes de familias de clase media y trabajadora– con las transformaciones en su orientación ideológica y sucesivas rupturas.[12] Veinte años más tarde, en un texto en el que se encuentra en Tacuara un antecedente de la Alianza Anticomunista Argentina, se enfatizaba que mientras algunos de sus miembros se aferraban a sus convicciones fascistas, "otros evolucionaban hacia posiciones revolucionarias y se integraban al peronismo a través de sus organizaciones más combativas"[13].

Pero nunca como en los últimos años, las lecturas de Tacuara han tendido a vincular el fenómeno más con el surgimiento de las organizaciones armadas de la década de 1970, que con sus precedentes nacionalistas de las décadas de 1930 y 1940. Contribuyeron a privi-

•••••

[10] Gutman, D., *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003.

[11] Bardini, R., *Tacuara. La pólvora y la sangre*, México, Océano, 2002.

[12] García Lupo, R., "Diálogo con los jóvenes fascistas", en: *La rebelión de los generales*, Buenos Aires, Jamcana, 1963.[1962].

[13] González Jansen, I., *La Triple A*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986, p. 29.

legiar esta lectura dos libros aparecidos en 2006, dedicados a la biografía de dos militantes de Tacuara que más tarde abrazarían causas de la izquierda revolucionaria: *Joe Baxter. Del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero*, de Alejandra Dandan y Silvina Heguy, y *Manuscrito de un desaparecido en la ESMA. El libro de Jorge Caffatti*, de Juan Gasparini[14]. En ambos textos, el paso por Tacuara aparece como un escalón –criticable pero necesario– en el desenvolvimiento político de ambos militantes, más como un error adolescente que como una experiencia que dejara huellas significativas en su posterior devenir.

Estos enfoques comparten un problema: el fenómeno nacionalista en la segunda mitad del siglo XX no logra ser conceptualizado en sus propios términos, sino como un puro colorario de sus precedentes, en el que los cambios contextuales no parecen tener un rol predominante, o como un antecedente de una trayectoria posterior, a la manera de un puro pasaje transitorio. De tal modo, aparece como un fenómeno cuya explicación se debe buscar antes o después, pero no en su propia especificidad y contexto.

***

En esta breve intervención no hemos afirmado que no hayan existido diferencias entre los nacionalistas y el resto del arco político, sino que las fronteras entre estos grupos y las de otras tradiciones políticas en la segunda mitad del siglo XX, y más precisamente entre 1955 y 1983, resultaron mucho más difusas y porosas que en el período que le precedió. Tampoco afirmamos que no existan especificidades ideológicas u organi-

•••••

[14] Dandan, A. y Heguy, S., *Joe Baxter. Del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006; y Gasparini, J., *Manuscrito de un desaparecido en la ESMA. El libro de Jorge* Caffatti, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006. Este último texto contiene las memorias de Jorge Caffatti, redactadas durante su cautiverio en la ESMA, precedidas por una introducción de Gasparini.

zativas de los nacionalistas, sino que desde el punto de vista del historiador, estas no resultan suficientes para alcanzar un análisis satisfactorio. Por último, tampoco hemos sostenido que no resulte apropiado y necesario dar cuenta de la vinculación de estas expresiones políticas con sus antecesores y sucesores, sino que esta operación es necesaria pero no suficiente.

En definitiva, y abusando del parafraseo de la afirmación de Gramsci, entendemos que no alcanza con describir las peculiaridades de tal o cual grupo nacionalista, sino que para dar cuenta certeramente de su desarrollo e importancia relativa debemos narrar su historia como un capítulo monográfico de la historia nacional.

"SÓLO LA REVOLUCIÓN NACIONAL SALVARÁ A LA PATRIA". LA REVISTA CABILDO Y EL IDEARIO DEL NACIONALISMO CATÓLICO ARGENTINO EN LA DÉCADAS DE 1970 Y 1980.

JORGE SABORIDO

INTRODUCCIÓN

El nacionalismo católico ha sido objeto de estudios de significación durante los últimos años en España, en la medida en que constituyó una de las principales fuentes de ideas del bando nacional en la guerra civil de 1936-39 y del régimen que se instauró después de la misma.[1] A partir de esos aportes, ha quedado establecido con mayor clari-

.....

[1] Podemos citar: Morodo, R, *Orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza, 1985; Preston, P., *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo, golpismo*, Madrid, Sistema, 1986; Botti, A., *Cielo y Dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992; González Cuevas, P. C., *Acción Española. Teología Política y Nacionalismo autoritario en España*, Madrid, Tecnos, 1998. Ibíd., *Historia de las derechas en España. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. Ibíd., *Ramiro de Maeztu*, Madrid, Marcial Pons, 2003. Asimismo, es preciso destacar el notable libro de José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*. La idea de España en el siglo XIX. Madrid, Taurus, 2001 y, en menor medida, el de Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid, Cátedra, 1998. Una síntesis reciente es la de Jorge Novella Suárez, *El pensamiento reaccionario español (1812-1975)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

dad el origen y los componentes ideológicos –vinculándose con un proceso más amplio– de las corrientes de pensamiento surgidas en Europa como reacción frente a las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que se verificaron sobre todo a partir del siglo XVIII[2] y que, desde fines del siglo siguiente y principios del XX, adquirieron renovado vigor como consecuencia, entre otras circunstancias, del intento de la más alta jerarquía eclesiástica de enfrentar los desafíos impuestos por la expansión del capitalismo liberal y el desarrollo de las corrientes socialistas. En la Argentina, por su parte, el estudio del nacionalismo católico y sus manifestaciones políticas concretas ha formado parte del universo más amplio de las investigaciones sobre el nacionalismo de derecha en general, y siguiendo la línea de éstas, se ha centrado en el momento de su surgimiento, en el desarrollo alcanzado durante la década del '30, y en su participación en el régimen militar surgido de la revolución del 4 de junio de 1943, declinando sensiblemente luego del ascenso al poder del peronismo[3], apareciendo el tema sólo en obras generales sobre el nacionalismo[4], o en estudios que rozan el tema parcialmente.[5]

•••••

[2] El libro más conocido sobre el tema es: J., Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español,* Madrid, Alianza, 1987 (Primera edición de 1973).

[3] Navarro Gerassi, M., *Los Nacionalistas,* Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1965; Barbero, M. I. y Devoto, F., *Los nacionalistas,* Buenos Aires, CEAL, 1983; Buchrucker, C., *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955),* Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Zuleta Álvarez, E.,"España y el nacionalismo argentino", en: *Cuadernos del Sur.* Buenos Aires, N°23-24, 1990-91; Zanatta, L., *Del Estado Liberal a la Nación Católica,* Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Ibíd., *Perón y la Nación Católica,* Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Devoto, F., *Nacionalismo, Fascismo y Tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia.* Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Mallimacci, F., *El Catolicismo Integral en la Argentina (1930-1946),* Buenos Aires, Biblos/ Fundación Simón Rodríguez, 1988.

[4] Zuleta Alvarez, E., *El Nacionalismo Argentino,* 2 vols. Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975; Rock, D., *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública,* Buenos Aires, Ariel, 1993. Un ensayo interesante es el de Carlos Floria, *Pasiones nacionalistas,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, y también es importante citar una obra reciente sobre un tema directamente vinculado con el nacionalismo: Lvovich, D., *El Antisemitismo en la Argentina,* Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003.

[5] McGee Deustch, S. y otros, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales,* Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001; Zanatta, L.,"Religión, nación y dere-

En el trabajo que aquí se presenta, nos proponemos abordar una cuestión puntual –el corpus de ideas del nacionalismo católico– en un momento histórico acotado –la dictadura militar instalada en el poder en la Argentina entre 1976 y 1983, y la restauración democrática concretada desde esta última fecha–, a través de la fuente que consideramos de máxima relevancia: la revista *Cabildo*. Los límite temporales están impuestos por la fecha de reaparición de la revista en agosto de 1976, luego de haber sido clausurada por el gobierno peronista –circunstancia que los llevó a numerar otra vez a partir del N° 1–, y por el hecho de que, tras atravesar serias dificultades económicas, la revista dejó de aparecer en 1991.[6]

Consideramos que el tema escogido y su tratamiento puede ayudar a develar algunas de las claves de la importancia que tuvo una corriente de pensamiento que, si bien careció de presencia significativa en el conjunto de la sociedad, ejerció una fuerte influencia sobre determinados sectores de poder –fundamentalmente dentro del estamento militar– en momentos históricos recientes.

El presente trabajo está dividido en dos partes: en la primera, se resumen los antecedentes históricos del nacionalismo católico en la República Argentina, mientras que en la segunda se procede a revisar

••••• chos humanos. El caso argentino en perspectiva histórica", en: *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, abril de 1998, pp. 169-188.

[6] Se han dado a conocer algunos aspectos parciales de esta investigación: Saborido, J., "Reivindicar y continuar la lucha antisubversiva: el nacionalismo católico y la restauración de la democracia", en: *Actas de las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2003; Ibíd., "Para la subversión, amnistía total; para las Fuerzas Armadas, pseudo justicia: la revista Cabildo y la cuestión carapintada", ponencia presentada en las XIV Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa, septiembre 2003; Ibíd., "El nacionalismo católico durante los años de plomo: la revista Cabildo y el Proceso de Reorganización Nacional", en: *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, Volumen LX-3, octubre-diciembre 2004; —"El antisemitismo en la Historia Argentina reciente: la revista Cabildo y la conspiración judía", en: *Revista Complutense de Historia de América*, Madrid, Vol. 30, 2004. Ibíd., "España ha sido condenada. El nacionalismo católico argentino y la transición a la democracia tras la muerte de Franco", en: *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa*, Santa Rosa, 2005. El texto que aquí se presenta es una reescritura de uno de los apartados de "El nacionalismo católico...".

tanto las características específicas de *Cabildo* como sus principales componentes ideológicos.

EL NACIONALISMO CATÓLICO ANTES DE CABILDO.

A partir de los aportes bibliográficos que hemos indicado a partir de la nota 3 y hasta la 6, y otras que se indicarán posteriormente, realizaremos un resumen de la evolución del nacionalismo argentino a lo largo del siglo XX, con un énfasis particular en la vertiente católica del mismo.

La influencia de España en el ideario del nacionalismo argentino está fuera de toda discusión, aunque en manera alguna constituye el único componente.[7] En las últimas décadas del siglo XIX, cicatrizadas las heridas generadas por las guerras de independencia, se restablecieron los vínculos amistosos entre ambos países. Como consecuencia de ello, la revalorización de las raíces hispánicas en la conformación de la nacionalidad argentina fue lentamente abriéndose paso en los círculos intelectuales de una sociedad en la que la hegemonía política y cultural de una elite liberal y positivista era un componente fundamental; para muchos de los integrantes de ésta, España era, dentro del continente europeo, el ejemplo vivo del atraso en todos los campos.

A pesar de su acción, las voces que condenaban el rumbo seguido por la llamada "Generación del '80", destacando que el mismo implicaba una ruptura con el pasado hispánico y católico, no fueron inicialmente demasiado significativas. Escritores de cierto prestigio como Ricardo Rojas[8] y Manuel Gálvez[9] conformaron una avanzada, una

.....

[7] Sin duda, la obra del francés Charles Maurras constituyó la principal guía para los primeros grupos nacionalistas. El análisis de la influencia del fundador de *Action Francaise* puede verse en las obras citadas de Fernando Devoto y Enrique Zuleta Alvárez.

[8] Para el estudio de la figura de Ricardo Rojas, es útil, entre otras obras, la de Hourcade, E., *Ricardo Rojas. Un pasado para la democracia argentina*, Buenos Aires, FLACSO, 1995.

[9] Sobre la figura de Manuel Gálvez, véase Quijada, M., *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

suerte de "nacionalismo antes del nacionalismo"[10], cuya argumentación hacía referencia a la herencia hispánica como parte integrante "de nuestro carácter". La reivindicación del interior del país como depósito de las verdaderas tradiciones y de los "caudillos" como su expresión política conllevaba una valoración altamente positiva del mundo colonial y de la religión tal como se vivía en esa sociedad preliberal y patriarcal.

Es un fenómeno ampliamente analizado el impacto que significó para las elites gobernantes argentinas la combinación del estallido de la Primera Guerra Mundial, el triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen en 1916, como consecuencia de la puesta en vigencia del sufragio universal, y los acontecimientos de Rusia que culminaron con el triunfo bolchevique en octubre de 1917. Muchas certezas dejaron de ser tales y el peligro de la "revolución", entendida como cualquier intento de modificar el orden social, pasó a ser visto como real y cercano; la Semana Trágica de enero de 1919 contribuyó a reforzar ese temor, y las dificultades experimentadas por las democracias occidentales para estabilizarse después del conflicto internacional potenciaron los reflejos autoritarios y antidemocráticos en sectores importantes (no necesariamente en términos cuantitativos) de la sociedad argentina.

La década de 1920 fue el momento en que el nacionalismo argentino adquirió carta de ciudadanía, nutriéndose de una serie de ideas que estaban "en el aire" en Occidente tras la Gran Guerra. En esos momentos fundacionales, las bases ideológicas no estaban necesariamente en el catolicismo, aunque éste no era ajeno a las posturas de quienes daban forma al corpus ideológico nacionalista.[11]

En forma paralela, el clima de los primeros años de la posguerra comenzó a adquirir dimensiones a lo que se ha denominado "la restauración católica"[12], que, a través de diferentes vías, desde los Cursos

•••••

[10] La expresión es de Devoto, F., *Nacionalismo...*, cap. 1, aunque referida a otros autores.

[11] Devoto, F., ob. cit.

[12] Zuleta Alvarez, E., ob. cit., vol. 1, p. 180.

de Cultura Católica inaugurados en 1922 hasta la aparición en 1928 de la influyente revista Criterio, fue haciendo realidad la idea de "recuperar para el catolicismo el lugar preeminente que por sus tradiciones debía tener en la Argentina"[13].

En este proceso, la Iglesia, como institución, desempeñó un papel fundamental, y la consecuencia principal fue el desarrollo de una concepción que, asentada sobre la base de la noción de "nación católica", se conformó como una alternativa válida al modelo forjado por la elite liberal a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. De esta forma, la religión católica pasó a ser considerada el elemento fundacional de la identidad nacional. Aunque el conjunto del nacionalismo incorporó esta idea, no todos le atribuyeron similar significación.

La visión antiliberal y antidemocrática que formaba parte de esta construcción discursiva será revisada en el apartado correspondiente al núcleo ideológico de *Cabildo*, en la medida en que, quienes escribían en la revista, compartían en todo lo que afectaba al estudio del pasado argentino. La cuestión que nos interesa destacar aquí es que, a la noción referida, se agregó la de "hispanidad", cuya elaboración y difusión está asociada a la figura del pensador español Ramiro de Maeztu, quien llegara a Buenos Aires en febrero de 1928 en carácter de embajador del gobierno del general Miguel Primo de Rivera.

La inextricable vinculación entre catolicismo e hispanidad fue desarrollada por Maeztu en su conocida obra "Defensa de la Hispanidad"[14], colección de artículos que publicó en la revista *Acción Española* entre 1931 y 1934. En dicho texto fundamentaba la idea de la "hispanidad" como concepción católica del mundo, como expresión del "humanismo" español. Maeztu reivindicaba la obra española en América, lo que configuraba la base del "ser nacional" de los pueblos americanos, y postulaba entonces el retorno a los supuestos políticos que le dieron vida, una vez superados los extravíos a que condujo el liberalismo a lo largo del siglo XIX.

El impacto de la obra de Maeztu entre los nacionalistas argentinos difícilmente puede ser exagerado; contribuyó a desplazar parcialmen-

•••••

[13] Ibíd., p. 191.

[14] de Maeztu, R., *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Nos, 1934.

te a Charles Maurras en el papel de mentor ideológico, en la medida en que el tan admirado pensador francés generaba recelos entre los círculos más fervientemente católicos por su agnosticismo y por la condena papal a parte de su obra. Maeztu, en cambio, le daba un lugar preferencial a la Iglesia, coincidiendo así con el rol que ésta estaba adquiriendo a partir del golpe militar del 6 de septiembre de 1930, que derrocara al presidente Yrigoyen. Por la vía de Maeztu y su noción de "hispanidad", el nacionalismo republicano[15] o restaurador[16] incorporó la concepción de "nación católica", constituyendo así una de las bases de su pensamiento. Se reforzaba entonces una visión de la historia, y el presente argentino que, con el triunfo liberal concretado a partir de la batalla de Caseros, librada el 3 de febrero de 1852[17], había apartado a nuestro país de su destino, aquel que marcaban las tradiciones provenientes de su pasado colonial, y en el que la figura del caudillo Juan Manuel de Rosas, objeto preferente de estudio por parte del "revisionismo histórico"[18], tenía una importancia decisiva como continuador de esta cosmovisión y este modo de vida después del proceso independentista.

El énfasis en los valores hispánicos no casualmente coincidía con el auge experimentado por el catolicismo argentino durante la década de 1930; cuya manifestación más espectacular fue la realización del Congreso Eucarístico en 1934. De esta manera, se fue forjando una estrecha relación entre católicos y nacionalistas, aunque éstos últimos no dejaron de constituir una minoría poco significativa, si bien con una presencia importante por la posición social y, en algunos casos, por el prestigio in-

•••••

[15] Esta es la expresión usada por Zuleta Alvarez en su obra para referirse al tronco principal del nacionalismo de derecha.

[16] Buchrucker, C., ob. cit.; lo designa de esta manera para diferenciarlo del nacionalismo populista.

[17] En esa batalla, un conglomerado de fuerzas que incluía tropas extranjeras, al mando del general Justo José de Urquiza, derrotó al ejército del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas.

[18] Una visión crítica del revisionismo se encuentra en: Halperín Donghi, T., *El revisionismo histórico argentino*, México, Siglo XXI, 1973. De las aportaciones más recientes es preciso destacar el libro de Quattrocchi-Woisson, D., *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

telectual de algunos de sus seguidores.

Recientemente se ha estudiado en profundidad la alianza que se verificó entre la Iglesia y el Ejército[19], a punto tal que se ha hablado de la construcción de una "vía militar hacia la cristiandad", que la jerarquía eclesiástica se planteó como objetivo. En un escenario político caracterizado por las violaciones a las reglas del juego democrático, la propuesta fue la de conformar un "nuevo orden cristiano"; a partir de la guerra civil 1936-1939, la España de Franco constituyó un modelo a seguir, en tanto el respeto a las jerarquías y el primado de las tradiciones constituían los valores dominantes del régimen instalado en la Península.

Esa concepción de "nación católica" tuvo oportunidad de pasar al primer plano político como consecuencia de la revolución realizada por los militares el 4 de junio de 1943. Los conflictos experimentados por la sociedad argentina, profundamente dividida por la guerra mundial iniciada en 1939, y afectada por los trastornos producidos por sus consecuencias en el terreno económico y social, dieron lugar a que el régimen conservador cayera sin protestas mayores de la sociedad, cansada de su funcionamiento artificial y fraudulento.

En su reemplazo, la propuesta de los militares en el poder se concretó inicialmente asumiendo, no sin contradicciones, el ideario que se había forjado en los años anteriores al calor de las relaciones con la Iglesia. Se trataba de impulsar una cruzada contra el liberalismo político portando el estandarte de los valores católicos tradicionales; por lo tanto, dirigentes e intelectuales nacionalistas participaron con entusiasmo de esta realidad en la que "la nación católica se convierte en Estado"[20]. El escritor nacionalista Gustavo Martínez Zuviría –más conocido por el seudónimo de Hugo Wast– fue designado ministro de Instrucción Pública en octubre de 1943, y constituyó la avanzada de una presencia masiva de militantes de organizaciones católicas que le otorgaron una marcada impronta confesional al sector educativo. La implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y la intervención de las universidades nacionales, fueron las medidas más

•••••

[19] Zanatta, L., *Del Estado liberal...*

[20] Zanatta, L., *Peron y la Nación...*, cap. 1.

importantes –sobre todo la primera– adoptadas por los nacionalistas en su corto paso por la función pública en el terreno educativo (Martínez Zuviría dejó su cargo en junio de 1944).

Sin embargo, para la mayoría de los nacionalistas, el rumbo adoptado por la revolución de junio, marcado por la preponderancia creciente del coronel Perón, se fue distanciando de los objetivos que ellos aspiraban alcanzar. No obstante, la carta pastoral del Episcopado de noviembre de 1945, en la que se prohibía a los fieles votar a los partidos que incluyeran en su plataforma la enseñanza laica, fue una muestra inequívoca del apoyo de la jerarquía eclesiástica a la candidatura de Perón, dado que su adversario, la Unión Democrática, era la que levantaba esa bandera.

El peronismo triunfante, si bien se nutrió en su política social y en su diagnóstico del mundo moderno con algunos elementos provenientes del ideario nacionalista católico –las referencias a la Doctrina Social de la Iglesia eran frecuentes–, una vez en el poder, el nuevo presidente adoptó un sesgo populista con el que no acordaba la mayor parte de quienes militaban en esta corriente política. Sin duda, Perón concretó uno de los objetivos del nacionalismo al aproximar la doctrina católica a la clase obrera, apartándola del comunismo. Pero la restauración democrática, que emergió del proceso revolucionario sancionando el triunfo del nuevo movimiento encabezado por Perón, no era precisamente el resultado querido por quienes hacían una profesión de fe de sus posiciones antidemocráticas y antiliberales; y la evolución posterior los confirmó en sus posiciones.

No obstante, el nacionalismo "justicialista", incluso en su posterior vertiente, que se aproximó al marxismo, siguió realizando una valoración positiva de la herencia colonial, una de las ideas-fuerza del nacionalismo. Un (sobre)valorado intelectual de la izquierda peronista, Juan José Hernández Arregui, sostenía que en el período hispánico se encontraba el origen de nuestra historia como nación, y criticaba el liberalismo con un lenguaje en algunos aspectos coincidente con el del nacionalismo.[21]

A pesar de que algunas figuras del nacionalismo adhirieron al pe-

•••••

[21] Hernández Arregui, J. J., *La formación de la conciencia nacional,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

ronismo –el caso del historiador Ernesto Palacio, que ocupó un escaño de diputado es el más conocido aunque no el único– puede considerarse acertado el comentario de David Rock respecto de la actuación de aquellos durante el período 1946-1955: "autoexcluidos de la política cotidiana, los nacionalistas se refugiaron en la cultura: revisionismo histórico, complicadas disquisiciones sobre el corporativismo y disquisiciones sobre la tradición nacional"[22]. Además, dentro de esta corriente hubo quienes comenzaron a sostener que la agudización de las contradicciones que generaba el peronismo contribuía a abrir el camino al marxismo, razón adicional de peso para combatirlo; progresivamente, Perón pasó a ser considerado un agente del comunismo por algunos militantes del nacionalismo, lo que explica la participación de muchos de ellos en las operaciones realizadas para derrocarlo.

En cualquier caso, los desencuentros crecientes con la Iglesia, que culminaron en el abierto conflicto que estalló a fines de 1954[23], constituyeron el factor determinante que llevó a sectores del nacionalismo a oponerse al régimen peronista, alistándose entre los grupos civiles que conspiraron junto con sectores del ejército para derrocar a Perón. De esta manera, cuando el alzamiento militar iniciado en la provincia de Córdoba el 16 de septiembre de 1955 culminó con la huida del país del presidente, dirigentes nacionalistas aparecieron en cargos políticos de relevancia junto al general Eduardo Lonardi, designado presidente provisional de la Nación. Pero la "hora nacionalista" duró pocas semanas: el intento de preservar las conquistas sociales otorgadas por el peronismo, resumido en una frase de Lonardi que se hizo famosa –"ni vencedores ni vencidos"-, tropezó con la oposición de los liberales que, encabezados por el vicepresidente, contralmirante Isaac Francisco Rojas, forzó la situación y presionó para acelerar la renuncia del presidente, designándose en su lugar al general Pedro Eugenio Aramburu. Una vez más, los nacionalistas mostraban su debilidad, saliendo del gobierno sin poder

•••••

[22] Rock, D., *La Argentina Autoritaria...*, cap . 6, p. 176.

[23] Las relaciones entre el peronismo y la Iglesia han sido objeto de tratamiento monográfico en Caimari, L., *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

tener incidencia significativa en los acontecimientos.

Entre 1955 y 1976, período de inestabilidad política muy acusada, las oportunidades de los nacionalistas de ejercer alguna influencia se limitaron a una cierta presencia durante la primera etapa de la "Revolución Argentina", encabezada por el general Juan Carlos Onganía. El golpe de Estado realizado por éste a fines de junio de 1966, derrocando al gobierno del radical Arturo Illía, se mostró inicialmente como un intento corporativista en el que los nacionalistas católicos tuvieron participación, pero la designación de Adalbert Krieger Vasena como ministro de Economía en marzo de 1967 dio lugar a que se conformara un régimen híbrido en el que la modernización económica impulsada desde el Palacio de Hacienda prevaleció sobre cualquier proyecto de corte antiliberal.

Dividido, afectado de manera continua por deserciones[24], el nacionalismo parecía condenado a ejercer de comparsa de regímenes militares en los que eran utilizados en funciones subalternas; la construcción de la "nación católica" parecía estar muy lejos. Pero las posibilidades no habían desaparecido (o por lo menos, así lo pensaron quienes defendían esas ideas): las dramáticas convulsiones de la Argentina de los años 70 fueron resueltas por los militares en marzo de 1976 con una nueva intervención que, en este caso, sin embargo, parecía dar comienzo a una realidad muy diferente en la que los defensores del nacional-catolicismo creyeron, por distintas razones, que podían desempeñar algún papel.

CABILDO, UNA PUBLICACIÓN NACIONALISTA Y CATÓLICA.

Desde su aparición en los turbulentos años 70, la revista *Cabildo* se constituyó en la expresión más emblemática del nacionalismo católico

•••••

[24] Para el conocimiento de los entresijos del accionar de los grupos nacionalistas en esa época, es útil, aunque algo superficial el libro de Beraza, L. F., *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Cántaro, 2005.

argentino. El primer número salió a la venta el 17 de mayo de 1973, ocho días antes de la asunción del Dr. Héctor J. Cámpora como presidente de la República Argentina, tras producirse el amplio triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones del 11 de marzo de ese año.[25]

El tono antidemocrático de sus cuestionamientos, centrado en la demanda continua a los militares para que tomaran el poder, llevó a que, tras la muerte del general Juan Domingo Perón, la revista fuera clausurada tres veces por el gobierno de Isabel Perón: febrero del ´75 (tras haber publicado 22 números); mayo de ese mismo año (había reaparecido con el nombre de *El Fortín*); y finalmente en febrero del año siguiente, después de que en junio del '75 su prédica continuara en las páginas de *Restauración*.

Producido el golpe militar de marzo de 1976, *Cabildo* reinició su actividad el 6 de agosto de ese año, especificándose que se trataba de una "Segunda época", razón por la cual comenzó otra vez desde el N° 1. A partir de este momento, será el objeto de nuestra investigación. Al igual que en la ocasión de su anterior etapa de publicación, su director fue el veterano dirigente Ricardo Curutchet.

Durante el período del Proceso de Reorganización Nacional, *Cabildo* fue una publicación mensual; periodicidad que se mantuvo de manera medianamente regular (en varias ocasiones un número abarcaba dos meses). Cabe citar que en julio de 1977, una disposición del Poder Ejecutivo ordenó el secuestro del N° 8, correspondiente al mes de junio. De acuerdo a los indicios recabados, se publicó un suelto en el que el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, aparecía en 1973 como integrante del grupo de asesores del Banco Comercial de La Plata, propiedad del banquero David Graiver –vinculado para ese entonces con el grupo armado Montoneros. Además de la salida de circulación del número citado, se prohibió la edición del mes siguiente. A fines de 1983, cuando se produjo la asunción de Raúl Alfonsín como presidente de la Nación, se habían publicado 71 números. En los años siguientes, la periodicidad será mucho más irregular, al compás de las dificultades económicas; en 1989, el año de la

•••••

[25] Ibíd., cap. 8; relata las circunstancias que dieron lugar al surgimiento de la publicación.

hiperinflación, salió el N° 128 correspondiente a febrero, y el siguiente recién se publicó en noviembre. Finalmente, con fecha junio-julio de 1991, se publicó el N° 134, a partir del cual, sin aviso, la revista dejó de aparecer[26] hasta 1998, momento en que inicia una nueva etapa.

Durante los años del Proceso, y hasta fines de los años '80, era una publicación realizada en papel de buena calidad y contaba con una publicidad limitada en la que aparecían librerías y editoriales –librería Huemul, editorial Teoría– conocidas por su filiación nacionalista. La tirada no ha podido ser comprobada por inexistencia en ese momento de estadísticas medianamente fiables; el testimonio de Antonio Caponnetto, uno de los más importantes participantes en el proyecto editorial, director de la revista desde su reaparición en 1998, da cuenta del promedio mensual en 5000 ejemplares vendidos aproximadamente.[27] Una vez restablecida la democracia, se dieron a conocer una serie de acusaciones que vinculaban a quienes hacían *Cabildo* con ciertos grupos de investigación existentes en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET). Concretamente, se sostuvo que se habían utilizado subsidios otorgados por la institución para financiar la revista; Caponnetto respondió desde las mismas páginas de *Cabildo* negando las acusaciones, y la situación nunca se terminó de aclarar.

La estructura de la revista no experimentó cambios significativos a lo largo del tiempo; publicando una editorial, seguido por un texto generalmente extenso, denominado la "Crónica Nacional", referido a las cuestiones de actualidad; secciones fijas firmadas –"Política Exterior", "Castrenses", "Gremiales", "Universitarias", "Económicas", "Culturales", "Internacionales", "Religiosas" –, y un espacio variable dedicado a abordar cuestiones que iban más allá del análisis de la actualidad, e incluían posicionamientos de la revista respecto de cuestiones filosóficas, históricas y políticas; contaba también con una sección fija de comentario de libros.

•••••

[26] La revista reapareció en septiembre de 1998, dirigida por Antonio Caponnetto, antes Secretario de Redacción, y se continúa publicando en la actualidad.

[27] Testimonio de Antonio Caponnetto a Martina Garategaray. Mayo 2001. Antonio Caponnetto es hermano de Mario, yerno del pensador nacionalista Jordán Bruno Genta.

A lo largo de todo el período que estamos estudiando, se mantuvo en su puesto el director, Ricardo Curutchet, produciéndose cambios solamente en el cargo de Secretario de Redacción, que fue ocupado primero por Juan Carlos Monedero, luego por Ricardo Bernotas y finalmente por Antonio Caponnetto. También se verificaron algunas modificaciones en el plantel de colaboradores, que incluía ocasionalmente aportes puntuales tan significativos como el de Blas Piñar, líder de la hispánica organización de extrema derecha Fuerza Nueva, el general Adel Edgardo Vilas, responsable de la lucha contra la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la provincia de Tucumán (el llamado "Operativo Independencia", varias veces definido por *Cabildo* como la manera correcta de enfrentar a la subversión), o la presencia más regular de intelectuales de larga militancia en el nacionalismo como Julio Irazusta, Federico Ibarguren, el general Osiris Villegas, Francisco Javier Vocos o el cuyano Rubén Calderón Bouchet. Curutchet, Irazusta e Ibarguren constituían los nexos intelectuales con el nacionalismo de los años '30. Un párrafo aparte merece la presencia frecuente, como colaborador, del más conocido sovietólogo de derecha en lengua castellana, el profesor, de origen francés pero residente en Mendoza, Alberto Falcionelli, quien, con sus aportes sobre la evolución de la Unión Soviética y otras cuestiones vinculadas con la política internacional, certificaba la dimensión de los peligros que acechaban a Occidente.

Una vez producido el retorno de la democracia, se publicaron varios artículos firmados por el general Ramón J. Camps, uno de los principales acusados de practicar el terrorismo de Estado, y caracterizado en su momento como integrante del sector de los "duros"; fueron transcriptos sus alegatos en el juicio al que fue sometido, y dispuso de un espacio para exponer sus ideas, coincidentes por supuesto con la línea editorial de la revista.[28] Las rotaciones en el staff no implicaron en manera alguna cambios relevantes en los planteamientos de la publicación; si bien se indicaba que "los artículos firmados no expresaban necesariamente la opinión de los integrantes de la revista", la línea era "bajada" por la dirección y los artículos tienen en todo momento una

.....

[28] Reportaje al General Ramón Camps, en: Revista *Cabildo*, N° 100, mayo de 1986.

coherencia destacable[29], por lo que creemos que es correcto y adecuado analizar el corpus documental como expresión unificada del pensamiento del nacionalismo católico. Está muy claro que si, en general, puede hablarse de una línea editorial en los medios de comunicación escrita, en este caso más que en ningún otro, las características del ideario de *Cabildo* aseguraban un control estricto de lo que se publicaba por parte de los responsables de la misma; no es fácil imaginar que se filtrará un texto "heterodoxo".[30] Sólo hemos encontrado algunos enfoques ligeramente divergentes en el terreno económico, en la medida en que, a falta de especialistas en el tema, se convocaron colaboradores provenientes de distintas corrientes del nacionalismo.

Si bien existieron polémicas con algunos otros grupos cercanos al nacionalismo, éstas, a diferencia de lo ocurrido con otras publicaciones nacionalistas en tiempos pretéritos, no se ventilaban en las páginas de *Cabildo*, más allá de alguna referencia ocasional. En cambio sí se manifestaron de forma polémica respecto de publicaciones y corrientes surgidas en el ámbito católico, a las que acusaban de diferentes formas de desviacionismo.[31] La condena del Concilio Vaticano II fue constante, y algunos de los miembros de la jerarquía eclesiástica argentina fueron también objeto de ataques. Asimismo, participaron activamente en el conflicto surgido en el seno de la Iglesia con motivo del accionar de Monseñor Lefèbvre, hacia quién mostraron en todo momento una disposición favorable, compartiendo sus cuestionamientos.[32]

•••••

[29] Al referirnos a cada artículo se indicará el nombre del autor si el mismo es firmado.

[30] Beraza, L. F., ob. cit., sostiene que en la primera etapa de *Cabildo*, en cambio, menudeaban las contradicciones entre los escritos de los colaboradores.

[31] Procedieron así con textos como la *Biblia Latinoamericana*, el *Misal de la Comunidad* y las *Hojas de Ruta*.

[32] Monseñor Lefèbvre, "La Santa y Desoladora Desobediencia", en: Revista *Cabildo*, N° 3, octubre de 1976.

LAS COORDENADAS IDEOLÓGICAS DE CABILDO

Los elementos que conforman el núcleo "duro" del pensamiento de quienes publicaban *Cabildo* no son en manera alguna nuevos; estamos frente al despliegue de una serie de ideas cuyas raíces pueden detectarse en un pasado a veces lejano, que se actualizan y reelaboran (relativamente) a los efectos de enfrentar la conflictiva realidad argentina del momento. Dado que no es nuestro propósito rastrear sus orígenes, nos limitaremos aquí a sintetizar los aspectos principales de su ideario tal cual surge de la revista. En la coyuntura que se inició en marzo de 1976, como hemos dicho, el nacionalismo católico, a través de su principal órgano de prensa, renovó, al igual que en ocasión de otras intervenciones militares, su esperanza de encontrar en el gobierno de facto, militares que, por formación ideológica, estuvieran dispuestos a poner en práctica sus propuestas. Por supuesto, ello en manera alguna implicaba cambios sustanciales en su manera de entender el mundo, que se asentaba sobre un conjunto de ideas fundamentalmente inconmovibles.

UNA TEOLOGÍA POLÍTICA

Creemos que un punto de partida adecuado para iniciar el análisis de las bases del pensamiento de *Cabildo* es definirlo como una "teología política"[33]; es decir, como un intento de legitimar una determinada praxis política a partir de una doctrina religiosa.

La doctrina religiosa es de un claro sesgo católico tradicionalista[34], designando, con esta última expresión, una corriente caracterizada

.....

[33] La expresión está tomada de Pedro Carlos González Cuevas. Este mismo autor se preocupa en diferenciar este concepto del que utiliza el pensador alemán Carl Schmitt, para quién la "teología política" no puede partir de lo premoderno, de una doctrina religiosa compartida de manera acrítica, sino que es secularizada (González Cuevas, P. C., *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p.45.)

[34] Para conocer los principios del pensamiento tradicionalista es fundamental Pradera, V., *El Estado nuevo,* Madrid, Cultura Española, 1935; aunque también es útil consultar Vázquez de Mella, J., *Una Antología Política.* Estudio Preliminar de Julio Aróstegui., Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 1999. De los escritos de autores argentinos el más conocido es el de Sacheri, C. A., *El orden natural,* Buenos Aires, EUDEBA, 1979.

por los siguientes rasgos: 1) el *teísmo* político –la omnipotencia de una autoridad ungida por Dios–; 2) el reconocimiento de la existencia de dogmas religiosos inmutables, que trascienden las interpretaciones de cada individuo; 3) la defensa de la continuidad histórica de las comunidades humanas frente a la amenaza de ruptura que constituye la revolución; 4) la consiguiente reivindicación de las "realidades vivas", que por medio de hábitos sociales, usos y costumbres, conforman las sagradas herencias del pasado; 5) la lucha contra la "razón", definida como el factor perturbador que impulsa el principal pecado introducido por la Modernidad: la autonomía del hombre.

Partiendo de esta enumeración, veamos cómo se trata la cuestión en *Cabildo*: en primer término, se destaca la existencia de un "orden natural", basado en la existencia de valores absolutos, que proviene de un orden sobrenatural y pende de éste "como la materia de la forma, como la consecuencia de la causa, como lo accesorio de lo principal"[35]. Por lo tanto, la providencia divina conforma la base de todo lo existente; el mundo humano refleja un orden eterno, y toda ley humana descansa en la ley eterna. Entonces, los dogmas religiosos no pueden ser objeto de cuestionamiento por parte de los individuos.

El "orden natural" al que se hace referencia se ha constituido a los efectos de la realización del bien común, asignando "a cada uno su sitio en función del principio del Orden"[36]. El "sitio" que le corresponde a cada uno en la sociedad está establecido "en relación con el todo social preexistente", a partir de una "tradición heredada" que debe ser respetada. En una sociedad ordenada así, la existencia humana se orienta al establecimiento efectivo del "reinado de Cristo" en la Tierra, entendiendo por tal una correspondencia lo más estrecha posible entre la realidad social y el "orden natural".

En esa realidad, el Estado constituye "la unidad totalizadora y perfecta en su orden, armónica y adecuadamente limitada por las sociedades intermedias, en cuyo ámbito se desarrolla la vida de la Nación"[37]; su

•••••

[35] Riva, A., "Sin Dudas Ni Remordimientos", en: Revista *Cabildo*, N° 45, septiembre de 1981.

[36] Ibarguren, F., "Liberalismo y Bien Común Católico", en: Revista *Cabildo*, N° 1, agosto de 1976.

[37] M. C., "En el Camino de las Utopías Políticas", en: Revista *Cabildo*, N° 10, septiembre de 1977.

objetivo es "posibilitar a los gobernados la consecución de la perfección física, intelectual y moral –la plena vida virtuosa- que facilita el acceso al orden sobrenatural y por allí al Fin Último y a la bienaventuranza eterna"[38].

El Estado, por ejemplo, tiene la obligación de velar por el orden moral, ya que éste "es el sostén más importante del orden social"[39] y, en consecuencia, le competen "deberes para con la moralidad tanto positivos –fomentar y estimular la virtud– como negativos –represión y limitación de todas las formas de inmoralidad–, ya que no hay ética eficiente desvinculada de la Religión"[40].

Desde esta perspectiva, la Historia consiste en el desenvolvimiento de la ley divina y su devenir depende de la capacidad de los seres humanos para comprenderla y seguir sus preceptos. No obstante, son muy claras las limitaciones del hombre, en tanto se trata de un ser imperfecto y débil: por una parte, no está en condiciones de entender en forma cabal el plan de la Providencia; por otra, al estar dotado de libre albedrío, puede caer en el error y en el pecado.

El último punto es importante, ya que parte de una visión pesimista del hombre; éste es una criatura movida por pasiones; provisto exclusivamente de su razón está incapacitado para distinguir entre el bien y el mal, por lo que es precisa la guía de la religión para orientarlo. De lo que se trata, en resumen, de acuerdo al pensamiento de los hombres de *Cabildo*, es de instaurar el "reinado de Cristo" tal cual lo proclama la Iglesia; uno de sus preceptos es que "su ley es obligatoria tanto en el orden particular como en el público y si [Jesucristo. J.S.] es el rey de los corazones, también lo es de las sociedades"[41].

La obediencia a la ley de Dios incluye la resistencia a la autoridad, ya que si ésta no cumple con su función de dirigir a la sociedad siguiendo las pautas establecidas por la Revelación, es decir, "cuando reemplaza

•••••

[38] Vocos, F. J., "Importancia de la política", en: Revista *Cabildo*, N° 104, septiembre de 1986.

[39] Caponetto, A., "La Nación y la Moral", en: Revista *Cabildo*, N° 47, noviembre de 1981.

[40] Ibídem.

[41] Riva, A., "El Reinado de Cristo, Ideario Nacionalista", en: Revista *Cabildo*, N° 81, octubre de 1984.

al bien con el mal", le cabe a los integrantes de la sociedad "defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de tal autoridad"[42]. Por lo tanto, y con riesgo de caer en alguna reiteración, para *Cabildo* las sociedades humanas logran conformar ese "orden natural" cuando su comportamiento sigue las reglas impuestas por la revelación divina y transmitidas por Dios hecho hombre para nuestra redención; fuera de ellas impera el error.

REIVINDICACIÓN DE LA EDAD MEDIA

El "orden natural" al que se hace referencia, verdadera etapa de plenitud, fue alcanzado por el hombre durante la Edad Media, momento en el que imperaban los valores absolutos, cuando el devenir de toda su existencia estaba subordinado a principios superiores y no osaba cuestionar en ningún aspecto el mundo en el que vivía: "antes la tierra era lo grande y todo giraba a su alrededor. Y era verdad, en un sentido más amplio que el matemático, como que incluía la vida"[43]. El universo medieval "era por entero teofanía, es decir, manifestación de Dios y jerarquía"[44].

El Imperio Cristiano constituía el ideal –dentro de lo que podía ser la acción humana– de un gobierno político único; la fuerza política estaba al servicio de la acción misionera de la Iglesia. La idea de una naturaleza humana común a todos los hombres establecía las condiciones para la existencia de ese imperio universal, provisto también de un orden jurídico único. Las normas tradicionales y de derecho natural eran acatadas por los gobernantes y el pueblo como la mejor garantía de las libertades y de los derechos. Fue el único momento en el que el poder político reconoció la superioridad del espíritu y éste marcaba el camino hacia el encuentro con Dios, que debía concretarse más allá del tiempo histórico.

Es preciso destacar, por supuesto, que la igualdad entre los hombres que se defiende como elemento fundamental de la Edad Media

•••••

[42] Herrera, A., "Resistencia a la Autoridad", en: Revista *Cabildo*, N° 112, junio de 1987.

[43] Riga, C., "Las Cosas de la Vida", en: Revista *Cabildo*, N° 2, septiembre de 1976.

[44] González Cuevas, P. C., ob. cit., p. 347.

no es, en manera alguna, la igualdad ante la ley o la igualdad política, temas vinculados con los males introducidos por la Modernidad; se trata de la igualdad "por virtud de la Creación"[45], la igualdad emergente de ser todos hijos del Señor.

La atracción por la Edad Media residía asimismo en la esperanza de poder librarse de la responsabilidad que va unida a la existencia individual, y a la obligación de tomar decisiones. Siempre que se presentaba la ocasión, esa época histórica era citada como ejemplo frente a las calamidades del presente: "días pasados, un amigo nos recordó una frase de Jean Guitton que merece ser repetida: 'ahora hasta la paz es guerra y en la Edad Media hasta la guerra era la paz'. Esto quiere decir que si no hay *Orden* la paz es acto potencial de guerra y que *habiéndolo*, toda guerra es un factor ilativo de la *Paz*"[46].

No obstante, en rigor de verdad, en algunos casos, la Edad Media no era estrictamente considerada como un período histórico, sino como una constante, un ideal alcanzado (supuestamente) en la Tierra, en el que el hombre se sentía vinculado con la realidad divina, "única roca eterna donde el pie no vacila".

Sin embargo, ese momento de plenitud, en el que los hombres se aproximaron al establecimiento del "Reino de Cristo" en la Tierra, no fue duradero: el mismo hombre, por medio del despliegue de su subjetividad, se rebeló contra el orden tradicional en el que desarrollaba su existencia, a la búsqueda de una explicación del mundo y de una organización de la sociedad que no estuvieran sujetas a un Dios todopoderoso de presencia constante. El mundo, entonces, se convierte en el campo en el que la voluntad humana actúa para transformar la realidad y concretar su dominación sobre ese mundo, destruyendo la relación estrecha que existía en la Edad Media entre teoría y praxis.

En esa coyuntura histórica, que se inició "con la escolástica degradada de Occam" [Guillermo de Occam, J.S.], definido como el primer ideólogo de la historia de Occidente[47], emergió lo que "algunos textos pontificios y

•••••

[45] Sin autor, "Día de la Raza", en: Revista *Cabildo*, N° 3, octubre de 1976.

[46] Sin autor, "Con las 'Bases' una Bola de Nieve se ha Echado a Rodar", en: Revista *Cabildo*, N° 30, diciembre de 1979.

[47] Para los tradicionalistas, el ideólogo es aquél para quien las ideas tienen el valor de medios para el logro de determinados objetivos políticos. Sobre este tema puede consultarse el texto de Calderón Bouchet, R., *Decadencia de la ciudad cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1979.

muchos escritores tradicionalistas llaman Modernidad"[48].

LA RUPTURA DE LA MODERNIDAD

Desde la perspectiva del pensamiento tradicionalista, tal como se expresa en *Cabildo*, el proceso histórico de la Modernidad puede resumirse en "la transferencia histórica de unas estructuras sistemáticas de raíz teológica a principios normativos de carácter inmanente"[49]. La descripción del mismo, es sintetizada en un artículo publicado por el general Acdel Vilas, quien de esta manera establecía un vínculo significativo entre los militares en el poder (o por lo menos un sector de ellos) y quienes publicaban la revista.

En su explicación del desarrollo de la Modernidad, Vilas afirma que la misma surgió al amparo de "reyes disolutos, ideólogos divorciados de la realidad, nobles decadentes y burgueses ávidos de dinero"[50]. Sus pasos sucesivos fueron: la Reforma Protestante en el siglo XVI, que atacaba la unidad metafísica cristiana; en el siglo siguiente "el idealismo, el racionalismo y el empirismo –verdadera trilogía diabólica –", a partir de los cuales sería deshecha la 'filosofía perennis' de Occidente, abriendo el camino para que, en el siglo XVIII, la Revolución Francesa destruyera el "orden político tradicional"[51]. De esta manera, el hombre moderno, a diferencia de lo que ocurría en la Edad Media, termina por perder la noción de la solidez y la inmutabilidad del mundo; el espíritu ya no se siente vinculado a ningún orden totalizante: utilizando la expresión de uno de los pensadores tradicionalistas más apreciados, "humanismo y relativismo son palabras sinónimas"[52].

•••••

[48] Sin autor, "Sin Dudas ni Remordimientos", en: Revista *Cabildo*, N° 45, setiembre de 1981.

[49] González Cuevas, P. C., ob. cit., p. 347.

[50] Gral. Vilas, A. E., "Reflexiones sobre la Subversión Cultural", en: Revista *Cabildo*, N° 9, agosto de 1977.

[51] Íd.

[52] de Maeztu, R., ob. cit., p. 56.

Este relativismo se manifiesta asimismo en otro terreno: deja de ser fundamental el orden moral como sostén del orden social: "rotos los vínculos que ligan al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no se tiene más que una apariencia de moral puramente civil"[53]; la consecuencia final es, para ellos, dramática: el hombre va a sancionar la ley para sí mismo, y ya conocemos la visión que se tiene del hombre librado exclusivamente a su razón. Al no poder discriminar la diferencia entre el bien y el mal, el camino hacia el triunfo de este último está asegurado.

La Modernidad se enfrenta entonces conflictivamente con el catolicismo; frente a la autonomía y capacidad racional que el hombre se autoatribuye, la religión responde afirmando que la inteligencia y la razón son incapaces de brindar respuestas satisfactorias al "Misterio", por lo que se torna imprescindible el auxilio de la autoridad revelada. Además, en el nuevo escenario, se produce la progresiva privatización del hecho religioso, resultado del avance continuo del individualismo en perjuicio de la sociedad entendida como un todo orgánico (que era uno de los rasgos constitutivos de la Edad Media).

Un resumen adecuado de la postura de *Cabildo*, respecto de la Modernidad, puede extraerse de este párrafo de un artículo en el que se descalificaba el accionar de la Reforma Universitaria puesta en marcha en la República Argentina en 1918:

> Este proceso [que arranca con la Modernidad. J.S.] no es otro que el de la desacralización de la sociedad y la nominación de la cultura, lo cual produjo, como no podía ser de otro modo, una ideologización cada vez más avanzada y totalitaria ya que el ser humano necesita de respuestas no tanto racionales como universales y está claro que acallada la Religión y desplazadas la Teología y la Filosofía, solo restan para explicar el Misterio –un Misterio nunca despejado- y para ubicarse frente a él la Ideología, satisfaciendo abstracta pero vitalmente todas las inquietudes que jamás dejan de atenazar el corazón.[54]

•••••

[53] Caponnetto, A., art. cit.

[54] Viale, E., "Setenta Años Setenta", en: Revista *Cabildo*, N° 123-24, mayo-junio de 1988.

CRÍTICA DEL LIBERALISMO Y DE LA DEMOCRACIA.

La consecuencia principal del proceso de decadencia en el que se ha sumergido la civilización occidental la constituye el triunfo del liberalismo que, en el terreno económico, "con su monstruosa concepción de una economía autónoma y desorbitada ha engendrado al gigantesco capitalismo"[55], y en el ámbito político, ha consistido esencialmente en "haber separado la política de la realidad"[56]. De esta manera, el "orden natural" proveniente de la Edad Media, conservado y mejorado por la tradición, ha sido sustituido por un "orden esquemático ideal, apriorístico"[57]. Justamente, la Revolución Francesa, iniciada en 1789, es el acontecimiento que abrió el camino a la democracia; la utopía por excelencia del siglo XX.

En la nueva sociedad dominada por el liberalismo, el Estado se convierte en la "confluencia de los intereses y apetitos individuales"[58], limitándose a garantizar "que cada uno disfrute lo suyo sin perturbar al otro"[59]. Al carecer de misión trascendente, el Estado liberal requiere la existencia de los partidos políticos, que constituyen "la concreción práctica –y trágica– de la dispersión de la vida política"[60]. La consecuencia es profundamente negativa: "la voluntad política del Bien Común es reemplazada por la competencia por el poder"[61]. Y en ese ámbito, dominado por la democracia, "en el que no hay partes que se ordenen al todo, pues ese todo ya no existe"[62], se crean las condiciones para el triunfo del marxismo. Recogiendo una larga tradición del pensamiento contrarrevolucionario, no se plantea una distinción radical entre liberalismo,

•••••

[55] Gral. Vilas, A. E., art. cit.

[56] Ídem.

[57] Íd.

[58] Íd.

[59] Íd.

[60] Íd.

[61] Íd.

[62] Íd.

democracia y socialismo; constituyen tres formas de manifestación de una misma idea, "la autonomía de la conciencia humana"[63].

En esta línea, las críticas a la democracia son concretas: "la democracia –se demuestra hora tras hora– es el sistema más insuficiente para asegurar el Bien Común y, como lo enseñan los mismos teóricos marxistas, la vía más próxima para acceder al comunismo"[64]. El ataque a la misma arranca desde los orígenes del nacionalismo, y se vincula con el hecho de que socava los cimientos de la autoridad tal cual ellos la entendían: "desde los tiempos de su consolidación histórica, la democracia tuvo un rasgo distintivo y dominante: ella significó la desacralización del poder político, el reemplazo del fundamento teológico de la autoridad por la razón numérica"[65]. Su consecuencia es consumar "la rebelión integral de la Criatura contra el Creador"[66].

Uno de los temas recurrentes de la revista lo constituye justamente "la agonía de la democracia, (...), agonía sólo similar por lo definitiva e irreversible a la del Antiguo Régimen"[67]. Para el caso europeo, un colaborador francés, el conocido escritor de extrema derecha Maurice Bardèche, no duda en sostener que "la derrota de 1945 había destruido a Europa. Treinta años de democracia liberal han convertido al residuo de Europa que nos quedaba en un muñón purulento"[68]. Adhiriendo a quienes dedican sus esfuerzos a negar el Holocausto –"la leyenda de las atrocidades alemanas y de los campos de concentración"– se destaca que "se somete a un ostracismo odioso a todos los regímenes que tratan de restaurar la autoridad del estado y la primacía del interés público"[69]. La vigencia de la democracia en la segunda pos-

•••••

[63] González Cuevas, P. A., ob. cit., p. 351.

[64] Sin autor, "A Nueve Años del Operativo Independencia", en: Revista *Cabildo*, N° 73, febrero de 1984.

[65] Caponetto, A., "La Gracia y los Desgraciados", en: Revista *Cabildo*, N° 110, abril de 1987.

[66] Íd.

[67] Gral. Vilas, A. E., art. cit.

[68] Bardeche, M., "Fisiología de las Democracias Liberales avanzadas", en: Revista *Cabildo*, N° 3, octubre de 1976.

[69] Íd.

guerra se constituye entonces en una posibilidad que es aprovechada por el marxismo, hasta el punto que "hoy el pluralismo democrático se ha convertido en la carta de ciudadanía del marxismo en el mundo llamado libre"[70].

Esa postura iba acompañada de una evaluación de la política internacional centrada en el reconocimiento de la vigencia de los acuerdos establecidos en Yalta, después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, planteando como objetivo una alternativa al accionar de los centros de poder establecidos en ese momento, "lejanos pero efectivos"[71], y un paralelo y combativo rechazo de las posiciones "tercermundistas", consideradas simplemente un recurso estratégico del comunismo para apoderarse del mundo "no alineado".

El posicionamiento pro-occidental es definido como una opción por el mal menor ya que, se afirma:

> No nos consideramos felices con nuestra parte del mundo. No lo consideramos ni 'libre' del todo ni 'cristiano'. Ni moral, por lo tanto. Ni justo. Pero sabemos que, por poco que sea, algo conserva de los períodos cristianos de su historia.[72]

En cuanto a la visión de la historia argentina, si bien el tema merece un tratamiento especial, podemos afirmar muy brevemente que para *Cabildo* el triunfo del liberalismo, a partir de la batalla de Caseros –"la herida crucial de la Nación"[73]–, que desalojó del poder al brigadier Juan Manuel de Rosas, la hegemonía del proyecto del general Julio Argentino Roca, basado en el lema "Paz y Administración", y la instauración de la democracia desde la promulgación en 1912 de la

•••••

[70] M. C., art. cit.

[71] S/a., "La Argentina entre el Mundialismo y la Beligerancia", en: Revista *Cabildo*, N° 17, julio de 1978.

[72] R.A.M., "¿Esta es la Superpotencia?", en: Revista *Cabildo*, N° 33, mayo de 1980.

[73] Caponetto, A., "Caseros: el Significado de una Derrota", en: Revista *Cabildo* N° 5, febrero de 1977.

Ley Sáenz Peña, han sido los hitos fundacionales de un largo proceso en el que los valores tradicionales de la nacionalidad han sido progresivamente desplazados.

Este proceso culmina en el período 1973-76 con el peligro de "disolución nacional" surgido de la convergencia, tan temida, de la "democracia partidocrática" con la subversión marxista. Por lo tanto, la tan prolongada decadencia argentina proviene de haber errado el camino; ¿cual era éste? El que le marcaban sus raíces hispánicas.

LA HISPANIDAD COMO ELEMENTO CONSTITUTIVO DE LA NACIÓN ARGENTINA.

Cabildo comparte plenamente las ideas del pensador español Ramiro de Maeztu, quién, como vimos en su obra *Defensa de la Hispanidad*, sentó justamente las bases de ese concepto; elemento fundamental del pensamiento tradicionalista vinculado con la relación entre América y España. De manera coherente con esta postura, la revista le dedicó en 1986 un largo artículo para conmemorar los cincuenta años de su muerte.[74]

Retomando las ideas desplegadas por Maeztu, para los hombres de *Cabildo*, la España de la gesta americana constituye el legado espiritual, "la estructura fundamental de nuestro devenir histórico"[75]. Y esa gesta es la culminación de un proceso varias veces secular: la Reconquista. Su visión de la misma, está en perfecta sintonía con el nacional-catolicismo hispánico: "no es solamente la recuperación del ámbito geográfico; es la formación de su ser nacional impulsado por la fe católica"[76]. En su proceso de expansión, España llegó a América y su tarea de evangelización –lejos de cualquier cuestionamiento– fue la realización de "un plan espiritual de soberana grandeza"[77].

•••••

[74] Caponetto, A., "1936-28 de Octubre-1986. A Cincuenta Años de la Muerte de Don Ramiro de Maeztu", en: Revista *Cabildo*, N° 105, octubre de 1986.

[75] S/a., "Día de la Raza...".

[76] Íd.

[77] Íd.

El surgimiento de la Argentina se vincula estrechamente con ese origen hispánico, que continúa además la tradición cultural clásica: "los fundadores de nuestra Nación, heroicos españoles casi ignorados por las corrientes históricas liberal y marxista, llegaron a estas tierras munidos de una tradición religiosa –la Católica– y de una tradición cultural –la Greco-Romana–"[78]. De esta manera, se estructura una visión esencialista de la nación[79], de acuerdo a la cual las sucesivas generaciones tomaron lo fundamental, situación que dio lugar a que la República Argentina, tras la independencia, "resultó Católica y Occidental"[80]. En su argumentación van aun más allá, sosteniendo que "para comprender el alma argentina y sus proyecciones sobre la vida y cultura de la Nación es preciso bucear en las complejas manifestaciones del alma hispana"[81].

La afirmación de los vínculos de la nación argentina con la tradición española es una constante, y llega en algunos casos hasta el extremo de poner en cuestión parte del proceso que culminó con la independencia: "rotos los vínculos espirituales que se llamaron 'cadenas', hemos deambulado por el mundo a la deriva, con remedos o imitaciones de mala factura"[82].

En la visión más difundida que se elabora desde *Cabildo*, la independencia fue el resultado de una serie de circunstancias externas –la decadencia de la monarquía española y el peligro de la ocupación extranjera–, pero las mismas nunca, "salvo para aquellos grupos minorita-

•••••

[78] Esteva, F., "Lo que el Proceso no Defiende", en: Revista *Cabildo* N° 42, mayo de 1981.

[79] Las teorías esencialistas de la nación han dado lugar a trabajos muy importantes; un buen texto actualizado de las diferentes teorías del nacionalismo es el de Smith, A. D., *Nacionalismo y Modernidad*, Madrid, Istmo, 2000; o la recopilación de Hutchinson, J. y Smith, A. D., (eds.), *Nationalism*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1994. Podemos nombrar también los aportes de Hobsbawm, E. y Ranger, T., (eds.), *The invention of* Tradition, Oxford University Press, Oxford, 1983; y Hobsbawm, E., *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1990.

[80] Íd.

[81] Vocos, F. J., "El Alma de la Hispanidad y Nuestra Voluntad de Independencia", en: Revista *Cabildo* N° 116, octubre de 1987.

[82] S/a., "Día de la Raza...".

rios de ideólogos, fueron la oportunidad propicia para renegar expresa o tácitamente de las propias tradiciones"[83]. En otras palabras, "el temple español está presente en el alma argentina desde los albores de la nacionalidad"[84]. Se trató, en el particular lenguaje del nacionalismo hispanista, de "la voluntad de independencia, la voluntad de un pueblo de prosapia hidalga que sólo anhelaba el señorío de su tierra y su destino"[85].

La tradición hispánica es, entonces, la que recoge la Argentina como nación y, fundamentalmente, ésa es la tradición verdadera cuyos valores es preciso retomar, no "la 'tradición' liberal que nos inventó la generación del 80: laicista, atea, demócrata, economicista. Es decir: 'tradición moderna'"[86]. En su formulación más retórica, la disyuntiva es clara: "o la Argentina es Hispánica, católica, mariana, misional helénica y romana, trinchera de Cristo y de María, o se continúa depravando hasta los límites que estamos padeciendo"[87]. La idea de Nación se conformaba entonces como una amalgama de universalismo cristiano y tradicionalismo católico.

Por lo tanto, para los nacionalistas, y en esta ocasión el que habla es Federico Ibarguren, uno de sus dirigentes históricos, lo fundamental para la existencia verdadera de una nación es contar con esa larga tradición, ya que "las naciones sin fe religiosa, sin herencias históricas y culturales, sin antepasados dignos de ser venerados, sin raíces remotas conocidas (...), son lisa y llanamente naciones guachas: hijas de nadie"[88]. Y en eso justamente se convirtió la República Argentina como consecuencia del triunfo liberal, el que alcanzó algunos logros parciales, como la paz, "pero menospreciando el católico y entrañable pasado propio de tierra adentro: nuestra real PERSONALIDAD HISTORICA Y CULTURAL, nada menos. O sea: la paz obligatoria, masónica e impotente de las naciones *guachas*"[89].

•••••

[83] S/a., "Lo que el Proceso no Defiende", en: Revista *Cabildo* N° 42, junio de 1981.

[84] Vocos, F.J., "El Alma de la Hispanidad...".

[85] Íd.

[86] Esteva, H., "Acechanzas", en: Revista *Cabildo* N° 19, octubre de 1978.

[87] S/a., "Argentina Hispano Católica o esto...", en: Revista *Cabildo*, N° 106, noviembre de 1986.

[88] Ibarguren, F., "Las Naciones 'Guachas'", en: Revista *Cabildo*, N° 56, septiembre de 1982.

[89] Íd.

Esta reivindicación de la tradición hispánica implicaba también contraponerla a la tradición anglosajona y destacar el hecho de que los portadores de ésta fueron rechazados en ocasión de la invasiones de 1806-7, y en los enfrentamientos con el régimen del brigadier Juan Manuel de Rosas en la década de 1840, liberándonos así "de las agresiones calvinistas y luteranas que caracterizan el accionar tenaz de la farisaica mentalidad anglosajona (masonería mediante) a partir del siglo XVIII"[90].

VISIÓN CONSPIRATIVA DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Como expresión típica de las ideas del nacionalismo católico, *Cabildo* defiende con absoluta convicción los argumentos elaborados para difundir la idea de la existencia de una conspiración judía mundial[91]; un solo ejemplo basta para mostrarlo: cuando, como consecuencia del tratamiento de temas vinculados con la situación argentina del momento –fundamentalmente la existencia de proyectos desestabilizadores del gobierno de Raúl Alfonsín en 1987–, desde ciertos de medios de comunicación se acusó a la revista de antisemita, la respuesta fue desplegada en dos planos: por una parte, negando su antisemitismo con el argumento de que: "¿Cómo podemos ser racistas los que adoramos a un Dios que es judío en la carne?"[92]; por otra, destacando con claridad cuál es la base de su antijudaísmo:

> ¿Quién puede negarnos, con seriedad, la complicidad manifiesta del Judaísmo con el Comunismo, ampliamente documentada en

•••••

[90] Ibaarguren, F., "Angloamérica Versus Hispanoamérica", en: Revista *Cabildo*, N° 112, junio de 1987.

[91] Es conocida la idea de la conspiración judía, que tiene su manifestación más famosa en "Los Protocolos de los Sabios de Sión". Para los orígenes del mismo, véase el libro de Cohn, N., *El mito de la conspiración judía mundial*, Madrid, Alianza, 1983. Para la difusión del mito en España, es interesante la obra de Ferrer Benimeli, J. A., *El contubernio judeomasónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982.

[92] S/a., "Cabildo y el Mito Antisemita", en: Revista *Cabildo*, N° 6, de marzo de 1977.

> tantas y tan trágicas experiencias históricas? (recuérdese a quienes financiaron la Revolución Rusa). ¿Quién puede negar la instrumentación del Comunismo como elemento ideológico de destrucción por parte del Imperialismo Internacional del Dinero.[93]

Ese mismo artículo va acompañado de un recuadro en el que con el título de "Omitir la Historia", se realiza "un breve recuerdo histórico absolutamente objetivo, sobre la relación comunismo-judíos", y luego pasa revista a todos los comunistas de origen judío (real o supuesto), desde Marx hasta los gobiernos bolcheviques. La enumeración finaliza con un planteo por demás desafiante: "si lo señalado es antisemitismo o hacer luz en la historia"[94].

En cuanto a la caracterización del judío como tal, *Cabildo* no dudaba en utilizar todos los estereotipos tradicionales, tanto en la representación gráfica –anteojos, nariz ganchuda, barba en punta– como en la atribución de determinadas particularidades –su interés desmedido por el dinero, su (supuesta) participación en operaciones financieras dudosas. Los judíos eran gente "de apellido intraducible", y algunos de ellos, como José Ber Gelbard, ministro de Economía del último gobierno de Perón, eran (des)calificadas como personas "provenientes de oscuro 'ghetto' lejano y de profesión, mercachifle"[95]. De la misma forma, el llamado "caso Graiver" –por David Graiver, un banquero judío que realizó operaciones financieras con el grupo Montoneros–, dio pie a que se hablara del "Judeo-Marxismo-Montonero"[96], y se afirmara que "detrás de cada agente de la subversión mundial hay un odio teológico que lo azuza y un poder financiero que lo sostiene"[97].

•••••

[93] Íd.

[94] S/a., "Omitir la Historia", en: Revista *Cabildo*, N° 8, junio de 1977.

[95] S/a., "La Muerte no da Derechos", en: Revista *Cabildo*, N° 11, octubre de 1977.

[96] S/a., "David Graiver y el Judeo-Marxismo-Montonero", en: Revista *Cabildo*, N° 7, abril de 1977.

[97] Íd.

Por otra parte, en varios artículos se procedía a negar (o minimizar) la existencia del Holocausto: de cara a los reclamos judíos respecto a la represión de que fueron objeto por parte del Proceso, la respuesta finalizaba sosteniendo "que en el único holocausto válido que hubo en la historia, los victimarios fueron judíos"[98].

Este "antisemitismo conspirativo"[99] va acompañado, como es usual en el nacionalismo, de una vinculación de los judíos con la masonería: "detrás de cada una de las revoluciones comunistas, – promoviéndolas y afianzándolas– han estado desde siempre, unidos en el mismo odio, los poderes masónicos y judíos"[100]. Los elementos del mito de la conspiración judía estaban todos puestos sobre la mesa.

A MODO DE CONCLUSIÓN

"Demasiado antiguo todo"[101], así valora el más destacado estudioso actual de la derecha tradicionalista española las postulaciones de los grupos nacionalistas católicos en los años previos a la guerra civil de 1936-39. ¿Qué cabe entonces decir de quienes, cuarenta o cincuenta años más tarde, defendían casi sin variantes las mismas ideas?

Las enormes diferencias existentes entre el ideario de los editores de *Cabildo* y la concreta realidad argentina explica el hecho de que sus relaciones con los militares del Proceso de Reorganización Nacional fueran, salvo excepciones, por demás conflictivas; éstos carecían de un proyecto común, pero eran muy pocos los que estaban en condiciones de coincidir con quienes aspiraban a construir un "orden nuevo", cuyas raíces se encontraban en la sociedad medieval.

•••••

[98] S/a., "Hoy-Gran Pogrom en la Argentina-Hoy", en: Revista *Cabildo*, N° 38, noviembre de 1980.

[99] Lvovich, D., ob. cit. Tomo textualmente su expresión.

[100] Caponetto, A., "La Ofensiva Masónica", en: Revista *Cabildo*, N° 9, agosto de 1977.

[101] González Cuevas, P. C., *Acción Española. Teología…"*, p. 399.

Estos defensores a ultranza del realismo político, que descalificaban a la revolución francesa por "utópica" y "apriorística", no percibían (o no querían percibir) la distancia que separaba a la compleja sociedad argentina de su proyecto, antidemocrático y aristocratizante. Si bien es cierto que la soberanía popular no entraba en lo más mínimo dentro de su discurso, su visión de futuro debía tener algún anclaje real, y actores sociales de peso que la compartieran. La inviabilidad de su propuesta, que arrasaba tanto con el liberalismo como con la democracia de partidos, aseguraba su aislamiento, más allá del apoyo individual de algunos miembros de las clases dominantes.

Podían producirse momentos en los cuales los militares en el poder parecían responder a sus expectativas –y el tratamiento dado a algunas de las figuras de esos años, como el general Ramón Camps o el almirante Emilio Eduardo Massera, parecía mostrarlo–, pero la tajante dicotomía que establecían entre quienes estaban del lado de la Patria y sus enemigos, del caos en contraposición a la Nación, de las dos Argentinas, su inquebrantable oposición al liberalismo económico, no contribuía en manera alguna a establecer fórmulas de acercamiento duradero. El hecho de sentirse poseedores de la verdad llevaba inevitablemente a la intolerancia, a la descalificación del "otro", que no merecía consideraciones ni miramientos. Los integrantes del Proceso no escapaban a ese tratamiento: podían ser elogiados de manera coyuntural, sobre todo en tanto integrantes del poder militar, al que reconocían como tronco constitutivo de la patria, pero si no asumían "in toto" su programa de construcción de la "nación católica", el desencuentro era inevitable.

Por lo tanto, no es casual que, salvo situaciones excepcionales, los militares no contaran con ellos. Eran aliados útiles para algunos menesteres –el tema de su incidencia en la política cultural del Proceso merece ser estudiada–, pero en general terminaban resultando incómodos. Constituye sin duda un hecho relevante que un número de la revista llegara a prohibirse, y que discursos de los Comandantes en Jefe tuvieran párrafos implícitamente dirigidos a condenar su intransigencia.

Es que la propuesta nacionalista, capaz de encontrar seguidores entre algunos miembros de las fuerzas armadas, carecía, como se ha dicho, de toda viabilidad para ir más allá de santificar la "guerra sucia" y descalificar la democracia. Con todas sus contradicciones a cuestas, la mayoría de los militares del Proceso de Reorganización Nacional no estaban dispuestos a llegar tan lejos como para impulsar un proyecto tan excluyente, en el que no había lugar más que para "cruzados" imbuidos de la convicción de estar en posesión de la verdad absoluta.

CONSTELACIONES TEXTUALES Y RESPONSIVAS ENTRE ANARQUISMO Y NACIONALISMO DEL CENTENARIO A LA POSGUERRA

HUGO R. MANCUSO

PRIMERAS INTERROGACIONES

Entre 1880 y 1900, las variadas tendencias anarquistas –comunistas, socialistas y sindicalistas– difundidas entre los obreros (especialmente de extracción migratoria) en Argentina, constituían una ideología prácticamente excluyente que cuestionaba directamente el orden establecido.

Sin embargo, y a pesar de esta indiscutida hegemonía, el anarquismo se eclipsará rápidamente a partir de 1920 y hacia 1930 se encuentra ya en una irreversible decadencia hasta caer en un vertiginoso cono de desprestigio y olvido. Ésta es, indudablemente, una primera cuestión inquietante, a saber: ¿Cómo es posible que se haya dado así este proceso, bruscamente y casi sin transición?

Indudablemente, el anarcosindicalismo cometió numerosos errores tácticos y estratégicos (especialmente por su apelación a una violencia desbordada y sin un objetivo político definido y puramente voluntarista), y también resulta obvio que esta decadencia se debió a la acción sistemática y exitosa de la *inteligenzza* nacionalista, iniciada en torno al primer Centenario.

No obstante, podemos sospechar que hay algo más o que por lo menos el suceso de los nacionalistas fue mucho más profundo y sutil de lo que resultaría en una primera lectura.

Otras dos cuestiones se derivan de la anterior y exigen una reflexión pormenorizada: ¿Cuál fue exactamente la metodología de acción de los nacionalistas?, y, análogamente: ¿Cómo y por qué el nacionalismo, luego de alcanzar su cenit y esplendor entre 1930 y 1940, comienza rápidamente a desaparecer como movimiento orgánico y explícito, aun cuando perdurará como elemento indiscutible e irrefutable en el sentido común y en el horizonte de expectativas de las generaciones venideras y de casi todo el campo intelectual argentino posterior hasta por lo menos el final de siglo?

Finalmente, podríamos plantear una última cuestión, deducida de las anteriores: ¿Se podría postular que a partir de 1940, se conformó una visión transversal y sincretista entre los principales postulados de reivindicación anarco-sindicalistas pero en clave nacionalista?

O, dicho en otros términos, al fracasar el plan nacionalista "puro" que inspiró mayor (pero no exclusivamente) la Revolución de 1930[1], la *inteligenzza* integrista aceptó (o debió aceptar) los principales postulados reivindicatorios de las luchas obreras precedentes, atemperados, por su resemantización, en el contexto ideológico nacionalista.

UNA CRÓNICA DE LOS EVENTOS: DE LA "FIESTA" ANARQUISTA A LOS ATENEOS PARROQUIALES

El eclipse del anarquismo se explica, ciertamente, por la represión y persecución de la cual fue objeto durante la década del '10 y del '20. Basta recordar la Ley de Residencia (1902)[2] y la Ley de Defensa

.....

[1] La Revolución de 1930 no puede considerarse exclusivamente producto de los grupos nacionalistas. Además de ellos, fue motorizada también por nuevos y poderosos intereses que se podrían explicar también como consecuencias de una lucha interna en el seno de la oligarquía conservadora no nacionalista, que respondían a sendos intereses británicos y norteamericanos.

[2] Ley Nº 4.144/02.

Social (1910)[3], o las crudelísimas represiones del Centenario, de la Semana Trágica (1919), de la Forestal (1919-21) o de las estancias de la Patagonia (1921), entre tantas otras. Pero tales hechos distan de explicar exclusivamente porqué el anarquismo se "agotó" discursiva y teóricamente en la década del '30. Contribuye también el cambio del contexto internacional –marcha sobre Roma; golpe falangista en España y Portugal; intento de golpe del Partido Nacionalista de los Trabajadores Alemán; ascenso de Stalin y el abandono de la NEP (Nueva Política Económica)– y las consecuencias de la Gran Depresión (1929-1931). Esta suma de acontecimientos coadyuva a quebrar la militancia del movimiento obrero, deprimiendo su resistencia y redefiniendo las prioridades sindicales.

Sin embargo, estos hechos no bastan para explicar exclusivamente un profundo cambio que se dará en el contexto local (y en parte también internacional): algunos de los enemigos del socialismo y del anarquismo comprenden (gramscianamente) que la solución *manu militari* no es permanente ni garantiza por sí sola la derrota del enemigo ideológico. La represión violenta de los activistas no bastaba para garantizar la "paz social" ni para que se elaborasen respuestas creativas a la poderosa influencia cultural anarco-socialista que se enraizaba en la profusa tradición ácrata y libertaria de la segunda mitad del siglo XIX, en el socialismo utópico y en la experiencia de la Comuna de París o del más reciente *Bienno Rosso* turinés (1917-1918). Se imponía una respuesta, una reacción orgánica, *cultural* –en sentido gramsciano– capaz de construir una *hegemonía alternativa* que reconquistase para los grupos conservadores o tradicionalistas el principio de verosimilitud de la sociedad y de los grupos obreros y populares. Esa reacción será articulada por distintas corrientes, a veces en pugna entre sí: tradicionalista-elitistas, social-cristianas progresistas y reaccionarias integristas. El nacimiento y desarrollo de estas nuevas y poderosas corrientes políticas y culturales explican en gran medida la desaparición, decadencia, transformación o cooptación de muchas de las corrientes anarco-socialistas. En la década del '40 un nuevo movimiento obrero,

[3] Ley Nº 7.209/10.

con valores transmutados y eclécticos, hace su aparición de modo excluyente, absolutamente novedoso e irreversible.

La influencia del pensamiento y de las prácticas libertarias fue decisiva en todos los ámbitos y, muy especialmente, entre los grupos sindicales y obreros. Sin embargo, la aproximación a los hechos sería parcial e incluso reductiva si no se considerase otra dimensión complementaria, en especial a partir del Centenario: la del discurso del nacionalismo tradicionalista –también heterogéneo– que primero *responde* y luego *refuta* el anarquismo hegemónico para luego, en especial a partir de la década del '30 y del '40, desplazarlo y neutralizarlo.

La importancia del tema no es menor. Como queda dicho, el discurso socialista y anarquista aparece como hegemónico en el mundo obrero, sindical y político pero, si se realiza una aproximación fina, entre esas masas obreras (inmigrantes y socialistas), hubo siempre grupos más o menos reacios a dejarse conquistar total o permanentemente por el discurso ácrata. ¿Por qué? Podríamos postular, propedéuticamente, que si bien estas masas eran sinceramente socialistas y a veces abstractamente anarquistas, también eran sensibles y cercanas, en ocasiones simultáneamente, al paradigma social-cristiano (salvo el núcleo duro, irreversiblemente militante, cuyo pensamiento podría resumirse en el apotegma *Ne Dio, ne padrone*). Este estado de cosas se desarrolló de modo análogo en países como España o Italia, de donde provinieron la mayoría de los inmigrantes; en Italia, precisamente, el *catto-comunismo* fue frecuentísimo.

Este hecho explicaría cómo y porqué el pensamiento social cristiano pudo ser una alternativa válida para las masas obreras, sobre todo cuando comenzó a cambiar radicalmente el contexto internacional (ascenso del fascismo en Italia, España, Alemania) y nacional (reacción nacionalista oligárquico-elitista) coincidiendo además con el despertar del activismo social cristiano (ya sea de extracción modernista o integrista). Estas masas obreras, mayoritariamente campesinas y de tradición cristiano-católica, vieron en estas corrientes de pensamiento neo-espiritualistas, alternativas válidas para encauzar sus reclamos sociales, políticos e incluso sindicales sin recurrir a extremismos ajenos a su idiosincrasia.

Así, ante el –aparentemente– irrefrenable avance del discurso anarco-socialista, se empiezan a elaborar alternativas teóricas, estéticas y políticas que funcionen como opciones discursivas válidas, creíbles, verosímiles y aceptables para los obreros y para la "plebe ultramarina".

Esta respuesta, repetimos, abarcó tendencias varias, de moderadas a extremistas; partiendo respectivamente de las conclusiones centrales de la *De Rerum Novarum* (León XIII 1891) hasta las más reaccionarias del *Sylabus* (Pío IX, 1864).[4] Es por ello que el análisis de este proceso y de su consecuente dialéctica, dinámica y dialogicidad, es un tema de importancia capital para entender los acontecimientos socioculturales venideros, tanto en el país como globalmente.

Este proceso se desarrollará en gran medida a partir de las parroquias barriales y se extenderá en todo el tejido social, dirigiéndose a una evangelización de:

a) las *clases altas tradicionales y criollas*, y de la *gran burguesía industrial* naciente (convirtiendo especialmente a los varones, marcadamente influidos por el ideario liberal, cientificista y positivista, siendo o habiendo sido muchos de ellos masones o agnósticos);

b) las *clases obreras* (para brindar una alternativa al pensamiento socialista y anarquista, casi sin excepción agnóstico o totalmente ateo);

c) las *clases medias y medias altas* en expansión y ascenso (posiblemente con prioridad a este sector social, lanzándose a la conquista de barrios residenciales capitalinos como Villa Devoto –sede del Seminario Metropolitano– Versalles, Belgrano, Flores o Villa del Parque, entre otros).

La estrategia de esta acción cultural fue innovadora y de amplio espectro, incorporando todos los recursos culturales posibles que la

•••••

[4] El *corpus* de encíclicas papales, de pertinencia política y social incluye: *Quod apostolici numeris* (1878) referida al socialismo, al comunismo y al nihilismo; *Inmortale Dei* (1885) sobre la constitución de los Estados modernos; *Libertas* (1888) sobre el liberalismo y el capitalismo, finalizando con *Graves de comuni* (1901) referida a la acción popular cristiana, todas ellas de León XIII, entre otros documentos doctrinales.

época ofrecía, muchos de los cuales habían sido incluso ya utilizados por los grupos libertarios: bibliotecas, talleres literarios, cines, cineclubes, ateneos deportivos y sociales, clubes de fútbol, clubes y escuelas deportivas, escuelas (jardines maternales, guarderías, colegios de formación técnica o profesional, primarias, secundarias y, en época reciente, universidades), hogares (de huérfanos, madres solteras, ancianos, cotolengos), grupos scout, etcétera. Muchas veces, estas obras se integraban sistemáticamente en los barrios por la acción coordinada de dos o más sacerdotes o monjas (esto es, uno fundaba el ateneo y la parroquia, otro la escuela de niños, una monja la escuela de señoritas, en un instituto se enseñaba, en otro se practicaban deportes, uno tenía el teatro, otro el cine, otro el grupo scout...). Estos sacerdotes eran ayudados activamente por numerosos grupos de laicos provenientes de todos los sectores sociales: catequistas, docentes, instructores de deportes y benefactores. Se afirmaba siempre un *activo principio policlasista*, donde cada uno cumplía su función y su rol, según sus posibilidades. Toda parroquia contaba con un grupo de evangelización obrera y numerosas bibliotecas. Se organizaba la vida barrial con fiestas patronales o festejos patrios que reemplazaban la velada libertaria, coordinadas por las sociedades de fomento. El fomentismo, precisamente, demostró ser mucho más efectivo para solucionar los problemas cotidianos del hombre común que la utopía remota. La matriz adoptada fue tomada de la ya utilizada por los grupos culturales, militantes y de socorros mutuos de extracción anarquista y socialista entre 1880-1920: con la ocasión, a partir de la actividad desarrollada, se adoctrinaba a las masas.

Es sintomático que esta militancia cultural, estética y política (y por ello profundamente ideológica) se encuentra favorecida por coincidir con el sentido común de las masas inmigrantes mayormente cristianas, especialmente católicas. Pero también se dio en colectividades menos numerosas y con un esquema de acción análogo; repitiéndose, por ello, instituciones culturales, de bien público, hospitales y clubes, de otras confesiones, en especial protestantes y judíos, cuyo objetivo era también, además de la integración étnica, la disputa cultural con los grupos ácratas y ateos y no sólo católicos.

Lo novedoso de todos estos grupos confesionales tradicionalistas, nacionalistas o espiritualistas, a diferencia de la reacción encarnada hacia el Centenario por la oligarquía paternalista (cuyo *vademecum* puede resumirse en *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez), es que *no fueron sectarios*. La oligarquía paternalista se limitó a despreciar, humillar o rechazar la insuperable inferioridad cultural (por lingüística) del gringo/proletario (ese era, precisamente, uno de los reproches del grupo Florida al grupo Boedo). En cambio, los grupos nacionalistas o tradicionalistas de extracción confesional buscaban alejar a los proletarios de la influencia libertaria pero asumiendo, en algunos casos de modo notorio, el discurso de los mismos anarquistas y no solamente sus prácticas culturales o propagandísticas. A diferencia de la oligarquía o de los grupos liberal-masónicos positivistas, integrantes de logias y mayormente hostiles a cualquier religión, cristiana o no, los nacionalistas católicos revindicaban la unidad nacional, las tradiciones comunes y la dignidad del ser humano (por lo menos abstracta y discursivamente). Rechazaban toda forma de inmanentismo, capitalismo, relativismo y ateísmo. Preferían, de ser necesario, apoyar tácitamente la evangelización protestante, ortodoxa, judía o islámica, antes que el propagandismo ateo.

El objetivo principal era, precisamente, cooptar a las masas anteriormente "adoctrinadas" por los anarcosocialistas con argumentos coincidentes: rechazo del capitalismo, denuncia de la política exterior de las potencias democráticas colonialistas, reivindicación de un destino nacional autónomo y no dependiente de las potencias extranjeras e internacionalistas. Muchos de estos principios habían sido revindicados por el anarquismo y por el socialismo reformista. Incluso, algunos de estos grupos manifestaban también una idéntica preocupación por las condiciones de vida y por la dignidad del "trabajador", aún cuando se rechazaran los métodos de reivindicación violentos y el principio de lucha de clases del anarcocomunismo ateo. Este discurso no sólo coincidía con el sentido común de los inmigrantes (mayormente de extracción campesina) y con los principios básicos de la propagandística ácrata, sino también con los planteos del sindicalismo criollo tradicionalista, existente en gremios como el de la carne (vinculado

fuertemente, a las relaciones consuetudinarias del mundo rural argentino de tradición "federal" y rosista).

Así, entre mediados de los años '20 y mediados de los años '40, se produce un importante, profundo y radical cambio cultural en las masas argentinas, en consonancia con la reacción espiritualista y tradicionalista de inspiración cristiana y mayormente confesional, de dimensiones inusitadas, que curiosamente pasó desapercibido por inexplicables perjuicios ideológicos o metodológicos a gran parte de la crítica especializada[5], pero que aceptando esta perspectiva se puede explicar, mejor y más adecuadamente, el surgimiento y desarrollo del peronismo en la década del '40, *sus fortalezas y sus límites*. Indudablemente el peronismo, más allá de cualquier eventual influencia del pensamiento contemporáneo a su formación, constituiría una consecuencia natural del pasado inmediato: la más elaborada respuesta al paradigma surgido de la hegemonía anarco-libertaria.

Baste citar algunos ejemplos paradigmáticos. En la zona oeste de la Capital Federal se presenta uno de los casos más representativos, con las siguientes instituciones –fundadas todas entre 1925-1945– y que giran en torno a un Pentágono que une a las Parroquias de San Juan Bautista y San Antonio de Padova (Devoto); San Rafael (Devoto Norte); San Pedro Apóstol (Monte Castro); Nuestra Señora de la Salud (Versalles) y Nuestra Señora del Buen y Perpetuo Socorro (en el preciso confín entre Villa Luro, Monte Castro y Versalles, cuyo convento había sido ya fundado en 1898): Biblioteca y Ateneo de la Juventud Obrera Católica (JOBC) de Devoto; Círculo Devoto; Biblioteca Social Popular; Ateneo Popular de Versalles; Grupo Scout n.1 "Nuestra Señora de la Salud" (grupo decano del scoutismo argentino); Círculo Versalles; Colegio San Pedro Apóstol (Liceo de varones y señoritas diurnos y colegio comercial nocturno); Ateneo y grupo Scout Parroquial San Pedro; Colegio San Rafael (técnico y comercial, de varones y mujeres); Escuela de niñas y señoritas y Grupo Scout de "Nuestra Señora del Perpetuo Socorro", a los que se suman bibliotecas, teatros y cines en todas las instituciones.

•••••

[5] A excepción de Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmas, 1996.

Los benefactores de estas obras eran las mismas personas, algunos vecinos pudientes o vinculados con alguno de los sacerdotes o monjas. Éstos trabajaron juntos, coordinadamente durante décadas, desde antes del '30 hasta mediados del '70, sin ser trasladados.

Otras instituciones menores y complementarias se crean a partir de este núcleo fundacional: el cotolengo y el hogar de madres solteras de Monte Castro, la escuela especial de hipoacúsicos de Devoto, entre otros clubes deportivos menores y numerosas sociedades de fomento. Este es un ejemplo paradigmático de evangelización militante activa, que pretende cubrir todos los ámbitos y grupos sociales y todo el espectro de actividades tradicionales (procesiones, quermeses) y modernas (cine, escuelas deportivas). Completaba el cuadro, la acción de la Sociedad de Fomento "9 de Julio" de Versalles-Monte Castro, la más importante de la zona.

Grupos semejantes aparecen en otros barrios: en Barrio Norte en torno a Nuestra Señora del Carmen y San Nicolás de Bari, con las Ediciones Paulinas, el hogar de ancianos, el Ateneo de la Juventud, el Cine y la Biblioteca del Instituto de Educación Religiosa. Este grupo era de orientación *social-modernista;* el anterior *social-tradicionalista,* pero la metodología es la misma y en cierta medida complementaria. Grupos semejantes aparecen en todos los barrios de la ciudad: San Cayetano de Liniers (escuela, hogar de día de necesitados, ateneo), San Ramón Nonato de Floresta (escuela, hogar de madres solteras); Nuestra Señora de las Nieves de Parque Centenario (escuela, ateneo, círculo social); Virgen Niña (Parroquia Santa Ana, escuela, escuela de fútbol) y Ateneo Bernasconi (social y deportivo, con cine y teatro) de Villa del Parque; Nuestra Señora de las Nieves de Mataderos (ateneo, escuela) así como otros en Flores-Caballito (Colegio Santa Brígida, Colegio Santa Hilda, Ateneo Deportivo de Señoritas, Escuela San Pedro Nolasco y Parroquia Nuestra Señora de los Buenos Aires y su Círculo Social).

De modo análogo, grupos cristianos no católicos, participan en esta nueva evangelización cultural; por ejemplo, la Catedral Anglicana San Juan Bautista y la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) de San Nicolás; la Iglesia Luterana de Villa del Parque y de Belgrano; la Iglesia Abierta de Monte Castro o la Iglesia de Cristal de Villa Real (ambas pertenecientes a la Iglesia Cristiana Evangélica Argentina); la Catedral Armenia u Orto-

doxa Griega de Palermo, entre tantos otros, así como también numerosas instituciones culturales y deportivas judías de gran prestigio.

Esta compleja maquinaria cultural no se limitó, obviamente, a textos mayores (libros ficcionales, teóricos, ensayos), sino también a la producción cultural "menor" o mayormente olvidada: revistas, periódicos, manifiestos y la particular lectura que realizan de la literatura, de la historia y de la tradición argentina en general y de los mecanismos "adaptativos". Este *corpus* actuó como una compleja red de prácticas y textos que tratan de responder al enemigo libertario: los "rojos", los "ateos". Insistimos, no basta el estudio de la gran literatura de autor para comprender la magnitud de la respuesta, de la resemantización operada por los ideólogos nacionalistas y/o católicos y confesionales no cristianos.

De esta manera, se puede reconstruir la articulación que estas prácticas tuvieron con la obra de autores tales como Juan Carulla, Ramón Doll, José María Estrada, Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) Atilio García Mellid, Jordán Genta, Julio y Rodolfo Irazusta, Arturo Jauretche, Julio Meinvielle, Ernesto Palacio, Marcelo Sánchez Sorondo o Raúl Scalabrini Ortiz, además de los "clásicos" nacionalistas ya citados: Lugones, Rojas, Güiraldes o Gálvez.

Precisamente por ello, la primera publicística de esta reacción fue la oratoria parroquial que se centraba en el rechazo del comunismo ateo, del materialismo y del egoísmo desenfrenado encarnado en la empresa capitalista sin responsabilidad social. Esta acción produjo efectos inmediatos. Muchos trabajadores aceptaron que la Iglesia también podía reclamar por sus derechos. Por tanto, comenzaron a preguntarse hasta donde era necesario recurrir a soluciones anti-tradicionales o extremistas para enfrentar la explotación patronal, máxime cuando éstas no habían dado los resultados esperados.

Estos ideólogos cristianos también elaboraban una unificación doctrinal ortodoxa, a fin de formar a los grupos dirigentes o a los individuos más aventajados y de coordinar los cuadros de acción futuras, a partir de una obra teológica y teórica (filosófica, histórica, social) de magnitud (*v. gr.* la del teólogo tradicionalista, Presbítero Julio Meinvielle). Estos grupos –repetimos– distan de ser homogéneos (aún cuando compartan algunos principios unificadores básicos) englobando tendencias varias:

desde social cristianos, cercanos al socialismo laico-reformista, hasta fundamentalistas extremistas, pero coincidiendo en la afirmación de postulados nacionalistas y populistas.

El discurso de este nacional populismo (anterior, contemporáneo, concomitante, no maquinalmente copiado de los nacionalistas europeos de la época) busca permanentemente un sincretismo entre los elementos nacionales "permanentes" (hispanismo, latinidad, romanidad, catolicismo) y los rasgos distintivos de los inmigrantes, a partir de la explicitación de los elementos permanentes y duraderos del sentido común occidental. Los criollos y los inmigrantes poseen un sustrato cultural común fundamental: *el cristianismo*. No se cuestiona la sociedad de clases pero sí se objeta la avaricia y el lucro extremo. La práctica cultural puesta en acto es una sistemática deconstrucción y respuesta de los hipersignos básicos del discurso anarquista para reemplazarlos, sustituirlos o resemantizarlos. Cada uno de los postulados centrales del paradigma libertario será revistado y redefinido por el autor o publicista cristiano-nacionalista, señalando incluso las coincidencias pero rectificando el "desviacionismo" implicado, los llamados "errores" modernistas.

La respuesta, a diferencia del esencialismo lugoniano del etnocriollo aristocratizante (*El Payador*, 1913), se centrará en la afirmación del concepto integrista del "pueblo", superador de diferencias a partir de un *minimum* espiritual común: la fe cristiana. Sus derechos son históricos, históricamente encarnados, enmarcados en una naturaleza incluso, donde se forman y crecen los valores espirituales (los pedidos por Rojas en *La restauración nacionalista* (1909) o en *Eurindia* (1924)).

La tesis de este primer nacionalismo confesional podría sintetizarse en la siguiente pregunta retórica: "¿Para qué despreciar las tradiciones religiosas, nacionales y consuetudinarias si en el seno de las mismas se puede obtener incluso la tan ansiada justicia social?" Se puede así aceptar la identidad nacional sin renunciar a la justicia social en nombre del internacionalismo apátrida. El nacionalismo espiritualista tiende a aceptar este principio a diferencia del liberalismo clásico o del nacionalismo oligárquico-paternalista, mayormente indiferente a las injusticias sociales. ¿Para qué perseguir la "utopía" (de existir) si se puede instaurar un modo de producción más humano, aproximándose al ideal de la *Civitas Dei*?

¿Para qué recurrir a la revolución, con costos altísimos, si se puede obtener la *justicia social* de modo pacífico? Los trabajadores son interpelados a renunciar a la violencia; los empresarios, por su parte, son interpelados a renunciar al lucro desmedido, para obtener, a cambio, la *paz social*. Según esta perspectiva, son refutados los principios del anarco-socialismo. Se inicia, así, una reconstrucción cultural que lleva a una sistemática restauración de las prácticas culturales de los libertarios en cada una de sus áreas y temáticas: el cine revolucionario se sustituye por un cine restaurador y folclórico, pero no se renuncia al cine; las bibliotecas obreras marxistas se sustituyen por las bibliotecas obreras social cristianas y/o nacionales populares; los clubes literarios y deportivos se reformulan en los ateneos juveniles; la mente sana ocurre en el cuerpo sano: se aleja a la masas de las calles y de la lógica prostibularia (otro ideal coincidente con autores centrales del anarquismo rioplatense como Barrett); se asume y resemantiza el ideal de justicia de los trabajadores, no se la rechaza; se retoma el concepto positivista de profilaxis e higiene "materialista y biologicista" y se lo connota con colores espirituales y morales, tampoco ajenos a algunos autores socialistas o anarquistas.

En este universo de reacción social, espiritualista e integrista, anti-materialista y anti-atea, no faltarán las corrientes extremistas –más o menos cercanas a los fascismos contemporáneos– y más influidas por las temáticas y por el estilo de la corriente aristocrático-paternalista del nacionalismo integrista. Publicaciones como *Clarinada* representan el núcleo extremo de algunos de estos grupos nacionalistas y conservadores.

Análogamente a lo ocurrido en el ámbito discursivo e ideológico anarquista y socialista, en el campo de los nacionales-populistas también se dieron formas moderadas y extremas. En este punto, además, la respuesta estuvo determinada por la praxis política cultural e ideológica libertaria de las décadas precedentes.

Este análisis ha sido mayormente descuidado por numerosos especialistas, puesto que se historizó o el anarquismo o el nacionalismo como entidades autónomas, pero no se lo analizó debidamente en cuanto a sus relaciones recíprocas, opositivas y responsivas. Las consecuencias de este proceso definieron las décadas vendieras, especialmente a partir de la revolución de 1930, a saber:

a) por explicar el desarrollo y conformación de los grupos nacionalistas integristas más extremistas y reaccionarios de la política argentina y sus desarrollos posteriores (activos en los años '50, '60 y '70) en consonancia con el pensamiento nacionalista militar, aristocratizante y antimigratorio de Leopoldo Lugones, Ricardo Güiraldes o Manuel Gálvez, por citar a sus más conspicuos representantes;

b) por explicar el desarrollo, paulatino, hegemónico alternativo primero, exclusivo después, de una teoría y de una praxis sindicalista social-cristiana, cercana a la sensibilidad y al sentido común de gran parte de las masas inmigrantes que, en interacción con el tradicionalista sindicalismo criollo, constituirá uno de los más sólidos antecedentes del peronismo en la década del '40;

c) también, por último, por explicar el desarrollo de grupos extremistas del nacionalismo integrista (antisemita y de inspiración fascista) que, paulatinamente, se irá difundiendo como tendencia minoritaria pero de gran influencia y poder de acción (en especial en sectores militares, oligárquicos e incluso sindicales), y que explica gran parte de los acontecimientos políticos que ocurrirán a partir de la década del '50.

Ahora bien, nuestro objetivo no es exclusiva ni prioritariamente el estudio del nacionalismo argentino en sus versiones "elevadas", es decir, la ideología nacionalista y aristocratizante resumida en el ideario de la "hora de la espada" y expuesta en el "Discurso de Ayacucho" (1924) por Lugones (tema, por otra parte, ya estudiado frecuentemente desde distintos puntos de vista) sino que lo que se pretende es plantear *la particular dinámica y dialéctica entre la producción cultural y teórica anarquista y la reacción, también teórica y cultural, de los grupos conservadores.*

En este escrito se presentarán las respuestas, a veces novedosas, que estos grupos darán al primado teórico y estético anarquista. Estas respuestas, sin embargo, fueron notablemente heterogéneas: desde la conformación de un ecléctico pensamiento social-cristiano moderno, hasta el desarrollo de las formas más extremas del integrismo reaccionario, cercano al fascismo de la época, pasando por el surgimiento de nuevas formas de espiritualidad, evangelización y difusión de la ética social cristiana y no sólo católica.

DISPUTAS POR LA HEGEMONÍA A PARTIR DEL CENTENARIO

Nuestro punto de vista pretende, como se anticipó, llevar la discusión fundamentalmente al planteo textual y discursivo y no al relato fáctico de hechos simplemente "objetivos", y sobre todo relacionar de modo explícito y conflictivo las ideas hegemónicas en un *hic et nunc* de la cultura.

No se niega, evidentemente, que las cruentas represiones contra el anarquismo explican su decadencia; sin embargo, estos hechos distan de explicarla de modo excluyente. A partir de 1920 se explicitó de modo irreversible la disputa por el principio de verosimilitud en el imaginario social y, como consecuencia de ello, parecería que al anarquismo no sólo se lo acalló "físicamente", sino que se lo "agotó" discursivamente. Posiblemente también contribuyó el cambio del contexto internacional que, a diferencia de la euforia por la Revolución Rusa de la década anterior, ahora presentaba un reflujo conservador. No obstante, el cambio más significativo fue la desaparición del anarcosocialismo del temario de la discusión teórica, el cual, paulatina y especialmente en los sindicatos obreros, será superado por el incipiente y activo nacionalismo integrista. Esta suma de hechos contribuyó a quebrar finalmente la militancia del movimiento obrero, deprimir su resistencia y a redefinir las prioridades sindicales.

Los hechos –y sus consecuencias pragmáticas– confirmaron a los nacionalistas que los fenómenos sociales, fundamentalmente colectivos, no pueden ser programados aritméticamente; la vorágine social los superó y no pudieron reaccionar positivamente, quedando descolocados de frente a la sociedad y a sí mismos. Un nuevo imaginario toma lugar en la escena social y cultural argentina, con elementos reconocibles de diferentes corrientes, a veces en pugna entre sí, pero que coinciden en afirmar una originalidad de lo "argentino" en relación al resto del mundo.

Esta explicación puede dar cuenta de la interacción e interrelación, diálogo y refracción entre el discurso anarcosocialista en sus distintas facetas y las distintas corrientes de la reacción tradicionalista (conservadora, espiritualista, nacionalista o integrista).

Señalamos antes que el anarquismo, en sus distintas variantes, pudo modelizarse como hegemónico –o por lo menos prevaleciente– entre los grupos obreros o intelectuales; asimismo, aludimos a la

necesidad de considerar otra dimensión complementaria –en especial a partir del Centenario–, tal la del discurso del nacionalismo tradicionalista que primero responde y luego refuta al anarquismo para después desplazarlo y neutralizarlo. Pero el costo de tal logro fue inesperado: el nacionalismo también se ve eclipsado, fagocitado, cooptado por el interpretante de esa interrelación dialógica, que los contiene a ambos pero los supera. Es por ello –reiteramos– que el estudio del nacionalismo no puede limitarse sólo al estudio de sus versiones "elevadas", sino que se debe atender a la particular dinámica y dialéctica entre la producción cultural y teórica anarquista y la reacción, también teórica y cultural, de los grupos conservadores.

Un buen ejemplo de encadenamientos textuales, donde cada obra pretende refutar, o por lo menos responder o completar a la anterior, lo ofrecen los numerosos ensayos referidos directa o indirectamente a Domingo Faustino Sarmiento. Tómese por ejemplo la serie que se inicia con *Bibliografía de Sarmiento*, de Ricardo Rojas (1911); *Historia de Sarmiento*, de Leopoldo Lugones (1911); y numerosos capítulos dedicados en la *Historia de la Literatura Argentina*, también de Ricardo Rojas (1917-1922); *Vida de Sarmiento*, de Manuel Gálvez (1922); *La vejez de Sarmiento* (1927) y *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina* (1938), de Aníbal Ponce; *Radiografía de Sarmiento*, de Celedonio Galván Moreno (1938); *Sarmiento*, de Bernardo González Arrili (1946); y nuevamente de Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento* (1941) y *El profeta de la Pampa* (1945)[6]. En esta serie, donde se alternan en la lectura e interpretación de Sarmiento (de su obra y de su política) socialistas, libertarios, nacionalistas, radicales, comunistas y nacionalistas, se disputa no sólo la correcta interpretación del Sarmiento intelectual y estadista sino la propiedad, en sentido lato del mismo. No deja de ser significativo que Manuel Gálvez, quien en 1910 escribe el extremo *Diario de Gabriel Quiroga*[7], en cuyas líneas cita, disputa y refuta *El*

•••••

[6] Recuérdese que ya existía para la época, una edición de las *Obras Completas* de Sarmiento editada por Augusto Belín Sarmiento y Luis Montt, publicada entre 1884 y 1903.

[7] Cf. *Infra*.

crepúsculo de los gauchos de Félix Basterra (1903), en 1945 –contemporáneamente al advenimiento del peronismo (al cual saludó el 18 de octubre con un curioso artículo publicado en *La Prensa*)– concluye su monumental biografía de Sarmiento con una frase significativa:

> Las ocultaciones se refieren a dos aspectos de su vida: su autoritarismo y sus sentimientos religiosos. El objeto ha sido presentarle como *demoliberal* [subrayado nuestro] y como desprovisto de creeencias [sic]. *Hoy los izquierdistas lo hacen suyo*. ¡Y no hubo nadie que fuese más hombre de orden, más conservador! De haber vivido ahora [N.B. 1945] la demagogia no habría tenido mayor enemigo.[8]

Así, Gálvez –el hidalgo– queda como el garante de la propiedad y de la correcta lectura del prócer que busca la verdadera identidad nacional, cerrada, estable, y formula una clara reivindicación de clase. Parecería afirmar todavía en 1945 –y es clara la alusión a la lectura de Aníbal Ponce principalmente– "Sarmiento es nuestro, no de los izquierdistas, no de la plebe ultramarina. Si va a ser criticado o elogiado, es a nosotros a quien corresponde hacerlo".

Otro indicador significativo lo constituye una serie de obras de Alberto Ghiraldo que se proponen releer la historia de la cultura Argentina desde la perspectiva anarquista: *La Argentina. Estado social de un pueblo* (1922) o *El pensamiento argentino* (1937) buscan enunciar desde la hegemonía alternativa que representaba la cultura anarquista de entonces un relato distinto de la sociedad que escapase a la concepción patricia. Lo mismo ensaya en *La novela de la pampa* (1934) donde trata de construir una ficción gauchesca pero en clave anarquista y no tradicionalista. *El país de la selva*, de Ricardo Rojas (1907), encuentra otra voz; una replicancia que complejiza la trama de la circulación de ideas en el período. Finalmente, intentos análogos lo constituyen *Dos palabras* (1900); *Sobre ciencia social* (1901); *El crepúsculo de los gauchos* (1903); *Política de los partidos polìticos* (1904); *Asuntos contemporáneos* (1908), de Félix Basterra

•••••

[8] Gálvez, Manuel, *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1945, p. 803.

y *La juventud intelectual de la América Hispana* (1911), de Alejandro Sux. A su vez, estos textos (publicados muchos de ellos en Madrid, Santiago de Chile, París o Montevideo) no dejan de circular en el campo intelectual argentino y funcionan como una prótasis que incita a que la cultura patricia responda a la inesperada apropiación que del capital simbólico estaba realizando la *inteligenzza* anarquista, la que a su vez relee la historia patricia desde una perspectiva alternativa a la historiografía lineal decimonónica.

EL NACIONALISMO COMO REACCIÓN (RESPONSIVA) A LA HEGEMONÍA (DISCURSIVA) ANARCOSOCIALISTA (1910-1920)

En una primera etapa, se desarrolló un pensamiento tradicionalista que, con variados matices, se extendió en la producción teórica y creativa y en las prácticas pedagógicas oficiales, que culmina en el Centenario (1910), a partir del cual comienza paulatinamente a radicalizarse de modo directamente proporcional a su centralidad. En una primera instancia, esta "mentalidad" tradicionalista respondió a la "cosmopolitización" de la sociedad argentina, no sólo por el influjo migratorio sino también por el marcado afrancesamiento de la cultura nacional en el último cuarto del siglo XIX. Luego, esta mentalidad se fue sistematizando y radicalizándose cada vez más y tuvo como objetivo explícito responder puntualmente a las prácticas políticas y culturales anarco-socialistas –cada vez más audaces y virulentas– con el objetivo de neutralizarlas, superarlas o cooptarlas. A tal fin, comienzan a surgir numerosos textos que muestran este giro de gran parte del campo intelectual argentino, difundiéndose obras y escritos varios de corte tradicionalista y, en algunos casos más específicamente, nacionalistas. En este punto resulta evidente que, más allá de las específicas prácticas sindicales y políticas, es cuando se inicia una disputa teórica y estética entre ambos bandos en pugna.

Obviamente, las series de producciones textuales nacionalistas resultaron siempre evidentes, especialmente porque pertenecían a escritores e intelectuales consagrados. La literatura y la teoría social

anarquista, por el contrario, fue olvidada mayormente por la crítica y sólo en época reciente revisitada. Sin embargo, ambas esferas textuales fueron estudiadas de modo independiente, no confrontándoselas adecuadamente y mucho menos haciéndolas dialogar entre sí. Nuestro objetivo es precisamente ese: ensayar un diálogo entre algunos textos representativos de este diferendo y apreciar los efectos pragmáticos de tal cohabitación y sus relaciones cotextuales y contextuales en el momento de producción y en los contextos lejanos de recepción y lectura (Bachtin [1979]). Y es por la aplicación de esta comparativística que se puede contrastar un hecho que, por previsible *a posteriori*, no deja de ser altamente significativo: *i.e.* tanto anarco-socialistas como nacionalistas, además de dialogar conflictivamente entre sí, responden y releen, también, con su propia dinámica textual, las principales obras de Domingo Faustino Sarmiento.

En otros términos, podemos postular un grafo existencial (Peirce *CP*: 4.533-51) que indicaría que los autores (ficcionales o ensayísticos) discuten entre sí por el control del principio de verosimilitud de la sociedad argentina en el marco del horizonte de expectativas, pertinencias y prácticas ya definido por Sarmiento en sus principales ensayos de intepretación: *Civilización y Barbarie-Facundo* (1845), *Recuerdos de Provincia, Argirópolis* (1850) y *Conflictos y armonías de las razas en Amèrica* (1883).

Es decir, el eje de la discusión está condicionado por los términos teóricos y los planteos de Sarmiento: los autores, anarquistas o tradicionalistas, adoptan los hipersignos sarmientinos y a partir de ellos piensan y escriben contra sus enemigos ideológicos –en una complejísima retórica– desde (*ex quo*) postulados sarmientinos en clave anarcosocialistas contra (*versus*) nacionalistas y viceversa.

Paralelamente a esta dialéctica textual (ideológico-estética), se dieron otros dos fenómenos fundamentales para el desarrollo de la cultura argentina inmediatamente posterior:

a) El surgimiento, a fines de la década del '20 y comienzos de la del '30, de una notable (cuantitativa y cualitativamente) producción textual, completada por complejas y efectivas prácticas sociales, que tuvo por objetivo la recristianización de la sociedad, marcadamente influida por las prácticas laicizantes y positivistas de la generación de

Pavón y del Ochenta. Esta evangelización se dará en la totalidad de la sociedad, desde el Ejército hasta la escuela, pasando por el asocianismo,[9] los sindicatos y las sociedades intermedias y de beneficencia.[10]

b) El nacimiento de una nueva tendencia de intelectuales que paulatinamente se dirigirán a un público más amplio: el llamado revisionismo histórico, el cual tiene como principal objetivo la revalorización en el imaginario colectivo de la figura de Rosas y de la Argentina anterior a la batalla de Caseros; es decir, la rememoración –a veces arcádica– de una sociedad hispánica, hidalga, criolla, tradicionalista y, en definitiva, piadosa.[11]

Como consecuencia de ello, el primer revisionismo (que inspira en gran medida una tendencia de la Revolución del Treinta) que excede los círculos intelectuales elitistas (o que no puede penetrar en ellos) buscará llegar a las masas (como complemento de la evangelización religiosa) y tratará de aniquilar la versión no sólo de la historia sino de la sociedad que se formó a partir de los teóricos liberales, especialmente el eje Rivadavia-Alberdi-Sarmiento-Mitre. Estos autores despreciarán o refutarán principalmente a Sarmiento, pero no podrán evitar discutir con él.

•••••

[9] Un capítulo aparte lo constituye cómo se dio el proceso en el asociacionismo migratorio, especialmente italiano, en el cual se plantearon duras disputas entre las asociaciones mazziniano-carbonarias y las católicas.

[10] A diferencia de lo que ocurrirá desde la década del treinta, las sociedades de mutuo socorro y de asistencia y beneficencia migratorias fueron, entre 1850 y 1920, principal y fundamentalmente laicas, de inspiración socialista. Ejemplos notables (que todavía subsisten) fueron la Sociedad "Unione e Benevolenza" de Buenos Aires, el Hospital Italiano, el Patronato Italiano y el Circolo Italiano. Todas ellas laicas y policlasistas, en la cuales participaron activamente también la pequeña pero activísima comunidad ítalo-judía. Este carácter "abierto" se mantuvo incluso durante el fascismo. Una situación similar se vivió en los otros hospitales de las colectividades: Español, Alemán, Británico y Francés, todas asociaciones civiles, de ayuda mutua y beneficencia y laicas. Desde 1925-30, el proceso se invierte, y el nuevo asociacionismo (por causas internas y externas) comienza a conformarse en torno a fiestas regionales y santos patronos, siendo mayormente de inspiración religiosa.

[11] Hasta cierto punto el revisionismo histórico, cuyo lector modelo es más amplio y popular y por ende más fácilmente adoctrinable, puede ser leído como una popularización (complementaria) del lector modelo de la literatura tradicionalista elitista, cuyo ejemplo arquetípico lo constituye Enrique Larreta en otros autores elitistas o cultistas.

Entendido este punto, resulta clara la estrategia discursiva de muchos de los autores nacionalistas. La deconstrucción de Sarmiento se justifica por sí y por carácter transitivo, ya que muchos de los tópicos anarquistas fueron a su vez tópicos sarmientinos.[12] La estrategia discursiva de los nacionalistas no se limitará, por tanto, a esta crítica negativa, sino que recurrirán a un procedimiento mucho más complejo y sutil: *retomarán los tópicos anarquistas pero serán resemantizados en los textos nacionalistas*: *i.e.* Las reivindicaciones obreras serán, por tanto, aceptadas pero profundamente modificadas por la versión neocriollista de la historia nacional, por el contexto religioso y por la pretensión de superación de la conflictividad permanente.

La conclusión de este proceso aquí resumido tuvo como consecuencia que, hacia mediados del siglo XX, se conformara un nuevo sentido común que resulta claramente espurio, un curioso y original híbrido entre definiciones y ambiciones sarmientinas con reivindicaciones anarco-socialistas y sindicalistas, y en clave y ética nacionalista y neocriollista.

Desde el punto de vista político, se evidencia principalmente el abandono irremediable del internacionalismo (cuestión discutida también en el seno del sindicalismo y del socialismo finisecular) y la revalorización del pasado criollo, hispánico y por ende cristiano. Esta definición excluyente de la tradición y la nacionalidad (una especie de originalidad que hacía a la argentinidad "única", anómala)[13] será el límite autoimpuesto, tanto del anarco-socialismo como del nacionalismo.

Es decir que el giro intelectual que se inicia en torno a 1910 y que madura en torno a 1940 logra conformar una mentalidad común, un sentido común policlasista y transversal que explica en gran parte la evolución cultural de la segunda mitad del siglo. En gran medida, *algunos principios teóricos y algunas de las principales preocupaciones e in-*

.....

[12] Debe entenderse que entre 1920 y 1930 Sarmiento era un prócer de la Argentina liberal, pero que estaba siendo apropiado por el pensamiento de izquierda. *Vide v.gr*. Aníbal Ponce. *Cfr. et. infra* Gálvez 1922.

[13] *Cfr*. Godio y Mancuso 2006, *La anomalía argentina. De la tierra prometida a los laberintos de la frustración*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006.

quietudes del anarquismo, releídos y profundamente mutados por el nacionalismo, serán la condición de posibilidad del pensamiento social y de gran parte de la producción artística, (particularmente literaria) posterior. Esta peculiaridad será la cualidad distintiva del "ser nacional" en el cual, los enemigos ideológicos y/o estéticos coincidirán irreversiblemente. En otros términos, la teoría y la práctica literaria (ficcional y ensayística) del anarcosocialismo más el nacionalismo generará un interpretante final que no será ni uno ni el otro, pero que de alguna manera los incluye y los supera. Y este sincretismo concluirá, precisamente, en torno a 1945.

Evidentemente, aquí se postula una explicación superadora de cualquier antinomia de la formación (teórica, ideológica, discursiva y artística) del siempre inasible "peronismo". En efecto, el fenómeno social del peronismo, su peculiaridad y originalidad, nunca fue un objeto de estudio pacífico. Los estudiosos extranjeros no pudieron, mayormente, formular algo más complejo que una exposición que por analogía lo remitiese a la matriz nacionalista europea, sus semejanzas –parciales– con el fascismo o el falangismo o similares, sin comprender por ello sus notables diferencias. Analogías que siempre, por otra parte, incluso para sus mismos expositores, resultaron insatisfactorias, o insatisfactorias por no exhaustiva. A su vez, los estudiosos o comentaristas locales difícilmente pudieron escapar al prejuicio pasional, favorable o desfavorable, interfiriendo en la comprensión de los hechos. Posiblemente, se podría afirmar que el peronismo es, desde la presente perspectiva, el primer y principal producto, no del nacionalismo precedente, sino de la peculiar dialéctica entre éste y el anarco-socialismo y sindicalismo de principios de siglo. El primero pero no el único de los productos, puesto que lo que esta dialéctica tenaz (y a veces violenta) entre ambas tendencias produce, es una inflexión en la mentalidad y en el sentido común –en su horizonte de expectativas– de toda la sociedad argentina. Un enunciado observacional que contrastaría esta afirmación es el hecho que los numerosos nacionalistas presentes en el primer gobierno peronista, rápidamente son apartados o se alejan voluntariamente por sentirse traicionados, manteniéndose sólo vinculados y con reservas en el área de difusión cultural del mismo algunos pocos. Es precisamente en esa esfera donde no podían encontrar contradicciones pues el concepto de nacionalidad neo-criollista y tradicionalista es aceptado por todo el

espectro político-ideológico y cultural, sólo parcialmente rechazado y ni siquiera totalmente, por algunos autores vinculados al grupo de la revista *Sur*.[14] Resulta significativo también que los representantes más puros del nacionalismo católico, como el Presbítero Julio Meinvielle, no sólo se apartaron tempranamente del peronismo sino que rápidamente pasaron a la oposición, tal como testimonia el semanario *Balcón*.

Por ello, si bien el peronismo no es ajeno al nacionalismo, tampoco lo es el radicalismo, que nació casi como un proyecto nacionalista que adquiere su formulación más clara en FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Pero lo más significativo es, precisamente, que el socialismo, en sus múltiples variantes, poco a poco se nacionaliza hasta completar el cruce en la década del '60 y del '70, en el cual florece un nacionalismo izquierdista, en múltiples facetas, siempre atento a la liberación nacional. No se clama ya por la unidad internacional de los trabajadores sino por la autonomía y liberación nacional. No se ve como prioridad la igualdad sino los intereses del pueblo, de la Nación, defendiéndose de la agresión del/os imperialismo/s. Se postula, a lo sumo, la hermandad latinoamericana; todos, en suma, tópicos gratos al pensamiento nacionalista de la década del '20 y del '30. Síntesis de estos postulados que del anarcosocialismo pasan al nacionalismo y de éste, reelaborados, regresan al socialismo posmoderno, es la causa de las Malvinas, texto central del imaginario político y social de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX, tanto como para llevar al país a una guerra; la primera del siglo XX y la primera en más de cien años.

Así como, en nuestra opinión, las poéticas literarias y artísticas en general de la segunda mitad del siglo XX, no sólo son deudoras de las

[14] Prácticamente no existen voces en contra, nadie discute que la nacionalidad argentina se centra en la tradición del gaucho Martín Fierro o en Juan Moreira… Los disidentes lo hacen más por una cuestión de piel, de cosmopolitismo genérico, que por una convicción teórica. Nadie escapa al chiche nativista, salvo, quizás, Borges (*cfr. v gr.* algunos ensayos y conferencias, de tinte político implícito, como "El escritor argentino y la tradición", 1932). No obstante, la visión cosmopolita de Borges, no le impide –antes o después– retomar obsesiva e iterativamente a *Martín Fierro* (al personaje y al poema) como motor de escritura. Cuentos como "El Fin" (1944) o "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz 1829-1874" (1949), son prueba de ello.

vanguardias internacionales, sino que encuentran un antecedente y una sensibilidad preparada por la tradición de la literatura y la teoría social anarquista vernácula (sobre todo en lo que respecta a la concientización de las masas obreras) en los principios constructivos de la literatura libertaria, también puede postularse que la construcción del imaginario social y de los tópicos literarios y críticos venideros, están definidos por la agenda derivada de la producción teórica nacionalista, elaborada como respuesta a la hegemonía alternativa de la literatura y teoría social anarco-socialista y sindicalista precedente.

En suma, la notable hegemonía del discurso anarquista (especialmente en el mundo obrero e inmigrante) muta (por obra de toda una reacción cultural especialmente centrada en la educación, en sentido amplio) en otra también notable hegemonía del discurso nacionalista, que se extiende en toda, absolutamente toda, la cultura.[15]

Se confirma así, nuevamente, que la reflexión teórica y la praxis textual ficcional anarquista no sólo es *conditio sine qua non* del nacionalismo tradicionalista que nace como una respuesta a este cosmopolitismo revolucionario, sino que la dialéctica discursiva derivada de ambas tendencias, crea un interpretante final que será la mentalidad argentina del medio siglo.

•••••

[15] Recordar las publicaciones periódicas fundamentales de este sentido: *Ateneísta, Azul y Blanco, Balcón, Baluarte, Cabildo, Clarinada, Convivio, Cristiandad, Criterio, Diario Ilustrado, El Legionario, El Pampero, Gaceta de los Cursos de Cultura Católica, Humanidad, Idea Viva, La Nueva República, Política y Espíritu, Sapientia, Sept, Soy y Luna,* etc.

FASCISMOS Y NACIONALISMOS DESPUÉS DE 1945. APROXIMACIONES Y DISTANCIAS

CRISTIAN BUCHRUCKER

EL FASCISMO "CLÁSICO"

Los fascismos surgieron como una nueva familia ideológica en una situación histórica concreta, radicalizada por el doble impacto de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. En lo fundamental, fueron un intento por revertir buena parte de las tendencias societarias que habían caracterizado el siglo anterior. Construido como una amalgama inestable de intereses prácticos y mitos de enorme fuerza emocional, el fascismo se planteó ante las tensiones contemporáneas con un perfil propio, pero a su vez atravesado por una contradicción interna que permite caracterizarlo como un "modernismo reaccionario" y "engañoso" o como un intento de forzar el "reencantamiento" de las relaciones políticas y sociales.

El fascismo planteó a la nación –una realidad supuestamente indisoluble formada de "sangre y suelo"– como supremo centro de toda aspiración comunitaria sólida, desvalorizando los lazos que implicasen formaciones sociales o políticas por encima o por debajo de ese centro. El miembro de la nación fascista es concebido como un guerrero y un "idealista", alguien que, en vez de negociar, combate y conquista. Las in-

vocaciones de Mussolini a un difuso "europeísmo", o a la "universalidad de la idea romana", así como el mito nazi de la solidaridad internacional "germánica" o "aria", parecieron ser el esbozo de una visión complementaria. Con ella se pretendía suplantar la propuesta de la unidad revolucionaria de la clase trabajadora de Lenin y la liga de las naciones pacíficas de Kant, ambas denigradas como típicamente "societarias"; esto es, supuestamente "materialistas" y "desarraigadas" de la "verdadera" comunidad.

El conglomerado ideológico que el fascismo pretendió convertir en el discurso legitimador de su "misión" y su régimen se basó en reclamar para el binomio líder-partido (más bien un lazo místico, no una relación deliberativa) el monopolio de una "idea" curiosa: la de que la moderna "ciencia" –concretamente la geopolítica y la "raciología"– habría confirmado la vieja tradición aristocrática de que "la naturaleza" le había asignado a cada nación y raza un "lugar" jerárquico en el mundo. Esta mezcla de argumentos arcaicos y nuevos rechazaba la aplicación de criterios experimentales y voluntario-contractuales a la organización política y social, implicando un proceso de re-encantamiento de la misma. Al tomar ese camino se planteaba no sólo como alternativa frente a las opciones seculares democráticas, sino también a las posiciones conservadoras entonces predominantes tanto en la iglesia católica como en la protestante.

En cuanto al conflicto distributivo entre aspiraciones en expansión y disponibilidades limitadas, la jerarquización de los pueblos predicada por el fascismo señalaba claramente la "solución": los "superiores" debían redistribuir el mundo y no debían retroceder ante la guerra si eso generaba resistencias, ya que los "inferiores" y "parásitos" se habrían apoderado de recursos que no les correspondían. En el interior de la "comunidad nacional" se respetaría en líneas generales el *status quo* de la propiedad, salvo en el caso de opositores o elementos considerados "foráneos hostiles".

Consecuentemente, la pretensión totalitaria que desarrolla el régimen fascista tiene rasgos muy diferentes a los de la aspiración totalitaria estalinista. En el fascismo, las elites del poder económico mantienen una considerable autonomía, mientras se produce la unificación más completa posible de las elites política y cultural. En este plano es donde la dictadura consigue sus mayores "éxitos", reduciendo a los

disidentes al silencio, a la clandestinidad, a la prisión o al exilio.[1]

RESIDUOS FASCISTAS Y NACIONALISMOS LATINOAMERICANOS EN EL CONO SUR DURANTE LA ERA DE LA GUERRA FRÍA

Durante la Guerra Fría hubo algunos regímenes que fueron catalogados como fascistas o, al menos, muy cercanos al mismo por diversos observadores: el primer peronismo (1946-1955), la sedicente "Revolución Argentina" (1966-1973), el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" argentino (1976-1983), y la larga dictadura de Pinochet en Chile (1973-1990).

El primer peronismo es uno de los casos más estudiados en el conjunto de los populismos iberoamericanos. Una constante en la evolución del régimen fue una tensión interna entre elementos democráticos y autoritarios. Su base de legitimidad fue el sufragio universal, a la vez que las oportunidades de progreso económico y educativo

.....

[1] La fundamentación histórica de esta caracterización se encuentra en Buchrucker, C., *El fascismo en el siglo XX*, Buenos Aires, Emecé, 2008. Predominan en esta mirada las coincidencias con Luebbert, G. M., *Liberalism, Fascism or Social Democracy*, Nueva York/ Oxford, Oxford University Press, 1991; Soucy, R., *French Fascism: The Second Wave 1933-1939*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1995; Kallis, A. A., *Fascist Ideology: Territory and Expansionism in Italy and Germany 1922-1945*, Londres/ Nueva York, Routledge, 2000; Berg-Schlosser, D. y Mitchell, J. (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe 1919-39. Comparative Analyses*, Londres, Palgrave/Macmillan, 2002; De Grand, A. J., *Fascism: Its Origin and Development*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2000; Kershaw, I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; y Paxton, R. O., *The Anatomy of Fascism*, Nueva York, A. Knopf, 2004. En cambio, son importantes las divergencias con De Felice, R., *Entrevista sobre el fascismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Sternhell, Z., *Neither Right nor Left. Fascist Ideology in France*, Princeton, Princeton University Press, 1987; Payne, S. G., *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995; Griffin, R., *International Fascism*, Londres/Sydney/ Auckland, Arnold, 1998; y Gregor, J. A., *Phoenix: Fascism in Our Time*, New Brunswick/ Londres, Transaction Publ., 2002.

para los trabajadores produjeron un acelerado proceso de integración de esos sectores en una nación concebida según criterios modernos y constructivistas. Pero el liderazgo personalista de Juan Perón, sumado a algunos rasgos esencialistas y maniqueos en la idea de nación ("pueblo" versus "oligarquía"), redujeron el nivel de tolerancia frente a la oposición y favorecieron las prácticas autoritarias. ¿Fue entonces el peronismo una simple versión sudamericana del género fascista? Sin duda existieron algunas similitudes, pero las diferencias fueron numerosas e importantes.[2] Se resumen ambas en el siguiente cuadro:

SIMILITUDES ENTRE FASCISMO Y PERONISMO	DIFERENCIAS ENTRE FASCISMO Y PERONISMO
a) La concepción de la nación fue más comunitaria y menos individualista que la del liberalismo.	1) El peronismo no incluía posiciones abiertamente xenófobas y antidemocráticas. Tampoco planteaba un proyecto de expansión territorial.
	2) La configuración social del peronismo implicó una presencia masiva de militantes y votantes de clase baja. Faltó totalmente el elemento clave de los excombatientes, que no existía en la sociedad argentina de esa época.
b) Fuerte personalismo en la conducción del movimiento con tendencias hacia el "culto del líder", quien es fundador del movimiento y articulador de la "doctrina".	3) Perón no tenía el perfil básico del líder fascista (joven veterano sin adscripción profesional clara). Como militar de carrera devenido político, se acercaba más a figuras como los Generales Primo de Rivera (España de los años 20) y Schleicher (Alemania de 1932).
	4) El peronismo en gestación (1943-1946) no contó con fuerzas paramilitares (del tipo "squadristi", SA o SS).
	5) El peronismo no llegó al poder montado en una oleada de temor de sus seguidores a una "amenaza roja", sino en el apoyo que generó su política social y la confrontación con la injerencia de los Estados Unidos en el proceso electoral argentino de 1945-1946.

•••••

[2] Para el peronismo y otras corrientes políticas argentinas consideradas desde una perspectiva comparativa véase: Brennan, J. A. (ed.), *Peronism and Argentina*, Wilmington, SR Books, 1998; Rock, D., Mc Gee Deutsch, S. y otros, *La derecha argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2001; y Buchrucker, C., "La cultura política antidemocrática en el Cono Sur. Trayectorias históricas en el siglo XX", en: Colom González, F. (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid /Francfort, Iberoamericana/Vervuert, 2001, tomo II.

	6) El peronismo no clausuró experimentos democráticos, sino que surgió después de una era de represión de las mayorías y fraude electoral masivo (1930-1943).
	7) El acceso al gobierno no se realizó por una coalición con fuerzas conservadoras, las que en la Argentina eran en su mayoría, antiperonistas.
c) Ideas sobre una representación corporativista, aunque escasamente realizadas.	8) En el plano de las relaciones obrero-patronales, el peronismo fue identificado tanto por seguidores como por adversarios más inclinado al primer sector que al segundo.
	9) La política económica no se caracterizó por un crecimiento desmesurado del gasto militar.
d) Existió la pretensión de difundir la "doctrina" por medios oficiales en todos los ámbitos de la sociedad, fuertes presiones para encuadrar a los empleados públicos en el partido gobernante y restricciones de las libertades de las fuerzas opositoras.	10) El índice de democratización de la Italia fascista fue de 0. Entre 1940 y 1959 el índice argentino osciló alrededor del 5,7 (el comienzo de lo que podría denominarse democracia en la escala de Tatu Vanhanen. Véase el clásico estudio comparativo de autor que cubre los siglos XIX y XX a nivel mundial: Vanhanen, T., *Prospects of Democracy. A Study of 172 Countries*, Londres, Routledge, 1997.). El régimen no contó con milicias y la juventud no fue militarizada. La represión de los adversarios no llegó a la supresión de sus partidos, no hubo campos de concentración y las muertes y prisiones causadas por motivos políticos estuvieron muy por debajo de las que ocasionaron algunos gobiernos civiles (Yrigoyen 1916-1922) o dictaduras militares como las de 1930-1932, 1966-1973 y 1976-1983.
	11) El régimen no desató una guerra de agresión ni se derrumbó por la derrota externa.

Tanto en el peronismo de 1946-1955 como posteriormente –por lo menos hasta 1983– existieron en su seno grupos que podrían ubicarse como fascistas o semifascistas (continuadores de los nacionalistas de extrema derecha de los años 30), alcanzando su máxima cuota de poder durante el gobierno de María Estela Martínez –"Isabelita"–, viuda de Perón (1974-1976). Sin embargo, nunca fueron el elemento dominante. Tomado en conjunto, los rasgos que diferencian al peronismo del modelo fascista son más numerosos y parecen más significativos que aquellos que lo acercan.[3] Otras agrupaciones argentinas

•••••

[3] A esta conclusión también llegó Robert Paxton, al decir que "más allá de apariencias superficiales, la dictadura de Perón funcionó de una manera muy distinta a las de Hitler y Mussolini" (ob. cit., p. 196).

con algunos rasgos fascistas se mantuvieron autónomas o colaboraron activamente con las dictaduras militares de los años 60 y 70.

Por otra parte, sería ingenuo creer que se vislumbra cercano un consenso entre los estudiosos de este tema. Si bien han disminuido, mas no desaparecido, las divergencias en lo que respecta al conjunto de datos empíricos que son reconocidos por todos como base mínima de discusión, persisten desacuerdos profundos en el uso de ciertas categorías analíticas. Tal es el caso de Federico Finchelstein cuando define "la ideología nacionalista, neutralista" de los militares argentinos de 1943 como "pronazi en un contexto hemisférico antinazi". Si fuera así, resulta inexplicable que ese neutralismo estuviese acompañado todo el tiempo por un continuo suministro de materias primas a los Aliados en muy convenientes condiciones financieras para éstos. Tampoco resulta muy esclarecedora la tesis de que el peronismo habría sido "lo más cercano a un régimen fascista clásico que tuvo el país", porque Finchelstein no presenta una clara definición o estudio comparativo de lo que entiende por "fascismo clásico". Esto no se soluciona con frases enigmáticas como "el peronismo reformuló el fascismo y lo volvió irreconocible"[4]. ¿Cuál sería la utilidad científica de un concepto genérico que no sabemos como reconocer para aplicarlo a los casos históricos concretos? El debate también se bloquea por enfoques totalmente incompatibles en el planteo de un marco teórico. Esto ocurre si se comparan estudios que entienden las formaciones histórico-sociales como sistemas compuestos por partes y relaciones inestables en constante adaptación a las presiones del entorno con una concepción esencialista como la de Loris Zanatta que pretende conocer "la naturaleza más íntima" y los "fundamentos antropológicos", además de los "horizontes ontológicos" del peronismo.[5]

En cuanto a la dictadura del Gral. Juan C. Onganía, se puede afirmar

.....

[4] Véase Finchelstein, F., *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

[5] Véase Zanatta, L., *Breve historia del peronismo clásico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

que constituyó la etapa fuerte (1966-1970) de una vagamente definida "Revolución Argentina", cuyos postulados básicos fueron los siguientes:

- Una opción securitista "occidental" en la Guerra Fría, reformulada en lenguaje "nacional" (una especial "misión rectora" de la Argentina en Sudamérica) combinada con una visión geopolítica de confrontación. De tal manera, el país no sólo debía dar prioridad a la "seguridad" contra la amenaza interna "subversiva" (comunista y peronista), sino contra el "peligro" chileno y brasileño en sus fronteras.

- Una adhesión retórica y débil a la "democracia" (identificada como demasiado proclive al populismo peronista y tolerante con "el marxismo") y un mayor énfasis en la "república", lo que en realidad implicaba la transferencia de poderes prácticamente ilimitados a equipos tecnocráticos formados por militares autodesignados y algunos civiles cooptados.

- Un modelo social y cultural "armónico" y conformista, supuestamente basado en la "moral", el rechazo de la pluralidad y el conflicto y el logro de una rápida "modernización" económica.

Hacia 1969 había comenzado una insurgencia armada de una serie de pequeñas agrupaciones de ultraizquierda y del peronismo más militante, a lo que se sumó la acción semiclandestina de la ultraderecha unos años después. En su segunda dictadura securitista de la Guerra Fría –el "Proceso" de 1976 a 1983–, los militares integraron esta última forma de violencia en su aparato represivo y lanzaron una campaña de terror estatal sin precedentes en el país. Desde el punto de vista intelectual, el sustento ideológico de estos dos regímenes militares no era sólido, sobre todo porque contenía dos contradicciones irresueltas: 1) la que surgía de la simultánea defensa de la libertad económica y del autoritarismo político; 2) la que emanaba del intento paranoico de combinar la vieja visión geopolítica antichilena y antibrasileña con el anticomunismo global de la Guerra Fría (y finalmente con la aventura de las Malvinas en 1982).

En Chile, el gobierno de la "Unidad Popular" (1970-1973) planteó

reformas socioeconómicas aún más audaces que la derecha interpretó como la antesala de un liso y llano comunismo. Con el sangriento golpe militar de 1973 se iniciaba una larga etapa de conservadurismo autoritario. La militarización de la vida pública chilena se intentó justificar como reacción preventiva frente a una supuestamente poderosa amenaza de insurrectos marxistas, tolerados por el gobierno y controlados desde la Cuba castrista; los hechos demostraron luego que esta no era una situación real, sino más bien un producto del clima ideológico de la Guerra Fría. En cuanto al régimen del Gral. Augusto Pinochet, su larga duración lo hizo más comparable al caso brasileño que a los dos ejemplos argentinos ya mencionados, pero su personalismo lo alejó de aquel. Llamativo resultó el intento de estabilizar por vías "constitucionales" un civilismo restringido por rasgos que otorgaban poderes especiales a la corporación militar más allá de la presidencia de Pinochet, intento que tuvo también admiradores en la Argentina.

¿Hubo fascismo en estas tres dictaduras militares? A pesar de que muchas veces se ha usado esa categoría para catalogarlas, es bastante evidente que en rasgos importantes estos casos se diferenciaron fuertemente del modelo fascista: en ninguno de ellos se encuentra una guerra exterior perdida como origen constitutivo; su liderazgo lo formaron burócratas militares de tipo tradicional carentes del carisma de los tribunos populares; no produjeron un partido de masas (aunque hubo un acercamiento de Pinochet a esto en las postrimerías de su régimen); no desarrollaron un culto al líder comparable al del fascismo. La pretensión de politizar "totalmente" la masa de los ciudadanos, convirtiéndolos en militantes, no existió en los casos sudamericanos; en éstos solamente se buscó la coordinación autoritaria de las élites militar, económica y cultural, sumada a la casi total despolitización forzada de la mayoría de la población. Por último, la derrota en las Malvinas jugó un rol fundamental en la caída de la dictadura argentina de 1976-1983 (aunque no tan masivo como en los regímenes de Mussolini e Hitler), mientras que las aventuras bélicas nada tuvieron que ver en el final de los otros dos casos. En cuanto a las afinidades con el fascismo, también existieron, tratándose básicamente de las mismas que ya se registraron en las conservadurismos autoritarios de Europa en la entreguerra: el miedo ante una "amenaza comunista" so-

brestimada como principal pasión movilizadora de los jefes y seguidores de la dictadura, la destrucción del pluralismo político en sociedades de cultura democrática relativamente débil y la persecución del sindicalismo con el beneplácito de sectores patronales. En suma: Miklós Horthy, Engelbert Dollfuss, Ion Antonescu y Francisco Franco son el término más adecuado de comparación para los generales Juan Carlos Onganía, Jorge Rafael Videla y August Pinochet; no Benito Mussolini o Adolf Hitler.

EL PRESENTE. ¿HAY ESPACIO PARA EXPERIENCIAS NEOFASCISTAS?

Ante todo, cabe constatar que algunos fragmentos de las pasiones, las ideas y los conflictos que contribuyeron a la amalgama fascista han sobrevivido a lo largo de muchas décadas. En ese sentido, se podría decir que los restos del naufragio fascista actúan como uno (no el único) de los indicadores de alarma, cada vez que la compleja construcción que son las sociedades democráticas modernas entra en una coyuntura tormentosa. Por debajo de la inevitable superficialidad del discurso político cotidiano, sabemos que estas sociedades no pueden pretender resolver "de una vez por todas" la totalidad de las tensiones, superar todas las carencias o prometer armonías perfectas. Y a diferencia de todas las sociedades premodernas, no pueden entregarse a proyectos que prometen revertir el bisecular proceso de emancipación de viejos y nuevos mitos, para regresar a la boba seguridad psicológica de antaño. Pero esa promesa seductora fue una de las claves del ascenso de los fascismos y con ciertas adaptaciones a los nuevos tiempos, podría volver a serlo en el futuro.

A nivel mundial, el fenómeno que podría implicar la amenaza más significativa es la reconstitución de un conglomerado de perfil fascistoide en alguno o varios de los Estados más poderosos. Los contornos de ese conglomerado pueden sintetizarse en una serie de puntos:

- La persistencia y generalización de conflictos armados en regiones de la periferia que resultan claves para la economía de los países centrales –especialmente el Medio Oriente. Esto contri-

buiría a un renacimiento de las consignas de "seguridad nacional" y "guerra preventiva" que fueron tan importantes en el viejo discurso fascista.

- La deslegitimación oficial y oficiosa de toda crítica y protesta con el rótulo de "discurso que favorece a los terroristas".

- No la negación abierta y agresiva de la democracia, ni la apología desembozada de la guerra, sino un sistemático vaciamiento de la sustancia democrática, a través de la difusión del elitismo tecnocrático y la manipulación sistemática de la información.[6]

- La renovada tendencia hacia una perversa versión militarista del keynesianismo, concentrando excesivas dosis de poder (escasamente controlado) en un eje formado por las fuerzas armadas y el aparato industrial especializado en material bélico.

- Los intentos de legitimar todo lo anterior elaborando una mezcla de supuesta ortodoxia "científica" con elementos religiosos fundamentalistas.

No sólo los siempre citados países islámicos, sino también Rusia, China y Estados Unidos, cada uno con los matices específicos de su legado histórico, poseen esos ingredientes, aunque en diferentes grados de intensidad.

[6] Las tendencias en este sentido, especialmente visibles en el caso norteamericano a partir de la década de 1980, han sido analizadas por muchos autores, aunque suelen ser vistos con horror o ignorados por los que se consideran los guardianes de las corrientes dominantes –el neoliberalismo económico, el conservadorismo cultural y el securitismo globalizado– en el mundo mediático anglosajón. Véase: Domhoff, G. W., *Who Rules America Now?*, Nueva York, Simon and Schuster, 1986; Chomsky, N., *El miedo a la democracia*, Barcelona, Grijalbo/Mondadori, 1992; Wolin, S. S., *Democracia S.A.. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Madrid, Katz, 2008; y Serrano, P., *Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo*, Barcelona, Península, 2009.

COMENTARIOS[1]

DARÍO ROLDÁN

La literatura sobre el nacionalismo o, más en general, sobre las derechas, ya sea tradicionalista, reaccionaria o fascista, es considerable tanto en la Argentina como en el resto del mundo. Como toda tradición política de envergadura, incluyendo en ella partidos e ideologías, sus expresiones divergen según el período, la geografía y los contextos políticos. No obstante, como ocurre habitualmente, son los momentos de agudización de los conflictos los que impulsan una delimitación más ruda de los con-

[1] Antes que nada, quisiera agradecer la invitación que me hicieron para participar en este libro. Como probablemente algunos sepan, yo no soy especialista en estos temas de modo que mis comentarios son más bien los de un lector. A pesar de que algunos puntos tratados en los artículos tienen contacto con los que habitualmente trabajo, éste no es siempre el caso. Estos comentarios deben ser tomados, entonces, como disparadores de una discusión e intercambio que espero fecundo y productivo. Por otro lado, quisiera señalar que están pensados específicamente en relación con los textos que me fueron gentilmente comunicados por responsables de este libro. La aclaración es imprescindible puesto que algunos de los textos forman parte de trabajos de mayor envergadura, indisponibles al momento de preparar estos comentarios.

tornos ideológicos y políticos. Uno de esos momentos ha sido, podría decirse, la primera mitad del siglo XX, entre la crisis de la democracia liberal tal como ella se había constituido a fines del siglo XIX y la revalorización que surgió de ella luego de finalizada la segunda guerra. La aparición de regímenes políticos y el desenvolvimiento ideológico de algunas de las expresiones de la derecha no liberal –para nombrarla de alguna manera– constituye un aspecto esencial en la historia del período. Los análisis se multiplican para ese momento tanto en lo que se refiere a los regímenes políticos, a sus ideologías, a sus bases políticas y sociales de sustentación, a la comparación entre sus diferentes formas, al contraste entre el nazismo y el fascismo, al lugar a atribuir en esa constelación a otras experiencias, como el falangismo, a la comparación entre las formas "originales" y otras "similares", como la clásica comparación entre el fascismo y el peronismo, el varguismo o el salazarismo. Estos aspectos también se enriquecen de otra discusión, quizás más conceptual, relacionada con la productividad de una aproximación exclusivamente histórica o de otras formas que abren diferentes perspectivas comparativas, lo que, indudablemente, exige la construcción de alguna forma de clasificación y de abstracción histórica de esas características. La discusión sobre la productividad de estos enfoques habita también la bibliografía. Muchos de estos temas están presentes en los diferentes artículos que se discuten en este libro, aún cuando en algunos de ellos, la cronología ha resultado desplazada, lo que constituye tanto una dificultad como una ocasión interesante para examinar la cuestión a lo largo del siglo XX. El artículo de Buchrucker plantea el primero de estos problemas. Por ello, mi comentario se centra en exponer otra lectura posible del mismo fenómeno que presenta un enfoque diverso, con la exclusiva finalidad de promover una discusión tanto sobre el modo de caracterizar regímenes políticos como sobre la productividad de ambos enfoques, tan divergentes entre sí. El segundo de los problemas, el cronológico, es enfocado tanto en los textos de Saborido sobre la revista Cabildo en los años '70, como en el de Lvovich sobre las pervivencias del nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX. Si el momento elegido los une, también ambos discuten la cuestión de la caracterización ideológica y política en momentos de debilitamiento general del nacionalismo en la Argentina.

"SOLO LA REVOLUCIÓN NACIONAL SALVARÁ A LA PATRIA. LA REVISTA CABILDO Y EL IDEARIO DEL NACIONALISMO CATÓLICO ARGENTINO EN LAS DÉCADAS DE 1970 Y 1980", DE JORGE SABORIDO

El artículo de Saborido se centra en la revista *Cabildo*, y analiza un conjunto de aspectos que, se sugiere, dan cuenta del sustento ideológico de la revista en el período. Esos puntos son los siguientes: una suerte de teología política de inspiración tradicionalista, la reivindicación de la edad media, la ruptura con la modernidad en términos de la oposición entre modernidad y catolicismo, la crítica al liberalismo, la hispanidad y la visión conspirativa de la historia.

La teología política referida en el trabajo alude a la presencia de una dosis considerable de antirracionalismo en el pensamiento reaccionario, sobre todo, desde el siglo XIX en adelante y a lo que Saborido llama la "perspectiva del hombre caído". Ambos aspectos, quizás, merezcan una explicitación mayor. En primer lugar, la homogeneidad de ese antirracionalismo quizás deba ser objeto de alguna matización. En efecto, cuando se analiza específicamente el pensamiento reaccionario –y no sus seguidores o legatarios, como puede ser el caso de *Cabildo*– se perciben algunas diferencias de significación. Esto surge con cierta evidencia cuando se compara, por ejemplo, a De Maistre con De Bonald, quien, según ha argumentado S. Holmes, intentó construir un argumento con base racional para oponer al racionalismo ilustrado y discutir, entonces, sobre bases racionales el estado de naturaleza y el orden social natural. En segundo lugar, en relación con "la perspectiva *del hombre caído*", me preguntaba si allí hay una dificultad de comprender la historia o si, por el contrario, la perspectiva del hombre caído no conduce a una enunciación vitalista.

La reivindicación de la Edad Media parece más la de la autoridad espiritual atribuida al mundo medieval, que la reivindicación de una sociedad estructurada y cohesionada en cuerpos articulados en torno del monarca. Como se recordará, la autoridad espiritual medieval fue quebrada por la reforma protestante. Esta especie de nostalgia por la autoridad espiritual –desconozco si más predicada que creída– podría tener menos como finalidad la de reivindicar un modelo social que la de impugnar la libertad de opinión. Para los reaccionarios, la libertad de opinión es condenable –bastaría para ello citar a uno de sus mayores detractores, el

Lamennais ultramontano– pero quizás, en *Cabildo*, la crítica se piensa más en relación con la posible reconstrucción de una autoridad espiritual indiscutible que como la anacrónica reconstrucción del rol que la Iglesia, como poder espiritual, había tenido durante el mundo medieval.

El núcleo duro, que sirve de sustento al trabajo y que se declina en estas seis cuestiones, alude exclusivamente al contenido ideológico difundido por la revista. No obstante, quisiera sugerir la utilidad y el interés de interrogarse, en consonancia con las convicciones discutidas, acerca de si la revista no vehiculizaba alguna concepción relativa a los modos de la acción política. Me llama la atención, entonces, la ausencia de una definición ideológica acerca de cómo se piensa la política dentro de ese núcleo duro. Entonces, la cuestión aquí es saber cómo en la revista aparece conceptualizada la cuestión de la violencia. Allí, entre la concepción de la acción política y la violencia, y remitido esto a la cuestión del vitalismo a la que aludí anteriormente, hay un vínculo muy fuerte. ¿Cuál es el trasfondo, la fuente ideológica, de esta especie de vitalismo tan acendrado que puede discernirse en la revista?

La evolución de algunos de los participantes de la revista quizás merezca alguna consideración específica, en particular, acerca de la composición del grupo que parece reunir tres tipos de procedencias disímiles: la distinción entre plebeyos y aristócratas desde el punto de vista social; la coexistencia entre católicos militantes y católicos, como procedencia religiosa y, por fin, la mayor o menor vinculación con el peronismo, desde la perspectiva político-partidaria.

Querría finalizar con dos comentarios referido a las influencias ideológicas. En primer lugar, llama la atención que no haya elementos que permitan descubrir alguna influencia del pensamiento de Maquiavelo. Creo que hay, por lo menos, un aspecto significativo: la idea de la fecundidad del acto violento; tema importante en Maquiavelo. Con esto me refiero a la noción según la cual la política es una actividad que debe operarse en un mundo esencialmente hostil; frente a ella, no puede haber mayor pecado para el Príncipe que el de la inocencia. Esta vieja idea de Maquaivelo –la política es la astucia en el sentido de hacer transparente las intenciones respecto de las acciones de los oponentes políticos–, me parece que es un componente en la revista que probablemente tenga este origen. Por otro lado, y a partir del libro de Jorge Dotti sobre C. Sch-

mitt, me preguntaba si, debido a que algunos escritores de la revista se han ocupado de este autor, no habría elementos que permitieran vincular a *Cabildo* con el pensamiento schmittiano. Recuerdo –dato que aporta Dotti– que el diario *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca, dedicó un suplemento a Schmitt y me preguntaba entonces por la eventualidad de esta influencia, vía, sobre todo, las lecturas españolas de Schmitt.

"EL NACIONALISMO ARGENTINO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX: PROBLEMAS DEL MARCO TEMPORAL PARA SU ABORDAJE Y DE DEFINICIÓN PARA SU ESPECIFICIDAD", DE DANIEL LVOVICH

El trabajo señala dos órdenes de problemas: en primer lugar, las dificultades para discernir una definición operativa del nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX, puesto que en los análisis disponibles se enfatiza la continuidad del nacionalismo con otras experiencias anteriores o se lo presenta como el tránsito para otras experiencias. De ello, el grupo Tacuara ofrecería un buen ejemplo, en la medida en que continúa una tradición, se "enriquece" con la violencia política y se "mezcla" con el peronismo, diluyéndose. En segundo lugar, los obstáculos que plantea al investigador el carácter difuso que adquieren los grupos nacionalistas en la segunda mitad del siglo XX, luego de la considerable visibilidad que los había acompañado, incluso en versiones diferentes, en la primera mitad del siglo. En efecto, el antiliberalismo, el antiizquierdismo o el corporativismo dejan de ser variantes ideológicos excluyentes del nacionalismo en la medida en que se difunden y se incorporan a otras tradiciones políticas. Estas ideas se confunden, difundiéndose tanto a través de la expansión del revisionismo histórico, como a través de la revisión de algunas de las posiciones de grupos nacionalistas como la Unión Federal Demócrata Cristiana, pues los ámbitos de sociabilidad de grupos diferentes comienzan a confundirse. Surge, entonces, una inquietud acerca de cómo asir el nacionalismo en ausencia de contornos ideológicos, de difusión o de sociabilidad bien definidos. Todo ocurre, entonces, como si se estuviera en presencia de actores secundarios, aunque no necesariamente irrelevantes de la política argentina. Los nacionalistas serían, así –se concluye–, los "extremos de una gradación".

En primer lugar, creo pertinente distinguir la naturaleza diversa de los dos problemas evocados, en la medida en que el primero remite al trabajo intelectual de los historiadores, mientras que el segundo lo hace a la naturaleza misma de la cuestión de interpretar el fenómeno nacionalista. En segundo lugar, y en relación con la posibilidad de utilizar la adhesión a la teoría del complot como una característica de estos grupos, estimo que vale la pena recordar que la idea del complot, a la que se le asigna una importancia considerable, no es privativa de los grupos nacionalistas. Hay tradiciones que no se confundirían nunca con el nacionalismo y que, sin embargo, le han conferido una gran importancia. El complot no me parece definir o constituir un criterio útil pues si bien su importancia es innegable, también forma parte de la manera de pensar la política de otras tradiciones.

Por otro lado, quizás sea útil replantearse la afirmación acerca del debilitamiento de la precisión de contornos que el nacionalismo habría tenido antes de 1955, puesto que la precisión anterior a esa fecha parece un poco exagerada. En efecto, la bibliografía disponible, tanto la clásica como la más reciente, ha insistido en la multiplicidad de expresiones del nacionalismo en la Argentina.[2] Es posible que sea imprescindible introducir otra consideración suficientemente conocida. Podría, en efecto, sostenerse que el nacionalismo aparece más cohesionado en la primera mitad del siglo, en la medida en que en ese período es reconocible la existencia de una "cuestión nacional", debilitada en la segunda mitad.

En otro orden de cosas, llama la atención que la argumentación acerca de las razones que explican la dificultad historiográfica de ocuparse del nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX, podrían ser también interpretadas como el elenco de razones que permiten explicar la declinación o la marginalización casi irremediable del nacionalismo o de los nacionalismos en la segunda mitad del siglo. De allí el interrogante acerca de la perspectiva que sostiene el argumento: ¿se trata de interrogar las dificultades del estudio del nacionalismo en

•••••

[2] Cfr., entre otros, Devoto, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Bs. As., Siglo XXI, 2002.

la segunda mitad del siglo XX, o de las razones de su debilitamiento?

Por último, la conclusión (sobre esto volveré al final) se modula en torno de una cuestión de gradaciones y se afirma que los nacionalistas son los extremos de una gradación. La pregunta, entonces, luego de aventar la dilución, es: ¿cuáles son esos extremos, respecto de los cuales los nacionalistas son una degradación? No se sabe muy bien si los nacionalistas son una gradación de la derecha, o, más interesante aún, cuál es el punto normal respecto del cual estos nacionalistas son una gradación.

También estimo posible asociar esta dificultad con lo que podríamos llamar la dilución de la cuestión nacional. Podría partirse, entonces, de lo que facilita la emergencia de grupos nacionalistas a principios del siglo XX. La respuesta me parece evidente: la existencia de lo que se ha llamado "la cuestión nacional". Esta "cuestión" constituiría lo que Rosanvallon llamaría un nudo problemático en la Argentina del período; es decir, una cuestión que constituye modos de decir la sociedad, de articular las representaciones sociales en la Argentina del período. Ahora bien, me pregunto si esta dificultad que se observa en la segunda mitad del siglo, y que diluye la presencia del nacionalismo, no es tributaria del hecho de que la cuestión nacional ya no articula ni construye una representación eficaz del modo de decir la política.

"FASCISMOS Y NACIONALISMOS DESPUÉS DE 1945. APROXIMACIONES Y DISTANCIAS", DE CRISTIAN BUCHRUCKER

El trabajo de Buchrucker está construido sobre un conjunto de elementos que definen al fascismo. De este modo, el fascismo clásico es presentado como un intento de revertir las tendencias societarias que habían caracterizado el siglo anterior, y definido como una suerte de modernismo reaccionario incluyendo un conglomerado ideológico cuyas notas esenciales se estructuran en torno del binomio líder-partido, de la confirmación de que la naturaleza asignó a cada raza y a cada nación un lugar, del rechazo de criterios voluntario-contractuales y de la constitu-

ción de una alternativa a las opiniones seculares democráticas y también conservadoras.

Sobre esta base, el texto se interroga acerca de la pertinencia de catalogar como fascistas a algunos regímenes políticos posteriores a la guerra, tal como el peronismo, la Revolución Argentina, el Proceso de Reorganización nacional y la dictadura de Pinochet.

La comparación entre fascismo y peronismo se construye declinando una serie de similitudes y de diferencias. Las primeras pueden resumirse en una concepción comunitaria de nación, en el personalismo en la conducción, en una concepción representativa corporativista, en la difusión oficial de la doctrina, en el encuadramiento político ideológico de empleados públicos, entre otros puntos. Algunas de las diferencias citadas en el texto aluden al carácter no xenófobo del peronismo, a la masiva presencia de militantes de clase media y baja en ausencia de ex-combatientes, a las diferencias de perfil entre ambos líderes –destacando que Perón podía ser más fructíferamente comparado con Primo de Rivera que con Mussolini–, a la ausencia de fuerzas "para-militares", al modo de acceder al poder como consecuencia de la política social implementada con anterioridad –a diferencia de la "ola de terror" que había contribuido a la consolidación del fascismo–, al hecho de que el peronismo no clausuró experimentos democráticos sino que surgió luego de un período de fraude, ni desató una guerra, así como tampoco fomentó el crecimiento desmesurado del presupuesto militar. El análisis de las diferencias y similitudes conduce a Buchrucker, entonces, a introducir una diferencia profunda entre el peronismo y el fascismo.

Del mismo modo, el trabajo analiza las diferencias y similitudes entre el fascismo y los distintos ejemplos de dictadura militar latinoamericana. Entre las principales diferencias, Buckrucker señala la inexistencia de guerra exterior, la falta de carisma de los líderes militares, la ausencia de creación de partidos de masas y la voluntad explícita de evitar la politización de la masa de los ciudadanos. Algunas de las similitudes son el miedo a la amenaza comunista, la destrucción del pluralismo y la persecución del sindicalismo. Igual que en el caso anterior, la conclusión es que las dictaduras militares en América Latina se parecen más a algunos regímenes europeos, como el franquismo, que al nazismo o al fascismo.

Por último, el trabajo se interroga acerca de las condiciones de posibilidad de la aparición de experiencias neo-fascistas. Algunas de esas condiciones podrían ser la generalización de conflictos armados que podrían contribuir a un renacimiento de consignas de seguridad nacional; la deslegitimización de toda crítica con la excusa de que ella favorece al terrorismo y el sistemático vaciamiento de la sustancia democrática a través del elitismo tecnocrático.

El trabajo propone, entonces, no la definición de una "tradición ideológica" o de un grupo político, sino de un régimen político en relación con un conjunto de semejanzas y diferencias con otros habitualmente comparados con él, pero destacando la originalidad del fascismo. Ahora bien, si uno repasa las diferencias y similitudes con las cuales se argumenta la distancia entre el peronismo y el fascismo, y como obviamente hay muchas otras definiciones posibles del fascismo, creo que sería útil explicitar las razones por las cuales no se había considerado hacer una comparación sobre la base de criterios relacionados con las formas del régimen político, o relacionadas con las bases sociales de cada uno de estos regímenes políticos, o sobre las maneras en que estos regímenes políticos promovieron la movilización de la población y, sobre todo, explicitar la centralidad del vínculo entre el fascismo y la guerra. Si allí hay una relación fuerte, ese criterio de definición anularía toda posibilidad de comparar al fascismo con cualquier otra experiencia política que no esté vinculada con una experiencia bélica anterior. La pregunta es, en realidad más general: si la definición del fascismo y/o la comparación del peronismo con el fascismo es una definición que irremediablemente debía tener un contenido histórico tan preciso.

El punto es interesante pues plantea una cuestión a la vez histórica y metodológica. Se trata de discutir la posibilidad de separar las diferencias y similitudes de aquellos rasgos que son "constitutivos" de un régimen, más allá de la coyuntura histórica en el que cada uno haya emergido. Tensando al máximo el argumento, cosa que no necesariamente ocurre en el trabajo, ningún régimen político podría formar parte de una clasificación puesto que el privilegio de la coyuntura histórica inhabilitaría cualquier comparación. Para ejemplificar este punto, y con el fin de promover la discusión y comparación quisiera recurrir a otro texto recien-

temente publicado: *Breve historia del peronismo clásico*, de Loris Zanatta. Aunque el libro se refiere, en general, a la experiencia peronista, tanto en su introducción como en su conclusión, el autor hace referencia a la comparación entre el peronismo y el fascismo. Más allá de los acuerdos o desacuerdos con un texto o con el otro, creo que ambos ofrecen material para una interesante discusión acerca del modo de conceptualizar un régimen político y del vínculo entre esta operación intelectual y el trabajo del historiador.

Según Zanatta, el peronismo pertenece a una familia de regímenes políticos constituidos como reacción antiliberal, nacionalista y/o corporativa que se propagaron en el mundo latino y católico entre las dos guerras. Como se ve, el argumento de Zanatta parte de priorizar el contexto en el que emergen estos regímenes. Ese contexto es interpretado como un momento de reacción generada por la expansión de la sociedad liberal, burguesa y capitalista en un país periférico de cultura latina en el marco de dos profundas transformaciones: por un lado, el pasaje del liberalismo a la democracia y, por el otro, el del elitismo de los notables a la sociedad de masas. Podría concluirse, entonces, que lo que enmarca al peronismo es la disfuncionalidad de la constitución de la síntesis entre el liberalismo y la democracia. De este modo, siempre según Zanatta, el peronismo fue antiliberal, anti-burgués y combinó la integración social y el autoritarismo con la movilización de masas. Zanatta procede, entonces, a argumentar las razones por las que "el peronismo constituye un digno miembro de la heteróclita familia de los "fascismos genéricos": su componente nacionalista, su aversión por el pluralismo, el esfuerzo por organizar y nacionalizar a las masas, la irrefrenable tendencia a suprimir las divisiones entre los poderes del estado, su genérica vocación por la regeneración de la nación y la redención del pueblo y la condición religiosa del peronismo.[3]

La última cuestión tiene que ver con las perspectivas de resurgimiento de formas de derecha nacionalistas. Querría acentuar dos elementos

•••••

[3] He extraído esta caracterización que Zanatta ofrece del peronismo en: Zanatta, L., *Breve historia del peronismo clásico*, Bs.As., Sudamericana, 2009, en particular, del Epílogo de su libro, pp. 205-216.

cuya ausencia llamaron mi atención. En primer lugar, la relación entre la aparición de partidos más o menos fascistizantes relacionados, por un lado, con la cuestión inmigratoria y, en especial, con la espinosa cuestión de la evaluación de los fracasos o éxitos de las formas en que cada uno de los países europeos decidió implementar para procesar la integración o la asimilación de los extranjeros, según el caso. En segundo lugar, en relación con la cuestión de la construcción europea y, en particular, la aparición de lo que podríamos llamar no sólo partidos de derecha sino partidos "soberanistas", que no pueden ser discriminados con la separación entre partidos de derecha y de izquierda. En efecto, como sabemos, en Francia, por ejemplo, existen alas soberanistas en distintas tradiciones políticas, algunas de las cuales se convirtieron específicamente en partidos, aunque de corta duración. Así ocurrió, por ejemplo, con la línea interna del PS, cuyo referente político-intelectual fue J.P. Chevenement (ministro de Defensa del gobierno de Mitterand en el momento de estallar la guerra con Irak y encargado, también, de la compleja situación en Córcega). También es preciso registrar otros partidos soberanistas tradicionalistas como el que lidera Ph. De Villiers, o el más tradicional y conocido Frente Nacional que conduce J.M. Le Pen, ambos con una fuerte impronta soberanista. La pregunta, entonces, es acerca de las razones por las que Buchrucker deja de lado este fenómeno tan conocido, cuya importancia excede la política francesa en la medida en que es posible encontrar experiencias parecidas cuya vitalidad fuera recobrada a propósito del debate acerca de la constitución política de la Unión Europea.

Quisiera finalizar estos comentarios con dos observaciones generales referidas al conjunto de artículos. La primera: en los tres existe un punto importante relacionado con la cuestión de las gradaciones y cómo se pasa del caso particular a lo general. Los tres artículos están atravesados por este problema del pasaje del caso a la conceptualización. No digo nada nuevo, pero es un punto importante cuando uno se dedica a estudiar cualquiera de estos problemas: definir al nacionalismo, conceptualizarlo, constituye un verdadero desafío. Toda una larga tradición en historia de las ideas políticas se ha empleado en ello sin que podamos regocijarnos de un indiscutible éxito del esfuerzo. En relación con eso, me preguntaba si la noción de historia conceptual de lo político no ofrece una alternativa no sólo válida intelectualmente –al final, todos los enfoques proveen co-

nocimiento nuevo y, por lo tanto, su validez no está en juego– sino conceptualmente, comprensivamente, productivamente. No quiero hacer un ranking pero sí quiero decir que tengo una cierta preferencia a conferir cierto atractivo a esta idea de relacionar el pensamiento político, las ideas políticas y los grupos políticos con cuestiones que vertebran contextos con formas de la representación política históricamente constituidos.

Finalmente, querría resaltar que los tres trabajos comparten una cierta visión pesimista respecto de su objeto de estudio. De este modo, pareciera que el nacionalismo ya no articula representaciones sociales significativas y, por lo tanto, ya no es útil ni eficiente para decir la realidad. Así, parece haberse convertido en una pervivencia marginal en términos políticos, en una concepción nostálgica de la política en términos ideológicos, en un conjunto de grupos políticos en disponibilidad en términos políticos o, finalmente, en un objeto de interés erudito en términos historiográficos. En el artículo de Lvovich se describe a los grupos nacionalistas como secundarios y de identidad inestable; Saborido señala que el nacionalismo católico no aporta ninguna idea nueva, o que no hubiese sido discutida con anterioridad; por último, Buchrucker afirma que no pareciese haber riesgo de reaparición de los grupos nacionalistas. Me preguntaba, entonces, cómo podemos asir, o darle consistencia a este tema que, por momentos, parece escurrirse y que, no obstante, en cuanto empieza a notarse que se diluye, uno percibe una cierta realidad y, al mismo tiempo, se instala el convencimiento de que es imprescindible que ello no ocurra.

Segunda parte

¿Nacionalismos Clásicos?

>>>



ENTRE EL ANTIPOPULISMO Y EL ANTICOMUNISMO LAS DERECHAS EN ARGENTINA, BRASIL Y CHILE (1945-1959)*

ERNESTO BOHOSLAVSKY

Este artículo intenta establecer las principales líneas de diferenciación y de cercanía entre las organizaciones derechistas de Argentina, Brasil y Chile (ABC) en los quince años que van del final de la segunda guerra mundial al triunfo de la revolución cubana. Se procura marcar los lineamientos ideológicos más relevantes, concentrándose especialmente en la dimensión negativa de sus identidades, expresada en una utilización no azarosa del imaginario antipopulista y anticomunista. En la primera parte del artículo, se presenta una discusión acerca de cómo se puede identificar al pensamiento de las derechas en un nivel abstracto. La segunda sección, plantea las principales transformaciones de las derechas en el ABC entre 1945 y 1959, discriminando entre las tendencias dominantes, residuales y emergentes. Se intenta defender la idea de que en los

* Agradezco los comentarios de Jacques Poloni-Simard y de Jordi Canal durante la presentación de este texto en el Coloquio "Experiencias nacionalistas desde la postguerra: América Latina-Europa" (Buenos Aires, 22 de octubre de 2009), así como las posteriores sugerencias y preguntas de Humberto Cucchetti.

años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial primó en las derechas liberal-conservadoras la preocupación por asimilar al populismo con el fascismo y el totalitarismo. A esa etapa le siguió otra en la cual se hicieron presentes muchas de las obsesiones, caracterizaciones y retóricas anticomunistas, que se ensamblaron y combinaron con las anteriores, con mayor retraso en el caso argentino. Si hay que señalar rasgos nacionales más claros, podría hipotetizarse que entre las tradiciones derechistas chilenas fue más intensa la preocupación anticomunista, mientras que las argentinas tenían una identidad más marcadamente antipopulista; la brasileña, por el contrario, mostró oscilaciones entre un polo y otro, fusionándolos a veces, en la creencia de que el *trabalhismo* o el varguismo eran la antesala al comunismo.

I. LA COSA: ¿QUÉ ES LA DERECHA?

¿Hay algo que hace que la derecha sea la derecha? La discusión al respecto es muy extensa y no hay aquí espacio suficiente para recopilarla. Basta recordar que los esfuerzos que se han hecho para encontrar una esencia derechista que recorra desde Edmund Burke a Jean Marie Le Pen, han conducido a generalizaciones poco útiles para el trabajo historiográfico de casos concretos. Al respecto, las posiciones son varias: a) los que entienden que no hay algo así como "la" derecha, sino distintas corrientes de ideas que están ubicadas *a la* derecha. Roger Eatwell planteó que no hay conceptos indiscutibles y universales que permitan identificar a las izquierdas y las derechas en todo momento y lugar[1]; b) los que sostienen que hay que hablar en plural, es decir, "las derechas"; c) por último, aquellos que postulan que sí hay una derecha, pero que discuten entre si al momento de señalar la piedra de toque, aquello que la convierte en la derecha. Muchas de

[1] Eatwell, R., "The nature of the Right, 1. Is there an 'essentialist' philosophical core?", en: Eatwell, R. y O'Sullivan, N. (eds.), *The Nature of the right. American and European politics and political thought since 1789*, Boston, Twayne Publishers, 1990, pp. 41-76.

las estrategias que se usaban para distinguir claramente a la derecha de la izquierda se han derrumbado desde que se conocieron claramente cuáles fueron las prácticas políticas de Stalin y, sobre todo, por el empuje del ideario neoliberal en las últimas cuatro décadas. Así, para algunos autores marxistas, la derecha es esencialmente la defensa del capitalismo y de la propiedad privada; ahora, en las sociedades contemporáneas, quienes se oponen a la propiedad privada de los medios son una minoría, lo cual nos lleva a la conclusión de que el grueso de la sociedad es derechista. La otra idea que se desprende de esta caracterización es que los partidos socialdemócratas son de derecha, tesis que en general sólo han defendido el comunismo y el trotskismo.

Para otros autores, lo propio de la derecha es la defensa del *statu quo* y de la autoridad –aun al precio de la represión militar–, mientras que lo particular de su rival, de la izquierda, es la promoción de reformas sociales, de la participación y de la democracia. Autores como Bobbio han planteado que habría mayor afinidad entre la izquierda y la búsqueda de la igualdad, en tanto la derecha se sentiría más cómoda con el respeto a las jerarquías sociales y a la libertad.[2] Los críticos de estas ideas señalan dos cosas: a) que los jerarcas soviéticos no eran figuras muy inclinadas a las reformas, sino más bien que, en las décadas de 1970 y 1980, eran férreos defensores de la ortodoxia. Asimismo, la noción de dictadura del proletariado no parecía muy cercana a la de participación, sino a la de aceptación de la única línea correcta decidida por la élite del Partido; b) los neoliberales, en su versión más radical y libertaria, son entusiastas promotores de cambios y de transformaciones, así como desdeñosos con respecto a la legitimidad de las decisiones tomadas por las autoridades, entendidas eminentemente como amenazas a las sagradas libertades individuales.

•••••

[2] Bobbio, N., *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1995. De alguna manera, esta división replica la planteada por Isaiah Berlin entre la libertad negativa (la libertad de) y la libertad positiva (la libertad para). Así, la derecha se preocuparía de que todos tengamos la libertad de enviar a nuestros hijos a cualquier colegio privado, mientras que la izquierda plantearía que, debido a la desigual distribución de los recursos económicos, sólo unos pocos tienen la libertad para hacerlo. Cf. Berlin, I., *Dos conceptos de libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

Quizás pueda encontrarse cierto rastro acerca de qué diferencia a izquierda de derecha en aquello que González Cuevas ha considerado sus respectivas antropologías.[3] Izquierda y derecha diferirían en la forma en que conciben a la naturaleza humana, y no tanto en sus propuestas políticas. Así, la izquierda descansaría sobre la convicción de que los hombres pueden auto-transformarse en un sentido positivo. Su optimismo se sustenta en el racionalismo y en la creencia de que la liberación humana es posible mediante ejercicios de perfeccionamiento, ingeniería social y búsqueda colectiva de soluciones. Por el contrario, la derecha sería aquel conjunto de tradiciones ideológicas pesimistas que insisten en el carácter potencialmente peligroso de los hombres. El escepticismo sobre la eficiencia de la racionalidad, la convicción sobre las limitadas capacidades cognitivas y previsoras humanas, así como sobre su enorme potencial dañino, acompañan a muchas de las lecturas derechistas sobre la historia y, en mayor medida, sobre el futuro. Como postulara hace tiempo Eugen Weber, el humor de la derecha, especialmente la extrema, suele ser pesimista; expresando temores, desilusión y resentimiento ante los cambios que se están produciendo contemporáneamente.[4] De allí que la derecha recele de la capacidad humana para comprender, a ciencia cierta, lo que ocurre, y las implicancias de los cambios que se promueven y sus propuestas políticas hagan referencia a la necesidad de instituciones, autoridades y costumbres que contengan y canalicen ese ímpetu naturalmente ciego y autodestructor.[5] Otra manera de ver el asunto, es plantear que la derecha entiende que la mayor parte de las características de una persona o de un grupo de personas vienen, en gran medida, ya definidas al momento de su nacimiento, mientras que la izquierda atiende esencialmente al devenir y a la auto-construcción humana. Así, aquello que para la derecha aparece como una imposibilidad hu-

[3] González Cuevas, P. C., *Historia de las derechas españolas: de la ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 31.

[4] Weber, E., "The Right. An introduction", en: Weber, E. y Roger, H. (eds.), *The European Right. A historical profile*, Berkeley, University of California Press, 1965, p. 8.

[5] Hirschman, A., *La retórica de la intransigencia*, México, F.C.E., 1994.

mana de dejar de ser lo que se es, en la izquierda viene revestido de una maleabilidad igualmente intrínseca.

No es productivo suponer que ambas tradiciones ideológicas son sencillas de encontrar usando un único criterio. Por ello, no compartimos la idea de que las derechas deben ser entendidas pura y exclusivamente como reacciones defensivas e injustificadas frente a la potencia intrínsecamente igualitaria y liberadora de la izquierda, como las definió Mc Gee Deutsch.[6] Es preferible un enfoque múltiple, histórico y situacional, que permita apreciar dos cosas: en primer lugar, la especificidad de esa derecha, los valores a los que se vincula, las ideas con las que se combina y los grupos políticos, sectores sociales y líderes políticos que las promueven; en segundo lugar, el hecho de que las fuerzas políticas y las ideologías se constituyen de manera conjunta, mirándose e impugnándose unas a otras. Es decir, para percibir a las derechas es necesario atender al sistema político y a la distribución de todas las fuerzas políticas, y no sólo aquellas que le interesan directamente al investigador. Un enfoque relacional pone en evidencia los procesos de co-construcción ideológica entre las tradiciones de izquierda, derecha y centro, que dan por resultado corrientes de ideas que pueden ser afiliadas por el analista al conservadurismo, al liberalismo, al fascismo, pero que simultáneamente evidencian muchas particularidades y marcas específicas de su contexto de creación, circulación y recepción. En ese tipo de análisis, entonces, es relevante considerar no ya a la derecha, sino a las derechas. Asumir la multiplicidad de las derechas no resuelve el problema de la definición, sino que lo complica y lo desplaza, pero al menos le hace más justicia a la experiencia histórica. El paso al plural no es sólo una cuestión de alteración gramática sino conceptual, pues permite dejar de lado algunos de los riesgos del esencialismo.

Entendidas así, las derechas son un conjunto de tradiciones ideológicas y organizativas que tienen en común un conjunto de actores e ideas a las que enfrentan, pero que no están vinculadas entre sí obli-

•••••

[6] McGee Deutsch, S., *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999, p. 3.

gatoriamente por simpatía.[7] Esas tradiciones han sido clasificadas según criterios ideológicos en moderada, extrema, radical, clerical, entre otras. Otro criterio posible de usar no se basa en las ideas de la derecha sino en su capacidad para establecer o sufrir la hegemonía dentro de las tradiciones derechistas. Así, en ese flujo complejo, ambiguo, multiforme y no necesariamente pacífico que son las derechas, pueden identificarse tres tipos de tradiciones: las dominantes, que controlan el grueso del electorado y los recursos políticos e ideológicos; las tradiciones emergentes, que son minoritarias y novedosas, y constituyen un desafío al *mainstream*; y, por último, las tradiciones residuales, en el ocaso de su influencia.[8]

II. LOS ACTORES: LAS TRANSFORMACIONES DE LAS DERECHAS DEL ABC

En los años que van desde la caída del régimen nazi a la entrada de Fidel Castro a La Habana, las derechas mutaron en Europa y en América en un doble movimiento: por un lado, el liberalismo recobró muchos de sus fueros (incluyendo la revalorización de la democracia y una nueva vinculación con el reformismo), y, por el otro, las derechas más extremas y vinculadas al fascismo perdieron parte de su fuerza, dejándole paso a la identidad anticomunista. En ese contexto, inmediato a la posguerra, se consolidó la convicción en buena parte del arco político europeo de que, para asegurar la paz, eran necesarias ciertas reformas sociales de envergadura; de allí el respaldo electoral a los partidos políticos socialcristianos y demócrata-cristianos. Ese crecimiento político fue acompañado del avance electoral del comunismo, que no era ajeno al prestigio alcanzado por el Ejército Rojo y algunas de las guerrillas triunfantes. En Grecia, Francia, Italia, Brasil y Chile, sólo por mencionar algunos países, el PC demostró en la inmediata

•••••

[7] González Cuevas, P. C., ob. cit., p. 18.

[8] Ibíd, p. 37.

posguerra un fuerte enraizamiento político y social. El clima de colaboración entre la URSS y Estados Unidos posibilitó, hasta mediados de 1947, el crecimiento sindical y electoral del comunismo (y también la supervivencia de partidos no comunistas en Europa oriental). Por entonces, como plantea Halperin Donghi, "la posibilidad de experiencias socialistas en suelo americano parecía aún remota" y la creación de un aparato anticomunista era achacada a la "manía persecutoria que entonces aquejaba a la potencia hegemónica", y su voluntad de controlar de más cerca a los países de la región.[9]

Una particular línea ideológica se fue desarrollando en algunos países americanos, insistiendo en la caracterización de ciertos regímenes "populistas" como sus enemigos: la forma en la que esa perspectiva se vinculó (o no) con el anticomunismo, es parte de la historia nacional de las derechas en el ABC.

II.A DEL REFORMISMO LIBERAL ANTIFASCISTA AL ANTIPOPULISMO CONSERVADOR

Desde mediados de la década de 1930 y hasta 1947 los conflictos políticos en Europa occidental y en el ABC se vivieron y se representaron en buena medida ligados a las perspectivas o las peripecias de la guerra. Mientras duró la contienda, muchos actores políticos nacionales en el cono sur intentaron mostrar su causa como comparable, equivalente o superpuesta con la de los Aliados. En el ABC, desde 1943, la tradición de la derecha dominante era aliadófila y liberal, se auto-identificaba con la democracia y le asignaba a sus enemigos –en el poder o no– el mote de demagogos, fascistas, totalitarios o caudillos. En esa mirada, Perón, Vargas y las sucesivas alianzas gobernantes en Chile, eran acusados, durante la guerra, de estar vinculados al Eje, al autoritarismo, a la corrupción y/o al populismo. Élites liberales y conservadoras de Brasil y Argentina tenían la certeza de que se acercaba el final de la contienda y, con ella, el de

•••••

[9] Halperín Donghi, T., *Historia contemporánea de América Latina*, España, Alianza Editorial, 1987, p. 415.

muchos de los regímenes autoritarios que habían signado al mundo y a la región desde la crisis de 1929. Es por ello que produjeron declaraciones polémicas y desafiantes que planteaban la necesidad de redemocratizar la vida política. Proclamas como el *Manifesto dos mineiros* de octubre 1943 y la Marcha de la Constitución y la Libertad de septiembre de 1945 en Buenos Aires, clamaban por el regreso a la normalidad institucional, enmarcando a este proceso nacional como parte de una marcha global hacia la eliminación de las dictaduras. Como expresó el diario *La Prensa* dos días después de la caída de Getúlio Vargas, el proceso de eliminación de esos regímenes autoritarios venía marcado con el final de la guerra:

> El dictador del Brasil que acaba de ser depuesto, fue saludado alguna vez –y no hace de esto mucho tiempo, como el primer caudillo americano de tipo moderno. Entendemos que se quería significar con esto que el doctor Vargas se diferenciaba de los hombres que, hasta su advenimiento al poder, habían hecho política y gobierno personales en este continente y se asemejaba a los dictadores europeos del siglo actual, tan admirados por los que parecen nacidos para mandar o ser manda dos arbitrariamente, y que han tenido triste fin después de haber encarnecido, arruinado y destruido a sus respectivas patrias.[10]

Sin embargo, el optimismo exhibido por la gran prensa paulista y porteña, y la oposición a las dictaduras en Argentina y Brasil en 1945, en el sentido de que el final de la guerra traería automáticamente el desplazamiento de las figuras y organizaciones vinculadas a las dictaduras, era una declaración voluntarista más que una profecía. Sus candidatos, autoidentificados como los únicos demócratas convencidos, embanderados con el antifascismo y apoyados por los principales periódicos y radios –e incluso cadena de televisión, en el caso de Brasil– fueron derrotados en elecciones limpias. Así, la oposición liberal-conservadora, que acreditaba resistencia contra las dictaduras en Argentina y Brasil, veía con asombro que el nuevo régimen político democrático, inaugurado en 1946, iba a ser dirigido por un militar que hasta meses atrás había sido ministro del ré-

•••••

[10] "Caudillos americanos", en: Diario *La Prensa*, 1 de noviembre 1945, Buenos Aires, p. 4.

gimen *de facto*: el coronel Juan Perón y el general Eurico Dutra. En Chile, la oposición derechista observó en 1946 que el candidato apoyado por el comunismo ganaba las elecciones, dejando relegado tanto al candidato liberal (Alessandri) como al conservador socialcristiano (Cruz-Coke).

En cuanto a la forma organizativa de esa derecha liberal, encontramos diferencias al interior del ABC hacia 1945. Había partidos políticos de alcance nacional, como la União Democrática Nacional (UDN) en Brasil y los partidos Conservador y Liberal en Chile, que tenían fuerte presencia parlamentaria y respaldo electoral. Estos partidos eran de derecha en varios sentidos: a) sus ideas pueden ser clasificadas como propias de este punto ideológico según tipologías antes discutidas, b) así eran reconocidos por otros actores políticos y sociales y por ellos mismos.

A lo largo de la experiencia democrática brasileña (1945-1964) la UDN fue casi siempre la segunda fuerza más votada y obtuvo varias gobernaciones; en 1960 impuso en las urnas a su candidato presidencial, Jânio Quadros. Aunque interpelaba directamente a las clases medias urbanas a través de sus discursos, en términos de intereses económicos también expresaba los puntos de vista de latifundistas e industriales vinculados al capital foráneo. Según Benevides, desde su fundación en abril de 1945, la UDN actuó como una confederación de partidos, figuras y corrientes de opinión poco coherente. Autoimaginado como el "partido da redemocratização" en el contexto de la posguerra, la UDN se pudo mantener unida mientras fue creíble la asimilación de Vargas con el fascismo.[11] En la mirada udenista, el comunismo y el varguismo eran dos caras de un mismo fenómeno: el totalitarismo.[12] La UDN ponía el acento de su retórica en la defen-

•••••

[11] Mesquita Benevides, M. V. de, "União Democrática Nacional (UDN)", en: AA.VV., *Dicionário Histórico-Biográfico Brasileiro pós-1930*, Río de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas, CD-Rom, 2001; y *A UDN e o udenismo. Ambigüidades do liberalismo brasileiro, 1945-1965*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1981, p. 11.

[12] El punto 9 de la II Convención de la UDN realizada el 18 mayo de 1946 en Rio de Janeiro, señala: "A UDN opõe-se decididamente ao comunismo, opondo-se ao mesmo tempo, as medidas governamentais que, a pretexto de combatê-lo, redundem na aplicação de métodos ou praticas fascistas, em detrimento da democracia". Archivo CPDOC-FGV, Carpeta VMF c 1946.05.18

sa del liberalismo clásico, en un ferviente antipopulismo y una fuerte moralización de su discurso político.[13] El otro gran partido de derecha de la época fue el Partido Social Democrático, agrupación conformada en 1945 por los interventores varguistas para salvaguardar su posición frente al proceso de democratización en ciernes. El PSD abrazó el modelo desarrollista e intensificó el proceso de industrialización y expansión del Estado. Su postura, con respecto a los problemas rurales, no difería en gran medida de la que sostenía la UDN y los latifundistas como clase. El PSD actuó a veces en combinación con la UDN, y otras con el otro partido varguista, el Partido Trabalhista Brasileiro, vinculado a las organizaciones obreras y la burocracia laboral. A lo largo de la década de 1950, la UDN y el PSD poseían muchos puntos en común en lo referido a la necesidad de promover la llegada de inversores extranjeros, de eliminar al comunismo y de acelerar la industrialización, pero discrepaban a la hora de evaluar la experiencia varguista, de la cual la primera era feroz crítica y el segundo hijo directo. Hasta el golpe de Estado de 1964, el antipopulismo y el anticomunismo coparon buena parte de la imaginación de la derecha liberal brasileña. Cuando ésta creyó liberarse del fantasma de Vargas, tras su suicidio en 1954, debió lidiar muy fastidiosamente a partir de 1961 con uno de sus herederos, João Goulart, variante más radicalizada del *trabalhismo* varguista. A partir de 1962, diversas corrientes de la derecha empresarial comenzaron a asimilar a Goulart con el comunismo, y a desarrollar una tarea de zapa que llevó al golpe militar.[14]

Conservadores y liberales chilenos dominaron la política nacional hasta finales de la década de 1930 e incluso después de ello tuvieron un notable caudal electoral: obtuvieron la presidencia en 1958 y en 1964 (apoyando a los demócrata-cristianos); en 1970 fueron derrotados por Salvador Allende por un margen bastante estrecho. Tanto el

[13] Alberti, V., "'Ideias' y 'fatos' na entrevista de Afonso Arinos de Mello Franco", in: Moraes Ferreira, M. de, (ed.), *Entre-vistas: abordagens e usos da história oral*, Rio de Janeiro, FGV, 1998, pp. 33-65.

[14] Patto Sá Motta, R., E*m guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*, São Paulo, Editora Perspectiva, FAPESP, 2002.

Partido Conservador, plenamente articulado a la Iglesia católica y al social-cristianismo, como el Partido Liberal les bastaba con el ejercicio de sus mecanismos tradicionales para retener el poder (cohecho, lealtad electoral de los trabajadores y arrendatarios rurales, redes clientelares urbanas, voto católico, cooptación de autoridades). Sofía Correa ha destacado que la capacidad de adaptación y la auto-confianza de esa derecha tradicional le permitió prescindir de alianzas permanentes con grupos más radicalizados y conservar altas cuotas de poder hasta la década de 1960.[15] La fortaleza de la derecha tradicional, la continuidad y legitimidad de los juegos electorales y la presencia de ideologías reformistas e izquierdistas en sectores del Ejército le quitaron capacidad de maniobra a la derecha extrema en Chile.

En Argentina, entre el ascenso de Perón y la caída de Frondizi, no existe un partido que se reconozca explícitamente como de derecha y que tenga poder y representatividad como en Chile y Brasil. Después de 1955 emergió una nueva derecha en Argentina, de inspiración liberal y empresaria, comparable con el perfil del Partido Liberal y la figura de Jorge Alessandri en Chile[16], pero no se constituyó un partido orgánico de derecha. Esta corriente encontró espacio en gobiernos democráticos y dictatoriales, especialmente en el Ministerio de Economía, la Secretaría de Agricultura y el Banco Central. En su promoción de un capitalismo autoritario, entendían que la garantía de la libertad económica era obligación del Estado, y que esa libertad debía tener prioridad por sobre otras. De allí la justificación que ofrecían de los regímenes de participación política restringida o nula (sea a través del autoritarismo o del voto calificado). La convicción de que sólo las economías de mercado y la presencia de inversiones extranjeras podían asegurar el crecimiento, impulsaba a estos ideólogos a la promoción de la libre empresa y la desregulación (selectiva). Esta corriente enten-

•••••

[15] Correa Sutil, S., *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*, Santiago, Sudamericana, 2005, pp. 67 y 82.

[16] Senkman, L., "La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976", en: McGee Deutsch, S. y Dolkart, R. H., (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 275-320.

día que el grueso de las decisiones debía ser potestad de tecnócratas, principalmente economistas, que necesitaban quedar liberados de las presiones espurias provenientes del mundo de la política y de los intereses sectoriales organizados (eufemismo para sindicatos). República sí, democracia no, podría ser la síntesis de esta ideología que acabó dando lugar a las expresiones más neoliberales posteriormente.[17] Esta derecha liberal se mantuvo emergente hasta mediados de la década de 1970, momento en el que se consolidó en el centro del escenario político e ideológico, desplazando a las tradiciones nacionalistas y católicas con las que había tanto competido como colaborado mientras estuvo en la oposición o en distintos gabinetes.

II.B LAS DERECHAS ANTILIBERALES: RETROCESO EN BRASIL Y CHILE, AVANCE EN ARGENTINA

Los nacionalistas argentinos de la década de 1940, la Aliança Integralista Brasileira y el Movimiento Nacional Socialista de Chile que habían impulsado proyectos de transformación social y política, inspirados en el fascismo, debieron buscar después de la guerra impulso (y financiación) en otros lugares. Se convirtieron en parte de una tradición residual sin presencia relevante en las calles, pero que, a lo largo del período, siguió aportando figuras individuales al mundo intelectual y a áreas del gobierno en regímenes dictatoriales y democráticos.[18] El fuerte peso de la derecha liberal en Brasil y Chile le quitó espacio de maniobra y atracción a esas voces más radicalizadas. Aunque muchos de ellos se siguieron organizando bajo la forma de partidos políticos y

.....

[17] Morresi, S., *La nueva derecha argentina: la democracia sin política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional y Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008, pp. 41-46.

[18] Correa Sutil, S., ob. cit.; Lewis, P., "La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983", en: McGee Deutsch, S. y Dolkart, R. H., (eds.), *La derecha argentina…*, ob. cit.; Bertonha, J. F., "Os integralistas pós-1945. A busca pelo poder no regime democrático e na dictadura (1945-1985)", ponencia presentada en Congress of the Latin American Studies Association, Rio de Janeiro, 11 al 14 de junio de 2009.

participaban de contiendas electorales, estas figuras a las que Cristian Buchrucker llamó "nostálgicos del nuevo orden"[19], no dejaron de despotricar contra la "politiquería" y la demagogia partidocrática.

El Partido da Representação Popular fue formado en 1945 por los antiguos miembros del integralismo, movimiento católico-fascista liderado por Plinio Salgado. Su relevancia electoral fue casi nula, y lo propio puede decirse de su capacidad para incidir en los gobiernos nacionales, incluso en la dictadura instaurada en 1964. En el caso de Chile, la creciente pérdida de legitimidad de la democracia y de los acuerdos parlamentarios, el agotamiento producido en la población tras años ininterrumpidos de gobierno del Frente Popular, el estancamiento del impulso desarrollista, la inflación y una presencia comunista más activa, crearon condiciones a finales de la década de 1940 para que, en el nuevo clima de la guerra fría, parecieran más atractivos los discursos antidemocráticos.[20] El hartazgo frente a las permanentes transacciones parlamentarias y cambios de gabinete, y las denuncias de corrupción y fraude permitieron la llegada de partidos que no hubiesen tenido responsabilidad de gobierno, como el Agrario-Laborista (PAL), que se convirtió en el partido más votado en las elecciones presidenciales de 1952. En el PAL confluyeron muchos ex-miembros y dirigentes del Movimiento Nacional Socialista de Chile, promotores de ideas corporativistas. En 1952 apoyó como candidato presidencial al general Carlos Ibáñez del Campo. Y si bien éste ganó las elecciones, una vez en el poder, buena parte de las medidas radicales promovidas por el PAL debieron quedar archivadas ante la necesidad de obtener mayorías parlamentarias que incluían a los liberales. De hecho, durante la presidencia de Ibáñez (1952-1958), no lograron convencer de sus proyectos de marchar hacia una "democracia orgánica", no ya al grueso de la sociedad, sino al propio PAL.

[19] Buchrucker, C., "Los nostálgicos del 'Nuevo Orden' europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina", en: Klich, I., (ed.), *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina*, Maryland, Hispamerica/University of Maryland, 2002.

[20] Valdivia Ortiz de Zárate, V., *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*, Santiago, Universidad Católica Blas Cañas, 1995; Correa Sutil, S., *Con las riendas...*, ob. cit., p. 147.

En el caso argentino, lo que podemos encontrar es una situación particular, puesto que la irrupción del peronismo, la dirección que éste ejerció sobre el Estado y la naturaleza de su vínculo con el movimiento obrero, alteraron profundamente las perspectivas de comprensión y de intervención en la política. Así como el peronismo se asumía a sí mismo más allá de la izquierda y la derecha, lo propio hacía con sus opositores a ambos lados del arco político, a los que asimilaba bajo la noción de "gorilas", sea que fueran afiliados del Partido comunista o destacados miembros de la Sociedad Rural Argentina. Quizás por eso, muchos nacionalistas creyeron encontrar en el régimen peronista algo parecido a lo que venían reclamando desde inicios de la década de 1930; esto es, una combinación de promoción del bienestar social de las masas, política exterior independiente, organización corporativa de las relaciones entre capital y trabajo, patronazgo católico de la educación y rechazo ideológico al liberalismo, al comunismo, al imperialismo y a la "oligarquía". Sin embargo, recelaban del personalismo de Perón, de un uso y combinación pragmática y flexible de las ideas, de una relación demasiado directa con las masas, de la corrupción, de los acuerdos firmados con empresas petroleras a finales del mandato y del peso que tenía Eva Duarte en el palacio presidencial y en las decisiones oficiales.[21]

De hecho, los grupos vinculados a un nacionalismo autoritario, filofascista y católico se dividieron frente al fenómeno peronista; hubo quienes ingresaron decididamente en el nuevo movimiento, como el padre Virgilio Filippo, pero también hubo otros como los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, que se mantuvieron muy alejados y críticos. Es evidente que Perón se sirvió de muchas de las ideas y hombres del nacionalismo católico argentino, pero dejó de lado otras nociones que le resultaban incómodas, innecesarias o "piantavotos". En todo caso, la larga alianza de Perón y la Iglesia facilitó el ingreso de nacionalistas católicos a órganos del Estado, pero el agrio conflicto que posteriormente se desató entre el presidente y la cúpula eclesiástica en 1954, le

•••••

[21] Walter,R., "La derecha y los peronistas, 1943-1955", en: McGee Deutsch, S. y Dolkart, R. H. (eds.), *La derecha argentina…*, ob. cit.

alienó al régimen sus apoyos más decididamente católicos.

Tras el golpe de 1955, cobró fuerza una derecha de tinte nacionalista y antiliberal, que lo mismo buscaba apoyo entre los peronistas, tanto como dentro del antiperonismo. Esas voces más estridentes y autoritarias parecen haber tenido mayor desarrollo en la década de 1960 y 1970, en muchos casos más empeñadas en combatir físicamente a los comunistas que a sus ideas. Algunos de esos grupos de derecha antiliberal expresaban un punto de vista muy reaccionario sobre la activación de las masas, como la Guardia Restauradora Nacionalista; otros, en cambio, hicieron un recorrido a la inversa hacia el peronismo revolucionario y la admiración por la revolución cubana.[22] Su rechazo a la economía de mercado sin regulación, su fortísima impronta de catolicismo integrista y la promoción del hispanismo (en el sentido franquista del término) los acercaba a las corrientes nacionalistas de la década de 1930 y 1940, más de lo que admitían.[23] En términos de presencia dentro del Estado, los hombres provenientes de estas tradiciones podían encontrarse en áreas "políticas" como el Ministerio del Interior y el de Relaciones Exteriores. Asimismo, dado su interés en orientar la cultura argentina según una serie de valores tradicionales, era frecuente también hallarlos en las áreas educativas.[24] Esta corriente de ideas apoyaba la creación de una economía más bien cerrada y de una sociedad re-cristianizada y organizada políticamente a través de acuerdos corporativos de cúpula, incluyendo a los jefes sindicales peronistas. Este campo de ideas se mostraba como el más influyente de la derecha argentina entre mediados de la década de 1960 y 1975, enfrentada en varios puntos con la emergente tradición neoliberal.

•••••

[22] Galván, M. V., "El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural", tesis de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Universidad Nacional de San Martín, 2008; Padrón, J. M., "Trabajadores, sindicatos y extrema derecha. El Movimiento Nacionalista Tacuara frente al movimiento obrero, Argentina (1955-1966)", ponencia en XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 2007.

[23] Lvovich, D., *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

[24] Lewis, P., ob. cit.

II.C EL LUGAR DEL COMUNISMO Y DEL ANTICOMUNISMO

Un punto significativo para analizar es el vínculo entre la tradición derechista liberal y el comunismo. Aquí las situaciones son bastante disímiles según se mire la política de alianzas y de enfrentamientos del PC, y su ubicación con respecto al Estado en cada país. Así, en Chile, el Partido Comunista estuvo entre 1938 y 1946 dentro de la alianza gobernante integrada también por el socialismo y el radicalismo. Hacia el final de la guerra, el PCCh tenía más del 10% de los votos, lo cual le había permitido obtener 15 diputados y 3 senadores (entre ellos Pablo Neruda). En 1946, participó del frente electoral que impuso a Gabriel González Videla como primer mandatario, permitiéndole constituir el primer gabinete con ministros comunistas en la historia de Sudamérica. Ello provocó la aparición de algunos problemas políticos y de gobernabilidad, dado que el PCCh simultáneamente participaba del gabinete y alentaba una conflictividad sindical, que había estado contenida en los años anteriores como gesto de colaboración con el esfuerzo aliado.

En Brasil, el Partido comunista había estado ilegalizado desde 1935 a causa de su participación en una revuelta. De allí que hasta 1942 los comunistas brasileños no dudaron en señalar a Vargas como un émulo de Hitler. Sin embargo, la reorientación de la política exterior brasileña ese año, sumándose a la guerra junto a los Aliados, forzó al PCB a adoptar una posición por lo menos neutral frente a Vargas. La cúpula del partido acompañó la ampliación de la legislación laboral producida durante el final del *Estado Novo* y, sobre todo, apoyó en 1945 la propuesta de Vargas de llamar a una asamblea constituyente. Por esa cercanía con el dictador y su resistencia a condenar *in toto* la experiencia varguista, el PCB quedó alejado de la coalición opositora, liderada por la UDN. El proceso de apertura democrática iniciada por Getúlio Vargas en 1945 le dio la oportunidad al PCB de volver a la legalidad dos meses antes de las elecciones. En esa contienda, su candidato presidencial alcanzó el 10% de los votos (cerca de un millón de sufragantes) y se constituyó en la cuarta fuerza política del país. Quince candidatos comunistas consiguieron ingresar como diputados (entre ellos Jorge Amado) y Luis Carlos Prestes como senador. En 1947 el PCB amplió su bancada a 17 miembros. Ya para enero de

ese año era el partido más importante en la Câmara Municipal del Distrito Federal. Así, durante 1946 y 1947, el PCB no formaba parte del nuevo gobierno del presidente Dutra ni de la bancada más importante de la oposición, la UDN, pero tenía una presencia parlamentaria relevante. Sin embargo, su poder estaba lejos de ser comparable al volumen electoral que tenía el varguismo, ganador de las elecciones presidenciales, y objeto predilecto de las invectivas de la UDN.

En Argentina, la proscripción del Partido comunista por la dictadura instaurada en junio de 1943 lo asimiló al resto de las agrupaciones partidarias nacionales, también prohibidas. El PCA participó de la oposición a un régimen poroso a las ideas del catolicismo integrista y nacionalista, que sostuvo durante un año la neutralidad de Argentina en el conflicto bélico. La conformación de la Unión Democrática en 1945, el frente multipartidario creado para enfrentar al candidato oficial, fue la desembocadura para la experiencia de colaboración multipartidaria desarrollada en el marco de las actividades antifascistas. El miedo de los actores empresariales y de la derecha no estaba enfocado en el comunismo (en febrero de 1946 el PCA obtuvo menos del 1,5% de los sufragios para la Cámara baja). Tal como había quedado expuesto en el desinterés ante la propuesta de alianza de clases que les formuló el coronel Perón en la Bolsa de Comercio en 1944, el empresariado veía con mayor aprehensión al peronismo y a su decisión de intervenir en la economía, reorientando beneficios hacia los trabajadores urbanos organizados.

¿Se alteró esta situación por el giro del tablero internacional, tras el lanzamiento de la guerra fría y el reinicio de los conflictos sindicales después de 1946?, ¿tuvo mejor recepción en el ABC el anticomunismo ante el lanzamiento de reclamos sindicales, reprimidos hasta entonces por la voluntad del PC de colaborar con los Aliados? En el caso argentino, el impacto del anticomunismo parece haber sido menor en comparación con Brasil y Chile. El peronismo seguía consumiendo el grueso de las preocupaciones e intereses de los derechistas, que continuaban considerando al PC como un aliado táctico y un partido democrático más, antes que como parte del enemigo. El deseo de mantener unido el frente antiperonista –bastante maltrecho por la rápida

disolución de la Unidad Democrática en 1946– primaba por sobre las posibles influencias que ejerciera la presión anticomunista proveniente de Washington.[25] Cuando en los primeros meses de 1947 la rivalidad soviético-norteamericana alcanzó mayor intensidad, el diario *La Prensa* no intentó traducir ese conflicto al escenario nacional. El tabique entre las noticias nacionales y las internacionales mantenía incomunicadas las noticias locales sobre las actividades comunistas de las notas de Walter Lipmann, invitando a recelar del oso ruso y su codicia sobre Oriente medio y el Mediterráneo.

En cambio, hacia 1947 y 1948, tanto en Brasil como en Chile, se constituyeron fuertes corrientes de opinión en la prensa y los partidos tendientes a repudiar la presencia (real o imaginada) de los comunistas.[26] Es importante atender al hecho de que este conjunto de expresiones en algunos casos se adelantaron a la escalada de enfrentamientos entre las superpotencias, lo cual remite a causas más nacionales que globales.[27] Las disposiciones persecutorias contra el PCB se iniciaron antes de que Truman hiciera explícita la noción de que Washington y Moscú tenían divergencias insalvables; la embajada norteamericana, incluso, consideró "precipitada" la decisión de romper relaciones con la URSS en octubre de 1947.[28]

En ambos países, millones de trabajadores aspiraban a que muchos de los sacrificios que le fueron exigidos por el gobierno nacional y por el Partido comunista, en nombre del esfuerzo de guerra, se trocaran por beneficios materiales concretos y por una legislación laboral más protectora. Por ello, el fin de la "unión nacional" y la reducción de la represión policial (intensa en el *Estado Novo*) generaron un recrudecimiento de los conflictos sociales y estimularon muchos miedos anticomunistas entre empresarios y partidos de derecha en Brasil y

•••••

[25] Bohoslavsky, E., "¿Partido de la democracia o agente del totalitarismo? Las derechas argentinas y brasileñas frente al comunismo en los orígenes de la guerra fría," ponencia en XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Bariloche, 2009.

[26] Valdivia Ortiz de Zárate, V., ob. cit.

[27] Patto Sá Motta, R., ob. cit., p. 3.

[28] Ibíd.

Chile. En los dos países se aprobaron leyes para dejar fuera de la vida política al comunismo, por entenderlo ajeno a las reglas democráticas y a las tradiciones cívicas nacionales. Esa proscripción generó fuertes debates al interior de las bancadas de la UDN en Brasil y del Partido Conservador en Chile, dado que algunos parlamentarios se oponían a esa decisión.

En Chile, la agitación sindical minera e industrial se había incrementado notoriamente sobre el final de la guerra y en la inmediata posguerra, entre otras cosas por el renacido enfrentamiento entre socialistas y comunistas. En 1944, 26.000 obreros intervinieron en 60 huelgas, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes.[29] El presidente González Videla creyó que aminoraría o neutralizaría esa conflictividad incluyendo al PCCh en su gabinete.[30] Sin embargo, la presencia de altos funcionarios y ministros comunistas generó tensiones sociales y políticas, y terminó haciendo más incoherente el desarrollo de una política de paz social. Por ello, los ministros comunistas duraron sólo cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron de distinta naturaleza. Por un lado, el temor del Partido radical (el del presidente) ante el crecimiento electoral del comunismo, que absorbía una parte del electorado que tradicionalmente lo apoyaba; por otra, el rechazo de los latifundistas a la promoción de la sindicalización rural que llevaba adelante el PCCh. Finalmente por las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera.[31]

Además del gobierno, la Iglesia y el grueso de los conservadores y liberales, hubo otros sectores políticos que presionaron para que el presidente se deshiciera de los comunistas, asumiendo la lógica de la guerra fría y su manía persecutoria. La Acción Chilena Anticomunista, orientada por Jorge Prat, fue uno de los grupos más encarnizados

•••••

[29] Correa Sutil, S., ob. cit., p. 113.

[30] Bravo Ríos, L., *Lo que supo un auditor de guerra*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, p. 186.

[31] Halperin, E., *Nationalism and Communism in Chile*, Massachussets, M.I.T. Press, 1965, p. 53.

en esa lucha.[32] Otra de las voces estridentes fue la de Sergio Fernández Larrain, diputado y presidente de la Juventud Conservadora, quien inició una virulenta campaña anti-comunista. Entre las agrupaciones y figuras que participaron de esa campaña desatada en 1946, se destacaron renovadas corrientes corporativistas, como el grupo de los Estanqueros y el PAL, que se convirtieron en dos de los principales apoyos de Ibáñez durante su presidencia.[33]

González Videla ilegalizó al PCCh en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros.[34] La ley de "Defensa Permanente de la democracia" contó con la aprobación de los conservadores, los liberales, el PAL, algunos socialistas y la mayor parte del gobernante Partido Radical. En su contra, se alinearon el PCCh, la Falange Nacional (que en 1957 pasó a ser el Partido Demócrata Cristiano), algunos socialistas y radicales. La ley, conocida en el mundo de izquierda como "Ley maldita", canceló el registro partidario del PCCh, permitió el encarcelamiento de sus dirigentes y borró del padrón electoral tanto a sus afiliados como a los sospechados de serlo. La ley se mantuvo en vigencia por diez años, y tanto González Videla como la posterior presidencia de Ibáñez, se sirvieron de ella para deshacerse de conflictos sindicales en los cuales denunciaban la presencia del comunismo.

Si bien el miedo a la expansión del comunismo en Brasil era desmedido[35], reflejaba la convicción de líderes liberales, de sindicalistas

•••••

[32] Valdivia Ortiz de Zárate, V., *Nacionalismo e ibañismo*, Santiago, Universidad Católica Blas Cañas, 1995, p. 13; y *El nacionalismo chileno…*, p. 31.

[33] Bohoslavsky, E., "Contra el hombre de la calle. Ideas y proyectos del corporativismo católico chileno (1932-1954)", en: *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos* VIII, no. 1, Santiago de Chile, 2006, p. 105-125; Ruiz, C., "El conservatismo como ideología. Corporativismo y neo-liberalismo en las revistas teóricas de la derecha," en: cristo, R. y Ruiz, C., *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.

[34] Angell, A., "La izquierda en América Latina desde c. 1920", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, vol. XII, 1997; Bravo Ríos, L., ob. cit., p. 189.

[35] Como expresaba en declaraciones públicas en 1947 el líder udenista Virgilio de Melo Franco, entre la elección presidencial de 1945 y la legislativa de 1947, el PC perdió cerca de 100.000 votos, a pesar de estar "organizado em bases de fanática obediência". Las razones de ese desgaste electoral eran la banalización de la causa comunista por la rutinaria

varguistas y de empresarios sobre la orientación del electorado hacia la izquierda, con el firme temor de un aumento de los choques sociales. El gobierno de Eurico Dutra (1946-1950) se enfrentó con vehemencia a la expansión de la conflictividad sindical y prohibió el derecho de huelga antes de que entrara en vigencia la nueva constitución. El Ministerio de Trabajo intervino varios sindicatos y cerró la recientemente creada Confederação Geral dos Trabalhadores do Brasil. El 7 de mayo de 1947 la justicia federal suspendió el registro legal del PCB.[36] En enero de 1948 cesó el mandato de todos los representantes comunistas. El debate parlamentario, que permitió la "cassação dos deputados do PC", resultó muy arduo y no estuvo exento de desatar un escándalo de proporciones en el recinto por la presencia de armas.[37] Diputados oficialistas y de la opositora UDN asumieron el discurso anticomunista y justificaron la vulneración de las garantías individuales en la medida en que se consideraba amenazado el orden social y la civilización brasileña.[38] Pero también hubo diputados y afiliados de la UDN que se opusieron a la medida, amparados en su ideario liberal-republicano, por entender que se vulneraban derechos básicos.[39] Como expresaba uno de los dirigentes que estuvo en la

••••• labor parlamentaria y el desvanecimiento de la leyenda martirológica de Prestes, quien había quedado "reduzido as suas verdadeiras proporções". Arquivo FGV-CPDOC, Pasta VMF, pi Franco, V. A. M. 1947.05.00.

[36] *Gazeta Judiciária*, n° 311, ano XX, 31 de maio de 1947, Rio de Janeiro.

[37] Alvez de Abreu, A. y Raposo, E. (entrevistadores), "Juracy Magalhaes I, II e III", Rio de Janeiro, CPDOC-FGV, 1981, pp. 43 y 256.

[38] Camargo, A., Mariani, M. C. y Lopes Teixeira, M. T., *O intelectual e o político: encontros com Afonso Arinos de Melo Franco*, Brasilia, Senado Federal, CPDOC/FGV, Editora Dom Quixote, 1983, p. 128.

[39] Diputados estaduales de Minas Gerais se manifestaron contrarios al cese de los mandatos de los diputados comunistas. Belo Horizonte, 15 de dezembro de 1947. Archivo CPDOC-FGV, Fondo Gabriel Passos, AP 1934.02.02. Militantes udenistas enviaron telegramas a sus diputados para que rechazaran una ley que "coloca democracia em perigo", y un grupo de militantes de Santa Catarina le pidieron al diputado Passos que rechazara la ley y salvara a la democracia, máxime "caso advenha ditadura nossa pátria, quando Deus já castigou nazistas desgraçaram mundo". Telegrama del 3 de Julio de 1947 de Danilo Andrade al diputado Gabriel Passos.

UDN desde sus comienzos, la ley conllevaba el intento de un grupo dictatorial (los herederos de Vargas) de proscribir a otro grupo dictatorial (el comunismo):

> Não e possível que a liberdade que reconquistamos, depois de uma longa guerra batalhada em sua defesa, seja novamente sacrificada pelos remanescentes da ditadura, na sua luta contra ditatorialistas de outro gênero.[40]

Tanto el grueso de la UDN como el oficialismo nucleado en el PSD coincidieron en la necesidad de apartar al PCB del juego político.

III. CONCLUSIONES

Resumir quince años de pensamiento y prácticas de grupos de derecha de tres países es una tarea muy ardua que involucraría la participación de varios especialistas. De allí que este texto no posea pretensiones de exhaustividad, sino de establecer grandes líneas comparativas para pensar problemas de historia de América Latina. Ese intento permite encontrar tanto regularidades como diferencias en el ABC. La primera de ellas, tiene que ver con una idea que constituye ya un sentido común de la reflexión historiográfica y política en Argentina: la falta de un partido orgánico de derecha.[41] La recurrencia de los golpes de estado, las intervenciones preventivas de las Fuerzas armadas y las proscripciones de partidos mayoritarios (el radicalismo primero, el peronismo después) habla a las claras de las dificultades para jugar el juego democrático y para generar hegemonía de los sectores sociales dominantes. Esa incapacidad debe ser explicada, no ya en clave de fatalismo nacional, sino en términos

•••••

[40] Archivo CPDOC-FGV, Carpeta VMF, pi Franco, V. A. M. 1947.05.00

[41] Senkman, L., ha señalado la incapacidad para "configurar un partido de las derechas que pudiera establecer conexiones orgánicas suficientemente fuertes con la burguesía industrial, comercial y financiera, además de los grupos agroexportadoras, tradicionalmente conservadores", ob. cit. p. 289.

comparativos con las experiencias brasileña y chilena, y además de manera relacional con las izquierdas y las tradiciones populistas presentes en el escenario argentino.

La otra referencia que parece dejar este rápido recorrido por las derechas del ABC, es el paso que se produce en 1947 de la identidad antifascista y antipopulista a otra en la cual el anticomunismo tiene un papel mucho más relevante (aunque no excluyente). El abandono de la lógica de enfrentamiento de la segunda guerra y su reemplazo por la proveniente del choque entre Moscú y Washington, generó realineamientos en los escenarios nacionales. Buena parte de las derechas liberales y conservadoras del Brasil y Chile se orientaron hacia Estados Unidos, la libre empresa y el anticomunismo, en un contexto de profundización de los conflictos sindicales. Pero en el mismo momento en el que el PC era excluido del juego político en Brasil y Chile, por considerárselo representante de un país y de una doctrina de tipo totalitario, la derecha liberal argentina seguía caracterizándolo como un partido democrático y respetuoso de las tradiciones políticas nacionales. En buena medida, esta serie de consideraciones fueron revisadas después de 1959 cuando la experiencia de la revolución cubana permitió otras lecturas sobre la cercanía y la viabilidad del socialismo en tierra americana. Pero esa ya es una historia que escapa a los propósitos de este artículo.

CATÓLICOS NACIONALISTAS Y NACIONALISTAS CATÓLICOS EN ARGENTINA

FORTUNATO MALLIMACI

El siguiente artículo tiene por fin realizar un recorrido histórico y sociológico por las principales matrices ideológicas presentes en el catolicismo argentino, haciendo hincapié, y dando particular interés, a aquéllas provenientes de corrientes nacionalistas.

Para ello, debemos recordar que el catolicismo forma parte de la vida política y cultural argentina, como un actor legítimo y legitimado desde hace décadas, donde los conflictos internos entre sociedad política, sociedad civil, sociedad religiosa y estado encuentran eco diferenciado en el movimiento católico. Por lo tanto, el movimiento católico, en sus múltiples variantes, se sitúa en los orígenes; siendo uno de los principales (sino el más importante) proveedor de militantes en las esferas de la política y la economía, lo social y lo militar, tanto como en lo laboral, educativo y gubernamental.

Esto supone una distinción teórica y epistemológica entre el estado del Vaticano, Iglesia Católica, institucionalidad católica, movimiento católico, órdenes religiosas, grupos católicos, católicos sin iglesia, creyentes y creencias al interior de lo que algunos autores llaman específicamente:

"campo católico" o "cultura católica", o, generalmente, un vago "campo religioso". Optaremos, en este artículo, por el uso del plural (*catolicismos*), para evitar todo tipo de esencialismos y, al mismo tiempo, exigirnos rigurosidad a la hora de comprender las múltiples opciones ideológicas, simbólicas, sexuales, sociales e ideológicas al interior de ese mundo. Por eso, trataremos de comprender esos conflictos al interior de un consenso histórico, delimitado, contextualizado, conflictivo, poblado de memorias, olvidos, rituales, linajes y con personas, fechas, símbolos y acontecimientos disponibles para todo tipo de interpretaciones donde se juega el poder de *nominar*.

En América Latina, durante siglos, la iglesia ha monopolizado los bienes de salvación, logrando "naturalizar" su presencia, como si ésta fuese un actor que "desde siempre" ocupa los lugares de poder social y simbólico que produce y reproduce. La traducción de Mariano Moreno, a principios del XIX, de *El Contrato Social,* de Jean Jacques Rousseau (donde elimina toda referencia a la religión "porque no es el momento"), es un ejemplo importante pero no el único. Todavía conocemos muy poco las transferencias simbólicas y materiales que el modelo de tipo *iglesia* (según la terminología de Troelstch), y la particular cristiandad colonial con su continuidad "romana", ha delegado al Estado y a la política latinoamericana "realmente existente".

Al mismo tiempo, conceptos como *modernidad* y *secularización* exigen ser revisitados a la luz de las profundas recomposiciones que estamos viviendo, mostrando instituciones con cada vez menos impacto "religioso" en la vida cotidiana (procesos de *desinstitucionalización*, *individuación masiva* y *comunitarización* en pequeños grupos), junto a una incidencia que perdura, tanto en dictaduras como en democracias latinoamericanas, en el estado, en los tipos de vínculos sociales, el espacio público, la vida partidaria, la sociedad civil y presencia mediática. El *catolicismo integral* (que se ha transformado en dominante, de principios del siglo XX a la actualidad, y que ha desplazado a otros catolicismos de conciliación, de la vida privada, sin iglesia, burgués, aristocrático) no ha renunciado jamás a tener una presencia social, pública, política y ética a fin de penetrar tanto en subjetividades como en estados; en sectores populares como en dirigentes; en la sociedad política como en la civil; en las conciencias indi-

viduales como en las colectivas; en las estructuras como en las personas. El catolicismo integral es un catolicismo prioritario y fundamentalmente de acción; situándose en cada momento histórico con el fin de construir "una nueva y gloriosa argentina católica".

Una de las características del movimiento católico en Argentina en el siglo XX (no es fácil decir desde cuando y cómo, pero podemos situarlo alrededor de la "amenaza" de la Semana Trágica al finalizar la primera guerra mundial) es su fuerte antiliberalismo y su cimentación de constructor, garante, sostén (podemos manifestar otros conceptos similares) de la nacionalidad argentina que le permite numerosas posibilidades para relacionarse con múltiples actores políticos, en especial aquellos que también quieren, desean y buscan ser expresión de la argentinidad, la "auténtica" nacionalidad, la patria.

El antiliberalismo militante católico encuentra mayor eco social y cultural a partir del golpe cívico-militar de 1930 y, en especial, a partir del golpe cívico-militar-católico de 1943, donde acceder y penetrar al estado nacional deja de ser una "utopía" para transformarse en realidad. A partir de ese momento histórico, su presencia continuará hasta la actualidad con diferentes énfasis en dictaduras y democracias; éstas últimas sospechadas también de "liberales" o "formales" y que, recién en 1981, en el documento *Iglesia y Comunidad Nacional*, el episcopado católico argentino reconocerá como formas de gobierno legítimas. Frente al "desorden liberal" y las propuestas socialistas y comunistas, construir el "Reino de Dios", aquí y ahora, es una nueva alternativa disruptiva y movilizadora que puebla de sentido a aquellos que comprenden su misión como constructores de "una nueva argentina". El acceso al Estado-nación significaba, entonces, que esas experiencias católicas militantes, antiliberales y anticomunistas habían logrando introducirse a gobiernos provinciales, áreas estatales y estructuras de sentimiento de actores significativos. Entonces, se produce un rechazo integral al liberalismo religioso, al moral, al político y al económico, en este caso, especialmente, al "imperialismo del dinero", "a la riqueza", "al consumismo", pero no al modelo de producción capitalista.

Lo importante, para quienes investigamos estos temas, es que este antiliberalismo católico, que hace suyo también el discurso de la "patria",

se "moderniza", "responde desde diversos códigos", se mantiene transformándose a las nuevas coyunturas, grupos, contextos y posibilidades de llegar a la acción pero sin nunca perder de vista su aversión manifiesta de largo plazo al mercado, a los mercaderes, a una ética de la cultura impersonal e individual del capitalismo como muy bien Weber lo ha desarrollado.

Dado que la institución católica sigue recreando esa identidad de la asociación entre patria, nación y valores católicos, según contextos y prioridades, es importante observar cómo se produce, reproduce, circula, se expande, se debilita y *desmagiza* esa concepción simbólica y material. No olvidemos que el conflicto entre "la laica y la libre", a fines de los años '50, produjo el mayor sistema privado de educación católica (llamado sistema público de gestión privada) en países democráticos, con la particularidad de ser financiado por el estado. En el informe *Nunca Más,* de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, como en los juicios a las juntas militares del 1976-1983, la legitimidad católica aparece en los represores y en los reprimidos, tanto como en los jueces que condenan al terrorismo de Estado. En la actualidad, hay provincias que han votado la enseñanza religiosa en las escuelas estatales. La reforma constitucional de 1994 no tuvo el asidero suficiente para reformar el artículo II que dice: "El estado sostiene al culto católico, apostólico y romano".

Si tomamos un ejemplo cercano como la crisis terminal del 2001, descubrimos que la única institución que logró convocar al Estado, la dirigencia política, económica y social, y sentarlos en una misma mesa con el fin de dialogar, ya que "la patria está en peligro", fue la Iglesia Católica. Años después, el cardenal de la ciudad de Buenos Aires, anunciaba que la Iglesia Católica se "ponía la patria al hombro para redimirla y salvarla". Ayer nomás, el viernes 9 de octubre de 2010, el relator de la nueva ley de servicios audiovisuales por el partido gobernante Frente por al Victoria, el senador de la provincia de Santa Cruz, al exponerla, manifestó su apoyo en palabras del Papa Juan Pablo II. En esa ley, la Iglesia católica aparece, según la legislación vigente, como la única "persona de derecho público no estatal"; por lo tanto, los medios se adjudican "para la Iglesia católica, de manera directa" (Ley 26.552 de *Servicios de Comunicación Audiovisual*, art. 31), produciendo la discriminación de todos los otros

cultos no católicos, quienes deberán concursar para tener un medio.

Recordemos que la *deslegitimación* de este discurso, que asocia patria con catolicismo, ha disminuido en los últimos años en la sociedad política y en los grandes medios de comunicación, concentrándose en la sociedad civil, especialmente en aquellos movimientos –mujeres y evangélicos, especialmente– que impulsan la ampliación de derechos (sexuales, religiosos, de género); rechazada desde la Iglesia Católica.

Este catolicismo que defiende la patria, la nación, las tradiciones "criollas" desde ese antiliberalismo, puede ser antiimperialista, anticapitalista, antisemita, antiprotestante, antievangélico, anticomunista, antiyanqui y antidemocrático –antagonismos entre pueblo real vs. pueblo formal, democracia real vs. democracia formal, patria vs. colonia, militares patriotas y austeros vs. partidos políticos corruptos y banales. Por eso, puede oponerse al FMI y al Banco Mundial en rechazo de la deuda externa y sus políticas de empobrecimiento a los pueblos, promover el aborto en nombre del *american way of life*, repartir preservativos por estar asociado a las empresas que los producen y, sobre todo, expandir valores individuales, no solidarios, que destruyen la patria, los valores criollos y aumentan la pobreza. Sobre estos temas trató el discurso del Cardenal Bergoglio en octubre de 2009 en el seminario sobre Las Deudas Sociales; allí, criticó a aquellos que envían dinero al exterior y a quienes promueven un modelo social asistencialista y paternalista. Este *integralismo* tiene nacimiento en el Papa Pío IX (tan recordado por los panaderos anarquistas de nuestro país) con su *Syllabus* de 1864, con la encíclica *Rerum Novarum* de Leon XIII de 1891 (recordada por todos sus sucesores hasta la fecha), y que se ha continuado hasta hoy desde diversas ópticas sola, o asociada a otras propuestas, en el intento de construir una modernidad católica antiburguesa desde un orden social de basamento cristiano.

En este marco, es que debemos entender y comprender las posturas nacionalistas y católicas en el siglo XX en la sociedad argentina, donde un amplio sector está compuesto por inmigrantes extranjeros e hijos e hijas argentinos de esos inmigrantes en busca de nuevas identidades. Si el catolicismo ha logrado constituirse en un nacionalismo de sustitución, en la "verdadera argentinidad", donde la patria celestial se une a la patria terrenal, donde ser argentino es similar a ser católico y viceversa, y que

esto cuenta con el apoyo del Estado; entonces, la sociedad política y la mayoría de su clase dirigente deja de ser una matriz religiosa para convertirse en cimiento, símbolo, rito, sentido, imaginario y utopía de aquello que somos pero que aún no hemos logrado obtener, realizar, concretar.

La manera en que será comprendida, utilizada, actuada y delimitada esa *argentinidad católica* (a su vez enfrentada a la argentinidad liberal o socialista o burguesa) llevará a divisiones, conflictos y enfrentamientos entre grupos, movimientos, personas y comunidades que, sin negar esa catolicidad "de origen", se disputan la autoridad legítima, la memoria "verdadera" y el "sentido auténtico" de la misma al interior de los diversos sectores sociales.

Queremos así diferenciar dos tipos ideales al estilo weberiano. Es decir, el investigador separa, modela, diseña tipologías que si bien no existen en estado puro en los actores, muestran sí acentos, preocupaciones, sentidos y pertenencias que no son las mismas.

Por un lado, tenemos aquello que mencionaremos como el *nacionalismo católico*. La mayoría de las veces asociado al maurrasismo de la Action Francaise, aunque debemos aclarar que hay una vertiente que mamó de esas fuentes pero las procedencias son diversas. Por lo cual, lo que lo caracteriza, centralmente, es "la política en primer plano", donde prima la identidad nacionalista a la católica. Se piensa y actúa "politicamente" a la hora de tomar decisiones autónomas. Partidos, grupos y movimientos deciden su accionar "por propia cuenta", intentando que el catolicismo, la Iglesia Católica, sus autoridades y su personal los acompañen. Más interesados en el poder "sagrado", la autoridad simbólica y la jerárquica eclesiástica que en sus posturas doctrinales, algunos hablan de una utilización "instrumental" del catolicismo, lo que supondría que ese catolicismo, esa argentinidad católica, tuviera "dueños". Por lo tanto, estas personas no responden a principios católicos, sino a sus propias organizaciones y convicciones. De esta manera, la debilidad de esas estructuras en el largo plazo impediría hacer una memoria significativa. Un personaje de tipo-ideal de este nacionalismo católico es Marcelo Sánchez Sorondo. Podemos nombrar también a Enrique Osés, Gustavo Martinez Zuviría, Jordán Bruno Genta y Carlos Sacheri, entre otros.

Por otro lado, tenemos al *catolicismo nacionalista*. Sus miembros se

nutren en el *dispositivo católico integralista*: movimientos, órdenes religiosas, experiencias comunitarias, centros de estudios, publicaciones y diarios. Este catolicismo se caracteriza por la premisa: "primero el catolicismo", para luego dar lugar a las experiencias partidarias, grupales e individuales. Prima la identidad y pertenencia católica del grupo partidario de pertenencia. Sucede que esta identidad y pertenencia católica no necesariamente es institucional o subordinada a la autoridad eclesial. Puede serla en un tiempo, tomar distancia y luego volver a relacionarse, sobre todo si esa legitimidad de la autoridad católica logra recomponerse y permanecer en el largo plazo. Los sacerdotes, en caso de conflicto, deberán subordinarse a la autoridad. Hay sacerdotes y militantes católicos que son característicos de esta corriente, más allá de sus particularidades y opciones teológicas y políticas. Sacerdotes como Antonio Caggiano, Julio Meinvielle, Juan A. Sepich, Hernán Benitez, Leonardo Castellani, Lucio Gera, Carlos Mugica, Justino O´Farell y Carlos Sánchez Abelenda. Hay militantes católicos típicos como Arturo Sampay, Antonio Cafiero, Leopoldo Marechal, Emilio Mignone, Basilio Serrano, Atilio Dell'Oro Maini, Carlos Casares, César Pico, Juan Manuel Abal Medina, Sabino Navarro y Raymundo Ongaro. Sus sensibilidades acompañaran los autoritarismos, peronismos, militarismos, socialismos y desarrollismos a la lucha armada. Si hacen suyo esos ideales, se sumarán con "ardor y pasión" a esas nuevas identidades. Otros, tarde o temprano, tomarán distancia con el peronismo integral, el militarismo integral, el socialismo integral, el nacionalismo integral en multiplicidad de caminos que nos queda por investigar.

Están aquellos que se identifican con un catolicismo privado y libertario, y hacen suyas las propuestas nacionalistas y antiimperialistas. Las trayectorias de Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Carlos Astrada pueden mostrarnos esos caminos.

La enorme mayoría de aquellos que se identifican con la argentinidad católica han pasado de un grupo a otro, han mantenido relaciones en común y sus redes de sociabilidad son amplias y diversas. Identificarlos nos permitirá no confundirlos y estudiarlos en el largo y el corto plazo.

DE LA ACTION FRANCAISE AL PERONISMO. DE MAURRAS A LOS TEMPLARIOS. CIRCULACIÓN DE IDEAS ENTRE FRANCIA Y SUDAMÉRICA EN LA POSGUERRA.[1]

LUIS MIGUEL DONATELLO

INTRODUCCIÓN

Los interrogantes sobre la naturaleza de "los nacionalismos de posguerra", en América Latina en general y en la Argentina en particular, constituyen un tema de ningún modo cerrado. De hecho, conceptos como "populismo", o argumentos centrados en la "alianza entre la cruz y la espada", han dejado su sello en la historiografía sin por ello brindar una descripción que vaya más allá de las superficies. Los convulsionados años ´60 y ´70 mostraron como la apelación a "lo nacional" atravesó diferentes expresiones políticas diversas: desde los diferentes grupos guerrilleros que tenían en Cuba su horizonte utópico hasta las fuerzas armadas formadas en las doctrinas de guerra contrarrevolucionaria y seguridad nacional, utilizaron dicho recurso identitario como fundamento.

•••••

[1] Agradezco a Celina Halperín, quien me brindó su trabajo con las fuentes disponibles sobre Jacques-Marie de Mahieu.

Asimismo, los inconvenientes conceptuales respecto a este fenómeno poseen su correlato con la investigación empírica. Mientras los estudios sobre nacionalismos y nacionalistas en la Argentina de la primera mitad del siglo XX han arrojado resultados promisorios, no sucede lo mismo con los años posteriores. De este modo, existen numerosas obras periodísticas que, sin una adecuada crítica de las fuentes ni una perspectiva de largo plazo propia del quehacer científico, brindan datos imprecisos y fragmentados. Pero no hay un correlato historiográfico, sociológico, antropológico o politológico sólido. Por el contrario, tenemos trabajos ricos, pero aislados.

Si partimos de los mencionados inconvenientes, este artículo se propone un doble desafío. Desde el punto de vista conceptual, intentará caracterizar algunos rasgos de los nacionalismos vernáculos a partir del estudio de una corriente particular: aquella que, inspirada en el pensamiento secular francés, desembocó en la adhesión al peronismo como proyecto utópico.

Esta elección no es de ningún modo fruto de la simple curiosidad, ya que posee su correlato con un problema historiográfico. En la primera mitad del siglo XX, las influencias del pensamiento político francés -podríamos agregar, de la cultura francesa en general- fueron destacadas por numerosos trabajos. Asimismo, buena parte de los nacionalismos vernáculos estuvieron ligados al desarrollo de ideas y experiencias seculares francesas. De allí que interrogarnos sobre la circulación de representaciones, ideas y experiencias nacionalistas entre Francia y Argentina en los años posteriores constituye un ejercicio necesario y pertinente.

El método escogido para tales efectos consiste en el "estudio de caso": sin pretender extrapolar los rasgos de la parte al todo, partiremos del argumento de que, conociendo algunas características de una trayectoria, podemos dar cuenta de algunos rasgos más generales.

Para ello, he escogido a Jacques-Marie/Jaime María de Mahieu. Arribado al país en la década del ´40, poseerá estrechos vínculos con el peronismo y con diversos grupos y experiencias autoproclamadas nacionalistas hasta su muerte ocurrida en 1990. En paralelo, y de manera solidaria, desarrollará una prolífica labor en torno al estudio y la creación de organizaciones que, genéricamente, podemos denominar como esotéricas.

De este modo, a partir de la complejidad de la trayectoria de Mahieu,

podremos también interrogarnos sobre un conjunto de tensiones inherentes a los nacionalismos nativos.

JACQUES-MARIE/JAIME MARÍA DE MAHIEU

LOS PROBLEMAS DE RECONSTRUCCIÓN

La reconstrucción biográfica de Mahieu es -redundantemente con parte de su producción- imbricada y difícil de sintetizar en torno a pautas delimitadas. Existen tres tipos de fuentes al respecto:

- La historia oficial que, en forma de trazos, está publicando su hijo en internet.
- El informe de la Comisión para el esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina (CEANA), destacándose al respecto los textos de Buchrucker y Quatrocchi-Woisson.
- Un heteróclito mosaico de referencias en diferentes obras historiográficas y periodísticas sobre los nacionalismos de posguerra en la Argentina.
- Un video documental editado por una firma neonazi -Ediciones Walhalla- radicada en la Provincia de San Luis.

Según estas fuentes, Jacques-Marie de Mahieu nació en Paris en 1915. Su vida en Francia constituye un horizonte nebuloso; se habría licenciado en Letras en la *Université Aix-en-Provence* en los años ´30 y, asimismo, se vincularía en dicha época a la *Action Francaise*.

El primer "hueco" en torno a la trayectoria de Mahieu surge en torno a los años posteriores. Existen múltiples, contradictorias y confusas referencias en torno a su participación en la *Milicia* de Vichy, en la *Légion des Volontaires Francaises contre le Bolchevisme* y en la *33 División de granaderos de las Waffen SS, "Charlemagne"* o *División Charlemagne.*[2]

[2] Buchrucker, C.,"Los nostálgicos del 'Nuevo Orden' europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina", en: *Informe final*, Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación, CEANA 1999, pp. 13-14; Gutman, D., *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003, pp. 105-106; y Beraza, L. F., *Nacionalistas. La trayectoria de un grupo polémico (1927-1983)* Buenos Aires, Editorial Cántaro, 2005, pp. 163-167.

La oscuridad en torno a su pasado en Francia fue alimentada principalmente por él cuando, en los años ´60, se ligue a cuadros de distintas experiencias nacionalistas como Tacuara, o su subsidiario Movimiento Nueva Argentina. Reaparecerá mencionado por la revista La voz del Plata/La Plata Ruf en el año 1971, y será refrendado por sus apologistas en la actualidad a través de los videos de Ediciones Walhalla.

La controversia historiográfica en torno a dichos vínculos posee varios significados. Por un lado, puede interpretarse como una estrategia de Mahieu para ganar prestigio dentro de los grupos nacionalistas vernáculos de posguerra. En tanto "formador de cuadros" que hacía gala de un anti-intelectualismo que privilegiaba la acción directa ante otras alternativas políticas, mencionar dicho pasado le permitía a un intelectual poseer un "plus valor". Por otro, nos da cuenta de un rasgo que atravesó diferentes grupos nacionalistas en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX: la *nostalgia* por el *Nuevo Orden*.

Finalmente, expresa algo común a un espectro intelectual y político más amplio y heterogéneo dentro de nuestro medio: la recepción positiva de experiencias pasadas en Europa en general, y en Francia en particular, como horizonte utópico. El hecho de ir rezagados a los debates europeos le ha conferido a los círculos intelectuales vernáculos un carácter singular. Actitud de "imitación" propia de las clases medias del siglo XX, en relación con las experiencias de las elites intelectuales argentinas del siglo XIX, este es un rasgo que, para el caso de los nacionalismos, hemos conceptualizado en otras investigaciones como "cosmopolitismo anticosmopolita".[3]

•••••

[3] Mallimaci, F. Cucchetti, H. y Donatello, L., "Caminos sinuosos: nacionalismo y catolicismo en la Argentina Contemporánea", en: Colom Gonzçalez, F. y Rivero, Á. (eds.), *El altar y el trono. Estudios sobre el catolicismo político iberoamericano*, Barcelona, Antrophos, 2005; Fernández, G., "Un dato no menor", en: *Al Filo de la Realidad*, N° 145, 12/01/2006, Centro de Armonización Integral, Paraná, Entre Ríos, 2006, pp. 4-5; Quatrocchi-Woisson, D., "Relaciones con la Argentina de funcionarios de Vichy y de colaboradores franceses y belgas", en: *Informe…*, pp. 24-25; y Ranaletti, M., "La guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945" en: *Anuario de Estudios Americanos*, N° 62, V2, Julio-Diciembre de 2005, pp. 285-308.

Un segundo mojón en la trayectoria de Mahieu se abre con su llegada a la Argentina. Las referencias la sitúan entre los años ´45 y ´46.[4]

A partir de allí, se abren tres sendas. La menos visible es la conformación de una red trasnacional de protección de criminales de guerra. Mahieu habría participado de la "Comisión Peralta", una dependencia de la Oficina de Migraciones del Ministerio del Interior encargada de tejer una red con el fin de traer al país a criminales de guerra, dirigida por Santiago Peralta y mantenida activa entre 1946 y 1955.

Un camino más visible es la participación de aquello que Christian Buchrucker denomina "El agrupamiento latino". Es decir, un polo de producción intelectual creado por intelectuales fascistas italianos (Carlo Scorza), maurrasianos franceses y belgas (Mahieu y Pierre Daye) y nacionalistas vernáculos (Ernesto Palacio, Mario Amadeo y José María Rosa), aglutinados en torno al Centro de Estudios Económicos y Sociales (CEES), la revista Dinámica Social y la Editorial de Autores.[5]

En dicho espacio, sus integrantes se volcarían principalmente al mundo intelectual, ocupando posiciones en cátedras universitarias y acompañando el desarrollo y crecimiento universitario promovido por el peronismo, con el fin de restarle la hegemonía de la educación superior a las casas de altos estudios más tradicionales, opositoras al régimen de 1946-1955. Asimismo, los emprendimientos mencionados poseían financiamiento privado -empresas nacionales como Techint-, sin constituir por eso un claro polo intelectual orgánico al gobierno: inclusive, integraba a intelectuales opositores al peronismo que veían en este una fuerza plebeya y socializante como el Padre Meinvielle. Podemos hipotetizar que constituían más bien un grupo marginal, pero productivo dentro de la Argentina peronista, cuya función puede interpretarse en la "contención por derecha" de grupos y fuerzas desestabilizadoras.

Finalmente, durante el peronismo, Mahieu tendrá su protagonismo

.....

[4] Goñi, U., *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

[5] Buchrucker, C., ob. cit., pp. 11-18.

individual en la Universidad Nacional de Cuyo, en su sede de San Luis, como profesor contratado de diversas materias de la carrera de Filosofía. En este período desarrollará una profusa labor editorial, combinando las exigencias profesionales como Profesor universitario de tópicos consecuentes con la construcción de una "ideología peronista". Mientras que los primeros libros fueron editados por editoriales menores, los segundos contaron con el apoyo editorial de la Universidad Nacional de Cuyo. Entre otros, podemos mencionar: *La dialéctica de la Revolución y el movimiento de 1789* (1949), *Los mitos burgueses* (1951), *La Tour Du Pin - Precursor de la Tercera Posición* (1952), *La Contra-enciclopedia contemporánea- Maurras y Sorel* (1952).

Sin embargo, la principal intervención intelectual de Mahieu en este período será su participación en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, llevado a cabo en Mendoza en 1949. Dicho acto, contó con la presencia y participación de Perón y la intervención de profesionales de renombre local e internacional (Hans Georg Gadamer, Nicolai Hartmann, Gaston Berger, Nicola Abbagnano, Karl Löwith, Gabriel Marcel, Jean Hippolyte, José Vasconselos, Carlos Astrada, Bertrand Russel, Martin Heiddegger). Su ponencia se centró en filosofía estética; siendo difícil realizar una lectura política manifiesta.

Esta triple actividad de Mahieu permite dar cuenta de una cuestión mayor: el rol de *los nostálgicos del Nuevo Orden* durante el peronismo. Por un lado, acompañaron la política universitaria del peronismo, sin ocupar lugares centrales de gestión. Por otro, constituyeron un espacio de producción intelectual que buscó "dotar de contenido político" al peronismo, en competencia con otros grupos: desde los católicos nacionalistas instalados en las universidades nacionales más tradicionales (Benítez), hasta los clérigos que bregaban por la creación de universidades católicas (Derisi, Dell´Oro Maini) o, inclusive, intelectuales provenientes de diversas corrientes del marxismo (Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós o, más académico, Rodolfo Mondolfo).

También existen referencias a los intentos de construcción de un proyecto utópico en la segunda mitad de los años ´50: según sus familiares, Mahieu desarrollaría, en Mendoza, una experiencia de extensión universitaria de aplicación de principios de "economía comunitaria". Asimismo, participó de la creación y del desarrollo, a partir de 1950, de una Escuela

Superior Peronista, organismo financiado por la Fundación Eva Perón, destinado a la formación de cuadros.

ENTRE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA Y LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR

Todas estas actividades quedarían truncas con el golpe de estado que derrocó a Perón en 1955: Mahieu fue cesanteado en la Universidad Nacional de Cuyo, teniendo que buscar diferentes alternativas para continuar con su producción intelectual, y su supervivencia económica.

Una de ellas fue el desarrollo de investigaciones en torno a la llegada de los europeos a América antes de Colón. De este modo, deambulará por Paraguay, Brasil y Canadá; sentando las bases empíricas de un conjunto de textos que editará en Francia en la década del ´70. Develar conocimientos ocultos, herméticos o secretos constituía el eje de estas indagaciones.

Si seguimos la caracterización hecha por Buchrucker, podemos inducir que el financiamiento de estas investigaciones provenían de un conjunto de organizaciones europeas: particularmente el Movimiento Social Europeo, fundado por Maurice Bardèche, el *Rassemblement Travailliste Francais*, de Jean Dalbin, el Nuevo Orden Europeo de René Binet y el Círculo Español de Amigos de Europa.[6]

Estas organizaciones, surgidas en los años ´50, buscarían en las décadas siguientes construir una suerte de "internacional" de derechas. Acontecimientos como las guerras de descolonización o el surgimiento de paradigmas militares como la "doctrina de la guerra contrarrevolucionaria" o la "doctrina de seguridad nacional" ligarán a estas redes, de manera clandestina, a diferentes dictaduras latinoamericanas. Sin embargo, esta referencia constituye todavía un hueco en las investigaciones académicas, encontrándonos sólo con investigaciones periodísticas por momentos intensas, pero carentes de sistematicidad.[7]

Otro tipo de actividad fue retomar la docencia universitaria. Una vez oficializada, ingresará en el cuerpo docente de la Universidad del Salvador,

[6] Ibíd., pp. 20-25.

[7] Robin, M-M., *Escadrons de la mort, l'école française*, Paris, La Découverte, 2004.

de la cual fue expulsado a mediados de la década del ´60, por sus disidencias con el Sacerdote Jesuita Ismael Quiles, director y fundador de la institución. Fundamentalmente, el anticlericalismo y el paganismo fascista de Mahieu chocaban con el proyecto católico de Quiles.

Junto con un grupo de profesores expulsados de dicha casa de altos estudios, fundó en 1963 la Universidad Argentina de Ciencias Sociales. Efímera institución privada que contó con miembros de diversas corrientes nacionalistas -entre sus miembros, vale la pena mencionar al multifacético Senador Nacional Antonio Cafiero-; su desarrollo también quedó trunco cuando el gobierno de Onganía la cerró por no contar con los requisitos legales mínimos.[8]

Sin embargo, la actividad más destacada, según la bibliografía sobre el período, destacará el vínculo entre Mahieu, Tacuara y sus derivaciones.[9]

Mahieu trabaría contacto con uno de los fundadores de Tacuara, Alberto Ezcurra Uriburu, hacia finales de los ´50. A partir de allí, dará conferencias y charlas a los integrantes del grupo, constituyéndose en una de sus principales -y escuetas- referencias intelectuales. Precisamente, en dicho marco, entraría en conflicto con otro de los "mentores" intelectuales de Tacuara: el padre Julio Meinvielle.

A raíz de un artículo publicado por Ezcurra Uriburu en la revista de la Juventud de Acción Católica, de la Parroquia San Agustín, titulado "Cristianismo y orden burgués", en el cual hacía suya la perspectiva anticapitalista de Mahieu, el padre Meinvielle instaría a que parte de los integrantes de Tacuara se separaran de dicha organización, pues veía un claro giro hacia el bolcheviquismo, y que crearan la Guardia Restauradora Nacionalista.

Podemos inducir que la reedición del principal texto político de Mahieu: *El Estado Comunitario*, publicado originalmente en 1954, y reeditado en 1962 (y vuelto a reeditar en numerosas oportunidades), será fruto

•••••

[8] Ibíd., p. 33.

[9] Gambini, H., *Historia del peronismo III (1956-1983). La violencia*, Buenos Aires, Planeta, 2008, pp. 115-118; Gutman, D., ob. cit., pp. 105-106; Beraza, L., ob. cit. pp. 163-167; Stortini, J., "Polémicas y crisis en el revisionismo histórico: El caso del Instituto de investigaciones históricas 'Juan Manuel de Rosas' (1955-1971)", en: Devoto F. y Pagano N., *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 89.

de este diálogo. Por su parte, Ezcurra Uriburu abandonará Tacuara para tomar los hábitos, lo cual generaría nuevas escisiones: el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, cuyos integrantes luego se irían integrando a los sectores contestatarios del peronismo, o al trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); y el Movimiento Nueva Argentina, que protagonizará en esos años el secuestro de un avión de línea para dirigirse a las Islas Malvinas y erigir allí una insignia nacional.

Nuevamente, a partir de la trayectoria de Mahieu y sus nexos con el espectro nacionalista vernáculo, podemos reconstruir algunos rasgos más generales del fenómeno. La Revolución Libertadora -sobre todo después del breve interregno de Lonardi-, clausuró momentáneamente las posibilidades de desarrollo de estos grupos. Será durante los gobiernos de Frondizi e Illia donde, desde una posición semiclandestina, volverán a acercarse al peronismo. En un punto, el antiperonismo posibilitará dicha interacción. Sin embargo, cuando un golpe de Estado como el de la "Revolución Argentina" intente gobernar erigiéndose en la "doctrina de la seguridad nacional" como paradigma intelectual, también estos círculos quedarán de algún modo a la deriva: la combinación entre militarismo político y neoliberalismo económico dejará a estos grupos fuera. Su supervivencia, entonces, sólo será posible a partir de las redes trasnacionales mencionadas, en las cuales se imbricarán intereses por demás diversos que fluctuarán desde el tráfico de drogas hasta el tráfico de armas.[10]

En los años posteriores, Mahieu aparecerá vinculado nuevamente al peronismo a partir de dos hechos: en 1973 figura como delegado por Mendoza ante el Consejo Superior del Partido Justicialista, mientras que en 1974 aparece como asesor de la Intervención Ottalagano en la Universidad de Buenos Aires.[11]

EL ESTADO COMUNITARIO

La extensa producción de Mahieu excede los límites de esta exposición. Por ende, para dar cuenta de sus principales ideas políticas, nos

•••••

[10] Larraquy, M., *López Rega. La biografía*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

[11] Terragno, R., *El peronismo de los ´70 (I) De Cámpora a Isabelita*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005, p. 54.

concentraremos en su texto principal: *El Estado Comunitario*. Por idénticos motivos, me permito realizar una síntesis típico-ideal del texto:

I) Punto de partida:

- Es la consideración de la *desigualdad* como un fenómeno "natural".

- De allí que los agrupamientos humanos o *comunidades* sigan esta dinámica, agrupándose por rasgos comunes.

- En función de la desigualdad constitutiva, cada comunidad posee sus jerarquías *internas*, del mismo modo que las diferentes comunidades se articulan también siguiendo un *orden jerárquico*.

- El *Estado* es un epifenómeno de la comunidad, siendo su función mantener su unidad.

II) Definición del enemigo:

- Los elementos disolventes del orden jerárquico natural son tanto las tendencias contestatarias del comunismo y el anarquismo, como del liberalismo o, inclusive, del catolicismo, en tanto parten de y proponen elementos igualitarios en la organización social y política, a la vez que introducen el egoísmo.

III) Definición de amigo

- Si bien no hace referencia a regímenes concretos, su énfasis en un Estado organizado de manera funcional, lo conduce a valorar positivamente las *alternativas* a las democracias basadas en un régimen de ciudadanía o al principio de igualdad material de los regímenes socialistas.

IV) Proyecto utópico

- Un Estado cuyos límites se encuentren encuadrados por el desarrollo de cada comunidad.

- Una organización interestatal determinada por las *jerarquías naturales* inherentes a cada grupo humano.

- El *dirigismo estatal* en materia económica, siendo necesaria la estatización *de los medios de producción*, pero abriendo las posibilidades de que cada quien sea dueño de los frutos de su trabajo.

- La *representación funcional* en el seno de cada Estado, a partir del desarrollo de la complejidad interna de cada comunidad.

- La *dirección interna* del Estado en manos de minorías selectas en función de sus *capacidades genéticas*.

- Para lograr este *Estado Comunitario*, es necesaria una revolución global donde los pueblos *más fuertes* sometan a los *más débiles*.

La originalidad de este texto, y de sus argumentos, es prácticamente nula. Por el contrario, constituye una síntesis del pensamiento corporativo europeo, añadiéndole elementos "socio-biologicistas".

Sin embargo, vale la pena interrogarse sobre sus significados en las efervescentes décadas de los ´60 y ´70 en América Latina, y los motivos por los cuales grupos de jóvenes de clases medias y medias altas -rasgo común a los miembros de Tacuara- se sentían seducidos por estas ideas.

Una primera respuesta a dichos interrogantes puede encontrarse en la simplicidad de los argumentos: constituían un mensaje racional, articulado y simple de ser reproducido de manera casi pedagógica. Luego, en función de este rasgo, eran términos perfectamente plausibles para una generación antiintelectual y sedienta de acción. Hijos o nietos de inmigrantes cuyos padres habían pasado por alguna guerra, o bien descendientes de familias tradicionales que habían construido una genealogía heroica en las guerras de la Independencia y que, hasta pocos años antes, consideraban a la violencia política como algo "natural". La propia Revolución Libertadora que había derrocado a Perón, produjo hechos de violencia y muerte por todo el país, del mismo modo en que las dictaduras anteriores y posteriores imprimían a la sociedad un carácter militar que hacía de la acción un fenómeno insoslayable.

Desde una perspectiva sociológica, podemos agregar un factor más: la noción de "minoría selecta" poseía una fuerza de seducción particularmente fuerte para las capas medias que empezaban a nacer como tales en nuestro país.[12] En un país donde los grupos dirigentes eran relativamente nuevos, el "cierre social" se mantenía abierto: de allí que un discurso que enfatizara la necesidad de crear un cuerpo de elegidos en función de rasgos naturales (que no existían, en la medida en que no había una cristalización) era perfectamente plausible para grupos desencantados con una democracia que tampoco había conocido un desarrollo extendido.

•••••

[12] Adamovsky, E., *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

El golpe de estado de 1976 cortará estas influencias. A partir de allí, las referencias se vuelven vacuas. Si seguimos la descripción hecha por Hugo Quiroga sobre las internas del poder militar en esos años, podemos manejarnos con indicios y postular que, con la caída del proyecto corporativo de Díaz Bessone, el espectro y las redes a las cuales se hallaba vinculado Mahieu asistían a un nuevo fracaso.[13]

Paralelamente, los indicios sobre la trayectoria de Mahieu en ese período nos conducen hacia su producción esotérica. Diversas editoriales francesas -Hachette, Robert Laffont- publicarán sus trabajos antropológicos y arqueológicos: entre ellos, podemos mencionar El gran viaje del Dios-Sol. *Los vikingos en México y en el Perú (967-1535)* (1974), *Drakkares en el Amazonas. Los vikingos en el Brasil* (1978), *El rey vikingo del Paraguay* (1979), *Les templiers en Amérique* (No se pudo establecer la fecha de la primer edición, siendo reeditado en francés en 1999), *La Fabuleuse Epopée des Troyens en Amérique du Sud* (editado en francés en 1996).

El argumento de Mahieu en estas obras puede sintetizarse, por razones de espacio, en pocos reglones. América Latina fue descubierta por diversos grupos portadores de una civilización superior, expulsados de Europa. Las principales culturas "precolombinas" correspondían, en realidad, al desarrollo de estos colonizadores "originarios", siendo un modelo de organización social; por lo tanto, antecedentes insoslayables del *Estado Comunitario*. Por ende, el descubrimiento/conquista de América era en realidad un vasto plan judío (Colón inclusive es caracterizado por Mahieu como judío) para conquistar al mundo.

Más allá de la verosimilitud de las tesis de Mahieu, vale la pena interrogarse sobre por qué alguien como él podía llegar a escribir sobre este tipo de cosas. La relación entre esoterismo e ideas de *Nuevo Orden* ha sido investi-

•••••

[13] Quiroga, H., *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, Rosario, Homo Sapiens, 2004, pp. 98-105.

gada en numerosas oportunidades, sobre todo en lo atinente al nazismo.[14] Ahora bien, sostener esas ideas, tanto en Argentina como en América latina, podía tener un significado singular. Por un lado, relacionar a Mahieu con un conjunto de temas y debates que lo ligan a un conjunto de preocupaciones intelectuales comunes al campo desde el Centenario hasta la Guerra de Malvinas: el problema de la *identidad nacional*. Sin ninguna pretensión de *verdad*, ya Carlos Astrada en 1948 establecía una genealogía imaginaria de las pampas que se remontaba a los griegos.[15] Por otro, puede comprenderse como algo común a los *nostálgicos del nuevo orden*: frente a los desencantos de la política, la necesidad de re-encantar el mundo. Ya volveremos sobre este tópico.

El retorno de la democracia en 1983 ya no tendrá espacio para figuras como De Mahieu. Quedará marginado a sus investigaciones esotéricas, siendo reivindicado por una asociación templaria vernácula -el Priorato General de Argentina- como uno de sus fundadores.

La última aparición pública de Mahieu se producirá en 1989 , apoyando, al igual que muchos y diversos nacionalistas, la campaña presidencial de Carlos Menem; las políticas neoliberales implementadas por su gobierno, herirían mortalmente su visión del mundo.

En la actualidad, además de su familia, Mahieu es reivindicado por diferentes grupos sudamericanos, españoles y franceses. Desde los neonazis de "Acción Chilena" hasta el proyecto intelectual de Alain De Benoist en Francia -en el cual encontramos participaciones de ex-tacuaristas-, nos encontramos con un abanico trasnacional que nos interroga sobre el significado de las redes de nostálgicos del *Nuevo Orden* en la actualidad.

En ese sentido, vale la pena poner énfasis sobre porqué su proyecto comunitario vuelve a releerse hoy en clave de las *Nuevas Derechas*.

•••••

[14] Mosse, G., *The crisis of German ideology: intelectual origins of the Third Reich*, New York, Barnes & Noble, 1964; y Goodrick-Clarke, N., *The ocult roots of nazism: secret arian cults and their influence on Nazi Ideology*, Londres, Tauris & Co, 1985.

[15] Astrada, C., *El mito gaucho. Martín Fierro y el hombre argentino*, Buenos Aires, Ediciones Cruz del Sur, 1948.

CONCLUSIÓN: DEL NUEVO ORDEN AL DESENCANTO Y LOS DILEMAS DEL COMUNITARISMO.

La trayectoria de Mahieu y, por extensión, de algunas corrientes nacionalistas en la Argentina, despierta -al menos- tres interrogantes.

En primer lugar, vale la pena preguntarse sobre su carácter marginal. Esta claro que aquellos que Christian Buchrucker denominó como *nostálgicos del Nuevo Orden*, no poseyeron en la Argentina grandes condiciones de desarrollo. Una buena muestra de esta afirmación lo constituye su imposibilidad -endémica- de constituir fuerzas políticas relativamente institucionalizadas. Asimismo, tampoco podemos hablar de "minorías activas": más bien constituyeron -de manera alternativa- fuerzas subsidiarias del peronismo y de algunas líneas internas del poder militar. En ese sentido, la trayectoria de Mahieu es ilustrativa, adecuándose bastante bien al derrotero de un intelectual. Parafraseando a Pierre Bourdieu, alguien que ocupa una posición *dominada*, dentro de un espacio *dominante*.[16] La imposibilidad de construir algo más allá de una carrera intelectual, es también una prueba del carácter subalterno de Mahieu y de buena parte de los proyectos nacionalistas en la Argentina.

Políticos, militares, empresarios o altos funcionarios eclesiásticos en la Argentina de posguerra, acudieron alternativamente y en función de necesidades coyunturales a una retórica nacionalista. Sin embargo, la derrota de los *nostálgicos del Nuevo Orden* los hacía parecer más bien como portadores de un estigma que como intelectuales orgánicos capaces de construir un proyecto hegemónico. De allí que, tanto el peronismo como los militares, por mencionar solos dos espacios de poder social en los cuales estos intelectuales tuvieron algún tipo de recepción, acudieron a ellos más que nada para contener *por derecha*. El carácter plebeyo y heterogéneo del peronismo no daba espacio para que sus ideas aristocratizantes se desarrollaran en extensión. Análogamente, la estrecha ligazón entre militares y poder económico, también hacía que sus proyectos fueran irrealizables.

En torno a estas características es que también podemos dar cuenta de la circulación de estas ideas entre Francia y Sudamérica: básicamente

•••••

[16] Bourdieu, P., *La Distinction. Critique sociale du jugement*, Paris, Ed. Minuit, 1979, pp. 362-363.

a partir de redes de intelectuales en algún modo *desencantados*.

Un segundo interrogante se impone sobre la forma de conceptualizar el derrotero de Mahieu, su unidad y heterogeneidad. Una palabra clave, cara a la tradición sociológica, la constituye el término *desencanto o pérdida del contenido mágico del mundo*.[17] La desilusión frente a la democracia y a la sociedad liberal decimonónica que pueden encontrarse en el corazón de las impugnaciones occidentales de entreguerras, y las sucesivas "derrotas" por las que pasó Mahieu, pueden interpretarse como fases de desencanto. De allí es que puede plantearse una interpretación de su búsqueda esotérica: el *re-encantamiento o construcción de un significado mágico*. La búsqueda de la presencia del *Dios Sol* en América, y de un *Estado Comunitario* original y mítico expresan esa tendencia. Por extensión, buena parte de los nostálgicos *del Nuevo Orden*, y también de otros grupos nacionalistas vernáculos, comparten este rasgo. En ese sentido, y por oposición, es que también estas corrientes pueden comprenderse en relación con los rasgos que ha asumido el proceso de *secularización* en nuestras sociedades.

Finalmente, en torno a este registro, nos encontramos con un tercer interrogante: los riesgos que entraña el *comunitarismo* en nuestras sociedades. No es de ningún modo casual que parte de los actuales apologistas de Mahieu hagan hincapié en el *desencanto* y en las posibilidades de las *organizaciones comunitarias* para combatirlo.[18] Si hacemos propio el argumento de Marcel Gauchet, para quien las democracias occidentales se encuentran atravesando una segunda crisis análoga a la de fines del siglo XIX[19], no es de extrañar que surjan reivindicaciones que poseen en la "reafirmación identitaria" su principal punto de partida. Si bien esto no es extensible a todas las perspectivas *comunitaristas*, el solapamiento entre *identidad* y *comunidad* se erige hoy como una poderosa fuerza aglutinante y constructora de reivindicaciones políticas.[20] De este modo, los interro-

•••••

[17] Weber, M., "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", en: *Ensayos de sociología de la religión*, Madrid, Taurus, (1920), 1998, Tomo I, pp. 117-124.

[18] Buela, A., "Posmodernidad y desencanto", en: *Disenso* 16, Buenos Aires, 1998, pp. 22-27.

[19] Gauchet, M., *La democracia: de una crisis a otra*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.

[20] Benhabib, S., *Las reivindicaciones de las culturas. Igualdad y diversidad en la era global*, Buenos Aires, Katz, 2006.

gantes que hemos planteado en este trabajo devienen en prioritarios, del mismo modo que nos previenen sobre algunas conexiones de sentido que poseen ciertas perspectivas comunitarias con las tragedias del siglo XX.

COMENTARIOS[1]

JACQUES POLONI - SIMARD

Dos de los artículos de este capítulo tratan de las derechas, cuando los del capítulo uno enfocaban más directamente la cuestión del nacionalismo: la de Luis Donatello y la de Ernesto Bohoslavsky. Por su parte, el texto de Fortunato Mallimaci prolonga la discusión sobre el nacionalismo o, mejor dicho, los nacionalismos. Los tres autores se centran en la Argentina, aunque en menor proporción Bohoslavsky, ya que abarca también a Chile y Brasil.

En segundo lugar, quisiera retomar brevemente una intervención del capítulo uno. Me sorprende la ausencia de artículos sobre la izquierda,

[1] Quiero agradecer, en primer lugar, a Fortunato Mallimaci y a Humberto Cucchetti por la invitación a participar en esta publicación para comentar los artículos que integran este capítulo, a pesar de no ser un especialista en el tema. Decir eso no es para nada una fórmula retórica. No trabajo ni nunca trabajé el tema del nacionalismo o de las derechas, sea desde la sociología, sea desde la historia política. Pero Humberto Cucchetti insistió para que fuera comentarista. Con gusto acepté, como lector de estos trabajos en una perspectiva transdisciplinaria.

aun cuando esa laguna se complementó, de alguna manera, en parte de los artículos subsiguientes. Porque la cuestión del nacionalismo concierne, abarca, cruza las corrientes políticas e ideológicas de izquierda. Sin detenerse, vale la pena recordar que el nacionalismo, por lo menos en Francia, fue una idea de "izquierda" antes de haber sido de "derecha"; y en América Latina, el nacionalismo es compartido por la izquierda y la derecha, y aún puede decirse que aquella es más nacionalista que ésta... En todo caso, para un historiador francés, cuando se habla de *las* derechas se piensa enseguida en el libro seminal de René Rémond: *Les droites en France*[2]. El análisis al cual todavía se refiere, aunque fuera para criticarlo, es el modelo de las tres derechas: legitimista, orleanista, bonapartista, que manifiesta tres tradiciones (reaccionaria, liberal, autoritaria), en referencia a tres momentos específicos de la historia francesa. Claro, ese modelo no es exportable. Entonces, ¿es posible hacer un libro sobre las derechas en la Argentina?

Bohoslavsky, con mucho énfasis, no habla de la derecha, sino de "las derechas" o de "las corrientes de derecha". ¿Cómo entonces definir la derecha? El autor se enfrenta al problema en la primera parte de su texto, titulada: "¿Qué es la derecha?". Lo hace en los términos de la filosofía política o, digamos, movilizando elementos de la filosofía política que identificarían en la derecha rasgos como la naturalización de las relaciones sociales, el escepticismo hacia la reforma o el rechazo de la reforma, y el acento en la noción de jerarquía social. Elementos que, finalmente, definen también al conservatismo. Pero en todos los artículos de este capítulo, tal como en el primero, los autores insisten sobre la pluralidad, la diversidad y la heterogeneidad de la derecha. Menos mal que hay una pluralidad de derechas, como la hay de izquierdas. Menos mal, para el ciudadano; también para el historiador. Pero hablar de *las* derechas, de *los* nacionalismos o de *los* catolicismos, insistiendo sobre el plural de los sustantivos, es al fin y al cabo desplazar el problema. Entonces, retomaré un término que mencionó Malllimaci al final de su exposición y que estaba presente en el título del texto de Hugo Mancuso: existe una "constela-

•••••

[2] Rémond, R., *Les droites en France*, París, Aubier-Montaigne, 1982 ; reedición de *La Droite en France de 1815 à nos jours : continuité et diversité d'une Tradition politique*, París, Aubier, 1954.

ción" de las derechas, que sí se puede identificar. Pero ese desplazamiento del problema me lleva entonces a interrogar: ¿hay algo que resiste cuando uno se acerca a esa pluralidad, a esa variedad, a esa heterogeneidad de las derechas? En el trabajo de Donatello, sobre Jacques Marie de Mahieu, hay un elemento sobre el cual hay que insistir: el antisemitismo; si bien, volviendo a mi observación sobre el nacionalismo de izquierda, también sectores de la extrema izquierda comparten el antisemitismo con gran parte de la derecha. Es decir, habría elementos que resisten a la hora, no de definir, sino de acercarse a esa constelación; pero también pasan los límites de lo que uno puede identificar como ideas de derecha. Además del antisemitismo se mencionó el anticomunismo, el antiparlamentarismo, el antiliberalismo y, a veces, el anticapitalismo, para llegar a ese núcleo duro que definiría a las derechas. En todo caso, en el léxico hay muchos prefijos 'anti'. ¿Solamente por la negativa se puede definir a las derechas? Esa búsqueda de lo que resiste, del núcleo duro, también lleva a un cierto escepticismo. No para caer en un hipercriticismo, postura muy fácil y muy cómoda para el no especialista, sino para subrayar la dificultad –sino la imposibilidad– de llegar a una definición. Sin embargo, existe lo que se vislumbra como de derecha, como nacionalista. ¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo acercarse al estudio de esa constelación que escapa en la medida que uno se acerca más a ella? ¿Cómo acercarse a ese abanico de actitudes y pensamientos, a esa plurifacética constelación de formas de actuar, de formas de identificar y de diferenciarse?

Una primera opción es a través de las trayectorias. Donatello nos presentó un trabajo ejemplar con la de Mahieu. Corresponde a lo señalado por Mallimaci sobre la importancia de las historias de vida. No tanto como fuente para el sociólogo o el historiador, sino por la apuesta que en base a esas trayectorias, en base a esas historias de vida, se alcanza y se muestra esa variedad/diversidad de las derechas, de los nacionalismos, de los catolicismos. No quiero decir que la acumulación de trayectorias resolverá el problema de la definición de la derecha. Porque, evidentemente, cada trayectoria es singular. Sin embargo, la perspectiva microanalítica que privilegia a los actores evita, tal vez, la cuestión de aferrarse sin resolver la definición. Esta opción de trabajo está cerca de lo que Bohoslavsky llama una "perspectiva situacional". Es decir, no es ubicando el contexto histórico, en el sentido trivial y banal de la palabra, sino enfocando a los

individuos en una situación política relacional concreta que uno puede esperar alcanzar una manera de actuar, pensar y expresarse que está a la derecha del espectro político e ideológico en un momento dado. Igual pasa con el título del trabajo de Mallimaci: "Católicos nacionalistas y nacionalistas católicos". Claro, consta la *y*, pero vale la pena preguntar si no se podría poner una *o*. Evidentemente, es un juego de palabras. Porque, al final del artículo, aparecen muchos nombres que, para mí, son desconocidos. Pero, sin embargo, en base al interés de reconstruir trayectorias, *on reste sur sa faim*. Las trayectorias no solamente ilustrarían, sino que comprobarían la constelación de nacionalistas católicos y de católicos nacionalistas.

Entonces, dar cuenta de los itinerarios individuales. Está el caso de Mahieu, presentado por Donatello, quien plantea un desafío para el investigador. Porque todos y cada uno son singulares. Pero, ¿son irreductibles? Por eso el interés de una "fotografía de grupos". Son ejemplares –en el sentido de ejemplos– pero, tal como anteriormente lo señalé, la acumulación de casos no hace una demostración. Entonces, en cuanto a las opciones de investigación sobre las cuales reflexiono en base a los artículos de este capítulo, tal vez se puede convocar otro modelo de análisis –configuracional–, en el sentido de la sociología de las redes. Esa opción de trabajo podría ayudar a resolver la cuestión de la constelación de las derechas y de los nacionalismos, identificando los lugares de formación, los agrupamientos, las amistades y las rupturas. Por supuesto, el movimiento Tacuara, que se señaló en un par de textos, fue uno de estos lugares en los que se dieron esos encuentros temporales. También donde se dieron luego las divisorias. Y es ahí donde me gustaría preguntar a los autores qué otros grupos se podrían estudiar en esa perspectiva relacional, que me parece muy fructífera.

Otra pista de reflexión, en la serie de observaciones que estoy haciendo. Me llamó la atención en el artículo de Donatello, y también en el de Mancuso, el uso de los textos publicados por tal o cual autor. Donatello escribe mucho, por supuesto, del *Estado comunitario* que publicó Mahieu. Pero señala otros escritos: sobre los vikingos en Paraguay, Brasil, Perú, México; sobre Sorel y La Tour du Pin, o sus escritos cuando fue profesor en Mendoza dando clases de estética. En base a esa literatura pseudo-histórica, esotérica, ¿se puede aprender algo sobre el pensamiento derechis-

ta, sobre el pensamiento nacionalista de Mahieu? ¿Se puede sacar algo de estos libros, que se publican y republican –aunque nos sorprenda? Uno puede tener la tentación de descartar ese tipo de literatura. No son lecturas legítimas; tampoco son fuentes legítimas. Pero más allá de que haya un "mercado" para esas elucubraciones, valdría la pena interrogarse sobre los nexos que puede haber entre esas teorías fantasmagóricas, esotéricas y ciertas corrientes ideológicas que alimentan el pensamiento político en sus variantes de lo más irracional y, a veces, escalofriantes cuando son raciales y racistas. Esa perspectiva de una antropología política la relaciono con el trabajo presentado por Mancuso, que convocaba también a obras literarias. Me interesa esa movilización de otro tipo de fuentes que los textos teóricos. Veo que los especialistas de sociología política, al igual que los historiadores que se interesan por la historia social, utilizan cada vez más la literatura no para ilustrar, sino para ver cómo se conforman pensamientos políticos y conocimientos sobre la sociedad. Y no hay que poner una línea divisoria entre los libros políticos y las publicaciones de otra índole. Frente a la dificultad de definir el nacionalismo, frente, tal vez, a la imposibilidad de definirlo, salvo recurriendo al plural, al vocabulario de la multiplicidad, Mancuso, en todo su texto, no se planteaba la cuestión de su definición, movilizando otras fuentes. Lo de Mahieu me conforta en las posibilidades de esa perspectiva.

Tercera observación metodológica. Señalada en su introducción por Donatello, mencionada por Mallimaci en su conclusión: la cuestión de la circulación, el tema de las transferencias. De los hombres, de las ideas, como de las mercancías. Más allá de lo fantástico de la trayectoria de Mahieu y de otros, más allá de los vínculos que se dieron entre los miembros del movimiento Tacuara, por ejemplo, lo que me interesa no es tanto el problema de la recepción de estas ideas traídas de Europa o de la lectura que se hace de la historia europea; no es tanto la cuestión de la recepción americana, sino el devenir de estas ideas, de estos hombres que se trasladaron o huyeron de Europa. Me interesan más bien las transformaciones locales de este pensamiento, el pensamiento nacionalista, derechista que provienen de Europa, de *las* Europas. No hay una única fuente; pero está esa fuente -si bien hay que usar el plural para designar a las ideas- de tradiciones venidas de muchos rincones de Europa. Hay que ver lo que de-

vienen estas ideas de afuera y cómo se transforman en función de lo que me gusta llamar "el laboratorio americano", para retomar una expresión usada por los especialistas de la Colonia. Sin desmultiplicar la noción de "laboratorio" (argentino, chileno, brasileño, etc.), se trata de estudiar cómo se recomponen, cómo se transforman esas ideas de afuera. Cómo se transforman en función del contexto local, de una determinada coyuntura histórica, en función de los términos del debate intelectual en los periódicos y publicaciones. Cómo se recomponen en términos de relaciones, en los círculos políticos, las asociaciones y los movimientos políticos. Y el resultado es la construcción de algo que no se puede equiparar con las tradiciones nacionalistas de derecha (o de izquierda) y las tradiciones católicas europeas. Se asemejan, pero no se identifican, por estar "de este lado del mar". Y llegado a ese punto, queda abierta la cuestión de la comparación –y del cómo comparar– entre las Américas y las Europas, entre cada país latinoamericano (lo que intenta hacer Bohoslavsky), en diferentes momentos de su historia.

Aquí para terminar, me voy a atrever más con otra propuesta. Darío Roldán me autoriza a hacerlo al evocar la cuestión de la generalización.[3] Porque en ese núcleo duro que da forma a las derechas, a los nacionalismos, que trasciende las etiquetas, aun la oposición derecha-izquierda, que permiten entender, tal vez, los comportamientos nacionalistas, que trascienden, otra vez, las pertenencias políticas y religiosas, me arriesgo a ver aquí lo que sería una perspectiva estructural. Es decir, elementos culturales, "lógicas" nacionalistas que permitirían entender sus transformaciones, sus recomposiciones, sus migraciones de un lado a otro del espectro político, pero manteniendo finalmente las mismas referencias en términos de pensamiento, imaginario y nociones. En ese aspecto, Mancuso escribió también de "imaginario cultural". Con esa herramienta, ¿se puede identificar lógicas nacionalistas a través de las trayectorias de los actores, en lo plurifacético de las ideas manifestadas?, ¿hay una estructura, en el sentido fuerte de la palabra, que puede deslinearse? En base a todos los individuos que Mallimaci menciona y otros más seguramente,

•••••

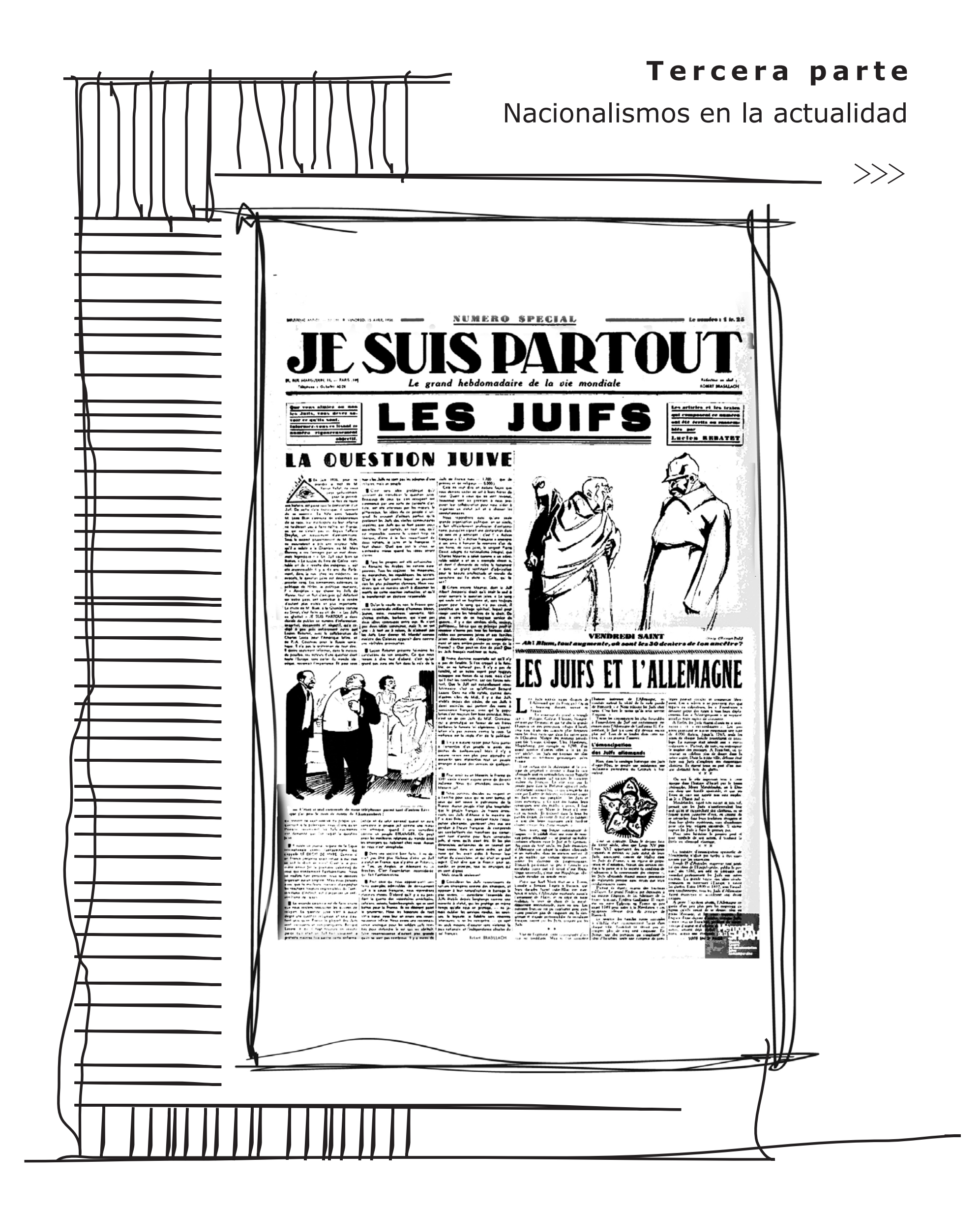
[3] Cf. *Annales. Histoire, Sciences sociales*, vol. 62, N° 1, "Formes de la généralisation", 2007.

se puede llegar a un mapa de la constelación de las derechas, de los nacionalismos, de los catolicismos. Pero, en base a las configuraciones diseñadas, tal vez podrían aparecer elementos estructurales, lo que permitiría mantener a distancia la cuestión de la definición del nacionalismo o la artificialidad de toda clasificación de las derechas. Creo haberme arriesgado bastante en esa conclusión.

Tercera parte

Nacionalismos en la actualidad

>>>



NUMERO SPECIAL

Le numéro : 1 fr. 25

JE SUIS PARTOUT

Le grand hebdomadaire de la vie mondiale

Rédacteur en chef : ROBERT BRASILLACH

Que vous aimiez ou non les Juifs, vous devez savoir ce qu'ils sont. Informez-vous en lisant ce numéro rigoureusement objectif.

LES JUIFS

Les articles et les textes qui composent ce numéro ont été écrits ou rassemblés par Lucien REBATET

LA QUESTION JUIVE

VENDREDI SAINT

— Ah! Blum, tout augmente, où sont les 30 deniers de ton ancêtre?

LES JUIFS ET L'ALLEMAGNE

L'émancipation des Juifs allemands

LA *ACTION* FRANÇAISE EN LA ACTUALIDAD: ¿UN NACIONALISMO EN EXTINCIÓN? TRAYECTORIAS, REPRESENTACIONES, SOCIABILIDADES[1]

HUMBERTO CUCCHETTI

INTRODUCCIÓN

«L'allusion au différend dynastique entre les deux branches de la famille qui avait régné près de mille ans sur la France n'a plus grand sens : la querelle est aujourd'hui éteinte et a assurément perdu de sa portée symbolique. Même s'il se trouve encore des gens pour se dire royaliste, l'institution monarchique ne suscite plus depuis longtemps l'attachement qu'elle inspirait à ses fidèles, un sentiment de ferveur quasi religieuse comme devant une expression du sacré. Une nouvelle *Enquête sur la monarchie* révélerait certainement un état d'esprit bien différent de celui qui relevait Charles Maurras en 1900. Personne ou presque ne croit plus à la probabilité d'une restauration de l'ancienne monarchie».[2]

Réné Rémond, *Les droites aujourd'hui*

•••••

[1] El presente artículo se enmarca dentro del trabajo de investigación "Las derechas europeas entre catolicismo y nacionalismo", desarrollado en el marco del programa HERMES-Fondation de la Maison des Sciences de l'Homme, enero/agosto 2009. Agradezco las lecturas recibidas de Jordi Canal y Gabriel Levita.

[2] "La alusión al diferendo dinástico entre las dos ramas de la familia que había reinado cerca

Una de las obras de referencia en el estudio de la *Action française* (AF), escrita por el historiador Eugen Weber en 1962, comienza repasando un diálogo entre el diputado nacionalista Maurice Barrès y Henri Massis, intelectual católico, tiempo después militante de esa organización. Ese diálogo, que transcurrió en la primavera de 1908, se desencadenó ante la presencia de ciertos afiches callejeros cuya inscripción decía: "Acción Francesa, diario del nacionalismo integral". Barrès, uno de los intelectuales más influyentes del nacionalismo francés de comienzos del siglo XX, afirmaba que se trataba de "empresa absurda… no durará seis meses". A lo que, después de la citación, agregaba Weber: "la empresa era bastante absurda, pero iba a durar"[3]. En el último párrafo del libro, Weber trasluce que su investigación, que llega hasta el fin del gobierno de Vichy, había dado cuenta de las ideas ligadas a la historia del movimiento de AF "propiamente dicho". La influencia ulterior a ésta, la divulgación de sus ideas, "sus desviaciones, sus aberraciones también imprevisibles" debían ser, según Weber, todavía escritas. Si asumiéramos desprevenidamente esta percepción nos resultaría extraño que ese movimiento, y no sólo la difusión de sus ideas, continúe existiendo dentro de ciertas redes políticas e intelectuales de la sociedad francesa.

El objetivo de este texto consiste en analizar la actualidad de la AF. La primera impresión es estar frente a un nacionalismo en extinción. Vale afirmar que la continuidad de este movimiento y de sus ideas, inscriptos en una línea *royaliste* –es decir, de inspiración realista o monárquica–, se encuentra bastante lejana a su importancia y por qué no a su cohesión durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, si

••••• de mil años sobre Francia no tiene más sentido: la querella está hoy finalizada y seguramente ha perdido su valor simbólico. Incluso si aún se encuentran personas que se dicen "realistas", la institución monárquica no suscita desde hace mucho tiempo el apego que ella inspiraba a sus fieles, un sentimiento de fervor casi religioso como ante una expresión de lo sagrado. Una nueva *Encuesta sobre la monarquía* revelaría ciertamente un estado de espíritu bien diferente al que revelaba Charles Maurras en 1900. Nadie o casi nadie cree en la probabilidad de una restauración de la monarquía antigua", Rémond, R., *Les droites aujourd'hui.* Paris, Éditions Louis Audibert, 2005, p. 117.

[3] Weber, E., *L'Action Française,* Paris, Fayard, 1985 (1962).

Pierre Nora destacaba que su carácter "legendario" le otorgaba un peso quizás mayor al que se le podía imputar históricamente, la "desaparición del *royalisme* de AF" es una idea que merece algunas revisiones.[4] En esta dirección, la marginalidad actual –y real– del movimiento, su carácter fragmentario y por momentos endógenamente cismático, no debe ocultar la presencia de dirigentes, intelectuales o simplemente militantes socializados políticamente en él. Esta presencia, menos visible, exige pensar su articulación con una realidad político-intelectual más vasta. Por otro lado, no es menor el hecho de que la "desaparición" de la AF –sin considerar el comentario barresiano que predecía su extinción a partir del momento de su aparición misma– constituye más un anuncio que la sobrevuela como fantasma desde su condena pontifical en 1926 que un acta de defunción plenamente vigente. Desde ese momento, otras derrotas marcaron su historia: el fallido alzamiento antiparlamentario del 6 de febrero de 1934[5], el fin de la ocupación alemana y la depuración de intelectuales sospechados de colaboracionistas[6], la independencia de Argelia y las transformaciones en el mundo católico –a contrapelo del tradicionalismo pregonado por aquellos que no fueron arrastrados por la condena pontifical y mantuvieron su fidelidad maurrasiana. Después, y entre estas derrotas, nuevas escisiones y cismas fueron manifestándose.

Sin embargo, el análisis de este universo reducido permite conocer ciertos aspectos más amplios. En términos empíricos, podemos referirnos a la evolución interna de la AF y a la relación entre esta evolución y otras fuerzas políticas en Francia. La naturaleza misma de la organización, que conjuga cierta dispersión, una formación intelectual intensa a la vez que anti-intelectual, y un militantismo que apuesta año tras año a su revitalización generacional, nos permite analizar procesos de incorporación del royalisme français a otras fuerzas políticas. A su vez, este abordaje, que se centrará en un análisis –prelimi-

•••••

[4] Nora, P., «Les deux apogées de l'Action Française», en : Annales, Volume 19, N° 1, 1964.

[5] El 6 de febrero de 1934 tuvo lugar un alzamiento de diferentes organizaciones nacionalistas francesas contra las instituciones parlamentarias francesas. Entre ellas, participó la Acción francesa.

[6] Assouline, P., *L'épuration des intellectuels*, Bruxelles, Complexe, 1985.

nar, exploratorio por el momento– de trayectorias organizacionales e individuales de la AF, nos llevará a analizar el lugar de un objeto difícilmente localizable en Francia como es el nacionalismo. En esta oportunidad, nos concentraremos en una trayectoria cuya peculiaridad no es refractaria para la comprensión de fenómenos más abarcadores. En el plano del testimonio, la significación de lo nacional aparece como una idea central dentro de las representaciones royalistes, incluso si, en algunos relatos, emerge la voluntad explícita de ruptura con la pertenencia nacionalista. Dicha pertenencia, como "etiqueta despectiva", hace difícil la aproximación a fenómenos que podrían ser analizados en relación a las categorías y problemas propios de los nacionalismos. El estudio de esta realidad reducida permite, a partir de trayectorias concretas, representaciones historizadas y lazos históricamente construidos; retomar y analizar un conjunto de clivajes y procesos políticos de alcance mayor.

DE JUANA DE ARCO A LA CONFÉDÉRATION GÉNÉRAL DU TRAVAIL: UNA TRAYECTORIA NACIONALISTA... ¿EN RUPTURA CON EL NACIONALISMO?

En su comentario de la obra de Víctor Nguyen –inconclusa por su fallecimiento– sobre los años de formación intelectual de Maurras, el historiador Christophe Prochasson destaca que este tipo de abordaje permitía comprender no sólo el medio social específico del escritor, sino también acceder a algunos de los rasgos de la sociedad francesa de finales del siglo XIX, reconociendo no sólo la especificidad de quien sería con el tiempo la principal pluma y generador de ideas de la AF, sino también un conjunto de rasgos compartidos por una considerable porción de la intelectualidad francesa de la época y por los efectos que dejaba un proceso de secularización interpretado y nominado como "decadencia". Prochasson agregaba que, metodológicamente, lo biográfico, entendido como "punto de apoyo" de fuerzas que moldean y dan forma al individuo, podía constituir una sugerente forma de reconstrucción

de momentos y escalas mayores.[7]

El estudio de las redes y trayectorias de dicha organización nacionalista en la actualidad y el ejercicio de retrotraernos al proceso diacrónico que fue marcando su evolución, sus cambios, sus recomposiciones, sus crisis y renovaciones remite estrictamente a una microsociabilidad de lo político, a analizar en un espacio concreto y reducido cuatro décadas de historia en Francia a partir de la consideración de la tríada trayectorias-sociabilidad-representaciones. Me basaré en un actor que podríamos situar perfectamente en la necesidad de rejuvenecimiento *royaliste* que reclamaba Girardet[8] –en este punto más militante que historiador– como condición de reproducción de la herencia *royaliste* maurrasiana.

Intelectual, militante y dirigente, ex funcionario político, Bertrand Renouvin (1943) nos servirá, para analizar el vínculo entre un tiempo político más amplio y un tiempo biográfico individual. Pero también para reconstruir un universo *royaliste* marcado en sus momentos políticamente iniciáticos por las ideas de Maurras y la memoria del militantismo nacionalista y realista. Politólogo, con una formación previa en filosofía en la Sorbona, alumno rebelde en Sciences-Po, Renouvin es la figura política de una organización llamada en sus inicios, 1971, *Nouvelle Action Française* (NAF), y que, a partir de 1977, cambió de nombre y deviene, hasta hoy en día, *Nouvelle Action Royaliste* (NAR). Su padre fue Jacques Renouvin, "el más viejo de los estudiantes de derecho de los *Camelots du Roi* en el Barrio Latino" –según el testimonio que nuestro actor ha podido reconstruir de su propio padre, aseveración ya vertida por Edmond Michelet en *Rue de la liberté*. Experto en peleas y enfrentamientos callejeros contra organizaciones de izquierda, antisemita, abogado defensor de los detenidos por la revuelta antiparlamentaria del 6 de febrero de 1934,

.....

[7] Prochasson, C., «Sur le cas Maurras : biographie et histoire des idées politiques (note critique)», en : *Annales. Histoire, Sciences Sociales,* Volume 50, N° 3, 1995.

[8] Girardet, R., «L'héritage de l'Action Française», en: *Revue française de science politique*, Volume 7, N° 4, 1957.

Jacques Renouvin organizó posteriormente grupos de resistencia junto a militantes de origen judío durante la ocupación alemana y murió producto del deterioro de su salud después de haber estado detenido en un campo de concentración. Sobrino a su vez de Pierre Renouvin, historiador de las relaciones internacionales, especialista en el estudio de la Primera Guerra Mundial y combatiente, Bertrand Renouvin contrapone los temperamentos diferentes de su padre y su tío, este último un intelectual liberal cercano a Raymond Aron y hostil al activismo callejero de los monárquicos antirrepublicanos.

En el inicio de una serie de prolongadas entrevistas, Bertrand Renouvin desestima que una aproximación sobre los nacionalismos sea pertinente para comprender el espacio que él ha liderado durante décadas:

> La dificultad en relación a vuestro trabajo es que nosotros no nos consideramos nacionalistas. Para nada. Teniendo una relación fuerte de pertenencia a la nación. Pero no hay palabras para definir eso. Si existiera esa palabra sería "*nationisme*" (...) Hay una colectividad de ciudadanos que se funda en la historia de la monarquía que toma una definición moderna en '89 en la medida en que aparece justamente una colectividad de ciudadanos organizados alrededor de un Estado (...) Nuestra historia no es la del nacionalismo francés. Ni el nacionalismo jacobino, porque somos liberales –aun si no lo somos en economía-. Tampoco somos del nacionalismo de derecha. La NAR se hace en la ruptura total con Maurras. Somos antibarresiens. Yo veo a Barrès como un auténtico escritor racista. Ni maurrasiens ni barresiens. Nosotros somos gaullistes, en el sentido de lo que De Gaulle habló como Europa, del atlántico al Ural, y que Mitterrand habló después de la Confederación europea (...) No tenemos para nada una idea de nacionalismo cerrado (...) Nada de nacionalismo en nosotros, pero sí una relación fuerte de pertenencia a la nación.[9]

•••••

[9] Entrevista a Bertrand Renouvin, 9 de marzo de 2009.

Este rechazo del actor a la auto-pertenencia nacionalista plantea una serie de interrogantes que, por un lado, remite a una etiqueta que ha quedado ligada a un pasado cuya reivindicación genera ciertas suspicacias –cuando no rechazos–, más aún si en términos concretos puede producirse una identificación con el universo de organizaciones de extrema derecha. Por otro lado, esto nos lleva a tomar en consideración un conjunto de expresiones como "nación", "nacionalismo", "cuestión nacional", "identidad nacional". Girardet ya había abordado el problema del nacionalismo en la tradición política e intelectual francesa entre 1871 y 1914, subrayando el pasaje de un nacionalismo de orígenes jacobinos que exaltaba los valores universales y humanitarios de Francia, a un nacionalismo defensivo que, desde la derrota militar francesa de 1871, comienza a producir una exacerbada afirmación del país y de la conciencia nacional. Este último nacionalismo, con variables republicanas y monárquicas estaba representado por personajes como Édouard Drumont, Maurice Barrès y Charles Maurras, y podía ser entendido en la visión de un nacionalismo "estrecho" o "nacionalismo de los nacionalistas". ¿Es posible considerar como nacionalistas sólo a estos últimos, sin profundizar los lazos entre ambos nacionalismos, los pasajes, las trayectorias y las representaciones comunes? La pregunta de Girardet, formulada para ese contexto particular, otorga pistas de interpretación para otros contextos y trayectorias nacionalistas.[10] Desde nuestra perspectiva, la reconsideración de esta trayectoria organizacional, basándonos por el momento en una síntesis de la biografía de Renouvin, puede ayudar a esclarecer en gran medida y en términos concretos este problema.

Renouvin se encontraba en el elenco de jóvenes militantes que planteó una escisión monarquista en 1971 y que, a su vez, estaba en el riñón de la línea sucesoria de la AF, entonces *Restauration Nationale*. El testimonio del actor –así como el de otros entrevistados– explica la escisión debido al clima de época que produjo el mayo del '68. En el contexto del mayo francés, la posición de la *Restauration Nationale* era completamente crítica de la situación. La revuelta ratificaba una vieja

•••••

[10] Girardet, R., *Le nationalisme français. Anthologie 1871- 1914*, Paris, Points-Histoire, 1983.

crítica *royaliste*: la universidad estaba penetrada por comités Vietnam que reagruparon diversas fuerzas de izquierda. Esto era sólo un emergente de la causa principal del problema, el ataque contra las fuerzas tradicionales y el desorden del mundo universitario.[11] Gérard Leclerc, joven intelectual de la organización vinculado al movimiento católico, denunciaba en la época al gaullisme como nociva forma democrática de características cesaristas. Así, la característica centralista del Estado francés, su "hipertrofia", suponía la pérdida de los mecanismos descentralizados de construcción de lazos sociales. La culpa se encontraba, desde esta mirada, en la centralización republicana que pulverizaba cualquier principio de autonomía en las relaciones entre las personas, las relaciones en el hogar, en la comuna, en las provincias, en la nación y, por qué no, agrega Leclerc, en las universidades. En una clave completamente maurrassiana se sostiene que "la ideología democrática constituye la más grande mistificación de la historia"[12]. Al destruir los cuerpos intermedios y levantar sólo la autoridad de un Estado central, ella produce el despotismo o una "dialéctica infernal"; esto exige su destrucción y la instauración del único régimen concebible: la monarquía en la cabeza del cuerpo social, las comunidades en la base de éste.

Si la crítica a la sociedad francesa de la época podía seguir cierta ortodoxia de la AF, vale reconocer igualmente que allí se va construyendo paulatinamente una lectura monárquica que justifica la revuelta del mayo francés, a pesar de la crítica a la operación de grupos de izquierda, juzgados en este caso como "minúsculos".

Así, el Mayo del 68 podía expresar una continuidad *royaliste* (contrarevolucionaria, antidemocrática y anticomunista) en un contexto de politización y denuncia de la sociedad burguesa. Las siguientes consignas sintetizan este espíritu:

•••••

[11] Mercier, H., *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale*, 14 année, N° 133 bis, 1968.

[12] Leclerc, G.,«L'idéologie démocratique constitue la plus grande mystification de l'histoire», «La vrai revolte», en : *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale*, 14 année, N° 133 bis, 1968.

> Destruyamos el apoliticismo, relevo podrido de la derrota liberal. Organicemos en todos lados la explicación política contrarrevolucionaria y la crítica del democratismo, puerta abierta a la subversión. Preparemos una réplica positiva de la universidad al poder y a los rojos.[13]

En este sentido, las consignas que se portaban conducen –entremezcladas con la repetición de viejas consignas como el rechazo a la democracia cristiana y la portación de un nacionalismo integral como bandera de batalla– a una cultura política entendida en tanto que militantismo: el militante es aquél que, en cualquier contexto, prepara un "estado de espíritu *royaliste*" para asestar el "golpe de fuerza" y "establecer la monarquía".[14]

En abril de 1971 se anuncia en «AF-Université» una nueva etapa para la AF, siendo el origen de la NAF. Los militantes contrarrevolucionarios debían evitar que el tradicionalismo se transforme en fijismo, y esto exigía tomar en cuenta las realidades de la vida social moderna.[15] Así, la estrategia escogida no debía ser inmutable sino adaptarse. Allí se recupera el Maurras de *L'Avenir de l'intelligence*, publicado por primera vez como volumen íntegro en 1905: si el pensamiento esbozado en esta obra, y en general en el pensamiento del maestro, partía del análisis racional y profundo de cada época, su lección consistiría entonces en el reconocimiento de la sociedad francesa de principio de los '70. Bajo estas consignas nace la NAF. En ese contexto crece el protagonismo de Bertrand Renouvin, quien junto a Yvan Aumont, Gérard Leclerc, Patrice Bertin y Georges-Paul Wagner componían un núcleo activo de la nueva escisión *royaliste*. En ese momento eran la médula juvenil más activa de la *Restauration nationale;* salvo Wagner

•••••

[13] «Détruisons l'apolitisme, relai pourri de la defaite libérale. Organisons partout l'explication politique contre-revolutionnaire et la critique du democratisme, porte ouverte à la subversion. Préparons une replique positive de l'université au pouvoir et aux rouges».

[14] *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale,* 15 année, N° 146, septembre 1969.

[15] *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale,* 17 année, N° 164, édition speciale, avril 1971.

–un abogado mayor que ellos–, estudiantes universitarios –en ingeniería, periodismo, ciencias políticas.

Los testimonios de militantes *royalistes* y el reflejo que este acontecimiento alcanzó en la prensa masiva francesa indican que la ruptura supuso una drenaje considerable en la AF. Al contrario, la nueva organización contaría con un núcleo activo que buscaba legitimarse públicamente como una renovación de las viejas ideas nacionalistas y una "superación del anquilosamiento" de la AF ortodoxa. Al mismo tiempo, otro núcleo proveniente de la *Restauration nationale* fue endureciendo sus posiciones, marcando también diferencias con la ortodoxia maurrassiana pero engrosando en cambio las listas de un nuevo y naciente universo de extremas derechas. *Ordre nouveau*, nueva organización en el universo del militantismo de derechas, también fue nutrido de trayectorias *royalistes*. *Ordre nouveau* aportó su dinámica revolucionaria-nacionalista y antisistémica al *Front National* (FN) en formación.[16] En ese contexto de politización, ciertos enfrentamientos físicos marcaron episódicamente las relaciones entre la NAF y la extrema derecha francesa; a largo plazo, se fue construyendo entre los dos universos un enfrentamiento ideológico.

El bagaje cultural del mayo francés era una de las banderas que legitimaba esta renovación *royaliste*. Así, en 1971, Bertrand Renouvin llamaba a realizar un "mai *royaliste*".[17] Los sucesos de 1968 mostraban, desde su perspectiva, que la revolución no era imposible. Si devino improbable fue, justamente, porque el PC, único partido capaz de llevar adelante un emprendimiento subversivo, no quería la revolución. La República, desde su punto de vista, evidenciaba su incapacidad de proteger las categorías sociales amenazadas y defender la comunidad nacional contra el imperialismo alemán y yanqui, golpeando, al contrario, a estudiantes, agricultores y obreros. Si la salida del malestar francés estaba en manos del comunismo, poco podía esperarse, ya que

•••••

[16] Dézé, A., «Le Front national comme 'entreprise doctrinale'», in : Haegel, F., (dir.), *Partis politiques et système partisan en France*, Paris, Presses de Sciences Po, 2007.

[17] Renouvin, B., «Vers un mai royaliste», en : *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale,* 17 année, N° 165, mayo 1971.

la solución preconizada sería la del totalitarismo. La revuelta se encontraba establecida en una sociedad democrática que hacía imposible el orden. El *mayo royaliste* de Renouvin era a la vez "revolucionario y contrarrevolucionario". En este último sentido, porque rompía con las ideas e instituciones que se desprenden de 1789. Esto implicaba, justamente, una transformación revolucionaria de la sociedad francesa de la mano de un nacionalismo que, siguiendo a Maurras, supone una herencia material y espiritual, una comunidad protectora y una amistad. Sólo la monarquía podía salvar eso que se llama nación.

En un contexto en que es reconocido el poder movilizador de diversas organizaciones de izquierda, la NAF elaboraba la necesidad de replicar la nueva extrema izquierda. En este sentido, el objetivo debía ser destruir la República y la sociedad democrática, y predicar un *royalisme* nacionalista que erradicará definitivamente la *constetación izquierdista*. Así, en la reunión de mayo de 1971, la NAF mostraba la "naturaleza" de la organización:

> La Acción Francesa no será jamás un museo Charles Maurras cerrado el domingo y los días feriados. Somos a la vez contrarrevolucionarios y revolucionarios, porque nuestro objetivo es de destruir la República por todos los medios.[18]

Sin embargo, las reacciones de otras organizaciones, en particular *Aspects de la France*, que en abril de 1971 acusaba al grupo cismático de izquierdista, y las repercusiones periodísticas que el surgimiento de esta nueva organización generaban, giraban alrededor del carácter *izquierdista* del nuevo espacio *royaliste*. *Le Figaro* destacaba el "desviacionismo de izquierda" en la AF, y comparaba esta ruptura con las que se dieron entre el Partido Comunista y las alas juveniles radicalizadas que, de la mano del trotskismo y el maoísmo, confluirían en el mayo '68.[19] También en el mismo sentido, e inspirado por las primeras des-

[18] «L'Action Française ne sera jamais un musée Charles-Maurras fermé le dimance et les jours fériés. Nous sommes à la fois contre-révolutionnaires et révolutionnaires, car notre but est de détruire la République par tous le moyens», en: *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale*, 17 année, N° 166, juin 1971.

[19] «Déviationnisme de gauche… et scission à l'Action Française», 23 de abril de 1971.

calificaciones realizadas por *Aspects de la France*, *Le Monde* se refirió a los *royaliste*s "izquierdistas". Si las voces *royaliste*s que se citaban en la prensa destacaban su oposición al conservadurismo, la reafirmación de una voluntad reaccionaria y la crítica a la actualidad de la política democrática francesa así como al anarquismo izquierdista, los títulos de las noticias hacían hincapié en los jóvenes national-*royalistes* que giraban hacia la "izquierda"[20] y que afirmaban su presencia "como decía Maurras, siendo revolucionarios"[21].

Si la idea de revolución/revolucionario era utilizada por la NAF, sostenida por sus líderes para actualizar el viejo contenido nacionalista en pos de, como sostenía el joven dirigente *royaliste* Patrice Bertin, "destruir la República y la democracia"[22], y si la de izquierda/izquierdista era utilizada como vituperio por los maurrasianos ortodoxos de la *Restauration Nationale* para denunciar al reciente cisma, lejos estaba la nueva organización *royaliste* de reclamar una pertenencia de izquierda; lo que no impedía rediscutir algunas de las categorías que podían estar ligada a esta tradición. Renouvin, criticando la visión de Nolte sobre el socialismo de Maurras, intenta analizar el significado que el "socialismo" tenía para el fundador de la AF, pertenencia muchas veces reclamada por él mismo. Una lectura de la idea de socialismo llevaría a reconocer la función social de la propiedad previa a la Revolución de 1789, pero criticando su acepción marxista, ya que concentra los problemas sociales y políticos sólo desde el punto de vista de la clase social intentando organizar el trabajo desde una mística igualitaria. El acento del discípulo de Maurrás está puesto en diferenciar al maestro del socialismo, quien cuestionaba el rechazo socialista hacia la nación y su no reconocimiento de la necesidad de desigualdades sociales. En este sentido, el socialismo expresaría una versión del invididualismo a partir del alzamiento de banderas igualitarias. Al contrario, un socialismo consecuente y aristocrático sostendría la renuncia al ideal democrático, elemento central que permite abandonar la anar-

•••••

[20] «Le royalistes 'gauchistes' veulent crier et non se taire», 30 de abril de 1971.

[21] "Première réunion de la Nouvelle Action Française", en *La Croix* 30 de abril de 1971.

[22] "Un Cohn-Bendit royaliste", en : *Le Figaro*, 3 de mayo de 1971.

quía económica y la igualdad que funcionan en la base de la desorganización social. Sólo un socialismo que procure dar estos pasos podrá lograr una organización autónoma, sindical y comunitaria de todos los elementos del trabajo.[23]

A su vez, este clima de ruptura no impedía el mantenimiento de lazos en el seno del *royalisme*, lo que impide pensar en un cisma radical de acuerdo a las redes existentes. Apenas consumada la formación de la NAF, se realizó en mayo el primer desfile a Jeanne d'Arc, en el cual las organizaciones *royaliste*s participaron de manera conjunta. Es posible creer que dentro del naciente grupo existieran voces que se pensaran dentro de un proceso más largo de reabsorción en el *royalisme* madre, proyecto finalmente infructífero. En pocos años, el homenaje a "la Jeanne", como dicen aún hoy los militantes *royaliste*s, dejó de ser celebrado por los *neo-royalistes*. Sin embargo, durante algunos años, y antes de su virtual monopolización por parte del FN, esta heroína, constitutiva de la memoria de las derechas en Francia, era venerada por los jóvenes que manifestaban "querer sacar las ideas de Maurras de su estado de petrificación".

En esta línea, un conjunto de acontecimientos en la vida de la organización marcarán ciertos acentos que al menos alejan aquellos rasgos que podían asimilarla al universo político de las extremas derechas francesas. Entre 1971 y 1972, la publicación semanal comienza con una *nueva enquesta sobre la monarquía*, basada en el diálogo intelectual que Maurras realizó a principios del siglo XX para relegitimar la idea de una restauración monárquica. La misma servía a la nuevos realistas para plantear, en consecuente espíritu maurrasiano, la oposición entre república y monarquía. De ella participaron, por ejemplo, el joven escritor Gabriel Matzneff, Pierre Boutang, el filósofo *royaliste* y principal intelectual de la AF después de la muerte de Maurras, el escritor y filósofo Gabriel Marcel, el ex resistente Edgard Pisani, y el mismo Raoul Girardet. Si los entrevistados habían atendido al menos el pedido de la publicación respondiendo las preguntas, también podían ser comprendidos en un abanico

•••••

[23] Renouvin, B., «Maurras et le socialisme», en : *AF université. Mensuel des étudiants de la Restauration Nationale*, 17 année, N° 166, juin 1971.

político que recuperaba cierta sensibilidad *royaliste,* aunque muy lejos de cualquier recuperación de principios monárquicos para "destruir" las instituciones republicanas. Lejos de ello, al contrario, emergía en varias de las entrevistas el rechazo al pensamiento de Maurras, la negación del antisemitismo y la imposibilidad de una restauración monárquica que sustituyera el principio electivo por principios hereditarios. Al buscar otros interlocutores, la NAF iba al mismo tiempo adaptando algunas de sus ideas, aunque siempre en nombre de la necesidad de retornar al pasado glorioso de la organización. Estos cambios y movimientos se hacían siempre en función del sentido utópico de la tradición nacionalista que había ido construyendo, sobre todo a principios del siglo XX, la organización *royaliste*.

Así, se produce una mezcla entre continuidad tradicional y anti-conformismo. La NAF reflejaba en estos puntos la reproducción de una cultura marcada por el catolicismo, oponiéndose a cualquier revisión de las normas de moral sexual, criticando los métodos anticonceptivos y cualquier legalización del aborto. Pero también mostraba cierta rebeldía cuando Renouvin criticaba con acritud e ironía la vida académica del *Institut d'Études Politiques,* conocido como *Sciences-Po,* donde él era alumno y su tío Pierre Renouvin director de la Fundación de dicho instituto. Acusando las clases de René Rémond como "conjunto de charlatanerías insípidas", sugería finalmente la posibilidad de "incendiar Sciences-Po" ante cualquier infructuoso intento de reformarla.[24]

Sin embargo, algunos hechos van marcando la transformación de este *maurrassisme*. A finales de 1972, la NAF comienza una campaña de denuncia contra la *Nouvelle Ecole* y el GRECE (Groupement de Recherche sur la Civilisation Européenne), espacio intelectual que reunía antiguos militantes nacionalistas de extrema derecha y de la organización de los años '60 *Europe Action.* Esta campaña ponía el acento tanto sobre el pasado de algunos de los intelectuales involucra-

•••••

[24] Renouvin, B., «Faut-il brûler sciences-po?», en: *La Nouvelle Action Française. Hebdomadaire royaliste,* N° 85, 13 de diciembre de 1972. Este artículo ya había sido publicado en 1968 y reeditado para esta oportunidad analizando Sciences-Po durante el gobierno de Pompidou.

dos como en los argumentos esgrimidos en ese mismo momento. La NAF se involucra, según su propia perspectiva, en la lucha contra "el peligro que constituye para nuestra civilización dicha ideología racista contraria a nuestras tradiciones humanistas"[25], denunciando a este espacio intelectual como *les nouveaux barbares* (los nuevos bárbaros), acusando a sus intelectuales de haber participado en un clima de generación de ideas biológicas y racialistas para explicar comportamientos culturales y, a su vez, de rechazar cualquier principio igualitario:

> El objetivo que nosotros nos hemos fijado es que no haya día después para un grupo cuyas tesis esenciales son opuestas a las nuestras. "Nuestras" no quiere decir *Nouvelle Action Française*, en su organización, sus abonados, sus círculos de influencia. Es necesario incluir un círculo mucho más vasto, el conjunto de aquellos que, del izquierdismo al integrismo, defienden un mismo proyecto de civilización, esta ciudad del hombre donde cada uno tiene su lugar, sea amarillo, rojo, negro o blanco.[26]

Esta querella atravesó la vida de la organización, que se reivindica actualmente por haber sido el primer espacio de denuncia del "neoracismo" de la *Nouvelle Ecole*, después conocida como *Nouvelle Droite*. En lo inmediato, esto supuso una respuesta judicial por parte de Alain de Benoîst, principal animador de ésta, contra la NAF, querella cuyo fallo judicial fue a su favor. Con el tiempo, la trayectoria atípica de de Benoîst –como lo señala Pierre-André Taguieff[27]–, y la de intelectuales ligados a él que pasaron al Frente Nacional o a organizaciones de extrema derecha, se transformó en un tema que alimentó de polémicas la vida intelectual francesa.

•••••

[25] «Qu'est-ce que la 'nouvelle école'?», en: *La Nouvelle Action Française. Hebdomadaire royaliste*, N° 86, 20 de diciembre de 1972.

[26] «L'objectif que nous nous sommes fixé est qu'il n'y ait pas de lendemain pour un groupe dont les thèses essentielles sont à l'opposé des nôtre. 'Nôtres' ne veux pas dire la *Nouvelle Action Française*, dans son organisation, ses abonnés, son cercle d'influence. Il faut y inclure un cercle beaucoup plus vaste, l'ensemble de ceux qui, du gauchisme à l'intégrisme, défendent un même projet de civilisation, cette cité de l'homme où chacun a sa place, qu'il soit jaune, rouge, noir ou blanc»; «Pourquoi attaquer 'nouvelle école'?», en: *La Nouvelle*…, N° 86.

En la cita que hemos escogido observamos que el proyecto de civilización de la *Nouvelle Droite* es contrapuesto a un conjunto de "tesis nuestras". La crítica esbozada por la NAF, después compartida por una parte de la comunidad intelectual francesa contra estos pensadores, parece romper con algunos cánones del viejo espíritu nacionalista. "Nuestra" no es sólo la organización propia, sino que puede abarcar desde la extrema izquierda hasta católicos acérrimos; es decir, todos aquellos que se oponen a una justificación racial. Ahora bien, si este aspecto puede resultar novedoso, ya que supone un amplio espectro de la cultura francesa que supera ampliamente a la propia organización de cuadros, por otro lado remite a una característica clásica de la AF: la nación no se define por la sangre sino por un proyecto político. Esta idea, que gran parte del mundo intelectual francés ha opuesto a los criterios culturales o étnicos del nacionalismo alemán[28], podía presentarse en la historia de esta organización político-intelectual cuando algunos de sus pensadores rompían con ellas adhiriendo a tesis decididamente racistas, elaborando a partir de esto un puente de colaboración con el nacional-socialismo.[29]

En este contexto de transformación, pero también de continuidad del universo de la NAF, Bertrand Renouvin publica su primer libro: *Le projet royaliste.* El libro constituye un esfuerzo de síntesis ante los cambios y pasos que viene dando la NAF desde su fundación en 1971. Es a su vez un intento de memoria histórica, de relectura de la Francia del momento, de actualización del pensamiento de Maurras y de expresión del sentido de la lucha de la AF durante el siglo XX. La ubicación en el tablero político es todo un dato a tener presente, rechazando tanto las etiquetas de derecha y de izquierda, y convocando en su interior tanto

•••••

[27] Taguieff, P-A., *Sur la Nouvelle Droite. Jalons d'une analyse critique,* Paris, Descartes & Cie, 1994.

[28] Ver Delannoi, G. et Taguieff P-A., (directeurs), *Théories du nationalisme,* Paris, Kimé, 1991.

[29] Tal es el caso de Lucien Rebatet, quien ingresa en la AF alrededor de los años '30, y que rompe con ella y su antigermanismo de para adherir a posiciones completamente racistas, elogiando el duro golpe que la Alemania nazi infligía a los judíos. Ver Belot, R., «Critique fasciste de la raison réactionnaire : Lucien Rebatet contre Charles Maurras», en: *Mil neuf cent,* Année 1991, Volume 9, N° 1.

a quienes participaron en las revueltas de mayo del '68 como a quienes venían de la OAS, tanto a quienes proclamaban la *Révolution Nationale* durante Vichy como quienes se sentían herederos de De Gaulle. La NAF, según Renouvin, tiene lugar para todos ellos.[30]

Por un lado, la obra realiza una crítica al viejo espacio de la *Restauration Nationale* y se propone conducir la militancia *royaliste* en la "pasión del presente". Si la escisión representaba para la vieja dirigencia de la AF una disidencia izquierdista, "mao-maurrasiana" o "mao-rasiana", los líderes de la nueva organización justificaban la escisión en la falta de voluntad de los mayores de hacer triunfar las ideas de Maurras. Así, tanto la recuperación de éste como el lugar de la AF durante el siglo XX era medular para Renouvin y su grupo. La AF había sido en sus orígenes una combinación de combate intelectual y combate callejero.[31] Los principios de Maurras, como el *antidemocratismo, el nacionalismo y el socialismo aristocrático*, constituían el resultado de una reflexión antropológica realizada sobre la Francia de su época, y en esa dirección se promulgaba a favor del proletariado y contrario al capitalismo. Revolucionario y contrarrevolucionario a la vez, la opción contra Dreyfus se explicaba como una forma de defensa de la Armada y, al mismo tiempo, de rechazo de la filosofía y la política alemanas.[32] La lectura de Renouvin, que hace abstracción del nudo radicalmente antisemita del anti-dreyfusismo de AF, también subraya los compromisos de esta organización con el sindicalismo de acción directa entre 1906 y 1914. Maurras era pensar en definitiva "reglas para la acción", conocer la coyuntura, analizar las propias fuerzas, ser fiel al principio "empirista-organizador" que según el autor del libro habían perdido los viejos núcleos de la AF, refugiándose en el pasado y en viejas epopeyas organizacionales.

Esas reglas debían partir de la Francia de los '60-70. Había que evaluar en este sentido, y alejados de la "nostálgica e irracional inclinación *pétainiste*", la significación del gaullisme y de De Gaulle, personaje mau-

•••••

30 Renouvin, B., *Le projet royaliste*, Paris, Presses Jurassiennes à Dole, 1974, p. 132.

31 Ibídem, p. 17.

32 Ibíd., p. 26.

rrasiano según Renouvin, quien no pudo o no supo "desembarazarse de la democracia para anclar su obra en la duración"[33]. Pero también había que abordar los problemas de la sociedad de consumo, explicar la revuelta de mayo del '68 que, lejos de cualquier proceso revolucionario en clave marxista, constituía la expresión de una crisis de sentido que se desarrollaba en una sociedad asfixiada por el burocratismo democrático. Si el "izquierdismo maoísta" había renovado –a pesar de su naturaleza– el debate político en pos de destruir la sociedad capitalista, otras causas debían buscarse en el fracaso de la revuelta:

> Pero hay causas más profundas aún. Si el izquierdismo no ha logrado organizar la revuelta, si debe hoy contentarse de encuadrar movimientos espontáneos y efímeros, es porque no supo desarrollar un verdadero proyecto de civilización.[34]

Este « *maurrassisme renouvelé* » reflexiona consecuentemente con ciertos postulados del nacionalismo integral. En una época en la que se comenzaba a ambicionar la creación de una organización supranacional para Europa, la idea del mercado común constituía, en *Le projet royaliste*, un mito. Era un "sueño", o bien liberal-democrático, basado en Rousseau, o era un "sueño" de corte marxista que ambicionaba a su vez una sociedad sin clases. Esto implicaba la transferencia de soberanía y, a su vez, redefinir el lugar de Francia en el mundo, más próxima "de corazón y de espíritu" a las naciones mediterráneas, de Africa y de América Latina, que de Alemania y los países nórdicos. La tecnocracia europea quería imponer el "mito de la Europa", cuyos efectos sólo irían en detrimento de los franceses que, entonces, dependerían de una soberanía extranjera. Las naciones tienen, según Renouvin, una larga vida, más larga que las ideologías, y el nacionalismo era, siguiendo nuevamente a Maurras, la vía de acceso al universalismo.[35]

•••••

[33] Ibíd.., pp. 33-34.

[34] «Mais il y a des causes plus profondes encore. Si le gauchisme n'a pas réussi à organiser la révolte, s'il doit aujourd'hui se contenter d'encadrer des mouvements spontanés et éphémères, c'est parce qu'il n'a pas su développer un véritable projet de civilisation», Ibíd., p. 50.

[35] Ibíd., p. 64.

Como vemos, esta lectura conserva muchos puntos de la obra intelectual maurrasiana. También en la misma dirección se desarrolla la crítica al Estado democrático, centralista, omnipotente, omnipresente temática desarrollada por los principios federalistas que Maurras oponía al centralismo republicano. La solución a este problema era la restauración monárquica, que haría posible la liberación del Estado, la restitución de la autoridad hereditaria y el abandono del sistema electivo. La persona del rey como figura de la autoridad podía reconciliar el interés personal como el sentimiento familiar, dar más autonomía a las comunidades y permitir un florecimiento cultural y autónomo de las regiones.[36]

Pocos meses después, la NAF produce un giro al presentar a Bertrand Renouvin como candidato a presidengte en las elecciones de 1974. Los testimonios de los protagonistas de la época indican que este hecho marcó un viraje en el grupo *neo-royaliste*. Sus promotores, empezando por el propio Renouvin, muestran las ventajas que esta decisión implicó: cambio de público, conocimiento público de su persona y la organización. En efecto, la prensa indicaba que dicho candidato era el más joven en presentarse a la función presidencial en la historia del país. Su presentación televisiva también generó un mayor conocimiento público de su persona, que ahora trascendía al universo activista y agitador de las organizaciones de cuadros. Su exposición al gran público también generó deserciones y detractores, con una parte del universo militante *royaliste* que no aceptaba un giro partidario bastante ajeno, desde hacía décadas, a la tradición de AF. Si el objetivo de presentar una visión con un discurso monárquico-radical, pero encuadrado en el

•••••

[36] Cabe destacar que, por ejemplo, Phillippe Ariès fue uno de los entrevistados para opinar sobre el libro de Renouvin. La opinión del historiador, ex militante de la AF, fue antes bien crítica, cuestionando el método histórico utilizado por Renouvin, parecido a los manuales de historia que recomiendan cómo gobernar bien, o cómo distinguir buenos de malos gobiernos. Vale decir que Ariès, como meses atrás Girardet en la encuesta sobre "¿Monarquía o República?", emitían juicios historiográficos a relatos que estaban pensados con una estricta función memorial y militante. Ver «Entretien avec Philippe Ariès», en: *La Nouvelle Action Française. Hebdomadaire royaliste*, N° 144, 30 de enero de 1974 ; «Réponses de Raoul Girardet», en: *La Nouvelle Action Française. Hebdomadaire royaliste*, N° 54, 11 de mayo de 1972.

juego democrático fue cumplido, y a esto puede agregarse una aparición mediática del actor que lo legitimaba mínimamente ante la opinión pública, los 42.670 votos –más o menos el 0.17% de los sufragios– no se traducían de ninguna manera en términos electorales.

Con este giro partidista, que no anula las viejas premisas militantistas *royalistes*, la organización comienza a cambiar internamente, reconociendo sus propios cismas y deserciones que expresaban la no adaptación al sistema de partidos. Las defecciones podían traducirse en nuevas organizaciones de corte *royaliste*, o en la incorporación de militantes de formación en otros movimientos políticos. Georges-Paul Wagner, abogado y fundador de la NAF, terminó ingresando con el tiempo al FN, que en los setenta resultó una reducida organización extremista marcadamente anticomunista y con fuerte resabios antisemitas. Con los años, y según Renouvin, siguiendo consejos del intelectual Maurice Clavel, el objetivo de desplazar referencias explícitas a la herencia maurrassiana llegó incluso a cambiar el nombre de la publicación; a partir de 1977, *Royaliste* en lugar de *Nouvelle Action Française*, y de la organización misma, *Nouvelle Action Royaliste*.

En 1983 Renouvin publicó como libro una síntesis de su tesis de tercer ciclo en Ciencias Políticas, *L'Action Française devant la question sociale*, defendida diez años atrás en la Universidad de Derecho de Aix-en-Province. El libro permite el criterio de legitimidad de la organización, emparentado a otros movimientos en los que se presenta igualmente la búsqueda, por parte de los actores, de una innovación que *en el fondo no es otra cosa* que una "tradición-utópica perdida o desviada en el tiempo", cristalizándose el objetivo de regresar a una esencia originaria que justifique las opciones políticas. Este mecanismo político-religioso, estudiado por autores como Jean Séguy y Maurice Duverger entre otros, y que resalta la función utópica de la tradición, estaba presente en los inicios de lo que había sido la NAF, posteriormente NAR. En el prólogo del libro, el autor reconoce una evolución entre esa tesis y la versión resumida que se ofrece al público una década después. En el medio, y entre otros acontecimientos, está su presentación a la presidencia de 1974 y su adhesión a la candidatura de Mitterrand de 1981. Su autor reconoce que en el contexto en el que

se produce su tesis, marcado por el "izquierdismo", era interesante demostrar que la AF había sido un movimiento contestatario e incluso revolucionario en sus ideas y métodos. Esta idea subrayada por el autor ya había sido trabajada por estudios historiográficos que habían hecho también hincapié, a diferencia de Renouvin, en el carácter conservador cada vez más pronunciado que fue tomando la organización *royaliste*. Más aún, su hipótesis de que la "política social" de la Acción Francesa podía organizar una política para la sociedad francesa de los '70 debía ser matizada. Si aún continuaba vigente el análisis de Maurras sobre la sociedad industrial, en cambio resulta cuestionable a esas alturas el "anti-democratismo que olvidaba el necesario consentimiento popular en toda legitimidad"[37].

En el contexto de los años setenta, nada mejor para los miembros de un cisma organizacional que legitimar la ruptura en los orígenes mismos del espacio político e intelectual que había marcado su acceso al militantismo. Así, el libro rescata la historia de la organización *royaliste* desde sus orígenes hasta el gobierno del mariscal Pétain, haciendo hincapié en la importancia que la cuestión social despertó en el movimiento de la AF y en el pensamiento de Charles Maurras. Para el autor eso implicaba a su vez reconstruir cierta teoría económica presente en esta tradición y cómo ésta se vincula a la necesidad de la restauración monárquica, la crítica de la democracia republicana como fuente de desintegración de los obreros en la vida política y ciudadana francesa, y la organización corporativa de éstos a través del principio nacionalista de integración de los trabajadores.[38] En este sentido, se destacaban algunas afinidades creadas entre el antiparlamentarismo *royaliste* y el sindicalismo de acción directa, el corto diálogo que se produjo a partir del Cercle de Proudhon entre ambas tradiciones, y las solidaridades carcelarias que se produjeron entre *Camelots du Roi* y

•••••

[37] Renouvin, B., « Préface », *Charles Maurras. L'Action Française et la question sociales*, Paris, Collection Lys Rouge, 1983.

[38] Olivier Dard ha analizado el valor del pensamiento económico-social de Valois ante el tratamiento inconsistente que Maurras hacía de la esfera económica. Después del citado *Cercle de Proudhon*, movilizado en parte por Valois, éste intenta entre 1918 y 1925

militantes anarquistas. Si este período, entre 1906 y 1914, marcó cierto apogeo de la cuestión social en la AF, aún después de la cuestión de la planificación económica y la búsqueda de una representación social ampliada seguía siendo un objetivo fundamental en el universo monárquico, según el argumento del autor. Así, éste discute con algunas lecturas, como por ejemplo la de Eugen Weber, quien establece que en los años '20 la organización *royaliste* representa a sectores sociales en extinción, pequeños rentistas y comerciantes, comenzando a defender exclusivamente a las clases medias; al contrario, según Renouvin, la cuestión obrera habría estado siempre presente en ella. También cuestiona la interpretación, presente en diversas investigaciones, sobre una marcada inspiración maurrasiana del gobierno de Vichy, calificada por el líder *royaliste* como "mala caricatura" de los principios del "nacionalismo integral" y del "socialismo aristocrático", expresión con la cual Maurras resumía la función social de la propiedad privada y del elemento jerárquico, anti-individualista y anti-democrático, que suponía la organización del trabajo en la gran industria.[39]

Así, en el contexto de surgimiento de la AF se podía retomar cierta inclinación hacia los obreros y el trabajo sin abandonar el marco "patriótico" de la cuestión social. Su idea de socialismo, finalmente, supone la idea de nación como "comunidad protectora" y destruye cualquier principio internacionalista de las organizaciones proletarias. Aún más, Maurras adelantaba así –antes de su concreción– una

••••• vitalizar teórica y organizativamente un línea de organización de la producción que reuniera trabajadores y patrones, creando a principios de los años '20 la *Confedération de l'Intélligence et de la Production Française* (CIPF) y en 1923 la *Union des Corporations Françaises*. El fracaso de esta tentativa genera, entre otros hechos, la ruptura de Valois con la AF y la fundación por parte de aquel del *Faisceau*, de orientación claramente fascista. Según Dard, estas tentativas fracasadas de penetración de la organización *royaliste* en medios económicos se explican por el relativo interés que la economía producía en ella y por su actitud ambivalente hacia el capitalismo. Ver Dard, O., «Les milieux économiques et l'Action Française», en: Leymarie M. – Prévotat J. (éds), *L'Action Française,* Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2008.

[39] Renouvin, B., *Charles Maurras. L'Action Française et la question sociales,* Paris, Collection Lys Rouge, 1983.

crítica a la sociedad de consumo, a la anulación de la actividad creadora y de la inteligencia en el medio de una sociedad de la abundancia.[40]

En el marco de la política electoral otro acontecimiento marcaría una sensible modificación en la incorporación de los *royaliste*s de la NAR a la vida política francesa. Nuevamente, en 1981, Bertrand Renouvin intenta presentarse como candidato a la presidencia. Sin embargo, el aumento en la cantidad de firmas requeridas a los intendentes para legitimar legalmente una candidatura presidencial hizo imposible esta presentación. Poco antes de las elecciones, la NAR toma una decisión que la singularizó en el universo *royaliste*: apoyar la candidatura de François Mitterrand, el candidato socialista finalmente triunfante. Según el fallido candidato a presidente, esta decisión no suponía "transformarse en socialista", incluso significaba seguir criticando muchas de las acciones del partido triunfador. En cambio, Mitterrand se inscribía, "quizás", según el dirigente de la NAR, en la historia nacional expresando la necesidad de articular el Estado con el "pueblo francés".[41]

Este vínculo se profundizó en los años '80. El presidente francés encarnaba, para estos actores, y después de De Gaulle, el principio de la monarquía republicana; figuras que, a diferencia de los partidos políticos, afrontaban los "verdaderos debates sobre la Europa".[42] Así, en 1984, Renouvin fue nombrado como "personalidad calificada" en el Consejo Económico y Social, cargo para el que fue redesignado en 1989 y que ocupó, finalmente, hasta 1994.[43] Con esta designación, la

•••••

[40] Ibídem, p. 201.

[41] Renouvin, B., «Nos choix», en: *Royaliste*, N° 339, 4 de junio de 1981.

[42] *Les Echos*, 16 de junio de 1984.

[43] Es interesante analizar que esta designación de 1984 fue acompañada por otras que reflejaban una variedad de inclusiones en el Consejo Económico y Social por parte de Mitterrand. *Le Figaro* afirmaba, en este sentido, que "cuando se ve la lista de consejeros económicos y sociales que vienen de ser designados, debe admitirse que la apertura actual se hace en todas las direcciones. No se ha olvidado a nadie, ni los comunistas, ni los radicales, ni los giscardianos, ni los gaullistas, ni lo poujadistas, ni los *royalistes*. Con una excepción: ningún amigo de Jean-Marie Le Pen figura en la lista de las personas dichas calificadas. El jefe del FN deviene cada vez más la "oveja negra" de la vida política francesa", en: *Le Figaro*, 4 de setiembre de 1984.

NAF sellaría su adhesión a la figura de Mitterrand[44], quien designaba para ella los principios de una política gaullista y que, al mismo tiempo, se acercaba a las líneas de una canalización monárquica de la vida política. En esos años, el lazo con el mitterrandismo se profundizaba al mismo tiempo que la organización liderada por Renouvin intentaba fortalecer una vinculación incluso más profunda con el Pretendiente, Henri, conde de París, quien también tuvo una presencia mediática importante, a veces marcada por escándalos familiares y problemas dinásticos con sus herederos.

En lo intelectual, incluyendo en esta dimensión la sociabilidad intelectual, "los miércoles de la NAR" (*les mercredis de la NAR*), que constituían el espacio de formación de cuadros, dieron lugar a un proyecto innovador que, miércoles tras miércoles, comenzó a congregar a personalidades destacadas del mundo intelectual francés brindando una conferencia, seguida de una cena. La lista de filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos, politólogos y ensayistas que participaron en este espacio durante casi tres décadas, supuso una apertura en las redes de relaciones de los actores y de sus contenidos ideológicos.[45] Muchos de estos conferencistas después aparecían entrevistados en las páginas de *Royaliste* o *Cité*, ésta última revista aparecida en 1982 y que se caracteriza desde esa época por el tratamiento intelectual de diversos temas.

A partir de esa época, y desde la instalación del FN en la política francesa, la NAR comienza a criticar a dicha organización política y a participar de núcleos asociativos antiracistas. Así, es interesante

•••••

[44] En 1972, poco tiempo después de haber sido fundada, y continuando con la tradición activista y agitadora de los *Camelots du Roi*, la entonces NAF había concurrido a una conferencia de Mitterrand, entonces presidente el Partido Socialista, para descalificarlo como "charlatán". En: *Le nouveau journal*, 9 de febrero de 1972.

[45] En el listado de los *miércoles de la NAR* se encuentran, entre otros, Robert Castel, Pierre Rosanvallon, Jacques Julliard, Marcel Gauchet, Emile Poulat, Régis Débray, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Sapir, Emmanuel Todd, Pierre-Andre Taguieff, Loïc Wacquant, Claude Lefort, Guy Hermet, Daniel Bensaïd, Alain Caillé, Georges Balandier, Edgard Morin, Pierre Nora, Michel Winock, Pierre Chaunu, Maurice Agulhon, Luc Ferri, Mona Ozouf, Gérard Noiriel, Gilles Lipovetsky, André Glucsman, François Furet.

percibir la existencia de un nacionalismo, presentado bajo la elegante expresión de "patriotismo", en la crítica al FN. El crecimiento electoral de este partido ocupó un gran espacio en las páginas de *Royaliste* a partir de los resultados en las elecciones municipales de 1983, donde la organización de Le Pen rompe el carácter grupuscular que lo caracterizó durante más de una década obteniendo el poder en la localidad de Dreux y superando el 10% de los votos en el distrito vigésimo de la ciudad de París. Estos acontecimientos supusieron una intensa reflexión tanto en las ciencias sociales como en círculos militantes. Desde el auge del FN en los años '80, la NAR dedicó artículos destinados a criticar el fenómeno lepenista. Las acusaciones van desde la crítica a la derecha moderada que da lugar a las expresiones frontistas, la "nulidad intelectual" de éstas[46], o directamente tratando a su líder de "impostor". También las páginas del journal *Royaliste* acogía las voces de la organización *SOS Raciste*, u organizaba junto a redes antiracistas manifestaciones contra el clima xenófobo alimentado por el partido de Le Pen. Así, en 1997, Renouvin publica otro libro, *Une tragédie bien française, le Front National contre la nation,* destinado a analizar una organización partidaria con rasgos extremistas y cuyo crecimiento electoral parecía inagotable. La obra se propone, después de analizar la trayectoria de su fundador, dar cuenta de los aspectos ideológicos y sociales que reune el FN. Una de las objeciones realizadas evidencian un punto de vista *royal,* que para el autor exige reconocer la continuidad en la República de principios forjados por tradiciones monárquicas –la idea de soberanía, los derechos del hombre, el principio de nacionalidad por el suelo. El FN conjuga *incultura histórica y desconocimiento jurídico,* haciendo de Jeanne d'Arc un símbolo del heroísmo guerrero de Francia y de la lucha del extranjero, imponiendo un reclamo de democracia directa que destruye los principios de la mediación política.[47] El FN, que recluta entre sus tropas "reaccionarios de todas las obediencias, sobrevivientes de la colaboración, militan-

[46] Por ejemplo en algunos de los escritos publicado en 1984.

[47] Renouvin, B., *Une tragédie bien française, le Front National contre la nation,* Paris, Ramsay, 1997, p. 85

tes de grupos de extrema derecha, fascistas declarados, etno-biólogos, miembros de la vieja derecha, católicos tradicionalistas con "patriotas auténticos"[48], intenta erigir una cultura política que, paradójicamente según Renouvin, "destruye" los pilares fundamentales de la tradición política francesa. Esto incluye la promoción de un discurso anti-estatal, la reproducción del antiparlamentarismo, la amenaza del Estado de derecho y la negación de la nación misma elaborando una visión étnica de la nación basada en el principio de la sangre, el anti-igualitarismo, e incluyendo en este último aspecto la defensa frontista de las identidades y las diferencias. Así, el FN no es capaz de "llevar la batalla por la defensa de la nación francesa", al negar "nuestra tradición histórica", al "destruir sus instituciones representativas", "al negar sus valores universales"[49].

Ese mismo año, nuestro actor escribe también una historia del *royalisme* que trastoca y pone en cuestión el propio itinerario del *royalisme* de la AF. El trabajo constituye la elaboración de una memoria histórica en dos sentidos. El primero de ellos, de relectura del largo plazo de las líneas e influencias monárquicas en Francia. El segundo, del itinerario de la propia NAR y su relación con dichas corrientes. Así, en la relectura del siglo XIX, se pueden detectar dos tendencias: una monárquica constitucional, liberal y parlamentaria, y otra contrarrevolucionaria. Según esta lectura, el orleanismo conciliaba orden y libertad, cumpliendo con los principios de 1789. Al contrario, la síntesis maurrasiana supone cierta continuación del monarquismo absolutista. Renouvin diferencia así la Acción Francesa del pensamiento de Maurras, retomando una distinción que intenta releer un núcleo *royaliste* legítimo en la primera, enfatizando la "desviación" que representa el segundo. Su obra representaría un compuesto original ajeno a las tradiciones monárquicas, inscribiéndose en un conjunto de autores definidos por su modernidad: Auguste Comte, Ernst Renan, Maurice Barrès.[50] La NAR, al contrario, retomando tradiciones

[48] Ibídem, pp. 14- 15, 31.

[49] Ibíd., pp. 214- 215.

[50] Renouvin, B., *Le royalisme, histoire et actualité,* Paris, Economica, 1997.

monárquico-liberales del siglo previo, se inscribía en una tradición de "*royalisme* auténtico", que conduce al Estado de derecho republicano y a un conjunto de aspectos históricos que la seducción maurrasiana por la dictadura, el antisemitismo y el nacionalismo ocultaban. Esta memoria *royaliste* contra Maurras excluye, según sus argumentos, las tesis contrarrevolucionarias y absolutistas. Más aún,

> La identidad intelectual de la NAR está fundada sobre la tradición judeo-cristiana, ella toma clásicamente en la filosofía griega y la teología medieval y se nutre del pensamiento judío y cristiano contemporáneo.[51]

Si el Renouvin de los años '70 marcaba distancias entre Vichy y Maurras, la lectura realizada en los '90 enfatiza, al contrario, las influencias durante la época de Pétain.[52] Su discípulo es, en la Francia finisecular, el mismo Le Pen, quien denuncia les *Quatre États Confédérés*, la existencia de una internacional judía, asumiendo el legado nacionalista. Su diferencia reside en haber abandonado, justamente, el principio monárquico.[53] Principio que Renouvin explica en su capítulo sobre el "boceto sociológico" del *royalisme*, "universo reducido a grupos muy minoritarios".[54] Así, este universo acentúa su desvinculación con los grupos sociales nobiliarios, con los sectores rurales que caracterizaban cierta implantación de tales ideas políticas y con los medios católicos que servían como medio ambiente predilecto. "Los medios *royaliste*s han perdido o estan perdiendo su especifidad sociológica"[55], es una idea esgrimida por el autor para dar cuenta de un movimiento político en extinción.

•••••

[51] «L'identité intellectuelle de la Nouvelle Action royaliste est fondée sur la tradition judéo-chrétienne, elle puise clasiquement dans la philosophie grecque et la théologie médiévale et se nourrit de la pensée juive et chrétienne contemporaine» Ibídem, p. 182.

[52] Del mismo autor pueden citarse : «Maurras, le fondateur», en: *Mil neuf cent*, 1993, Volume 11, N° 1 ; «Maurras républicain?», Colloque *Nation et Républiquer, les éléments d'un débat*, AFHIP, Dijon, 1994.

[53] Renouvin, B., *Le royalisme…*, p. 228.

[54] Ibídem, p. 291.

[55] Ibíd., p. 293.

Sin embargo, podemos deternemos en ciertos rasgos autónomamente políticos. En la medida que la NAR no fue una licuación en el Partido Socialista francés, sino una incorporación a ciertos espacios políticos, tomando como clave la adhesión a la figura de François Mitterrand, quien ofrece a Renouvin en 1984 un lugar en el Consejo Económico y Social a título de "personalidad distinguida en el dominio económico, social, científico y cultural", el status de este *royalisme* seguía sin quedar orgánicamente vinculado a ningún espacio político –el socialismo, con excepción de algunas figuras, era hostil a aceptarlo como aliado. Aunque el líder presente a la NAR en oposición a gran parte de la AF o a Maurras mismo, "no somos como Maurras, no estamos todo el tiempo justificando el pasado, despertando las viejas batallas… cuando terminó, terminó"[56], y "abierta" a la evolución de la política republicana, la vinculación con el contexto político resulta por demás incierto. Incluso si los miembros de la NAR están ligados a diversos sindicatos, algunos militantes ligados, por ejemplo, a *Force Ouvrière*, escisión comunista que data de 1948, u otros como el propio Renouvin perteneciente al sindicato de periodistas de la CGT. Así, repasando algunos derroteros y vínculos desarrollados, nuestro entrevistado se expresa sosteniendo que:

> Desde que Mitterrand dejó el poder, se terminó (…) El Partido Socialista derivó hacia el liberalismo, y no teníamos ninguna razón de estar con ellos. Ellos no querían, nosotros no queríamos. Vemos a los últimos fieles del general, a los últimos fieles de Mitterrand. Tenemos relaciones de amistad, de relación política profunda. Tenemos relaciones con los pocos socialistas que se han opuesto a la OTAN. Tenemos relaciones con ex comunistas, pero con el Partido Comunista Francés es imposible. Con el Nuevo Partido Anticapitalista, imposible. No tenemos nada que hacer con ellos. Es un partido negativo. La nación no existe para ellos. ¿Qué vamos a hacer con ellos? Cuando eran campañas contra el racismo, era posible. Estábamos contra Le

•••••

[56] Entrevista a Bertrand Renouvin, 16 de marzo de 2009.

> Pen, etc. Con la Liga estábamos en los mismos espacios de los derechos del hombre. Pero de allí a hacer una alianza, ¿para hacer qué? ¿La campaña de Besancenot?[57] No, no hace falta exagerar. Dupont-Aignan[58] por su parte no quiere estar con nosotros, él quiere estar sólo. Yo creo en el fondo que lo embarramos porque somos muy poco numerosos para aportarles el número de votos que le interesa y somos intelectualmente demasiado poderosos para no embarrarlo terriblemente. Nosotros representamos una potencia intelectual que él no tiene (...) Por todas estas razones, a causa de nuestras razones y a causa de nuestras debilidades, quedamos solos (...) En términos de militancia, estamos solos.[59]

Lo que supone, al mismo tiempo, una reprecisión del perfil organizacional de un *royalisme* que ha retomado algunos de los debates presentes en Francia, generando un espacio de discusión y de vinculación con importantes intelectuales del medio académico:

> Nosotros nos hemos redefinido muy precisamente como sociedad de pensamiento, en el sentido de la Revolución francesa. Puede parecer gracioso, pero somos una sociedad de pensamiento con vocación revolucionaria. En el sentido de la revolución como de Gaulle, de Bernanos, no en el sentido de Lenine. Queremos un cambio profundo en las estructuras políticas y sociales del país. Somos una sociedad de pensamiento y funcionamos exactamente como funcionaban las sociedades de pensamiento en el siglo XVIII. Somos una sociedad de pensamiento con un cierto número de objetivos políticos específicos (...) Somos una sociedad de pensamiento, con vocación revolucionaria. No funcionamos como partido político pero somos capaces de

•••••

[57] Líder político trotskista quien se desprende de la Liga Comunista Revolucionaria para formar el Nuevo Partido Anticapilista NPA.

[58] Líder del partido *Debout la République*, es una de las pocas formaciones políticas que reivindica la tradición gaullista.

[59] Entrevista a Bertrand Renouvin, 6 de abril de 2009.

> transformarnos de un día a otro en un movimiento militante muy organizado, muy disciplinado (…) Somos capaces de hacer esto, siempre fuimos capaces de hacerlo. Si mañana alguien se presenta y podemos aceptar su programa político, nos transformaremos de nuevo, con algunos años más, en los cuadros de esta campaña. Tenemos una experiencia política muy grande.[60]

Estos dos aspectos –aislamiento político y redefinición institucional– complejizan la "sociología" esbozada por Renouvin líneas arribas. El tema del nacionalismo en este entramado aparece: 1) en una problemática que tiene en el militantismo un eje central, 2) en el proceso, conflictivo o aporético, de la transmisión militante del *royalisme* que ya no puede reclutar sus miembros en las familias *royalistes*. Si "nacer en el *royalisme*" no es posible como fenómeno relativamente masivo, explicado en parte por el "boceto sociológico" de nuestro entrevistado, si esta línea de reproducción que supuso una AF activa que permitía cierta continuidad de estas redes militantes está al menos parcialmente quebrada, ¿cuál es la posibilidad de su subsistencia?

NACIONALISMO, SOCIABILIDAD Y TRANSMISIÓN GENERACIONAL.

Formado intelectual y políticamente bajo la antigua ortodoxia *royaliste*, maurrasiano en sus orígenes, posterior candidato a la presidencia, consejero *mitterrandiste*, crítico a la vez que impulsor del proyecto de Unión Europea, anti-neoliberal, siempre proclive a que la figura del pretendiente reuna a todos los franceses, anti-racista, crítico (nacionalista) del nacionalismo del Frente Nacional, en sus inicios venerador de Jeanne d'Arc y con el tiempo manifestante de la CGT, gaullista y anti-sarkozista, el análisis de la trayectoria de Bertrand Renouvin, que condensa en gran medida el devenir de la NAF-NAR, no deja de su-

[60] Entrevista a Bertrand Renouvin, 16 de marzo de 2009.

poner una serie de interrogantes más generales en términos histórico-sociales a la vez que en términos problemáticos.[61] Esta crisis de la AF, de la inserción de sus trayectorias, es uno de los hechos que explica en gran medida la disolución-evaporación del nacionalismo y la substitución de esta problemática por otras: extremas derechas, partidos populistas, nuevas judeofobias, crecimiento de islamofobias, etcétera. Repasaré muy brevemente sólo algunas lecturas que permitirán hablar de un sentido más amplio de los nacionalismos y que hacen posible considerarlo, al mismo tiempo, como un fenómeno que se presenta a veces paradójicamente en la sociedad francesa.

El historiador de las ideas y filósofo Pierre-André Taguieff recordaba, siguiendo a Lean Leca, la pobreza de la literatura sociológico-francesa en los estudios del nacionalismo.[62] Este llamado, que podría ser extensivo desde nuestro punto de vista a los sociólogos de otros países, fue atendido, según Taguieff, para analizar el fenómeno creciente del FN, definido por el autor en otra obra como "nacional-populismo".[63] Pero en este renacer del nacionalismo, señala nuestro autor, la pregunta de fondo en ciertas investigaciones consistía en dar cuenta, sin abandonar un fondo de desagradable sorpresa, cómo en Francia el nacionalismo seguía siendo posible. La crítica de Taguieff apuntaba a dos horizontes: el primero de ellos consistía en retomar aportes de autores que intentaban ver la existencia de un nacionalismo "societal", "vivido" y cómo éste no se encuentra escindido del llamado "nacionalismo de los nacionalistas". En este punto, otros autores como Girardet y Jean Touchard podrían ser rescatados, agreguemos por nuestra parte a Michael Billig y su idea de "nacionalismo ordinario", y el objeto nacionalista como tal podría cobrar una extensión por demás sugerente ante el estado en el que se encuentra en la in-

•••••

[61] En relación a los estudios sobre los orígenes de los nacionalismos y las naciones, el estudio de Craig Cailhoun contiene una interesante síntesis de los debates realizados entre los diferentes enfoques. Ver Calhoun, C., *Nacionalismo,* Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007 (1997).

[62] Taguieff, P-A., «Le nationalisme des 'nationalistes'. Un problème pour l'histoire des idées politiques en France», en: Delannoi, G. et Taguieff, P-A., (directeurs), ob. cit.

[63] Taguieff, P-A., *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique,* Paris, Champs-Flammarion, 2007 (2002).

vestigación sociológica. El segundo horizonte suponía reconocer que, alrededor del nacionalismo, se habían dado definiciones dialécticas entre los teóricos nacionalistas y los detractores antinacionalistas. Los supuestos de éstos podían estar cargados de un lenguaje tan polémico y reduccionista como las enceguecidas defensas de los nacionalistas duros.[64] El nacionalismo sería en este lenguaje la "degradación de la nación", su "desviación", su "culto militarista". En esta crítica partisana puede verse, siguiendo a Taguieff, o la idea, de raigambre católica, por la cual todo egoísmo colectivo –por antonomasia, el del nación– representa una afrenta o, en el fondo, un crítica formulada en nombre de la nación, llamada benévolamente "patriotismo".

Esta pretensión puede encontrarse en la NAR, heredera de la tradición judeo-cristiana, "abierta y plural" según sus defensores, y crítica del costado destructivo, según ellos, que el FN ejerce "sobre el mismo cuerpo social que dice proteger". Pero este tipo de argumento también puede encontrarse en discursos académicos con un estilo por demás sugerente cuando no convincente. Alain Touraine parte de una reconsideración de la idea de nación y de su rol en la modernización, sosteniendo que se ha producido el pasaje de la "conciencia nacional" como fuente progresiva, al nacionalismo como dinámica regresiva o antimoderna. El sociólogo habla entonces del *nacionalismo contra la nación*, justificando la idea de una entidad supranacional europea y de sociedades nacionales diversificadas, para enfrentar los riesgos de cualquier totalitarismo, lo cual exige evitar tanto los nacionalismos como la destrucción del tejido social como supone la mundialización económica. ¿A partir de qué? Justamente, de la *Nación:*

> Si abandonamos la idea de nación, nada podría más detener o limitar la disociación creciente entre una economía globalizada y dominada por los actores económicos más poderosos y las identidades fragmentadas cada vez más incapaces de comunicarse con las otras, y, paralelamente, la distancia aumentaría entre las categorías calificadas y educadas que participan en los

•••••

[64] Taguieff, P-A., «Le nationalisme des…» , p. 58.

> intercambios mundiales y las categorías o regiones más débiles y aisladas [...] Nosotros necesitamos de naciones [...][65]

Más allá del plano normativo, el problema de los nacionalismos, formadores de naciones según Gellner[66], no deja de imponerse y transformarse. Y la idea dejada por Girardet, de encontrar dos nacionalismos entre 1871 y 1914 con solidaridades secretas, puede ofrecer nuevas pistas de investigación. Jacques Julliard, por su parte, sostenía que no puede concebirse el nacionalismo como patrimonio del extremismo de derecha. En la medida en que, durante el siglo XX, hubo luchas nacionalistas que triunfaron (el gaullismo sería la más expresiva en este sentido), el nacionalismo deviene, según Julliard, en *nacional*, reuniendo multitudes cada vez más indiferenciadas política y socialmente.[67] ¿Pero en qué contextos puede darse una reunión entre auge nacionalista y extrema derecha?

Nonna Mayer, politóloga y especialista en sociología electoral, retomó una investigación realizada en 1962 por Michelat y Thomas para contrastarla con encuestas posteriores. En el estudio de Michelat y Thomas se mostraba cómo el perfil de público nacionalista correspondía a un lugar definido del clivaje izquierda/derecha, encontrándose las posiciones nacionalistas en la derecha del tablero político. Esta distribución del sentimiento nacional fue una constante, al menos conjeturalmente, de la vida política francesa y que hacía que el mismo decayera bruscamente en las adhesiones de izquierda. Sin embargo, en las últimas décadas, constata Mayer, estos datos han cambiado. La existencia de la afirmación nacionalista en Francia desborda claramente al público de la extrema derecha, y muchas veces se inscribe en votantes comunistas.[68] La misma impresión es compartida

•••••

[65] Touraine, A., «Le nationalisme contre la nation», en: Birnbaum, P., (dir.), *Sociologie des nationalismes*, Paris, Presse universitaires de France, 1997.

[66] Gellner, E., *Naciones y nacionalismos,* Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial, 1994 (1983).

[67] Julliard, J., «De l'extremisme à droite», en: *Mil neuf cent,* Année 1991, Volume 9, N° 1, p. 9.

[68] Mayer, N., «Le sentiment national en France», en Birnbaum, P., op. cit.

por Rémond, y se confirma en estudios que han hecho hincapié en el pasaje de ex comunistas al FN.[69]

Nuestra investigación analiza actualmente algunos de estos supuestos, partiendo de un análisis concreto: la AF, "vanguardia del nacionalismo integral". En el caso que hemos compartido en este artículo, nos hemos detenido en la historia de la NAR, antes NAF. Su intento, a lo largo de décadas, de renovación intelectual, cumpliendo algunas necesidades de supervivencia histórica, no deja de plantear problemas a esta tradición en el plano político, amén de su renovación de ideas. Sin embargo, esta trayectoria puntual no es la única del universo *royaliste* actual.

El conglomerado de redes, individuos y organizaciones vinculado al *royalisme* de AF es tan disperso como dinámico, incluyendo ex miembros que dejan de pertenecer al *royalisme-organización* pero que siguen reclamándose herederos de la tradición que quiere ver a Francia bajo la figura de un rey, así como organizaciones dispersas, revistas y semanarios, círculos de reflexión y discusión, actividades proselitistas y participación en manifestaciones políticas. La "AF oficial", ligada al journal *Action Française 2000*, está controlada por familias históricas de este espacio, descendientes de Maurice Pujo, que reeditan los viejos temas como el rechazo a De Gaulle, la afirmación del nacionalismo integral, marcas acentuadas de antisemitismo, reivindicación de la Argelia francesa y reafirmación del tradicionalismo católico. Otros actores, socializados en esta AF, han roto sus lazos con ella o se inscriben en un proceso de renovación que incluye signos bastante heterogéneos. La NAF no ha sido el único caso. Si el mitterrandisme fue el horizonte de esta escisión, el FN marcó, en diferentes etapas, la emigración de individuos *royaliste*s a la organización de Le Pen. Jean Madiran, por ejemplo, desde la trayectoria católico-antisemita intentó imponer en el FN la derivación tradicionalista. Otras experiencias se abocaron a la discusión político-cultural: por ejemplo, la revistas *Les Epées*, que

•••••

[69] Rémond, R., op.cit., p. 262. Evans, J., «Les bases sociales et psychologiques du passage gauche-extrême droite. Exception française ou mutation européenne?», en: Perrineau, P., (dir.), *Les croisés de la société fermé. L'Europe des extrêmes droites,* Paris, L'aube essai, 2001.

sin reconocerse en el nacionalismo dedica números a rechazar el proyecto de la Unión Europea, o a sostener la defensa de las fronteras nacionales. Generaciones más recientes van buscando nuevos espacios de inserción en la vida público-social francesa. Si los *Camelots du roi* siguen existiendo como rama juvenil de AF, realizando procesiones a Jeanne d'Arc o Luis XVI, vendiendo *AF* 2000 en la calle, o participando en peregrinaciones católicas, los líderes juveniles promueven al mismo tiempo espacios de formación releyendo a autores como George Orwell, Christopher Lasch, el estudio de la "propaganda como método de dominación totalitaria", entre otros. Los jóvenes de la AF están intentando, por su lado, insertarse en las estructuras del CNIP, lo que renovaría la consideración de la misma organización como perteneciente de la derecha conservadora.[70] Pero el clivaje izquierda/derecha no puede explicar el universo *royaliste*. El *Cercle Jacques Bainville*, ligado a la AF, se aleja de las opciones políticas concretas para discutir de lleno problemas ligados a la "modernidad, el individualismo, la sociedad de vigilancia". A su vez, el *Camps d'Été Maxime Real del Sartre* (CMRS, universidad de verano donde se reclutan nuevos jóvenes), expresa una aparante contradicción de esta organización orleanista: si su representante es el Pretendiente Jean, la universidad de verano, realizada desde hace pocos años en el castillo del pretendiente carlista Sixto Enrique de Parma, evidencia un criterio o necesidad de construcción política heterodoxa dentro de los marcos de la representación monárquica. En el siguiente fragmento de entrevista, veremos cómo la pregunta formulada, demasiado apegada a la cuestión dinástica, pone en el centro de escena el tema del liderazgo político nacionalista y dispara, en este sentido, la cuestión sobre el *lepenisme*:

•••••

[70] El Centro Nacional de Independientes nace en 1948, transformándose en 1951 en Centro Nacional de Independientes y Campesinos, representando una tendencia liberal en lo económico, conservadora en lo político-cultural, que busca sobre todo aglutinar la representación de un cierto apoliticismo de base rural o de pequeñas ciudades. Pinol, J-L., «1919- 1958. Le temps des droites ?», en: Sirinelli, J-F., (dir.), *Histoire de droites, 1. Politique,* Paris, Gallimard, 2006 (1992).

HC: Pero Ustedes son orleanistas.

Martín: Sí, pero a diferencia del príncipe Jean, Don Sixto tiene voluntad política, él podría ser nuestro jefe político.

HC: Pero Don Sixto estaba con Le Pen. ¿Por qué ustedes estarían con Le Pen?

Martin: ¿Por qué no?[71]

Si analizamos casos individualmente, el abanico político puede ir en muchos sentidos diacrónica y sincrónicamente. Así, Anne, estudiante de historia de 24 años, quien viene de una familia socialdemocrática, inició su carrera política en la Federación Anarquista: ser de AF era la decisión más contestataria que podía tomar. Paul, de 35 años, también viene de medios familiares socialistas; su paso por la AF fue interrumpido por su partida al FN y, posteriormente, adhirió como periodista al *Bloc Identitaire*, organización de extrema derecha que promueve actos de defensa "contra el racismo anti-blancos". Paul, quien adhiere al paganismo desde lo religioso, afirma que su objetivo político es la defensa de los trabajadores de su país, "que son franceses… y patriotas". O en otro caso, Martin, quien emigra desde un comunismo acérrimo hacia el nacionalismo, sin descartar el costado fascista que le seduce: "Nosotros somos un poco fascistas". También, en este sentido, Pierre, relacionado con comunidades libertarias, sostiene que la lucha política es unir "a los reaccionarios y a los revolucionarios para aniquilar a la socialdemocracia y a la derecha conservadora". Pierre manifiesta haber votado a Le Pen, pero dos cosas le molestan: su exaltación del odio y que, sobre todo, "en el fondo Le Pen es un republicano".

Los ejemplos podrían multiplicarse pero nos llevarían, por el momento, demasiado lejos. Basta señalar que el problema de esta movilización, vinculada con el tema del nacionalismo, recorre gran parte del tablero político francés.

Para estudiar estos nacionalismos, los microespacios donde se cons-

-----

[71] Entrevista, SK, dirigente de la juventud de AF., 5 de junio de 2009.

truyen las lealtades nacionalistas de la AF, me parecía central en un momento combinar dos ideas que veía intrínsecamente ligadas: subjetividad militante y sociabilidad. Este lazo lo veo más escindido. Las crisis *royalistes*, las esciciones y, por momentos, la desorientación de los actores con respecto a su propia continuidad organizativa, hace presente una subjetividad militante que no siempre se materializa en un activismo claro. Quizás esta subjetividad no resulte lo suficientemente esclarecedora en la comprensión de este universo. Quizás, en cambio, nos esclarezca si podemos hablar de un "militantismo sin militancia", donde los valores del compromiso están siempre presentes pero la capacidad de movilización real queda supeditada a las posibilidades y los recursos de los que disponen los actores, muchas veces escasos. En cambio, creo que la idea de la sociabilidad, sumada a la sensibilidad literaria de los actores, parece hablar mejor de este universo *royaliste*. Y quizás, en este sentido, la sociabilidad indique un camino a seguir al ayudarnos a ver cómo se comprende el universo político y cómo se reproduce el ideal *royaliste* en un conjunto de representaciones y acciones concretas.

PATRIOTISMO Y NACIONALISMOS EN LA ESPAÑA DE FINES DEL SIGLO XX: JOSÉ MARÍA AZNAR Y LOS DISCURSOS DE LA DERECHA (1990-1996)

JORDI CANAL

En una biografía editada en 2002 y dedicada a la persona que, por aquel entonces, ejercía la presidencia del gobierno español, José María Aznar, el sociólogo y escritor Amando de Miguel afirmaba:

> Se han escrito ya muchas crónicas sobre la época democrática actual, la Transición. Por lo general, esos textos dedican muy poco espacio a hablar de la línea ideológica que supone el PP y, más concretamente, Aznar. El hecho me parece injustificado. Estas páginas intentan, modestamente, restablecer el necesario equilibrio. Pretendo superar el clima de pereza intelectual que domina en los cuarteles de los que escriben sobre la cosa pública. Aducen el perfil plano que tiene Aznar o la pura reminiscencia que presentan los contenidos del Partido Popular. Esas razones me parecen naderías. El hecho incontrovertible es un partido como el PP que pasa de una mera representación simbólica en 1989 a la mayoría absoluta en 2000. Para mal y para bien, ese ascenso prodigioso se debe en gran medida al talante de una persona: José María Aznar.[1]

[1] de Miguel, A., *Retrato de Aznar con paisaje de fondo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002, pp. 14-15.

La derecha española de la época democrática y el principal de sus dirigentes siguen, casi una década después, sin recibir toda la atención que, por su importancia en el pasado español reciente, merecen. Los historiadores, en concreto, a pesar del auge de la historia inmediata o del tiempo presente, no le han prestado demasiada atención. En esta ausencia de interés, me parece, hay algo de prejuicio. José María Aznar, líder del Partido Popular, fue el presidente de España entre los años 1996 y 2004, disponiendo de mayoría absoluta en la segunda de las legislaturas. En los años que precedieron a la conquista del poder, Aznar y sus colaboradores transformaron de manera notable al principal partido de la derecha. Entre la Alianza Popular de Manuel Fraga y el Partido Popular de José María Aznar las diferencias resultan nítidas. La derecha española recorrió el camino que llevaba desde el posfranquismo al pleno compromiso, tanto en el fondo como en las formas, con la monarquía democrática. El período 1990-1996 fue clave en este proceso de cambio. Este trabajo se propone una aproximación a esos años y al discurso de la derecha aznarista, con especial atención a la cuestión nacional –"esa gran nación que se llama España" son, como veremos, palabras repetidas en multitud de ocasiones por Aznar en textos escritos y en discursos–, uno de los grandes problemas, sin lugar a dudas, de la España del siglo XX.

DE ALIANZA POPULAR AL PARTIDO POPULAR

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), liderado por Felipe González, ganó por amplia mayoría las elecciones generales de 1982. Más de diez millones de votos –lo que suponía algo más del 48% del total–, le otorgaban 202 escaños en el Congreso. De esta manera, empezaba una larga etapa de gobiernos socialistas que culminaría en 1996. A su derecha, en el panorama español –otra cosa era en el seno de los partidos nacionalistas catalanes y vascos, que constituyeron entonces amplias minorías en la Cámara Baja– la situación era crítica. La Unión de Centro Democrático (UCD), gobernante hasta entonces, se hundió, consiguiendo únicamente 12 diputados. Era, no obstante, una derrota

más que anunciada, tras las crisis de gobierno y liderazgo de los años anteriores y el virtual estallido de la coalición. La UCD se evaporó con el final de la "Transición". La extrema derecha, por su parte, se convirtió en 1982 en extraparlamentaria. Blas Piñar perdió el escaño, abocando a su partido, Fuerza Nueva (FN), a la disolución. Tras el fracaso de la llamada estrategia de la tensión y la apuesta golpista –con el 23 de febrero de 1981 como momento álgido–, ahora también se desplomaba la vía que abogaba por la formación de una alternativa política. La crisis de la extrema derecha se convirtió, desde 1982, pese a más de un intento revitalizador –la Solidaridad Nacional de Tejero, las Juntas Españolas, el Frente Nacional de Blas Piñar o, entre otros, la Alianza por la Unidad Nacional de Ricardo Sáenz de Ynestrillas–, en crónica.[2]

Entre la UCD y la extrema derecha se encontraba la Alianza Popular (AP), fundada en 1976 y liderada por Manuel Fraga, que acudió a los comicios de octubre de 1982 como centro de una coalición con algunos partidos democristianos y liberales. AP, entonces, se transformó en la segunda fuerza política española, con cinco millones y medio de votos –algo más del 26,5%– y 107 escaños. A pesar del avance espectacular del partido, la preocupación era más que evidente. Si bien Alianza Popular había sido capaz de atraer el voto de derecha y de extrema derecha, creciendo de manera espectacular aunque quedando muy lejos del PSOE, no consiguió, en cambio, captar eficazmente el antiguo voto de centro-derecha.[3] Esta formación seguía siendo percibida por los votantes como profundamente de derechas, un elemento que, junto al liderazgo de Fraga, identificado con el pasado, dificultaron la consolidación del partido como clara alternativa de poder.

Alianza Popular había sido creada formalmente a finales de 1976 como federación de partidos. En realidad, se trataba de minúsculas agrupaciones; simples conjuntos de notables, en algún caso. En los inicios de

•••••

[2] Cf. Casals, X., "La ultraderecha española ¿Una modernización imposible", en: Pérez Ledesma, M. (comp.), *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1997, pp. 171-194.

[3] Montero, J. R., "Los fracasos políticos y electorales de la derecha española: Alianza Popular, 1976-1987", en: Tezanos, J. F., Cotarelo, R. y de Blas, A., (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Síntesis, 1989, pp. 507-508.

la Transición democrática en España, la proliferación de siglas representando opciones de todos los colores y con diferencias a veces insignificantes entre unas y otras, fue muy habitual. Los partidos unidos en AP estaban encabezados, casi todos, por ex ministros franquistas –a los que la prensa bautizaría como "los Siete Magníficos"–: Manuel Fraga (Reforma Democrática), Federico Silva Muñoz (Acción Democrática Española), Laureano López Rodó (Acción Regional), Licinio de la Fuente (Democracia Social), Enrique Thomas de Carranza (Unión Social Popular), Cruz Martínez Esteruelas (Unión del Pueblo Español) y Gonzalo Fernández de la Mora (Unión Nacional Española). La nueva federación reunía a sectores procedentes del antiguo régimen, partidarios de reformas graduales y no esenciales, que habían quedado fuera del nuevo proyecto liderado por Adolfo Suárez. El rumbo de los acontecimientos les impulsaba a prepararse para unos futuros comicios y para un proceso más rápido de lo que habían imaginado. La decisión de crear Alianza Popular no fue apreciada por todo el mundo, ni en la izquierda, ni en la derecha, ni en el centro. Incluso algunos contemporáneos atribuyen al rey Juan Carlos I propósitos muy críticos con este proyecto y con sus impulsores. La mayoría de los partidos se disolvieron en AP en el marco del I Congreso Nacional, en marzo de 1977.

El alma de Alianza Popular fue, desde el principio, Manuel Fraga, que había fundado Reforma Democrática en el año 1976 –"reformismo" era desde hacía tiempo su consigna– a partir de sociedades de estudios como GODSA (Gabinete de Orientación y Documentación S.A.), creada poco antes, aprovechando la limitada legislación de asociaciones del franquismo terminal. Desde su salida del gobierno de Carlos Arias Navarro y tras sus inmediatas e irreconciliables diferencias con Adolfo Suárez, Fraga estaba dispuesto a ocupar el espacio de la derecha en España. Manuel Fraga Iribarne, nacido en 1922 en la localidad gallega de Vilalba es, con una trayectoria activa de más de cincuenta años –la mitad en dictadura y la mitad en democracia–, uno de los políticos más importantes del siglo XX español. Profesor universitario y autor de innumerables libros –Juan Velarde Fuertes tituló una de sus obras *Fraga o el intelectual y la política*[4]–,

•••••

[4] Velarde Fuentes, J., *Fraga o el intelectual y la política. Una visión desde la economía*, Barcelona, Planeta, 2001.

desempeñó desde la década de 1950 numerosos cargos de responsabilidad en el régimen franquista. Entre 1962 y 1969 fue ministro de Información y Turismo –los años del *boom* del turismo, la ley de Prensa y el baño en Palomares–, y en 1973 fue nombrado embajador en el Reino Unido e Irlanda del Norte. Tras la muerte de Franco, entró a formar parte del primer gobierno de la monarquía, presidido por Carlos Arias Navarro, ocupando la vicepresidencia y la cartera de Gobernación. Fueron meses muy delicados, en los que la violencia política no faltó. Algunas actuaciones de Fraga contribuyeron notablemente a erosionar su imagen de cara a la fase democrática que estaba a punto de inaugurarse. Su célebre frase "La calle es mía", data precisamente de entonces. La dimisión forzada de Arias Navarro, el primer día de julio de 1976, convirtió a Fraga, junto con José María de Areilza, en los máximos aspirantes a la sucesión. No obstante, el cargo recayó en el joven y por aquel entonces poco conocido Adolfo Suárez.

Los resultados de Alianza Popular en las primeras elecciones generales de la Transición, en junio de 1977, fueron bastante decepcionantes para sus impulsores. AP se convertía en el cuarto partido del arco parlamentario, con 16 escaños, frente a los 165 de la UCD, 118 del PSOE y 20 del PCE. Obtuvo un millón y medio de votos. José Ramón Montero ha atribuido los resultados al "desconocimiento de la moderación ideológica del electorado español", que prefirió el centro-derecha de UCD y el centro-izquierda del PSOE.[5] La UCD de Suárez bloquearía durante algunos años todo intento de despegue de AP. A pesar de que en su I Congreso Nacional, Alianza Popular se equiparara con los partidos populistas, centristas y conservadores europeos, lo cierto es que era percibida desde muchos sectores como una formación neofranquista. En *Retratos y perfiles. De Fraga a Bush* (2005), José María Aznar asegura que él no les votó, ya que consideraba a este partido como demasiado de derechas.[6] Según una encuesta del CIS (1978), los electores situaban a Alianza Popular en una posición de 4,3 en una escala izquierda-derecha de 5 puntos.

Desde 1978 se hicieron algunos esfuerzos para desmarcar a Alian-

•••••

[5] Montero, J. R., "Los fracasos políticos y electorales...", p. 499.

[6] Aznar, J. M., *Retratos y perfiles. De Fraga a Bush*, Barcelona, Planeta, 2005, pp. 54-55.

za Popular de la derecha extrema y de la imagen del franquismo. En el II Congreso Nacional, celebrado en enero, se reeligió a Fraga como secretario general y Félix Pastor Ridruejo se convirtió en presidente de la formación. Las tensiones internas arreciaron en aquel año. El motivo principal fue la aprobación de la Constitución, entre cuyos siete "padres" se encontraba Manuel Fraga. El título VIII y el término "nacionalidades" la convertían en inaceptable en amplios sectores de la derecha. Las consiguientes divisiones entre pragmáticos e intransigentes en el interior de AP abocaron a una votación del texto constitucional en el Congreso harto inusual: cinco diputados votaron en contra, tres se abstuvieron y el resto lo hicieron a favor. Charles Powell ha calificado la división de los votos de AP en tres opciones distintas como "una de las páginas más extravagantes de la historia parlamentaria española"[7]. Estos hechos dejaron huella. El ala más cercana a la extrema derecha, capitaneada por Silva Muñoz y Fernández de la Mora, se separó de la federación. La ocasión fue aprovechada para aplicar algo de moderación en AP, empezando a cerrar las puertas al llamado franquismo sociológico. Esto se hizo definitivamente a partir de diciembre de 1979, en el marco de III Congreso Nacional de la formación. Fraga resultó elegido presidente y el cargo de secretario general recayó, como símbolo de la renovación que se intentaba escenificar, en Jorge Verstrynge. A ese cambio habían contribuido los resultados desastrosos en las elecciones de aquel mismo año de Coalición Democrática, que formaba AP junto con minúsculos partidos, entre los que sobresalían Acción Ciudadana Liberal de Areilza y el Partido Democrático Progresista de Alfonso Osorio, alejados ya de la UCD. Obtuvieron 9 escaños, lo que suponía una pérdida de 7 con respecto a 1977, y poco más de un millón de votos, manteniéndose como cuarto partido español. En número de diputados en las Cortes, no en votos, se distanciaban poco del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y los nacionalistas catalanes, con 7 y 8 respectivamente. El voto útil reclamado por la UCD de Suárez y el éxito tan relativo como breve de la extrema derecha, con el acceso del líder de Fuerza Nueva, Blas Piñar, al Parlamento –el único diputado de un partido de extrema derecha en toda la historia de la España democrática,

[7] Powell, Ch., *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 224.

hasta hoy–, perjudicaron notoriamente a la formación fraguista.

El desplome de la UCD y el descenso electoral de la extrema derecha situaron a Alianza Popular, como hemos observado párrafos arriba, como el primer partido de la oposición en 1982. Poco antes, en 1981, se produjo la victoria en las elecciones gallegas con la eficaz campaña *Galego coma ti*. Este tipo de movilizaciones y las oportunidades políticas que se abrían contribuyeron poderosamente a la aceptación del sistema autonómico por parte de la derecha. La presidencia de la Xunta de Galicia fue ocupada por Xerardo Fernández Albor. Además, algunos importantes políticos de la UCD desembarcaron antes de 1982 en Alianza Popular. El caso más conocido fue el de Miguel Herrero de Miñón. En cualquier caso, en las legislativas de 1982, el ya principal partido de la derecha –núcleo de Coalición Popular, en la que se integraron el Partido Demócrata Popular (PDP), del ex ucedista Oscar Alzaga, y algunas otras pequeñas agrupaciones– obtuvo cinco millones y medio de votos y 107 diputados, imponiéndose en un total de 7 provincias: tres gallegas y cuatro castellanas. Pese a ser el segundo partido de España, AP tendría a partir de entonces dificultades para crecer y convertirse en auténtica alternativa. La fórmula fraguista de la "mayoría natural" se encontraba bien lejos de su materialización. Algo de razón tenía Javier Tusell cuando escribió que esta idea tenía dos inconvenientes, pues no era ni lo primero ni lo segundo, ni mayoría ni natural.[8] A la derecha española se le escapaba el amplio y decisivo centro electoral. En concreto, el liderazgo de Fraga, nombrado jefe de la oposición, planteaba problemas, ya que para muchos no dejaba de ser el símbolo de que en España el pasado no había pasado. Su talante de político duro no ayudaba precisamente a que no fuera visto como muy derechista e, incluso, sospechosamente demócrata. Cierto es también que la izquierda usó y abusó en beneficio propio de estas imágenes.[9]

•••••

[8] Tusell, J., "Introducción. Entre el centro y la derecha: el PP, desde la oposición al poder", en: Tusell, J., et alt., *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión, 1996-2000*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 15.

[9] Sobre Alianza Popular, cf. López Nieto, L., *Alianza Popular: estructura y evolución electoral de un partido conservador (1976-1982)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988.; y Baón, R., *Historia del Partido Popular. I. Del Franquismo a la refundación*, Madrid, Ibersaf Editores, 2001.

La tarea opositora de los populares en la primera legislatura, con mayoría absoluta del PSOE, resultó más bien poco brillante. Y, en algún caso, como ocurrió con la posición oportunista a favor de la abstención en el referéndum de la OTAN, fue de una inhabilidad política flagrante –una actuación descabellada, en palabras de Pedro Carlos González Cuevas.[10] En ocasiones se percibía con claridad que ni la patronal, ni la Iglesia, ni los gobiernos extranjeros acababan de tomarse en serio la alternativa popular. En las elecciones de 1986, nuevamente con Coalición Popular, obtuvieron 105 escaños, dos menos que en 1982. Perdieron algo más de doscientos mil votos. Mientras tanto, Convergència i Unió (CiU) –aunque no el Partido Reformista de Miquel Roca– y el Centro Democrático y Social (CDS) ascendían en votos y escaños. El centro político se seguía resistiendo a la derecha española. Coalición Popular se impuso solamente en 9 provincias: 3 en Galicia –en esta región obtuvo más del 39% de los votos–, 5 en Castilla y en Melilla. Los decepcionantes resultados pronto empezaron a cobrarse víctimas políticas.

Tras las elecciones, Alzaga y el PDP empezaron a desligarse de AP y no faltaron tampoco las disidencias, como la del propio delfín de Fraga, Jorge Vestrynge, que se vio forzado a abandonar el partido. La evolución de este político español, desde la "nueva derecha" a la vieja izquierda, resulta curiosa. Alberto Ruiz Gallardón, entonces, pasó a ocupar la secretaría general vacante. Los pésimos resultados en las elecciones autonómicas vascas de noviembre de 1986 constituyeron la puntilla. A principios de diciembre, Fraga presentó su dimisión. Principiaban dos años marcados por la confusión. El partido se vio abocado a un Congreso extraordinario, que tuvo lugar en febrero de 1987. El vencedor fue Antonio Hernández Mancha, que se impuso frente a la candidatura de Miguel Herrero de Miñón, apoyado por algunos de los futuros pesos pesados del Partido Popular, desde José María Aznar a Rodrigo Rato. Arturo García Tizón fue investido como secretario general. Antonio Hernández Mancha, nacido en 1951 en Guareña (Badajoz), era abogado del Estado. Fue diputado

[10] González Cuevas, P. C., *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos, 2005, p. 240. Cf., asimismo, de este autor, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

regional, senador y presidente de AP en Andalucía. Prometió cambios estratégicos en el partido, obteniendo el apoyo de las juventudes y de los órganos provinciales. Relevo generacional y modernidad eran sus mejores cartas de presentación. Su liderazgo, no obstante, resultó un fracaso. Desde las primeras intervenciones, en especial en la moción de censura que promovió en abril de 1987 contra Felipe González, se vieron los límites de Hernández Mancha. Allí escenificó un innecesario suicidio político. Las comparaciones con González y Suárez resultaron inevitables. Asimismo, AP perdió a favor del PSOE, en el año 1987, la presidencia de la Xunta de Galicia tras una moción de censura que vino precedida de la salida de la formación del hasta entonces hombre fuerte, Xosé Luis Barreiro. El deterioro del partido y el malestar, agudizados con el paso de los meses, resultaban palmarios. Los populares empezaron a añorar a Manuel Fraga, su "auténtico" líder.

Y Fraga, que por aquel entonces ejercía como diputado en el Parlamento europeo, terminó por volver al primer plano. Presentó su candidatura en el IX Congreso Nacional, en enero de 1989, y se impuso sin problemas. Francisco Álvarez Cascos fue elegido secretario general. Los principales puestos del nuevo organigrama correspondieron a Rodrigo Rato, Federico Trillo, Juan José Lucas, José María Aznar, Isabel Tocino, Abel Matutes, Félix Pastor Ridruejo, Miguel Herrero de Miñón y José Antonio Segurado. Estamos ante el Congreso de la llamada "refundación": Alianza Popular se convirtió en el Partido Popular. Y la gaviota azul empezó a surcar los cielos de la derecha. Se trataba de pasar página, rompiendo toda posible vinculación con el pasado y procediendo a una renovación generacional, pero de forma ordenada y bajo la mirada de aprobación del fundador y alma del partido, Don Manuel. Algunas notables altas, como Rodolfo Martín Villa y Marcelino Oreja, contribuyeron a impulsar los cambios.

Ante las dos citas electorales que se avecinaban, generales y autonómicas gallegas, se tomaron decisiones que el futuro se encargaría de dar por buenas. Manuel Fraga iba a concentrase en Galicia, en donde venció por mayoría absoluta y se proclamó presidente de la Xunta, un cargo que mantendría hasta 2005.[11] Mientras tanto, José María Aznar, un descono-

[11] Cf. Jáuregui, F., *Cinco horas y toda una vida con Fraga. La historia de un fracaso admirable*, Madrid, Espejo de Tinta, 2004.

cido para muchos –excepto en Castilla y León, la autonomía que presidía desde 1987–, era investido como candidato para presidir el gobierno de España. No era el candidato inicial de Fraga, que apostaba, más bien, con los éxitos de Margaret Thatcher en mente, por Isabel Tocino, pero se dejó convencer tras la denominada "conjura de Perbes", en la que participaron Álvarez Cascos, Trillo, Rato y Lucas. En las elecciones de octubre de 1989, González consiguió una nueva mayoría, pero Aznar obtuvo, pese a las prisas y lo poco conocido que era por aquel entonces a nivel nacional, unos resultados que mejoraban ligeramente los últimos de Fraga. Casi no hubo cambios en número de votos y en porcentaje –el famoso "techo" fraguista del 25%–, pero se sumaron un par de diputados más; 107 en total. El PP pasó a ser la primera fuerza en 17 provincias: 3 en Galicia, las 9 de Castilla y León –la comunidad que había presidido Aznar y en donde obtuvieron más del 40% de los sufragios–, Madrid, Navarra, La Rioja, Baleares y Melilla. Empezaba aquí a diseñarse la que en la última década del siglo XX iba a ser la geografía popular. Los resultados eran, de hecho, vistas las circunstancias, un éxito, aunque modesto. Aznar fue elegido portavoz parlamentario en el Congreso. El paso siguiente, como había planteado el líder flamante, debía consistir en hacer recaer los cargos de jefe parlamentario y del partido en la misma persona.

DE SEVILLA A LA MONCLOA

En el X Congreso del PP, celebrado en Sevilla entre el 31 de marzo y el 1 de abril de 1990, Aznar fue elegido presidente, en sustitución de Fraga. Desde su llegada a la cabeza del partido se separó de los seguidores de Hernández Mancha y de Fraga, así como de dirigentes como Herrero de Miñón, y aupó a un conjunto de políticos de su generación y a sus leales partidarios, integrados en el "clan de Valladolid" y en FAES (Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales), una entidad creada en 1989 a imagen de los *think-tanks* americanos e impulsada, entre otros, por Mi-

guel Ángel Cortés.[12] Empezó entonces, sostiene Jesús Rodríguez, la forja del "aznarismo".[13] No obstante, el cargo de secretario general lo ocupó el fraguista Francisco Álvarez Cascos. Su principal tarea, que realizó sin remilgos y con notable éxito, consistió en unificar y disciplinar internamente al partido, algo necesario tras el desorden de los años ochenta. Aznar, al mismo tiempo, logró cohesionar a los diferentes sectores –liberales, democristianos y derechistas, en especial– bajo un liderazgo fuerte. Y reclamó para el PP el centro político, una inequívoca legitimidad democrática y un encuadre europeo. Por lo cual, el PP abandonó la Internacional Conservadora, para ingresar en la Internacional Demócrata Cristiana. El discurso pronunciado en la clausura del X Congreso resulta, como veremos más adelante, de gran interés. El parlamento terminaba con la siguiente frase: "Un esfuerzo común: el Partido Popular; un objetivo común: esa gran nación que se llama España."[14]

José María Aznar, nacido en 1953, es un madrileño de buena familia, casado con Ana Botella –muchos han insistido, entre ellos el periodista Pedro J. Ramírez, en lo grande que era "la influencia que sobre él ejercía Ana"[15], que acabó por entrar también de lleno mucho más adelante en la vida política activa– y padre de tres hijos. Algunos autores han señalado su proximidad al falangismo en su época de bachillerato y un talante profundamente derechista hasta principios de los años ochenta.[16] Querer identificar a Aznar, como se ha hecho en muchas ocasiones, con el franquismo es, sin embargo, un craso error. Licenciado en Derecho e inspector de Finanzas, Aznar comenzó su carrera política, en 1979, en Alianza Popular de Logroño, convirtiéndose rápidamente en su secretario regional. Entre 1982 y 1987 fue diputado al Congreso por Ávila. En esta etapa ostentó diferentes cargos en el partido,

•••••

[12] Cf. www.fundacionfaes.org

[13] Rodríguez, J., "La forja del aznarismo", en: *El País*, Madrid, 11 febrero 2001.

[14] Aznar, J. M., "Centrados en la libertad", en: *La España en que yo creo. Discursos políticos (1990-1995)*, Madrid, Noesis, 1995, p. 25. Cf. López Nieto, L., "20 años del Partido Popular. Del aislamiento al liderazgo", en: *Cuadernos de pensamiento político*, N° 24, 2009, pp. 175-198.

[15] Ramírez, P. J., *Amarga victoria. La crónica oculta del histórico triunfo de Aznar sobre González*, Barcelona, Planeta, 2000, p. 135.

[16] Cf. Tusell, J., art. cit., p. 19.

casi siempre vinculados con el área de política autonómica. José María Aznar afirmó, en este sentido, en la presentación del libro de Manuel Fraga, *Impulso autonómico*, en 1994:

Por encargo del propio Fraga, tuve en 1982 la oportunidad de responsabilizarme de la política autonómica de la entonces Alianza Popular y de gestionar aquel giro autonómico que abordó nuestro partido, superando las reticencias que en algunos de sus votantes había suscitado el Título VIII de nuestra Constitución. Después, la confianza del propio Fraga me dispensó la condición de candidato, y la de los castellanos y leoneses la de presidente de la Junta de Castilla y León, experiencia absolutamente determinante de mi trayectoria personal y del asentamiento y maduración de lo que, hasta entonces, no pasaban de ser intuiciones sobre las posibilidades del Estado de las Autonomías.[17]

Elegido en 1985 presidente regional de AP en Castilla y León, Aznar obtuvo la presidencia de esta Comunidad en 1987. La ejerció durante un par de años. Tras cesar al frente del gobierno de Castilla y León, fue designado, en 1989, candidato a la Presidencia del Gobierno y, al año siguiente, como apuntamos, en el X Congreso del PP fue elegido presidente del partido. Su llegada a la cabeza del PP resulta inseparable de la propia "refundación" del partido y de su renovación generacional, que rompía finalmente con la imagen que lo ligaba al régimen anterior. Se trataba de concretar una opción de derecha liberal y democrática, a la europea, y de ofrecer una imagen de partido unido. Los dos objetivos fueron alcanzados bajo el liderazgo de José María Aznar. Victoria Prego ha escrito que la principal tarea del líder del PP, consistente "en desplazar a su Partido desde la derecha política más clara hasta una posición de centro derecha y más tarde de centro liberal, le llevó años y un esfuerzo sostenido"[18].

El periodista Pedro J. Ramírez definió a José María Aznar como "tenaz, autoexigente, riguroso y sólido". Y, en referencia concreta a un viaje que hicieron juntos en 1993, añadía:

Fueron tres días de largas charlas en las que descubrí la consisten-

•••••

[17] Aznar, J. M., "Unidad y pluralidad", en: ob. cit., p. 206.

[18] Prego, V., *José María Aznar. Un presidente para la modernidad (1996-...)*, Madrid, El Mundo, 2002 [1ª ed., en *Presidentes*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000], p. 13.

> cia intelectual y política de aquel hombre a quien no hacía mucho aún osaban motejarle "Charlotín". Estaba claro que –por mucho que le molestara que yo lo escribiera– él nunca sería un líder carismático, ni siquiera un buen candidato en cuanto a elocuencia y arrastre mitinero en una campaña electoral. Pero tenía convicciones firmes e ideas claras.[19]

El escritor Luis Racionero, asimismo, definía a Aznar como "un hombre tenaz, sereno, frío, de acero templado y flexible por dentro: mejor resistente que atacante. Serio, leal y honrado, está respaldado por una mujer inteligente, sensata y liberal, cosa que me tranquiliza mucho. Tiene las cualidades del organizador y administrador, como ha demostrado unificando el PP con su autoridad moral. (...) Que su carisma no sea arrebatador me parece casi una garantía."[20] Tenaz, trabajador, autoexigente, buen administrador, falto de carisma, además del importante papel de su mujer, Ana Botella, son características que se repiten casi siempre al hablar en positivo de José María Aznar. Me parece que debería añadirse –siempre dentro de las características más o menos positivas, lo que no significa obviar las negativas, como una cierta tendencia autoritaria y algunas limitaciones en algunos terrenos, como la comunicación, por ejemplo– una gran capacidad para rodearse de buenos colaboradores, visibles, como algunos de los dirigentes que le ayudaron a conducir la renovación del PP y que luego se convirtieron en ministros (Rodrigo Rato, Jaime Mayor Oreja, Mariano Rajoy, por ejemplo), o bien más en la sombra.[21]

En el terreno ideológico, un par de elementos definen al José María Aznar del nuevo Partido Popular. En primer lugar, el liberalismo. Aunque no pueda afirmarse que se trate de un puro y estricto liberal, podemos decir, sí, que ha integrado globalmente el liberalismo en sus anteriores planteamientos conservadores. Todo parece indicar que se familiarizó con el

•••••

[19] Ramírez, P. J., ob.cit., pp. 133-135.

[20] Racionero, L., "Nacionalismo y futuro", en *Retratos íntimos de José María Aznar. Un hombre, un proyecto*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996, p. 103.

[21] Una biografía política bastante documentada de José María Aznar, hasta 2004, en la web del CIDOB: http://www.cidob.org/index.php/es/documentacion/biografias_lideres_politicos/europa/espana/jose_maria_aznar_lopez

pensamiento liberal gracias a algunos integrantes del "clan de Valladolid", como Lorenzo Bernardo de Quirós, que se reclamaban seguidores de Karl Popper, Raymond Aron y, sobre todo, de Friedrich von Hayek. El nacionalismo, en segundo lugar. Cierto es que Aznar nunca usa este término, al que otorga connotaciones profundamente negativas. Prefiere definirse, legítima y simplemente, como patriota. Reserva, en el caso español, el término "nacionalista" para los nacionalistas periféricos, adversarios potenciales o reales, según el momento. En una larga entrevista que Aznar me concedió y que tuvo lugar en la sede de FAES en Madrid, tiempo después de dejar la presidencia del Gobierno, insistió mucho en esta cuestión. Para él, era muy importante. El nacionalismo español –o, si se quiere, patriotismo español– constituye un elemento clave de su pensamiento. En este punto comparto plenamente la opinión de Amando de Miguel: "No se puede decir que sea un liberal estricto, ni un conservador puro, ni un democristiano típico, ni un socialdemócrata moderado. Tendrá rasgos de todas esas adscripciones ideológicas, pero la fundamental es la que no se pronuncia nunca: Aznar es, ante todo, un españolista."[22] Liberalismo y españolismo constituyen, en definitiva, los dos grandes ejes de la propuesta aznariana.

En las elecciones generales de junio de 1993, José María Aznar se enfrentó nuevamente a Felipe González, que, pese a ganar, perdió la mayoría absoluta y se vio en la obligación de pactar con los nacionalistas catalanes. El PP obtuvo 141 escaños –frente a los 159 del PSOE–, con más de ocho millones de votos. El avance desde 1989 era más que evidente. El partido de Aznar se impuso en 10 comunidades: Galicia, Castilla y León, Madrid, La Rioja, Navarra, Comunidad Valenciana, Murcia, Baleares, Canarias y Ceuta. Estos comicios supusieron, asimismo, un avance significativo en Cataluña y en el País Vasco, dos regiones en las que los partidos nacionalistas –CiU y el PNV, respectivamente– disputaban con éxito al PP el electorado de centro-derecha. En Cataluña, el PP pasó de un 10,6% de los votos en 1989 al 17% en 1993; en 1996 obtuvo el 18%. Este salto resulta incomprensible sin tener en cuenta el papel de Alejo Vidal-Quadras, diputado en el Parlamento de Cataluña y presidente del PP catalán entre 1991 y 1996. Vidal-Quadras, un político inteligente y mordaz, basó su actuación,

[22] de Miguel, A., ob. cit., p. 136.

sobre todo, en la denuncia del nacionalismo catalán y sus excesos al frente de las instituciones autonómicas. En el País Vasco, el PP creció desde el 9,4% de los votos de 1989 a un 14,7% en 1993, para seguir progresando en las siguientes convocatorias. Lideraban la formación Jaime Mayor Oreja y Gregorio Ordóñez, que en enero de 1995 fue asesinado por ETA. También Aznar sufrió un atentado de esta banda terrorista, en abril de 1995. El blindaje especial de su Audi le salvó la vida.

La de 1993-96 ha sido calificada, en ocasiones, como la legislatura de la crispación. Fue en aquel entonces, cuando Aznar y el PP convirtieron en archifamosa la sentencia "Váyase, señor González". El PSOE ya hacía algún tiempo que había empezado a morir de éxito: un partido dividido entre renovadores y guerristas, los casos de corrupción, el culebrón Roldán, el escándalo de los GAL, los papeles del CESID. Los populares intentaron aprovechar todos estos hechos para erosionar al gobierno, contando con algunos buenos aliados: algunos sectores de la prensa y la radio, en especial *El Mundo*, *ABC* y la COPE; e Izquierda Unida que, bajo la dirección de Julio Anguita, intentaba escenificar una "pinza" contra el PSOE para presentarse como la izquierda de verdad –aunque al final, de verdad, casi empiezan a desaparecer de la izquierda. Las elecciones europeas de 1994, las municipales y autonómicas de 1995 dieron el triunfo al PP. La pérdida del apoyo de CiU obligó a Felipe González a adelantar las generales. El PP llegó a esta consulta electoral, en marzo de 1996, como una opción de centro-derecha liberal y democrática, ofreciendo una imagen de partido unido y con un fuerte liderazgo. La derrota de 1993, cuando muchos pensaban haber ganado, les hizo persistir en esta vía. Aznar supo contrarrestar su supuesta falta de carisma con pragmatismo y tenacidad, además de rodearse de eficaces colaboradores. El PP se convirtió en un partido de amplio espectro, consiguiendo ocupar todo el espacio desde la derecha extrema hasta el centro. De ahí que en este artículo se utilice normalmente, tanto en el título como en el cuerpo del texto, la forma singular "derecha", extremadamente significativa, lo que no supone desconocer la pluralidad de este espacio político. El camino que los populares empezaron a recorrer en Sevilla, en 1990, era largo y no exento de dificultades. Como ha sugerido Victoria Prego, "a pesar de todo lo conseguido en ese tiempo, si el Partido Socialista no hubiera

cometido la serie de gravísimos errores que gangrenaron sus dos últimas legislaturas, quizá José María Aznar habría tardado aún más tiempo en tener la victoria entre las manos"[23]. La Moncloa, sede de la presidencia del gobierno de España, estaba a la vuelta de la esquina.[24]

El Partido Popular ganó las elecciones generales de 1996, obteniendo 156 escaños, frente a los 141 alcanzados por el PSOE. Con el 38'8% de los sufragios, el PP se quedó a menos de trescientos mil votos de los diez millones. Los populares se impusieron en todas las comunidades autónomas españolas, excepto en Extremadura, Andalucía y Cataluña (PSOE) y el País Vasco (PNV). La campaña electoral había sido muy intensa. Para frenar al PP se resucitaron los fantasmas del franquismo y el famoso dóberman de marras apareció en televisión. De todas maneras, las previsiones de una amplia derrota del PSOE y el consiguiente triunfo por amplia mayoría del PP no se cumplieron. Pedro J. Ramírez hizo referencia a una "amarga victoria".[25] Para poder formar gobierno, Aznar se vio en la obligación de pactar con los nacionalismos periféricos, a los que tanto se había criticado en la anterior legislatura. Jordi Pujol, aquel político al que bastantes populares insultaban mientras la cúpula de su partido salía al balcón de la sede de Génova 13, en Madrid, para anunciar los resultados –"¡Pujol, enano, habla castellano!"-, se iba a convertir de nuevo en el propietario de la llave de la gobernabilidad. Un Aznar pragmático dijo, por aquel entonces, que hablaba catalán en la intimidad, mientras Vidal-Quadras era sacrificado políticamente.

La derecha, aunque ampliada hasta el centro, accedía por primera vez al poder en la etapa democrática. Para buscar antecedentes había que remontarse a la II República y a momentos poco gloriosos de la historia de España. El año 1996 fue, como había sido también 1982, un momento de gran importancia en la normalización política española. El Partido Popular, antes Alianza Popular, entre 1976 y 1996, ha vivido notables transforma-

•••••

[23] Prego, V., ob. cit., p. 13.

[24] Cf. Palomo, G., *El vuelo del halcón. José María Aznar y la aventura de la derecha española*, Madrid, Temas de Hoy, 1990; y, del mismo autor, *El túnel. La larga marcha de José María Aznar y la derecha española hacia el poder*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

[25] Ramírez, P. J., ob. cit.

ciones a lo largo de veinte años: de una derecha procedente del franquismo a una derecha liberal y democrática; de una derecha que inspiraba desconfianza en las democracias europeas a una derecha que en otros países, como Francia –algunos políticos como Jean-Pierre Raffarin o Nicolas Sarkozy han soñado, en uno u otro momento, en un partido que aglutinase toda la derecha, del centro a uno de los extremos, a imagen del PP–, ha sido tomada como modelo; de una pequeña federación de partidos a un partido fuerte y de gobierno.[26] El gran salto se dio, sin lugar a dudas, en 1989 y 1990, coincidiendo a nivel mundial, no casualmente, con la caída del muro de Berlín. José María Aznar ha explicado de la siguiente manera los cambios: "En 1989 me había encontrado con un partido en situación límite, al borde mismo de la extinción. A partir de ese momento se fueron constituyendo equipos sacrificados, competentes y ambiciosos. Así se fue poniendo en marcha la maquinaria política más poderosa que se haya creado nunca en España."[27]

ESPAÑA, NACIÓN Y NACIONALISMOS

En el libro *España. La segunda transición*, publicado en 1994, y en la recopilación de discursos editada en 1995 con el título *La España en que yo creo*, se pueden encontrar los principales textos y discursos de José María Aznar elaborados entre 1990 y 1996; esto es, entre el congreso de Sevilla y el acceso a la presidencia del gobierno de España. Estamos ante un corpus bastante homogéneo. No se trata de textos escritos únicamente por Aznar, sino con una pequeña o amplia participación de sus colaboradores. Amando de Miguel explica de la manera siguiente el proceso de elaboración de los discursos: "Él mismo da un esquema o unas notas a los 'fontaneros', quienes redactan un texto que luego él corrige. A veces mete la pluma algún asesor externo al gabinete. Cuando se leen seguidos

[26] Para un análisis de las derechas europeas en la época reciente, cf. Collier, A. A. y Jardin, X., *Anatomie des droites européennes*, París, Armand Colin, 2004.

[27] Aznar, J. M., *Retratos y perfiles…*, p. 42.

los discursos de Aznar se nota una unidad de estilo a lo largo del tiempo. Quizá no significa tanto la mano de Aznar como la constancia de un círculo de colaboradores que han permanecido durante años en la misma función."[28] José Díaz Herrera e Isabel Durán, autores, asimismo, de una biografía del dirigente del Partido Popular, afirman que el grupo de FAES "se encarga también de prepararle sus discursos más importantes y de servirle de apoyo en la elaboración de sus libros"[29]. En la conversación que mantuve con José María Aznar, ya citada, me confirmó el proceso de trabajo descrito en la primera de las citas. El resultado es, en consecuencia, una destacable coherencia entre los discursos y los escritos de los años 1990 a 1996.

El primer discurso recogido en el libro *La España en que yo creo* fue pronunciado en Sevilla, en 1990, en la clausura del X Congreso nacional del PP, que erigió a Aznar como presidente. Allí se encuentra el decálogo que el Partido Popular presentaba a los españoles. El primer punto –importante para la cuestión que nos ocupa– empezaba diciendo que "España es una nación plural", manifestaba su confianza en un proyecto autonómico, hablaba –en una fórmula repetida una y otra vez en los discursos de Aznar– de "el proyecto de España como nación", y terminaba afirmando: "España diversa, y España como nación plural. Con desarrollo autonómico, pero sobre todo una gran nación en torno a una gran ambición de futuro." Ahí se resume buena parte de las ideas de Aznar sobre la nación española y los nacionalismos. Los nueve puntos siguientes pueden sintetizarse de esta manera: recuperación de la ilusión colectiva y de la confianza de los españoles; recuperación del crédito de las instituciones; un Estado eficaz; compromiso con la construcción europea; un nuevo estilo político y de gobierno; compromiso con la modernización del país; compromiso por cuidar la naturaleza; una sociedad solidaria; y una sociedad libre. El discurso finalizaba, como más arriba se ha indicado, con las palabras que siguen: "Un esfuerzo común: el Partido Popular;

•••••

[28] de Miguel, A., ob. cit., p. 184.

[29] Díaz Herrera, J. y Durán, I., *Aznar. La vida desconocida de un presidente*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 496.

un objetivo común: esa gran nación que se llama España."[30] Tiene bastante razón Federico Jiménez Losantos cuando dice que todo el programa político y electoral del PP en 1993, en 1996 y en 2000 se encuentra ya en este importante discurso.[31] José Luis González Quirós y José Luis Puerta, dos autores que pueden situarse en la órbita liberal –FAES, *Nueva Revista* o *La Ilustración Liberal* constituyen algunos de sus polos–, definían en tres puntos los ejes esenciales del mensaje político de Aznar:

> la preocupación por el pasado, el presente y el futuro de España como una de las grandes naciones protagonistas de la historia, capaz de asumir con generosidad la riqueza de su diversidad sin ninguna clase de corsés y tomando en serio las posibilidades constitucionales del Estado de las Autonomías; el empeño por recuperar el impulso de creatividad, libertad, respeto y moderación que nos llevó a los españoles a protagonizar una transición ejemplar, y, por último, la convicción de que empleando a fondo las posibilidades del sistema democrático, apoyándonos en una lealtad sin doblez a la Constitución, los españoles podemos estar seguros de alcanzar un futuro mejor de prosperidad y justicia en el que el miedo al paro deje de ser una amenaza que paraliza la economía y la vida de tantos españoles.[32]

El tema de España como nación ocupa siempre un lugar destacado.

Aunque otros parlamentos de Aznar sobre este sujeto sean también muy interesantes –por ejemplo, los pronunciados en la constitución de la Comisión nacional de Cultura del PP, en marzo de 1994, o en Barcelona durante la campaña de las municipales de 1995–, me centraré, a continuación, con la intención de profundizar algo más en el discurso de la derecha española sobre la nación y los nacionalismos, en *España. La segunda transición*. Este texto tiene la ventaja de haber sido pensado desde

•••••

[30] Aznar, J. M., "Centrados en la…", pp. 19-25.

[31] Jiménez Losantos, F., "Aznar y el poder", en: *La Ilustración Liberal*, N° 6-7, 2000, pp. 3-22. Cf., asimismo, de este autor, *Con Aznar y contra Aznar. Artículos y ensayos 1987-2002*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

[32] González Quirós, J. L. y Puerta, J. L., "Nota de los editores", en José María Aznar, *La España en que yo creo…*, pp. 12-13.

el principio como libro y, por consiguiente, sin las exigencias específicas de las intervenciones orales. La obra está dividida en cinco capítulos, más una introducción y un epílogo: 1. La recuperación del centro; 2. España, una nación plural; 3. La revitalización democrática; 4. El bienestar de los españoles; y 5. España en el mundo.[33] Se trata, como puede comprobarse, de los grandes temas ya presentes en el discurso de 1990. El autor define el contenido del libro, en la introducción, como unas "reflexiones sobre España como proyecto nacional"; no ha pretendido elaborar, sostiene, ni un libro de memorias, ni un diario de campaña, ni un programa electoral, sino "un compromiso con los españoles"[34]. Está encabezado por dos citas: una, de José Ortega y Gasset ("El español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio."); la otra, de Miguel de Unamuno ("El español que se ocupa de España, que habla de ella, sea como sea, le hace un gran servicio. Lo grave es el que no quiere tener con ella, con su patria, ni el contacto de la negación."). Cada una de las partes del libro está presidida, asimismo, por una cita. La lista de autores resulta muy ilustrativa: Francisco de Quevedo, José Martínez Ruiz "Azorín", Francesc Cambó, Karl Popper, José Ortega y Gasset, Raymond Aron, Gaspar Melchor de Jovellanos y Margaret Thatcher. Liberalismo (Popper, Aron y Thatcher) y España (Quevedo, Azorín, Cambó, Ortega y Jovellanos), a fin de cuentas.[35]

•••••

[33] Tras el epílogo, a modo de apéndice, se incluyen tres discursos del líder del PP: "Discurso de clausura del XI Congreso del Partido Popular (Madrid, febrero de 1993)"; "Una política cultural para España (Discurso pronunciado en la constitución de la Comisión Nacional de Cultura del Partido Popular (marzo de 1994))"; y "Mercado y medio ambiente (Discurso pronunciado en el acto de presentación del Instituto de Ecología y Mercado, de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (abril de 1993))". Aznar, J. M., *España. La segunda transición*, Madrid, Espasa Calpe, 1994, pp. 183-227.

[34] Ibíd., p. 18. En el epílogo, añade: "El proceso de modernización comenzado por la sociedad española en 1978 requiere un nuevo proyecto nacional que desarrolle y consolide lo alcanzado por todos desde entonces." Ibíd., p. 179.

[35] Por lo que al liberalismo se refiere, Javier Tusell puntualizaba, polémicamente, en 2002: "El liberalismo patrocinado por FAES y por su presidente es el de Adam Smith y Hayek, no el de Popper y Dahrendorff." Tusell, J., "Las ideas de la derecha", en: *El País*, 16 noviembre 2002.

España está en el centro del libro y figura, evidentemente, en el propio título. Escribe José María Aznar:

> Es un libro sobre el futuro inmediato de este país, que tenemos que construir entre todos. Cuando redactaba alguno de sus capítulos, durante este verano, pensé en el título, algo que, según me cuentan, preocupa mucho a los editores y debe, por tanto, preocupar también a los autores. Me parecía indispensable que figurara en él la palabra España, que es de lo que tratan las páginas que siguen. *Que trata de España* tituló Blas de Otero uno de sus libros. *España* fue el rotundo nombre que Salvador de Madariaga puso a su ensayo histórico. Ha habido últimamente, después de *España, un enigma histórico* de Sánchez-Albornoz, 'Españas necesarias', 'Españas posibles', y toda clase de Españas más o menos vertebradas.

Y, a renglón seguido, añade:

> Este libro se refiere a la España de hoy, una España que depende de todos, tanto de los que lo lean como de los que no lo hagan, de cuantos animan con su apoyo constante nuestro proyecto político y también de quienes consideran mejores para el presente y el futuro de nuestra nación otras opciones. Una España que reflexiona sobre sí misma y analiza sus problemas acuciantes. Una España con voluntad de conocer sus dificultades y de atajar algunos de los errores que viene cometiendo tercamente en los últimos tiempos. Una España que confía y espera, que se para a pensar y actúa, que habla en voz alta y propone soluciones a algunas de las cuestiones que más nos preocupan en esta hora.[36]

En los dos fragmentos citados podemos encontrar la palabra "España" en una docena de ocasiones, en singular o en el plural "Españas". A ellas deberíamos añadir, asimismo, las fórmulas "este país" y "nuestra nación". Si a esta observación la ampliamos y la aplicamos al conjunto del volumen se obtienen resultados interesantes y muy significativos. La palabra

[36] Aznar, J. M., *España. La segunda…*, p. 16.

"España" se repite muchas veces: 189 en 166 páginas, lo que hace una media de más de una vez por página. En algunos capítulos, sin embargo, la proporción es mucho más alta: en la introducción del libro, 18 veces en 4 páginas; en el capítulo 2, 50 veces en 27 páginas; en el capítulo 5, 62 veces en 30 páginas; y, finalmente, en el epílogo, 8 veces en 3 páginas. La amplia utilización de las fórmulas "nuestra nación" –muy frecuente–, "la nación", "nuestro país" y algunas otras resultan complementarias. La forma "proyecto nacional" es, asimismo, muy usada en el libro.

El segundo de los capítulos del libro: "España, una nación plural", se abre con una cita de Cambó, y merece un análisis más detallado. Las ideas fundamentales pueden ser agrupadas en tres puntos. Ante todo, la historia. España, según Aznar, aunque se constituyó a finales de la Edad Media, "estuvo siempre latente durante siglos, como una vocación". Sobre esta realidad se formó el "patriotismo nacional español", que cuenta ya con cinco siglos de existencia.[37] La nación y el nacionalismo, en segundo lugar. España es una gran nación europea, sostiene Aznar: "España es uno de los ejemplos más antiguos de gran nación europea. Largos siglos de glorias y miserias, de aciertos geniales y de errores trágicos, de hazañas legendarias y de fragilidades dolorosas, han forjado una cultura, unas instituciones, unos símbolos y una identidad. Hoy podemos aparecer ante el mundo con el legítimo orgullo de pertenecer a una de las naciones que han impulsado la historia de la humanidad. Me siento serenamente orgulloso de ser español." Al mismo tiempo constituye, sin embargo, una nación plural. Escribe, en este sentido:

> Como muchas otras grandes naciones, España es plural: multilingüe, diversa, heterogénea y pluricultural. En ocasiones, la intransigencia religiosa, una mal entendida razón de Estado o los enfrentamientos fratricidas han alejado de nuestro seno a grupos cuya ausencia nos ha empobrecido humana y materialmente. Pero, con una perspectiva histórica, nuestra actitud frente a lo distinto se ha caracterizado por la aceptación y la tolerancia.

•••••

[37] Ibíd., p. 28.

> Sería ridículo ignorar que España se formó sobre la base de sucesivas agregaciones y que éstas fueron conformando su ser nacional, sin perder, por ello, sus identidades originarias. Unas identidades que se articularon creativamente sin llegar a soldarse en una rigidez paralizadora. España no ha sido sentida por los españoles como un corsé sino como un vestido, a veces ajado y no siempre a la moda, pero siempre suelto y llevadero.

La crítica al nacionalismo, previa afirmación de que él, personalmente, no es nacionalista, resulta un elemento fundamental en el argumento, como puede verse en los renglones que siguen:

> Ni he sido ni soy nacionalista. No creo en el nacionalismo como doctrina política ni como instrumento de movilización electoral, ni siquiera como fundamento de unidad. Los ejemplos históricos que jalonan la desdichada experiencia del nacionalismo, tanto en Europa como en otros territorios, son demasiado elocuentes respecto a sus supuestos logros políticos: fundamentalismo étnico, cerrazón cultural, despotismo educativo..., en fin, un panorama desalentador.
>
> Por ello, espero no caer nunca en la tentación de excitar la adhesión acrítica y emocional de mis compatriotas apelando exclusivamente a sus sentimientos en torno a la mesilla camilla del terruño y cegando su razón crítica. La historia contemporánea y la realidad presente están llenas de ejemplos que ilustran claramente lo peligroso de este camino. No creo que en el interior de unas fronteras sea exigible la homogeneidad cultural, étnica o lingüística. No creo en la cohesión de los pueblos conseguida contra un enemigo exterior. La aparición de un 'nosotros', apoyada exclusivamente en el temor a un 'ellos' hostil, no sólo me llena de tristeza sino que me produce un profundo desasosiego. Parece que los viejos conflictos surgieran como fantasmas anacrónicos e impertinentes para perturbar el sueño de la razón de todo un país y de su historia.
>
> ¿Por qué tanto temor a expresar las convicciones? ¿Por qué la tibieza se ha convertido en el santo y seña de cualquier comportamiento político en España? Lo diré tan claro como el agua clara:

> creo en la libertad y en la razón. Creo en España: confío en sus enormes posibilidades. Por eso no soy nacionalista.
>
> Ni por asomo serán los particularismos divisores los que nos proporcionen el éxito frente a nuestros competidores. Será, nadie lo dude, el entusiasmo multiplicador de la ambición compartida.
>
> España necesita, de nuevo, un gran proyecto nacional que la dinamice y la entusiasme; que aproveche todas las energías derivadas de su pluralidad, en una armonía de esfuerzos y objetivos, voluntariamente escogidos y aceptados con el concurso de todos. Esa es la inexcusable tarea que nos llama y nos obliga. Estoy convencido de que los españoles sabremos estar a la altura de esta exigencia. En el ámbito colectivo no puedo imaginar una tarea más alta ni más noble.[38]

Un patriotismo positivo –no resulta casual que uno de sus colaboradores próximos sea el autor del volumen titulado *Una apología del patriotismo*[39]– se opone, en este planteamiento, a los efectos negativos del nacionalismo.[40] España necesitaba entonces, según Aznar, aunque pueda parecer paradójico a nivel terminológico, un gran proyecto nacional. En sus discursos y en sus libros de la etapa 1990-1996 hallamos un notable esfuerzo en ofrecerlo.

En tercer y último lugar, en la tríada de puntos a destacar, nos encontramos con el Estado autonómico. La Constitución de 1978 ofreció respuestas a fin de hacer compatible a España como nación y los llamados "hechos diferenciales". La gran solución fue el Estado autonómico –en este caso puede verse el gran camino recorrido por la derecha española entre los años setenta, con las reticencias ante el título VIII de la Constitución de 1978 y la introducción del término "nacionalidades", y los noventa. España no puede ser considerada, sin embargo, anota José María Aznar, un simple Estado: "Los que creemos en la condición nacional de España no podemos compartir las ideas de quienes la reducen a la mera condición de 'Estado', es decir, a una superestructura institucional, administrativa y jurídica, fría y

[38] Ib., pp. 29-31.

[39] González Quirós, J. L., *Una apología del patriotismo*, Madrid, Taurus, 2002.

[40] Cf. Núñez Seixas, X. M., *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010, pp. 11-82.

sin alma."[41] En este sentido, la denominación "Estado español", ampliamente utilizada como sustituto de "España", sobre todo por los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos –y, asimismo, por una parte de la izquierda–, no resulta de su agrado y es calificada como "curiosa". Afirma Aznar, asimismo, en el capítulo segundo del libro en cuestión:

> Mi convicción, después de afirmar la pluralidad de la nación española, es que entre nosotros se da la unidad básica exigible para la existencia de un Estado nacional. Unidad que deriva no solamente de la historia común, sino también de la existencia de condiciones sociales, culturales y económicas que permiten configurar hoy un proyecto compartido para el futuro. Y es en ese proyecto, y en ese futuro, en su capacidad para cohesionar a los españoles y despertar su adhesión, donde descansa la posibilidad más auténtica de la existencia histórica de España como nación.[42]

No le parece adecuado, en consecuencia, considerar a España como una "nación de naciones", ni como un "Estado plurinacional"[43]. España, sostiene Aznar, es una nación, una nación plural con autonomías, ni más, ni menos. El proceso autonómico, finalmente, advierte –en una consideración importante, que va a condicionar la futura acción de gobierno de la etapa abierta en 1996–, no es ni indeterminado, ni tampoco indefinido. Para abordar el problema autonómico, afirma, es imprescindible basarse "en la lealtad inequívoca a la Constitución y a la realidad nacional de España"[44]. Entre las propuestas concretas, destacan la reforma del Senado, la mayor integración en el Estado de todas las comunidades autónomas, la creación de un marco estable –"no podemos mantener indefinidamente un proceso materialmente constituyente", asegura[45]– y la racionalización del modelo administrativo.

"Ha llegado la hora de construir la España del siglo XXI", termina afirmando Aznar en el epílogo del libro. Y, a renglón seguido, añade: "Es

•••••

[41] Aznar, J. M., *España. La segunda…*, p. 32.

[42] Ibíd., pp. 32-33.

[43] Ibíd., pp. 33-36.

[44] Ib., p. 36.

[45] Ib., p. 50.

a la generación de la democracia, es decir, a todos los que entramos en la vida pública con la Constitución de 1978, a quienes corresponde contribuir, con todos los españoles, a la 'segunda transición' democrática de nuestra España contemporánea."[46] La metáfora de la segunda transición pretendía legitimar el futuro triunfo electoral de la derecha. El ascenso de Felipe González al poder, en 1982, y el de José María Aznar en 1996 marcaron dos momentos fundamentales en la historia de la democracia en España. El análisis de los principales textos y parlamentos del líder del Partido Popular elaborados entre 1990 y 1996, esto es, entre su acceso a la presidencia del partido y su llegada a la jefatura del Gobierno, permite poner de manifiesto la centralidad del tema de España y del proyecto nacional español en el pensamiento aznarista. El nacionalismo se encuentra en la base del discurso de la derecha española en los años noventa. Y, evidentemente, por tanto, del programa que llevó al Partido Popular al poder en 1996 y que, a lo largo de dos mandatos, sobre todo en 2000-2004, con la mayoría absoluta, se aplicó en la acción de gobierno. Aznar y una parte de la derecha española se han resistido y se resisten a definirse como nacionalistas, prefiriendo el término "patriota" y dejando el de "nacionalista" para las múltiples variantes de los nacionalismos subestatales o periféricos, en especial el vasco y el catalán. El conflicto nacional es central en la historia de España, desde finales del siglo XIX hasta hoy, y determina toda la acción y todas las actuaciones políticas. El nacionalismo español tiene una larga y densa historia y, como ha escrito Andrés de Blas, su estudio es una clara prioridad en el marco de la cuestión nacional en España[47]. Al margen de toda querella nominalista, en la que el peso de la apropiación del españolismo por parte del régimen franquista no es una cuestión menor, resulta evidente que el patriotismo o el nacionalismo han estado en los fundamentos del discurso de José María Aznar y de la derecha española a fines del siglo XX.

•••••

[46] Ib., p. 181. Sobre la idea de segunda transición, afirma Aznar en las primeras páginas del libro: "España está viva y en marcha, es una nación joven y madura que sabe lo que quiere. Después de vivir la primera transición y de asentar y consolidar la democracia, nos adentramos en un momento clave para el desarrollo de nuestro futuro: la segunda transición que culminará y determinará nuestro modelo de convivencia y el papel de España en el marco internacional." Ibíd., p. 15.

[47] de Blas, A., *Escritos sobre nacionalismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 20.

LA OTRA TEORÍA POLÍTICA Y SU RIQUEZA HEURÍSTICA PARA LA INTERPRETACIÓN DEL NACIONALISMO ARGENTINO.

JULIO PINTO

Las calificaciones de sí mismo y los demás pertenecen a la sociabilidad cotidiana de los hombres. En Ellas se articula la identidad de una persona y sus relaciones con los demás (...) La Eficacia de las coordinaciones se incrementa históricamente tan pronto como se refiere a grupos. El Simple uso del "nosotros" y del "vosotros" caracteriza, desde luego, delimitaciones y exclusiones, siendo así la condición de la posible capacidad de acción. Pero un grupo de "nosotros" sólo puede convertirse en una unidad de acción eficaz políticamente mediante conceptos que contienen en sí mismos algo más que una simple descripción o denotación. Una unidad social o política se constituye sólo mediante conceptos en virtud de los cuáles se delimita y excluye a otras, es decir, en virtud de las cuales se determina a sí misma (...) Un concepto, en el sentido de que, aquí se está usando, no sólo indica unidades de acción: también las acuña y las crea (...) la historia posee numerosos conceptos contrarios que se aplican para excluir un reconocimiento mutuo (...) el uso lingüístico de la política se basa una y otra vez en esta

> fisura fundamental de los conceptos contrarios asimétricos (...) El movimiento histórico se realiza siempre en zonas de delimitación recíproca entre unidades de acción que también se articulan conceptualmente. Pero ni la historia social ni la política son nunca idénticas a su propia articulación conceptual.
>
> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*

LAS MÚLTIPLES INTERPRETACIONES A LAS QUE DAN A LUGAR LOS CONCEPTOS DE NACIÓN Y NACIONALISMO.

Como tan bien lo define Delannoi "no se capta todo el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias"[1]. Esas ambivalencias, explícitas e implícitas, están siempre presentes en su delimitación conceptual, al darse la weberiana antinomia convergente entre perspectivas antagónicas. En la definición de nación encontramos lecturas sesgadas, unas que al privilegiar lo estético pretenden sustraerse a la teoría y, del mismo modo, otras opuestas que al privilegiar la teoría intentan dejar de lado la estética. Pero, como muy bien lo señala Delannoi "aunque las dimensiones teóricas y estéticas no pueden conciliarse, no puede prescindirse ni de la una ni de la otra"[2]. Abordaje del concepto de nación que hace suyo también Campi, al analizar los tres modelos de constitución de la nación: del Estado soberano a la nación; de la nación antes que el Estado; de la nación soberana al Estado, sostiene finalmente que es:

> Inútil precisar que estas tres formas paradigmáticas de nación, están presentes, tanto desde el punto de vista histórico como

.....

[1] Delannoi, G., "La teoría de la nación y sus ambivalencias", en: Delannoi, G y P. A. Taguieff (eds.), *Teorías del nacionalismo*, Buenos Aires, Paidós,1993, p.10.

[2] Ibídem, pp. 13-14

> desde el punto de vista conceptual, no pocos elementos de superposición.[3]

Es, por lo hasta aquí expuesto, que estimamos, entonces necesario comenzar este trabajo haciendo nuestra la definición de Delannoi:

> *Lo étnico y lo cívico*. Esta ambivalencia es con frecuencia reducida a una oposición esquemática entre la concepción francesa (suelo, ciudadanía) y la concepción alemana (sangre y cultura). Estas dos concepciones, la nación como voluntad y la nación como herencia, son ambas tradicionales. Sólo los combates ideológicos las han presentado como incompatibles.[4]

Delannoi nos recuerda así que si bien históricamente el Estado se ha servido de la nación para legitimar y consolidar su dominación, a su vez el Estado ha dado autonomía a la nación al organizarla institucionalmente, estando por estas razones ambos conceptos estrechamente vinculados a lo político y lo cultural. Ello lo lleva a sostener "que la nación atraviesa las teorías, no pertenece a ninguna", al ser el resultado tanto de la *conciencia histórica* como de la *conciencia política*. Al nacionalismo, que surge generalmente como resultado del orgullo nacional herido, por la derrota militar o por la dominación extranjera, podría definírselo entonces como una formula ideológica que pretende "volver al pasado para proyectarse al porvenir". Que se nutre de la historia para poder construir políticamente el futuro.

Al destacar esta convergencia, no debemos olvidar que en 1941, en el Congreso de Historiadores Alemanes realizado en oportunidad de librarse la Segunda Guerra Mundial, Carl Schmitt afirma que el concepto de *Estado*, vigente para él desde Hobbes a Hegel, ha perdido su centralidad política. Su lugar, ahora, lo ocupa la idea de *Nación*. Sostiene que, si bien el Estado hobbesiano fracasó en Gran Bretaña, se impuso, en cambio, ampliamente en Francia y en Prusia, transformándolos en los países que mejor llevaron a la práctica la *maquina maquinorum* diseñada en el Leviatán, cuya deuda intelectual con el racionalismo cartesiano era por demás evidente. Desde entonces, su praxis institucional se ve orientada

•••••

[3] Campi, A., *Nación. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, p. 209.

[4] Delannoi, G., ob. cit., pp. 14-15.

por la política de gabinete, la razón de Estado y la guerra limitada. A partir de la Revolución francesa, el epicentro político pasará a ser ocupado por la idea de *Nación*, sustentada en este caso no en el racionalismo cartesiano, sino en el romanticismo que en Francia se expresa a través de Rousseau y en Alemania a través de Herder y Fichte. Francia y Prusia, que hasta entonces habían desarrollado el máximo potencial del Leviatán hobbesiano, se transforman en lo sucesivo en los países precursores, en la teoría y en la praxis, del desenvolvimiento institucional del nuevo concepto político. Francia, para crear un nuevo tipo de legitimidad estatal basado no ya en el derecho divino de los reyes, sino en la soberanía popular. Es decir, en la voluntad general que expresa una comunidad nacional. En el caso de Prusia, en cambio, para legitimar el surgimiento de un Estado alemán unitario que, al reunir a los pueblos que tienen una cultura común pero carecen de unidad política, permita su progreso político.

Es interesante al respecto recordar la definición de *nación* que da Schmitt en 1927 en su *Teoría de la Constitución*, al defender la necesaria recurrencia a lo existencial y no sólo a lo racional para diseñar las instituciones de Weimar. La nación es el sujeto del poder constituyente. Con las Revoluciones americana y francesa:

> Un pueblo tomaba en sus manos, con plena conciencia, su propio destino, y adoptaba una libre decisión sobre el modo y forma de su existencia política [...] Según esta nueva doctrina, la *Nación* es el sujeto del poder constituyente. Con frecuencia se consideran de igual significación los conceptos de Nación y Pueblo, pero la palabra "Nación" es más expresiva e induce menos a error. Designa al pueblo como unidad política con capacidad de obrar y con la conciencia de su singularidad política y la voluntad de existencia política.[5]

La nación como idea fuerza la construcción de un nuevo orden político –republicano en el caso francés, unitario en el caso alemán–, motivando posteriormente el surgimiento del nacionalismo en esas

•••••

[5] Schmitt, C., *Teoría de la constitución*, Madrid, Alianza Editorial, 2006 [1927], pp. 95-96.

sociedades. Como reacción a la humillación de la derrota, ya que no es ahora el gobierno sino la nación quien es vencida en la guerra; 1870 produce a Maurras, 1918 la Revolución Conservadora.

Las categorías schmittianas nuevamente pueden servir parar echar luz sobre este fenómeno: a partir de la relativización de los valores, propia de la era de las neutralizaciones y la democracia de masas, se llega a la invocación de ideales despolitizantes (en términos de Schmitt, ya no siguiendo la lógica de *amigo-enemigo*, sino, pero solo en apariencia, neutralizantes de lo político) que intentan volverse absolutos (en su indefectible reactualización). Así, intentan imponerse sobre el resto, suprimiendo la oposición, y lo que es peor, haciendo del enemigo, un no-valor, y por tanto, plausible de ser aniquilado. Es decir, la invocación de valores absolutos, como el de *nación*, y su representación axiológica, lleva a una contienda de *todos contra todos* que provienen de las subjetividades autónomas, facciones y partidos que, con violencia, intentan imponer dicho valor llegando a la aniquilación total de todo aquel que se le oponga.[6] La expresión más exacerbada de la argumentación precedente se evidencia en aquellos nacionalismos que condujeron al surgimiento de los conflictos bélicos mundiales en 1914 y 1939.

Como se verá más adelante, y siguiendo también los lineamientos de Portinaro (2003), los movimientos religiosos han estado sumamente imbricados en la construcción de la Nación (*Nation –building*), asumiendo que no sólo aceleran los procesos de creación de la Nación, sino que también producen grandes "laceraciones nacionales". Como consecuencia de ello, en la modernidad, la Iglesia católica pierde protagonismo, dando a lugar a una religión secular que facilita la integración comunitaria (como esta ya lo había realizado en la Edad Media, bajo la *Respublica Cristiana*); en palabras de Portinaro: "El nacionalismo actúa como subrogante de la religión: antes de convertirse en una ideología política, es un sistema cultural con características religiosas."[7]

En razón de la obligada brevedad de este trabajo y a la riqueza de las reflexiones que he leído previamente, me referiré exclusivamente al

[6] Agradezco a Alicia Cusinato haberme recordado la importancia de este concepto schmittiano.

[7] Portinaro, P.P., *Estado. Léxico de Política,* Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 168.

marco teórico alemán para tratar de encontrar el sentido que tiene, en el caso particular de estas Jornadas, el nacionalismo argentino. Empezaré por recordar que es importante reconocer que el objetivo de subestimar a los diferentes discursos nacionalistas, teórica y políticamente, ha ido imponiéndose paulatinamente en muchas aproximaciones académicas a la cuestión, llegándose a identificar desaprensivamente a estos últimos con la defensa del autoritarismo corporativo. Pero, ¿cómo explicar entonces el hecho de que en la política democrática el nacionalismo constituya a partir del siglo XIX una fuerza política tan gravitante ideológicamente como el liberalismo o el socialismo? ¿O el hecho de que los movimientos anticolonialistas contemporáneos se hayan definido a sí mismos como frentes de liberación nacional? Malentendido que, en parte, se nutre del hecho de que en el último siglo los nacionalismos no buscaron generalmente construir partidos y plataformas políticas que expresaran sus expectativas de gobernar. Sus ideas, su prédica política fueron frecuentemente más deslegitimadoras que legitimadoras de los regímenes políticos.

Esta circunstancia hizo que, frecuentemente, se los asocie más a la búsqueda del *asalto al poder* por parte del héroe romántico, que al acceso al mismo a través de contiendas electorales. Al contraponer, entonces, la tradición a la razón, a recurrir al liderazgo carismático para superar la crisis que denuncian y no a la búsqueda de una respuesta institucional a la misma. A sustentarse ideológicamente en las creencias provistas por la tradición y no en filosofías políticas. Ello desconcierta en muchos casos a quienes los analizan. Permite entonces que todavía hoy día, se llegue prejuiciosamente a oponer al racionalismo del iluminismo un pretendido irracionalismo del nacionalismo, tal como lo hace en nuestros días Sternhell, en su *Les Anti-Lumières*, editado en Francia en 2006. Esto sucede pese a la reivindicación de Herder, el romanticismo y el nacionalismo que ha realizado en la última posguerra el gran filósofo político liberal británico Isaiah Berlin. Sternhell llega hasta identificar al propio Berlín con el irracionalismo en una clara demostración de cómo, en lugar de dialogarse con las tesis opuestas, se las descalifica; desconociendo hasta qué punto enriquecerían las propias tesis el apropiarse de algunos de esos argumentos. Aquello que inteligentemente reconocía Berlín a Herder es ser un hijo de su tiempo, un obispo luterano formado intelectualmente en el mar-

co del iluminismo alemán, por esa misma razón gran amigo de Kant y de Goethe, pero que rompe su amistad cuando difiere con sus tesis sobre el imperialismo francés, que para él lo constituía el siglo de Luis XIV que había casi terminado con el Sacro Imperio Romano Germánico –y su cultura–, dando lugar así a un secular temor a Francia.

Para sustentar lo que acabo de exponer, basta recordar como un maurrasiano, Bainville, en el '44, cuando termina la ocupación alemana en Francia, plantea la solución final para el conflicto franco-alemán. Si en el '18 se había pedido una paz cartaginesa, en el '44, un hombre del prestigio intelectual de Bainville, pide directamente la desaparición de Alemania en su *Historia de Francia*. Al hacerlo, realiza la mejor descripción del anexionismo francés desde Richelieu a Luis XIV, que había engrandecido a una nación en detrimento de otra. En su transcurso, los pueblos de lengua alemana han visto perder casi la mitad de su población en la Guerra de los Treinta Años, y la Paz de Westfalia los deja debilitados política, económica y culturalmente. La zona que ha sido el centro del Medioevo en esos campos, ahora se transforma en zona de permanentes guerras y disputas de límites

¿Qué es lo que les queda para Herder? La profundidad del pensamiento que distingue a esa cultura. Es por ello que el obispo luterano reivindica el concepto de *pluralismo cultural* frente a la idea voltaireana de una civilización universal que englobe a todos los pueblos. Es decir, no aceptar en ese momento que exista una civilización universal como en un tiempo parecieron serlo la griega y la renacentista y que en el caso francés legitimaría su dominación imperial. Como consecuencia directa de este razonamiento, surge su condena a todos los imperialismos. Como el británico o el francés que están conquistando al mundo. O el prusiano, que con los Hohenzollern está conquistando Alemania. Todas las culturas tienen el derecho a preservar su autonomía de la dominación extranjera. Herder llega hasta defender la cultura propia de los indios iroqueses ¿Qué identifica para Herder una cultura? Una historia y un lenguaje compartidos.

Tras la Revolución francesa, Napoleón derrota a los prusianos y ocupa Berlín. Simultáneamente, derrotaba a Viena y declaraba extinguido al Sacro Imperio Romano Germánico. Parece terminada la

búsqueda de la unificación alemana. Un profesor de la Universidad de Berlín, Fichte, reacciona a eso. Ante la caducidad del Estado imperial, ante la derrota del Estado prusiano, invoca a un nuevo sujeto: la *nación*, para recurrir a la guerra de liberación nacional que los libere de la dominación extranjera. En 1813, Leipzig demuestra la validez de esto. Los príncipes alemanes aliados a Napoleón se encuentran con que sus regimientos los abandonan. En una batalla de tres días, éstos cambian de bando en el transcurso de la misma, cuando van al frente otros pueblos alemanes con el mismo idioma, con su misma tradición cultural expresada en sus banderas y en sus marchas. Es decir, en la historia que todos llevan en su mochila pese a la decisión de sus príncipes. La política de gabinete está quedando superada por los acontecimientos. Es el comienzo del fin del imperio napoléonico.

Sin embargo, en el Congreso de Viena, la restauración monárquica pretende dejar de lado el principio del nacionalismo que invocara primero la Revolución y que ha sido luego utilizado por sus contrincantes monárquicos en Europa para derrocar a Napoleón. Es el principio de la legitimidad dinástica el que vuelve a imperar. El resultado es la continua serie de revoluciones pero además el auge del romanticismo. En la Confederación Germánica de Meternich aparece un pensamiento político al que Schmitt califica de ocasionalista (en nuestros días se lo calificaría de irracionalista), pero que tendrá enorme injerencia en el desarrollo de los nacionalismos. Es decir, el romanticismo como teoría política y literaria. El culto al héroe que aquí se inicia tiene cierta lógica en el país de Federico el Grande y Bismark. Pero tendrá también consecuencias trágicas para el mismo –como lo recuerda el sociólogo Lepsius–, porque difícilmente se hubiera podido identificar a una persona tan mediocre como Hitler como líder carismático de no ser por la historia vivida por esos pueblos de lengua alemana. Es comprensible entonces que, ante la magnitud de la crisis de los años treinta, arrollados los alemanes por su tragedia, por su marejada emocional, que apelaba a sentimientos de valores históricos compartidos, legitimen un liderazgo que era irrisorio para el mundo, pero que en los hechos lo estaba transformando (estando a punto de destruirlo). Surgirán entonces, en ese contexto, el mito y la liturgia del nazismo; una teología política.

Previamente, Weber había sido crítico de esta situación, al sostener que Alemania vivía una tragedia. Que su clase dirigente estaba compuesta por epígonos de Bismark, absolutamente ajenos a la responsabilidad de consolidar una gran nación europea. O como él lo ha dicho reiteradamente, de defender una cultura centroeuropea cuya defensa no es competencia de las pequeñas naciones, como el caso holandés, sino de las potencias, como es el caso alemán. Para Weber, como para Herder, el *homo culturalis* es quien define al Estado nación. Eso lo plantea ya en el discurso inaugural con el que accede a la cátedra en la Universidad de Friburgo, donde al reprobar a los *junker* prusianos, pese a sus servicios al Estado, los condena por el hecho que su economía precapitalista recurre, para bajar los costos, a la mano de obra polaca, mucho más barata, y que por eso mismo les permite competir internacionalmente en la producción de papa o remolacha, pero que a la vez desculturaliza al este alemán. Weber era premonitorio. Hoy esa región es polaca. Asimismo, ante la tragedia del '18, termina con una fuerte angustia existencial su vida; en Munich, al hablar sobre "La Política como Vocación", define al Estado. Y al definir al Estado, empieza con la expresión "es una comunidad". Es decir, no habla sólo de una vinculación contractualista. Habla de otro tipo de vinculación que es comunitaria. Frente a las dudas planteadas comúnmente, el término comunitario no debe ser considerado equívocamente sólo como organicista, como lo plantearon muchos de nuestros nacionalistas, tergiversando desde el discurso integral de la Iglesia Católica al concepto de comunitario. La referencia de una comunidad nacional encuentra su *sentido* en la interacción social, donde el otro es la referencia del uno porque comparten valores históricamente transmitidos, lazos de pertenencia. Es la interacción entre las partes lo que da *sentido* al todo y no a la inversa. El *homo culturalis* de Herder y Weber, el *individuo histórico*, es su protagonista.

En la serie de autores producidos por la tradición cultural alemana, orientada al análisis del nacionalismo, surge luego obligadamente el análisis de la obra de Schmitt, quien continúa el análisis weberiano. Desde su perspectiva, y con una admirable capacidad conceptual, entiende que el proceso de secularización que inició la Revolución Francesa se ha impuesto crecientemente. Pero la búsqueda de la trascendencia no ha

desaparecido. Se ha desplazado de la religión a la política, de Dios a la Nación; produciéndose así el surgimiento de una teología política que pretende interpretar el sentido último de la historia. La Nación, como sujeto trascendente, se expresa constitucionalmente en el Estado nacional. Pero en el siglo XX, éste afronta una perdida creciente de soberanía. Schmitt sugiere que ha surgido un nuevo tipo de imperialismo de influencia –el estadounidense–, que amenaza con acabar con la autonomía de los Estados nacionales que de él dependen. Haciéndose eco de Herder, Schmitt evoca la idea de pluriverso frente al concepto de universo que caracteriza la política imperial estadounidense, sustentada intelectualmente en la doctrina del *Destino Manifiesto*. Sólo es soberano, para Schmitt, aquél que adopta la decisión política última. Es decir, el orden político que preserva su autonomía. Cuando Schmitt está escribiendo sobre estas cuestiones en la última postguerra, ni siquiera la atribución por excelencia del Estado nacional –la soberanía– es preservada por los grandes Estados nacionales como Francia y Alemania. Si la *última ratio* estatal es convocar a sus ciudadanos para dar la vida por la Nación, esa responsabilidad es ahora incumbencia de Washington, no de París o Berlín, porque en el caso de comenzar una guerra nuclear, la *decisión* se tomará exclusivamente en Washington y no en concierto con esas otras capitales. Por eso, la idea de *decisionismo* de Schmitt, inserto en este tipo de circunstancias, adquiere relevancia como un concepto encapsulado que sirve para interpretar el tipo de situación que se está dando.

Schmitt es muy lúcido para no comprender que la asimetría del poder mundial es más que evidente. Hasta las naciones europeas han perdido la potestad de ejercer políticas soberanas aisladamente. La única respuesta posible es el *gran espacio* –la integración regional–, que es el resultado de una idiosincrasia regional compartida. Es decir, de una cultura común. El último Schmitt, ya en los años ochenta, habla de cómo se están integrado esos espacios regionales: América, Europa, China. Por eso, pese a sus desagradabilísimos compromisos políticos, Schmitt es de lectura imprescindible porque tiene la sagacidad para interpretar a la vez que su mundo, el futuro que nos tocará vivir.

En lo sucesivo, el nacionalismo francés y alemán deberán expresarse a través de políticas regionales y no locales para preservar el pluriverso. Es el caso de la acción común entre Francia y Alemania ante la decisión es-

tadounidense de invadir Irak, el país más moderno y más laico del Islam, guiado por un partido político nacionalista, el Baas, del que se discutió ampliamente. Pero, digamos, la posibilidad de que esa política opositora en el marco de la OTAN tuviera viabilidad fue posible gracias al liderazgo de dos grandes naciones europeas. Por la Francia de Chirac, y por la Alemania de Schroeder. No eran líderes carismáticos pero representaban una tradición autonómica muy fuerte y por más que se los denigrara, tuvieron una enorme validez para deslegitimar aquello que hoy ya no se discute fue una operación insensata, al expresar el rechazo de la mayoría de la Unión Europea a esa política.

Hasta ahora hemos hablado de un pastor luterano, Herder; de un liberal agnóstico, Weber; y de un católico conservador, Schmitt. Para terminar con esta exposición de teóricos alemanes, voy a referirme a George Mosse, judío alemán, exiliado en el momento del nazismo y cuya lectura hoy en día ha llegado a todos nosotros en castellano en virtud de la sagacidad editorial con la que Luis Alberto Romero la ha hecho publicar.[8] Mosse es un heterodoxo, razón por la cual aparece muy pocas veces citado en la bibliografía. Es como otro gran historiador de los nacionalismos que culminan en momentos de grandes crisis –como la matanza del '14-'18– en los fascismos: Renzo De Felice. Como Mosse, son autores ingratos pues dicen cosas que generalmente las sociedades no quieren recordar. El De Felice que analiza los años del consenso del fascismo motiva un gran disgusto en Italia; el Mosse que escribe que el fascismo no es una patología sino una consecuencia lamentable de la racionalidad moderna es también un testigo molesto. Por eso su lectura es muy importante, mucho más ahora que la Universidad de Valencia acaba de publicar sus recuerdos históricos. En este libro autobiográfico, *Frente a la Historia*, recuerda hasta qué punto la teoría alemana que le inculcaron lo acompañó toda su vida, frente a la historia pragmática que estudió y transformó en los Estados Unidos.

En el 2007, un estudioso de estos temas, Emilio Gentile, sostiene que la de Mosse es la versión del perseguido que analiza, sin embargo,

•••••

[8] Mosse, G., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

con rara objetividad, al perseguidor.[9] Razón por la cual cuando culmina su vida académica en la Universidad de Jerusalén, se alinea con aquellos que, como Martin Buber, presienten el desastre que puede producir otro nacionalismo exultante y confesional. Porque acá hemos hablado reiteradamente de nacionalismos –fascistas y católicos–, pero hay otros nacionalismos latentes e igualmente perniciosos para construir un futuro en paz. La idea central que tiene Mosse es que los orígenes del nacionalismo están en Rousseau: la idea de la voluntad general, la idea de la nación, la idea de la religión civil donde la trascendencia se traslada de lo religioso a la nación. Es el momento revolucionario en que los representantes de Francia van al Campo de Marte, donde han construido un monte artificial con templete griego arriba y rinden tributo a la diosa de la Razón. Se cambia hasta el calendario para colocar nombres de la nueva religión civil, se secularizan los bienes de la Iglesia, que fue algo que perduró aun después de la Revolución y el Imperio. Se ha creado entonces, algo que tendrá consecuencias serias para el futuro. Un gran crítico literario francés, Steiner, lo describe sagazmente como la imposición de la "nostalgia de lo absoluto"; ante el weberiano desencantamiento del mundo, se busca en la nación lo que antes era la religión. De allí el hecho paradojal de que las naciones más civilizadas del mundo sean las que protagonicen los dramas históricos que ha padecido la humanidad en el siglo XX.

Como consecuencia de lo que ha expresado Mosse, Gentile define a los nacionalismos y a su culminación, los fascismos, como al mito que se manifiesta en la reverencia a través de la liturgia y de la arquitectura a determinados hitos históricos: las torres de Bismark en Alemania, la iconografía napoleónica en Francia, el Arco del Triunfo en París o en Berlín; la liturgia política que distingue al acceso de las masas al campo electoral. Es decir, que la cosmovisión nacionalista se sustenta más en una *actitud existencial* que en una filosofía política. Una liturgia, *una estética de la política* pasa a tener más peso que un razonamiento abstracto. La liturgia es distintiva de esos nacionalismos, sea cual sea la cultura que distingue a los distintos países. Pero las gigantescas manifestaciones populares de

•••••

[9] Gentile, E., *Il fascino del persecutore. George L. Mosse e la catastrofe dell' uomo moderno*, Roma, Carocci, 2007.

fe en este caso son políticas y no religiosas. La literatura *edificante* de la que hablaba Fortunato Mallimacci con otro calificativo; pero en lugar de *vida de santos, de vidas de grandes héroes* que han dado sentido a la nacionalidad. En el caso argentino, Perón accede a la toma de decisiones políticas en el '43. En el '35, Ernesto Palacio publica *Catilina contra la oligarquía*. En el '38, Manuel Gálvez la biografía de *Rosas*, y en el '39 la vida de *Yrigoyen*. En ediciones multitudinarias –la editorial Tor en el segundo y en el tercer caso– se va creando el concepto de la necesidad de reivindicación de lo nacional a través del héroe. Es bueno recordar el teorema de Thomas: cuando las percepciones sociales son muy fuertes adquieren las características de realidades objetivas.

EL NACIONALISMO ARGENTINO COMO PROCESO HISTÓRICO: ¿CONTINUIDADES O RUPTURAS?

LA VOCACIÓN IMPERIAL: EL NACIONALISMO TRADICIONALISTA DEL CENTENARIO

Analizar el nacionalismo argentino de la última posguerra nos obliga a la revisión de la evolución del mismo a lo largo del siglo XX, siglo en cuyo transcurso variará drásticamente la inserción argentina en el escenario internacional. Inicialmente, la Argentina, en su primer Centenario, tiene una posición privilegiada en el sistema político mundial. La imbricación existente entre su economía y la británica la ha fortalecido hasta tal punto que se asume a sí misma como la potencia regional y, por lo tanto, jaquea permanentemente las Conferencias Panamericanas que pretende liderar Estados Unidos. Dotada de aquella "vocación imperial" que detectara Ortega y Gasset cuando nos visitara, vocación que para el filósofo se contradecía empero con un individualismo generalizado, incapaz por lo tanto de subsumirse en un proyecto nacional.

Esa percepción, que durará hasta 1930, hace que un primer nacionalismo tradicionalista se nutra intelectualmente en Maurras y su Acción Francesa; en el nacionalismo de los dominantes y no en el de

los dominados. Sus cultores son en general vástagos de buenas familias del interior que, al radicarse en una Buenos Aires hasta entonces desconocida, perciben, con la perspectiva que les da la distancia que hasta entonces los ha separado de la metrópoli imperial, las grandezas y las flaquezas de la misma. Es el tiempo de Lugones, Ibarguren, Rojas, los hermanos Irazusta, Martínez Zuviría (Hugo Wast), Gálvez. Este último, en sus cuatro tomos de *Memorias*, recuerda las diferencias sobre quiénes son unos y quiénes son otros. Por ejemplo, hasta qué punto Ibarguren lo marginaba siempre en las reuniones del Pen Club, ya que habiendo sido interventor de provincia, subsecretario, ministro, había hecho todo el *cursus honorum*, mientras que Gálvez, que vendía miles de ejemplares de sus libros, era sólo un escritor, y su única función pública era la de inspector de escuela media. Entonces, para Ibarguren no era un par, aunque fuera un escritor de mucho más peso literario que él, era un humilde funcionario público. La misma situación padecía con Lugones, quien se creía el demiurgo creador de un nuevo orden como profeta de la Revolución del '30. El inspector jefe de enseñanza media, termina siendo puesto por ésta sólo al frente de la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación. Una de las tantas frustraciones, entre varias de distinto tipo, que lo llevaron al suicidio. Para dar otro ejemplo de esto, Hugo Wast, que es un escritor nacionalista muy inferior a Gálvez o a Lugones, va de interventor a Catamarca en el '30 por sus vinculaciones sociales y, quizás, por su acentuado antisemitismo; siendo luego ministro de Educación en el '43. Este nacionalismo defiende la necesidad de construir desde la cultura una identidad nacional que avale la hegemonía argentina en la región. Que supere aquello que en nuestros días Botana[10] define como la "república de habitantes", que constituyeron al proyecto alberdiano y a la Constitución de 1853. Postergando de este modo la expectativa sarmientina de lograr una "república de ciudadanos", cuya identidad nacional se lograse –como en el caso de los Estados Unidos– a través de una educación pública que instruyera, y a la vez le infundiera valores cívicos, a una población proveniente de la inmigración.

•••••

[10] Botana, N. y Luna, F., *Diálogos con la historia y la política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

En la búsqueda de una identidad cultural que les permita construir políticamente una nación predominante en su área de influencia, repudian la europeización total de la cultura que ha producido el Régimen conservador liberal desde 1862. Particularmente al positivismo, el darwinismo social y la laicización que lo caracterizan. Como ya se ha dicho, los nacionalistas pretenden "volver al pasado para proyectarse al porvenir". Reivindican el hasta entonces tan vilipendiado pasado hispánico –y como consecuencia de ello al rol rector en la cultura de la Iglesia católica– del mismo modo que al gaucho, y al arielismo frente al materialismo yankee.

Este replanteo cultural alcanzará tal grado de predicamento que el presidente Yrigoyen establecerá el Día de la Raza, pretendiendo definir de este modo una schmittiana *idiosincrasia regional*. Pese a ello, casi todos los nacionalistas serán sus enconados enemigos, dado que por la influencia que tienen sobre ellos tanto Maurras como Ortega y Gasset con su libro *La Rebelión de las masas*[11], quienes son profundamente elitistas y contrarios a la democracia de masas. Su discurso es ampliamente deudor entonces del elitismo imperante en gran parte de esa cultura europea que pretendían superar, hasta tal punto que sus modelos de gobernantes nacionalistas los constituyen los dictadores Primo de Rivera y Mussolini. Razones todas éstas que los transformarán en los ideólogos del golpe militar del '30. En particular Leopoldo Lugones, quien ha pergeñado en *La grande Argentina*[12], un perfil de aquello que debería hacer la Argentina para convertirse en potencia; para ellos había llegado "la hora de la espada".

Nacionalismo argentino inicial, del cual Zuleta Álvarez ha escrito el libro más logrado, desde ya que con una visión parcial, ya que él formó parte de ese nacionalismo, pero la rara objetividad con la que trabaja los dos tomos hace que su lectura no se pueda excluir.[13] El primer nacionalismo es el nacionalismo de la Argentina opulenta, aquella Argentina que hasta 1939 tiene mayor producto bruto *per cá-*

•••••

[11] Ortega y Gasset, J., *La Rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente, 1929.

[12] Lugones, L., *La grande Argentina*, Buenos Aires, Babel, 1930.

[13] Zuleta Álvarez, E., *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires, Ediciones de La Bastilla, vol. 2, 1975.

pita que la propia Italia. Entonces, en esa Argentina de la opulencia, la reacción nacionalista tiene que ver con la búsqueda de la identidad cultural. Y se despierta inicialmente a través de lo literario, a través del modernismo. El estímulo inicial lo da la poesía de Darío cuando recuerda hasta qué punto los argentinos vivíamos en pos del becerro de oro, hasta qué punto éramos una sociedad meteca y no una sociedad cívica, careciendo por esa razón de una identidad nacional.

EL OBLIGADO AJUSTE DE CUENTAS CON LA REALIDAD: EL NACIONALISMO ANTIIMPERIALISTA QUE PRODUCE LA CRISIS DE LOS AÑOS '30

El año '30 pone en evidencia la debilidad institucional e internacional de la república; tras casi setenta años de vigencia de la constitución, un golpe militar derroca al presidente Yrigoyen y entrega el poder en 1932 a la restauración conservadora. Con la elección presidencial del general Justo, el fraude y la violencia contra los opositores caracterizará entonces una década. En la cual, asimismo, se llegará a tal sometimiento político a Gran Bretaña que Jauretche, con su habitual mordacidad, denominará el Pacto Runciman-Roca como el "estatuto legal del coloniaje". Se produce, entonces, una fuerte ruptura con la tradición nacionalista previa; el imperialismo que se padece ahora abiertamente, demuestra ser la causa central de la postergación nacional. Para los nacionalistas, ya no es el Régimen europeizante –que ha demostrado ser sólo un mero instrumento del imperio Británico– sino el imperialismo el rival a enfrentar. El lema que los convoca a la lucha antiimperialista es *el pueblo contra la oligarquía*. Resulta entonces comprensible tanto la reivindicación del yirigoyenismo que realizan sus detractores previos: los Irazusta, Palacio, Gálvez, como el surgimiento de una fuerte corriente nacionalista en la Unión Cívica Radical, FORJA, que comparte esa lucha antiimperialista. Pretenden deslegitimar a un conservadurismo liberal que ha sustentado hasta entonces su dominación en el concepto de *civilización frente a la barbarie*.

Pero a la vez que se producen estas rupturas, persisten ciertas continuidades. La hispanofilia y el catolicismo integralista siguen manteniendo su vigencia en el discurso nacionalista clásico, circunstancia que se

agudiza cuando en 1936 comienza la Guerra Civil Española. Castellani, Menvielle, Pico y Sepich serán sus expositores más importantes. La Acción Católica Argentina y los Cursos de la Cristiandad serán las instituciones que forjarán sus cuadros, los que pasarán a tener posteriormente una inédita participación en el proceso político. Es aquí obligada la referencia a Schmitt, quien definía en 1923-1925 el sentido de la intervención de la Iglesia en la política:

> [...] la argumentación católica se basa en una forma de pensar que emplea una lógica jurídica específica para sus demás tradiciones y que se halla interesado en la dirección normativa de la vida humana social.[14]

Es en ese momento histórico en el que surge otro nacionalismo: la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina. Aparece en 1935 como respuesta al vaciamiento doctrinario que padece la UCR, como consecuencia de un liderazgo senil –el de Alvear– y la primacía del radicalismo antipersonalista, que repudia la herencia yrigoyenista a la vez que acuerda políticas con Justo, cayendo así en el mismo desprestigio de los conservadores. Cuando FORJA surge en 1935, tres son sus grandes figuras convocantes: Dellepiane, Del Mazo y Jauretche. Dellepiane es un intelectual relevante que en la Cámara de Diputados y en FORJA deslumbraba a sus interlocutores por su formación humanística y su retórica política; Del Mazo es un estudioso, uno de los padres de la Reforma Universitaria de 1918, y, asimismo, autor de una célebre historia del radicalismo; Jauretche es un temible polemista, mas activista que reflexivo, más político que intelectual que, por sus condiciones personales, tendrá tanto una inusual adhesión entre los jóvenes radicales como una poco común capacidad para la formulación de epigramas políticos. Será entonces el epicentro de FORJA, teniendo una gran responsabilidad tanto en el surgimiento como en la disolución de la misma.

Este antiimperialismo yrigoyeniano se siente más próximo a la Revolución mexicana, al APRA peruano y al Herrerismo uruguayo que al discurso maurrasiano. Tiene, empero, en común con el nacionalismo

•••••

[14] Schmitt, C., *Catolicismo y forma política*, Madrid, Tecnos, 2000, p. 15.

republicano de los Irazusta su antiimperialismo, particularmente en lo referente al *revisionismo histórico*, que pasará desde entonces a tener una mayor receptividad en la sociedad. Entre 1935 y 1940, FORJA está abierta sólo a los afiliados radicales, dado que su principal motivación es la regeneración del partido. Sin embargo, y pese a ello, su lucha antiimperialista hará que la misma gran prensa que no le da un lugar en sus páginas, pretenda anatemizarla con la acusación de ser filofascista y antisemita; tanto por su vecindad con los nacionalistas como por el hecho de ser la de Scalabrini Ortiz su mayor pluma. Este, quien no se adhirió en el quinquenio inicial a FORJA –pese a que compartió sus ideales y sus publicaciones– por no afiliarse al radicalismo, le dio sin embargo su mayor obra testimonial: *la Historia de los Ferrocarriles Británicos en la Argentina*; de tan vasta repercusión popular como *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta. Finalmente, cuando Jauretche consiguió su incorporación a FORJA, Scalabrini Ortiz creó un periódico con fondos propios, que duró sólo quince días por la falta de publicidad, aunque competía en calidad con *La Nación* y *La Prensa*. Pese a ello, esa gran prensa lo acusó de financiar el discurso nacionalista del diario con recursos provenientes de la embajada alemana. Jauretche lo respaldó, mientras Dellepiane y Del Mazo prefirieron abandonar FORJA ante el cada vez mayor protagonismo de Jauretche. Resulta singular que en 1942 el propio Sacalabrini renuncie a FORJA.

El personalismo y el brillo intelectual de sus principales figuras produjo en este radicalismo intransigente el mismo resultado que en el otro nacionalismo, el de quedar reducidos a ser sólo los profetas de los nuevos tiempos, dado que sus divisiones les impidieron regenerar o construir partidos políticos que llevaran a la práctica sus ideas.

También en los años '40 surge otra perspectiva nacionalista que hasta aquí no hemos tratado: la de Bruno Jacovella, quien hace notar que además del antisemitismo, el primer nacionalismo era anti-gringo porque entendía que la inmigración masiva, el "aluvión inmigratorio" del que habla José Luis Romero, casi inédito en la historia de la humanidad, salvo en Israel y Australia, había prácticamente arrasado la cultura previa. El sujeto a reivindicar, recordaba Jacovella, ya no era el gaucho frente al estanciero, sino el obrero, de origen migratorio, frente al empresario, también de origen inmigratorio. Tenía que hablarse de otro portador de esta

reivindicación nacionalista: el hombre de pueblo. Del mismo modo que planteaba que no se debía requerir a grandes plumas para discernir dónde estaban los valores nacionales, sino que el folklore nacional, transmitido generacionalmente en forma anónima, era el que daba *sentido*, quien daba entidad a esta prédica nacionalista.

LA REVOLUCIÓN DE 1943 Y LA POSIBILIDAD DE ACCESO DEL NACIONALISMO AL PODER.

La tenaz negativa conservadora a cambiar las reglas del juego político instauradas en 1930 y el difícil panorama internacional, hicieron que un nuevo golpe militar terminara en 1943 con la restauración conservadora. Ante el neutralismo que hacia suyo la mayoría de las Fuerzas Armadas, no es de asombrarse entonces que buscaran respaldo político en el nacionalismo. En el plano cultural, ello permitirá que el nacionalismo hispanófilo y católico integralista pueda tomar en sus manos la educación pública y produzca serios problemas al gobierno militar.[15] Se empieza a imponer, por entonces, el "mito de la nación católica"[16]. En el plano sociopolítico, el nuevo Secretario del Trabajo, Perón, buscará apropiarse en cambio del nacionalismo republicano surgido en los '30, tanto el de FORJA, a través de Jauretche, como al antiimperialista de los Irazusta, Palacio o Scalabrini Ortiz, asumiéndose como el político que puede llevar a la práctica sus ideas.

Sin embargo, las reticencias nacionalistas son muchas. Perón, a través de Jauretche, le hace llegar al radicalismo sabattinista de Córdoba, el más identificado con el nacionalismo de FORJA, la oferta de acompañarlo en la presidencia, concediéndole a cambio todos los cargos restantes desde la vicepresidencia. Del mismo modo, cuando la

•••••

[15] Mallimaci, F., *El catolicismo integral en la argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1998; y Mallimaci, F.,"Catolicismo y militarismo en argentina(1930-1983): de la argentina liberal a la argentina católica", en: *Revista de Ciencias Sociales* Nº 4, Universidad Nacional de Quilmes, agosto de 1996.

[16] Zanatta, L., *Perón y el mito de la Nación Católica. Ejército e Iglesia en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Guarnición de Campo de Mayo detiene a Perón, el Ejército le ofrece a Sabattini la presidencia. En ambos casos, el gran gobernador radical, el único dirigente de la UCR cuyo prestigio ha sobrellevado ileso la década previa, se niega, al no obtener el consenso de su partido. Partido que, ante el surgimiento de un nuevo imperialismo hegemónico –el estadounidense–, pretende su respaldo político para arribar a la presidencia con los mismos dirigentes antipersonalistas que lo lideraron en los '30. Invocando una defensa común de la democracia, adhiere a las políticas estadounidenses que lleva a la práctica el embajador Braden. Circunstancia que catapultará al éxito electoral de Perón al presentarse la disyuntiva "Braden o Perón", como grito de batalla nacionalista que repercute fuertemente en una sociedad muy sensibilizada por el discurso nacionalista previo.

El gran partido nacional que, con Yrigoyen y FORJA ha enfrentado al imperialismo, ha perdido la oportunidad histórica de ser quien llevara a la práctica la reivindicación de la nación. También en el otro nacionalismo se da la misma situación. Carente de la representatividad política nacional que distingue en cambio al radicalismo, la oferta de coalición que realiza en este caso es menor: doce diputaciones. Empero, sólo dos nacionalistas; Ernesto Palacio y Joaquín Díaz de Vivar los aceptan, ante las prevenciones que suscita en los demás el populismo peronista.[17] Tras haber invocado durante toda una generación la necesaria llegada de un César, vacilan al arribar al momento de la acción, pese a que el tercermundismo de Perón se constituirá, en los hechos, en la expresión más lograda del nacionalismo argentino.

Sin embargo, es justo reconocer que en 1946, con la llegada del peronismo al poder, la experiencia nacionalista cambia y nuevamente debe "ajustar cuentas con la realidad", como lo evidencian el Pacto de Chapultepec y el negociado de los Ferrocarriles británicos. Como consecuencia de ello, uno de los grandes intelectuales que queda a parte en el futuro es Julio Irazusta. En el contraste entre las weberianas ética de la convicción y ética de la responsabilidad, Irazusta ha optado por la primera, privando a la experiencia nacionalista en el gobierno del

•••••

[17] Zuleta Álvarez, ob. cit.

país de su valiosísima capacidad intelectual. Su crítica lo alinea entre los enemigos de la misma, y produce por esta razón las duras impugnaciones de Jauretche y Ramos. Pero el propio Jauretche se distancia al poco tiempo de Perón por su protagonismo excluyente.

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE 1955 Y EL INTENTO DE PRODUCIR UNA NUEVA RESTAURACIÓN CONSERVADORA: LA IZQUIERDA NACIONAL HACE SUYO EL DISCURSO ANTIIMPERIALISTA DEL NACIONALISMO.

Como todo nacionalismo triunfante, el peronismo, que se proclamó inicialmente el seguidor de la Doctrina Social de la Iglesia, terminó por crear sus propios mitos y liturgia.[18] Por ello, se dio la ruptura de Perón con la Iglesia, producto de su creciente y manifiesto disgusto por la cada vez mayor presencia política de la misma, las cual le disputaba esos espacios que pretendía conducir. Surge, entonces, una violencia ideológica que se irá incrementará con el paso del tiempo.[19] A los combates de junio de 1955 y septiembre de ese año, con sus centenares de víctimas, que llevan al derrocamiento de Perón, se le sumarán en junio de 1956 los fusilamientos de aquellos militares que pretendían restablecerlo en el poder. Tras una muy breve presidencia, el general Lonardi, quien ha depuesto a Perón y ha liderado a la oposición católica, obteniendo el apoyo de gran parte de las Fuerzas Armadas, pero proclamando a la vez que no hay vencedores ni vencidos, para poder superar de este modo las luchas fratricidas, es obligado a renunciar. Llega a la presidencia el general Aramburu con el fuerte respaldo de la marina y cambia radicalmente esa política. El peronis-

•••••

[18] Mosse, G., ob. cit.; y Mosse, G., *Haciendo frente a la historia. Una autobiografía*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

[19] Caimari, L. M., *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1995.

mo es proscripto, la Confederación General del Trabajo intervenida y la Constitución de 1949 derogada.

Con Aramburu retornan los hombres de los '30 al gobierno; serán sus ministros tanto los conservadores liberales como los radicales antipersonalistas. Las políticas sociales previas se van diluyendo ante una política económica cada vez más restrictiva. Resulta emblemático que quien fuera uno de los hombres que diseñara el Banco Central –conjuntamente con los británicos–, sea el responsable de esa política económica al redactar el Plan Prebisch.

La izquierda había proclamado en 1945 la lucha antifascista contra Perón, formando parte de la Unión Democrática y adhiriendo al golpe de 1955; pasará luego a integrar el gobierno de Aramburu, pese a que este último estaba produciendo el desmantelamiento del Estado Social. Pese a ello, los socialistas integran el Consejo Consultivo que acompaña a Aramburu, su diario *la Vanguardia* –dirigido por Américo Ghioldi– titulará con gran relieve en su primer página "La letra con sangre entra", aplaudiendo los fusilamientos de 1956, y su figura más convocante, Alfredo Palacios, asume como embajador en Uruguay. El partido comunista no puede acompañar al gobierno militar, dado que el mismo se ha identificado totalmente con la política exterior estadounidense en la Guerra Fría. Pero su dirigencia, encerrada en un marxismo positivista, que respeta la verticalidad stalinista, sigue privilegiando el discurso antiperonista, pese a las difíciles circunstancias en las que viven los trabajadores. En ambos casos, sus actitudes dogmáticas deslegitimarán entre sus seguidores a las dirigencias partidarias. Pero esa deslegitimación no afecta solo a los cuadros dirigentes, incluye también a los propios partidos. Es comprensible entonces que sus seguidores juveniles busquen un discurso alternativo que defina a una nueva izquierda, una izquierda que se identifique con lo nacional y popular, ante las claudicaciones que está padeciendo el país en ambos campos. Esta *transmutación valorativa,* que no visualiza ya al peronismo como a un fascismo criollo, sino que lo percibe políticamente como el movimiento reivindicatoriom, tanto de la autonomía nacional como de los derechos sociales del pueblo, producirá el vuelco de una gran parte del estudiantado universitario hacia las ideas del

partido con el que se había enfrentado duramente la generación previa (partido que desde el exilio de Perón se había actualizado doctrinariamente).

Una nueva perspectiva ideológica, que contrapone la *nación* al *Imperio*, entendiendo que es ésta la mayor contradicción política que afecta a la Argentina, hará confluir en la *historiografía revisionista* a nacionalistas, forjistas y marxistas. Pero sin que ello implique una identificación total entre sus ideas.[20] Quien es considerado el iniciador del revisionismo histórico, Julio Irazusta, pone distancia ante este reposicionamiento ideológico y en 1971 ingresa a la Academia Nacional de la Historia. La izquierda "nacional y popular" ya no reivindica a Rosas, tan próximo al pensamiento de Donoso Cortés; prefiere identificarse con la lucha de los caudillos provinciales contra la hegemonía porteña, a través de la cual se lleva a la práctica la dominación imperial, y su revisionismo histórico se centra en los mismos como defensores de la causa nacional.

Este nuevo nacionalismo tampoco adhiere a la hispanofilia y al catolicismo integralista que se nutre de la misma. Su antiimperialismo no se inspira en el fascismo ni en el franquismo, sino en el anticolonialismo que caracteriza al Tercer Mundo, particularmente con el castrismo, por su proximidad geográfica y cultural. Es por esta última razón que, si bien confía en un cesarismo militar que corte el nudo gordiano que representa la dominación imperial, expresada por los gobiernos oligárquicos que siempre retornan, no democráticamente sino por golpes militares avalados por los Estados Unidos, su ideal del César se personaliza en Nasser, líder del Tercer Mundo; no en Franco. Finalmente, es de destacar que el revisionismo histórico de estos publicistas heterodoxos conserva en sus obras gran parte de la filosofía y el método que distingue al marxismo, en especial en el caso de aquellos que se han formado en el PC, como es el caso de Puiggrós. El hilo conductor que los vuelve a reunir será la reedición en 1971 de *La historia Falsificada* de Palacio.[21]

•••••

[20] Devoto, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una Historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

[21] Palacio, E., *La historia Falsificada de Palacio*, Buenos Aires, Difusión, 1939.

Como consecuencia de ello, convivirán en este nuevo nacionalismo, que impugnaba severamente al pasado para construir el futuro, nacionalistas del viejo cuño como José Maria Rosa[22] (1958), forjistas como Jauretche[23] y marxistas como Jorge Abelardo Ramos[24], Eduardo Astesano[25] y Rodolfo Puiggrós[26]. Preservando sus diferencias, pero uniendo filas ante el enemigo común, el imperialismo, estos autores, que se destacan tanto por la inteligencia con la que expresan su discurso como por la claridad de su prosa, las que les permiten llegar a muchos lectores ante la formidable capacidad persuasiva que los caracteriza, deslegitimarán fuertemente el *status quo* vigente.

LOS '70 Y EL IRRESISTIBLE AVANCE DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN. EL NACIONALISMO REGIONAL DE UN NUEVO CATOLICISMO POLÍTICO.

Tras el II Concilio Vaticano y su apelación al ecumenismo que transformó a la iglesia, los dos mayores movimientos insurreccionales de masa que en aquella década se dan en América del Sur, en dos sociedades –Colombia y la Argentina– de origen católico. El M19 en Colombia por el fraude contra Rojas Pinilla, y Montoneros en Argentina por las mismas circunstancias, ante el veto del peronismo. Quizás eso sea un fenómeno muy próximo a nosotros para que lo podamos analizar con cierta objetividad, pero es un tema a considerar. Como hubo un nacionalismo doctrinario, un nacionalismo republicano, o un nacionalismo social-peronista, también se podría hablar de un nacionalismo tercermundista, de carac-

.....

[22] Rosa, J.M., *Del municipio indiano a la provincia argentina (1580-1852),* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974 [1958].

[23] Jauretche, A., *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.

[24] Ramos, J.A., *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, Buenos Aires, 1965, 2 vols.

[25] Astesano, E. B., *La lucha de clases en la historia argentina: 1515-1964*, Buenos Aires, Pampa y cielo, 1964.

[26] Puiggrós, R., *Los caudillos de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, Corregidor, 1971.

terísticas mesiánicas, pero válido para analizar ese tiempo. Y válido para comprender por qué su fracaso dejó en una absoluta indefensión ideológica a nuestro continente en la década siguiente, que es la década del triunfo del neoliberalismo.

Una nueva influencia se da en el nacionalismo vernáculo, al incorporarse en su discurso los sacerdotes del Tercer Mundo; quienes, por su *ecumenismo*, se aproximan a aquellos que comparten sus ideales. Es decir, al nacionalismo antiimperialista de la izquierda nacional. Ello es comprensible dado que, ante la politización de los Evangelios que ha llevado a cabo durante siglos en América Latina la Curia Vaticana, pretenden evangelizar esa política, poniéndola al servicio de los pobres. Esa mannheimiana "utopía quiliástica", como tan bien la define Mallimaci, dará lugar a la Teología de la Liberación, que en nuestro continente alcanzará una muy fuerte repercusión. Es Mujica[27] quien expresa claramente las expectativas que la orientaban. Pero es precisamente por esa misma razón, que su nacionalismo es regional y no local, al reivindicar la necesidad de dar a los oprimidos del continente una identidad cultural y una autonomía política. Iniciarán así un proceso que llega aún a nuestros días dado que, sofocado este movimiento teológico por la ductilidad política de la hierocracia vaticana, su continuador lo constituye hoy el *indigenismo*, pese a que en este caso las reivindicaciones religiosas han dejado su lugar a las étnicas. La schmittiana *complexio oppositorum* que distingue a la Iglesia Católica, le ha permitido a ésta recuperar una vez más su homogeneidad, pero el concepto de *nación latinoamericana* se ha acreditado.

•••••

[27] Mujica, C., *Peronismo y Cristianismo*, Buenos Aires, Merlín, 1973.

COMENTARIOS[1]

LUIS ALBERTO ROMERO

Empezaré por el excelente texto del profesor Pinto, que nos ilustra sobre el pensamiento alemán, un tema en el que se ha especializado y sobre el que ha producido excelentes contribuciones. Haré sin embargo tres observaciones.

En primer lugar, encuentro que su texto está escrito desde dentro de una tradición de pensamiento que, a falta de mejor denominación, llamaré nacionalista. El profesor Pinto relaciona un grupo de grandes textos alemanes, a partir de Herder, con una visión del nacionalismo argentino que clásicamente ha sido formulada por Julio Irazusta y Zuleta Álvarez. Una gran versión, sin duda, pero una versión que tiene supuestos no explicitados en esta presentación. Sería interesante hacer de esa versión una evaluación que no acepte como puntos de partida establecidos aquello que son sus supuestos.

La segunda precisión se refiere a Herder. Correctamente se señala que Herder cuestiona el universalismo racionalista, en nombre de la singularidad de cada cultura, expresada en su lengua y en su historia. Se habla aquí

.....

[1] Agradezco a los compiladores de este libro la cordial invitación y la posibilidad de conocer textos tan enriquecedores como los que comentaré.

de "pluralismo", lo que puede suscitar alguna confusión. Herder se ubica precisamente en el origen de una tradición que postula (es decir, que da por verdadero, y además por deseable) la unidad irreductible de la cultura de cada nación. Es pluralista en un sentido planetario –admito que eso sería destacable en una relectura en el siglo XXI–, pero en cambio, en la escala de lo los estados nacionales, que son las entidades en construcción en su tiempo y en los inmediatamente posteriores, el de Herder es un pensamiento fuertemente uniformista y unanimista. De la versión de Herder –tal como se la leyó en el siglo XIX, y me remito a Isaiah Berlin, autor citado por el profesor Pinto– se desprende un corolario: aquello que dentro del territorio de una nación no corresponda a ese patrón unitario esencial, en realidad no es parte auténtica de esa nación. No es necesario abundar sobre los corolarios que tal idea ha tenido en el siglo XX.

La tercera observación se refiere a la "Argentina opulenta pero carente de una identidad, donde una oligarquía conservadora y liberal se nutre ideológicamente en el positivismo y el darwinismo social". Es una caracterización sin dudas clásica, que se encuentra en las obras de Zuleta Álvarez, Irazusta y muchos de los autores citados por Pinto, pero que ya no se encuentra en las obras de los historiadores actuales, que desde hace veinte años al menos han corregido esta imagen, a fuerza de investigar concretamente las cosas, y no aplicar simplemente a ellas los clichés discursivos de las fuentes.

Podría citar ejemplos parecidos en varios puntos del texto del profesor Pinto, pero me limito a este. Lo que hoy se encuentra en los libros de historia es el análisis de las políticas de nacionalización, que preocuparon profundamente a los hombres del '80. Estos, interesados en arraigarlas en un país que veían débil por cosmopolita, pusieron en marcha los mismos resortes que utilizaron los alemanes del siglo XIX, analizados por George Mosse, un autor alemán cuyo valor historiográfico precisamente el profesor Pinto subraya. En el extremo, a principios de la década de 1890 se discutió un proyecto de nacionalización automática de los extranjeros, elaborado por Estanislao Zeballos, que se desechó por la tenaz oposición de las asociaciones de colectividad extranjera. Todo esto puede leerse, entre otros lugares, en el libro de Lilia Ana Bertoni[2], publicado hace ya diez años.

•••••

[2] Bertoni, L. A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.

En cuanto al trabajo de Humberto Cucchetti, diré, en primer término, que me parece un texto todavía en elaboración, muy sugerente y con final abierto, lo que hace particularmente interesante su discusión. Aunque centrado principalmente en Bertrand Renouvin y las agrupaciones que animó, persigue una pregunta muy interesante acerca de las posibilidades, en el contexto actual, de una derecha que rescate y actualice, *mutatis mutandis*, la tradición de Action Française.

Se trata de un trabajo que aborda el difícil y resbaladizo terreno de la historia de las ideas. Cucchetti desarrolla un enfoque muy interesante y útil para los historiadores. Se ubica no solo en el registro de las ideas, sino también en el de la militancia y la sociabilidad; es decir, las ideas en acción y en combate. Eso lo lleva a considerar las ideas en movimiento, como una tradición y no como un sistema que pueda ser expuesto ordenadamente. Busca las continuidades y los cambios en un conjunto de elementos diversos, que se encuentran en equilibrio variable y que crecen o se atenúan, desaparecen y aparecen, según las coyunturas, los desafíos, las intencionalidades, las preguntas. Esto le permite ver simultáneamente qué es lo que continúa y qué es lo que cambia: el eterno problema de los historiadores. En este caso, se trata de una historia de continuidad y recuperación de Action Française y, a la vez, de su vaciamiento y trasvasamiento. Un mecanismo que llamaría de "modulación", por similitud con la música.

En primer lugar, quiero señalar un par de cuestiones generales. La primera se refiere al *royalisme* y la dificultad para entenderlo desde Hispanoamérica, que fue republicana antes que nadie, y, en cierto modo, participó de la invención de la república. Aquí hay una diferencia con Brasil, con una larga tradición imperial, donde por ejemplo nuestro colega Murilho de Carvallo puede declararse, con buenos fundamentos, monárquico. En esta presentación, que sigue la trayectoria de Renouvin, llama la atención la extensión y maleabilidad de la idea monárquica. El *royalisme* de Renouvin está alejado del *royalisme* tradicional que viene del XIX. Incluye sucesivamente a Petain, a Mitterand y a Chevenement. Con *royalisme*, más que un régimen político, parece que se está hablando de lo que nosotros, con nuestro vocabulario, llamaríamos una comunidad organizada desde su vértice.

La segunda consideración general se refiere a la relación entre Action Française y el catolicismo. Visto a la distancia, fue una alianza ocasio-

nal. Una coincidencia que fue posible en tiempos de León XIII o Pío X, los tiempos de la "ciudadela sitiada", en contra del enemigo común y en defensa del orden. La relación se hace complicada cuando la iglesia despliega –en tiempos de *Quas Primas*, que es de 1925– su teología política. Para la Iglesia y los católicos, la idea de Cristo Rey no es en absoluto metafórica. Los enfrenta con todas las concepciones políticas que llaman *naturalistas*, incluida la de Maurras, que no parten ni asumen que toda autoridad viene de Dios y pasa por la iglesia. Una concepción que, dicho sea de paso, le da a Action Française un tinte absolutamente moderno.

La ruptura de 1926 deja una herida en los *royalistes* católicos: la Iglesia era una pieza muy importante en la defensa del orden, la tradición, la patria. Pero también deja una herida dentro de la Iglesia. En 1955, Yves Congar fue invitado por un grupo de sacerdotes "integristas" a conversar con ellos, diríamos, a calzón quitado. Por entonces, Congar es sospechoso de impulsar unas cuantas de las cosas que eclosionarán apenas siete años después en el Concilio II. Los integristas, hablando en confianza, dan sorpresivamente, ellos también, una imagen muy crítica de la iglesia de Pío XII. Para ellos, los males en Francia arrancan de la condena a Action Française en 1926. En su visión, lo que está mal en la Iglesia es la Acción Católica, quien les dice a sus militantes que se sumerjan en el mundo, para conquistarlo quizás, pero con seguridad para perder en el combate la virtud específica de un católico. En cambio, con Action Française las tareas se dividían, y ellos podían ser, simplemente, clérigos.

Paso ahora a lo que es el núcleo del trabajo de Cucchetti: la trayectoria de Renouvin y su relación con la tradición de Action Française. En dicho análisis, aparece permanentemente la búsqueda de modulaciones que, me parece, caracteriza el enfoque de Cucchetti. Renouvin actúa en política desde fines de los'60. En ese momento, su propósito es actualizar el legado de Maurras; historizarlo. Imaginar qué diría ante los nuevos problemas. Un legado que, en sus continuadores, ya se había abierto en diferentes versiones, unas más nostálgicas y fieles a la letra, otras más abiertas a algunas de las cuestiones de los nuevos tiempos.

La primera cuestión se plantea en 1968. ¿Qué habría dicho Maurras entonces? ¿Hablaría de orden? ¿Respaldaría al gobierno contra la subversión roja? En la versión de Renouvin, Maurras condenaría al partido Comunista ciertamente. En general por conducir al totalitarismo; pero

en esta ocasión especial, además, por hacer abortar la revolución. He aquí una crítica similar a la que por entonces la "nueva izquierda" hacía al PC. La Nouvelle Action Française (NAF) se define como revolucionaria, pero de otra revolución. Una revolución contra el estado jacobino gaullista, en nombre de la libertad de la sociedad, sus asociaciones y corporaciones, que se articulan en una comunidad con vértice en la monarquía. Antijacobinismo, trotzquismo (así dicen de él en la época) pero también toquevillismo. *Mutatis mutandis*, se trata de la misma crítica de Tocqueville a Napoleón y de la exaltación de la sociedad aristocrática inglesa o democrática norteamericana. Liberalismo puro.

En 1971, Renouvin amplía su propuesta. Desechado el antisemitismo; ahora refuerza militantemente esa posición, en contra de la Nueva Derecha. Ciertamente conserva el tradicionalismo católico en referencia a las cuestiones de familia. Pero su nacionalismo monárquico, de corte tradicional, se combina con un antiimperialismo actualizado, referido a los Estados Unidos y también a Alemania. ¿Derecha o izquierda? La respuesta empieza a tornarse difícil.

En 1974, se muestra decidido a incursionar en la política electoral. Para 1977 realiza otro desplazamiento: sin romper con la tradición, introduce un giro importante. Al formular el nuevo proyecto *royaliste*, mantiene la crítica al estado centralizado, jacobino y burocrático, que muchos llaman impropiamente liberal. A eso le agrega una discusión sobre el Mercado Común Europeo y, en general, sobre el proyecto europeo, con un renovado énfasis en el antimperialismo, concentrado en las figuras de Alemania y los Estados Unidos. Aquí viene el giro: la valoración de la soberanía del estado francés, necesaria para enfrentar la subordinación, y con ello una revaloración de De Gaulle, que, quizás, sí hubiera sorprendido a Maurras.

La sorpresa seguiría sin duda con la decisión, siempre en nombre del *royalisme*, de apoyar en 1981 a Mitterand, quien asigna a Renouvin un lugar en el Consejo Económico y Social. Podría decirse, ciertamente, que asume por la positiva la imagen monárquica que sus críticos atribuyen a De Gaulle y Mitterand. Pero no deja de ser un giro. Quizás por influencia de su función estatal, en 1983 realiza una relectura de Maurras a la luz de los problemas sociales. En este caso, revalora al joven Maurras, anterior a 1914, cuando, oponiéndose al *establishment* conservador, podía coincidir con los sorelianos. La preocupación social lo conduce a la idea

de nación entendida como comunidad –organizada–, lo que da una cierta coherencia a su apoyo reciente a Chevenement.

El último giro aquí registrado –una ojeada a su blog muestra que el proceso sigue abierto– muestra una estación previsible pero no por eso menos sorprendente. Ante el ascenso del Frente Nacional, que recluta parte de los adherentes entre los herederos de Action Française, Renouvin critica frontalmente su antisemitismo, su oposición al estado de derecho y su antiparlamentarismo. Naturalmente, todos temas centrales en el Maurras clásico, del que Renouvin se ha alejado drásticamente. En oposición, defiende la soberanía del estado, los derechos del hombre, el *jus solis* y la idea de una nación como proyecto político. Si en lugar de *proyecto* dijéramos *contrato*, ya entraríamos en territorio de Rousseau.

En suma, he tratado de subrayar esta modulación, que de ningún modo me parece excepcional en el terreno de los discursos políticos. Antes bien, creo que así funcionan las cosas habitualmente, y el mérito de este trabajo de Cucchetti es haberlo puesto en evidencia, encarando un pensamiento siempre en proceso sin tratar de congelarlo o sistematizarlo. En el final, se nos aparece una separación total de Maurras. En contra de la tradición contrarrevolucionaria absolutista de Maurras, Renouvin defiende la monarquía Orleáns: orden y libertad. El *royalisme* es orleanismo.

En una interesante entrevista reciente, dice Renouvin: no somos nacionalistas sino "nacionistas". Si lo tradujéramos en términos familiares para los argentinos (a quienes la cuestión *royaliste* nos complica un poco las cosas), podría decirse que se trata del nacionalismo de Bartolomé Mitre; entre liberal y romántico. Pero estamos en el siglo XXI, y ese nacionalismo cumple una función distinta de la que tenía a mediados del siglo XIX, cuando la nación estaba en construcción. Ahora, en tiempos de la globalización, nadie espera que la nación sea un continente autárquico. Su misión es la de mediar, ser una bisagra, entre el mundo globalizado y los rincones locales.

Hasta allí ha llegado Renouvin, según la manera de seguirle los pasos a Cucchetti. Muy lejos ya de Action Française. En la última parte de su texto, Cucchetti se pregunta qué queda hoy de Action Française y esboza algunos lineamientos de una investigación en proceso, cuyos resultados aguardamos con mucho interés.

Finalmente, me referiré brevemente al texto del profesor Jordi Canal

sobre las ideas españolistas de José María Aznar. Es interesante, visto desde la Argentina, que este caso sea encuadrado dentro del colectivo "nacionalismos", cosa sin duda comprensible en el contexto español, donde otros colectivos aspiran a consolidar sus nacionalidades, en confrontación con España. Pero Canal aclara con precisión la distancia existente entre el Partido Popular, que se reorganiza y rebautiza en torno de 1990, respecto de su antecesor neofranquista, encabezado por Fraga Iribarne, y también de los distintos grupos de nostálgicos del franquismo, que luego del fracaso de 1982 entraron en un cono de sombra.

Las ideas de Aznar, nos dice Canal, son básicamente liberales y, a partir de ese supuesto, agrega que, además, son españolistas, recordando que Aznar se niega a identificarse como nacionalista. Sus ideas liberales se filian fácilmente a Popper, Hayek y Aron. Su Partido Popular se afilia a un conjunto de causas y empresas genéricamente encomiables, que en la Argentina encontraríamos en casi cualquier propuesta progresista: fortalecimiento institucional, estado eficaz, modernización, preservación de la naturaleza, fomento de una sociedad solidaria y libre. Y, naturalmente, impulso a la construcción de Europa. A eso, le agrega su identificación con España, que –nos dice Aznar–, además de un estado, es una nación. Aquí sus textos remiten a los autores clásicos; combinados eclécticamente. Puede percibirse a Ortega y Gasset tanto como a Unamuno. También a Sánchez Albornoz y, o sobre todo, a Américo Castro, cuya idea de pluralidad cultural le cuadra perfectamente. Para Aznar, como para los historiadores románticos, la nación española se constituye en los tiempos medievales.

Pero está muy lejos de una de las derivaciones que tuvo ese nacionalismo: la de la búsqueda obsesiva de la homogeneidad cultural o racial. España es, para Aznar, una nación plural: multilingüe y pluricultural, aunque con un fuerte impulso a la integracion. Es mucho más que un estado que articula administrativamente diversas nacionalidades, pero no es la fuerza homogeneizadora, que pretende hacer tabla rasa con ellas. Aznar niega ser nacionalista, aunque cree en la nación; es decir, cree en la existencia, por detrás del estado español, de una "comunidad imaginada", capaz de incluir otras nacionalidades. ¿Cabrá compararlo con lo que fue el Imperio Austro Húngaro, tan sabio, visto en perspectiva?

Canal subraya que este españolismo es uno de los principales articuladores del pensamiento de Aznar, y nos dice, implícitamente, que puede

ser ubicado en el debate de los nuevos nacionalismos. Está claro que, en un contexto en el que se discute con catalanes y vascos, este discurso tiene un aire tradicional, que, probablemente, relativice su liberalismo. Pero señalemos que, en el contexto argentino, podría ser considerado un nacionalismo progresista, que renuncia a los esencialismos dominantes en nuestra experiencia política del siglo XX, cuyos ecos todavía se oyen en el discurso político, y retoma la tradición del nacionalismo liberal de la Constitución de 1853 o de Bartolomé Mitre.

COMENTARIOS

OLIVIER DARD

Los tres textos propuestos en esta parte del libro ofrecen un panorama doblemente extenso del nacionalismo: en el plano geográfico, pues incluye a Europa y a América del sur; en el cronológico, ya que abarca varias décadas y, finalmente, en el metodológico, por tanto estos artículos emanan de autores de diferentes disciplinas y movilizan cuestionamientos de diversa naturaleza, monográfica o transversal.

¿FIN DE LA ACCIÓN FRANCESA?

La contribución de Humberto Cucchetti sobre la Acción Francesa centra su atención en un objeto historiográfico en plena renovación de parte de la historiografía francesa y extranjera. Durante mucho tiempo, dominado por el estudio siempre útil de Eugen Weber, y polarizado estas últimas décadas por la cuestión de la condena pontifical de 1926 o el examen del itinerario de figuras de proa del movimiento,

comenzando por la de Maurras, el estudio de la Acción Francesa, y más generalmente del maurrasismo, ha sido objeto de investigaciones colectivas en el marco de una serie de coloquios.[1] En éstos, se abordó la Acción Francesa en su relación a la política, la sociedad y la cultura, revisitándose a algunas de sus figuras sobresalientes (Charles Maurras, Jacques Bainville, Georges Valois[2]) en su relación con el extranjero; movilizando, en este caso puntual, el concepto de transferencia (*transfert*) cultural y político. Cucchetti aborda la historia de la Acción Francesa a partir de un período menos conocido: el posterior a la Segunda Guerra Mundial. El terreno no es virgen, ya que se dispone de una síntesis sobre la historia de los *royalistes*[3] o de una monografía sobre la Restauración Nacional[4] ; pero resta mucho por hacer, incluso si se duda del interés histórico de un objeto tal. De hecho, los trabajos sobre Maurras y el extranjero han mostrado que la influencia de este último resistía el después de 1945, salvo en ciertos aires geográficos y contextos determinados; la España franquista, por ejemplo. Siendo así, incluso allí, los años '60 y '70 han sido marcados por una *cuasi* desaparición de la influencia del maurrasismo. En Francia, la cuestión está hecha y Cucchetti no la esquiva preguntándose si la Acción Francesa, hoy, no es un "nacionalismo en extinción"; señalando, además, y con razón, "la marginalidad actual y real del movimiento" (termino un poco ambiguo) y

[1] Para un panorama sobre la historia de la Acción Francesa en Francia, ver: Leymarie, M., «L'Action française en France. Un état des lieux», en: Dard, O. y Grunewald, M. (éds.), *Charles Maurras et l'étranger. L'étranger et Charles Maurras,* Berne, Peter Lang, 2008, pp. 11-28. Aparte de este volumen, que es el segundo de la serie «L'Action française. Culture, politique société», puede verse: Leymarie, M. y Prévotat, J. (éds.), *L'Action française. Culture, société, politique*, Villeneuve-d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2008 ; y Dard, O., Leymarie, M. y McWilliam, N. (éds.), *Le maurrassisme et la culture. L'Action française. Culture, politique société III*, Villeneuve-d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2010.

[2] Dard, O. y Grunewald, M. (éds.), *Jacques Bainville. Profils et réceptions,* Berne, Peter Lang, 2010. El volumen sobre Valois debería haber aparecido el último trimestre de 2010 en PIE Peter Lang.

[3] Louis, P., *Histoire des royalistes de la Libération à nos jours,* Paris, Jacques Grancher, 1994.

[4] Gaultier, J. P., *La Restauration nationale. Un mouvement royaliste sous la Ve République*, préface de Nonna Mayer, Paris, Syllepse, 2002.

su carácter fragmentario. Al mismo tiempo, nos releva su permanencia en el paisaje político-intelectual francés, el cual nos reenvía a un cuestionamiento más extenso sobre la persistencia del *royalisme* que, si bien atraviesa el maurrasismo, no es sinónimo de este último.

Para construir su argumentación, Cucchetti se apoya sobre el itinerario de Bertrand Renouvin, quien jugara un rol importante en los debates sobre la Acción Francesa, el maurrasismo y el *royalisme* en los años '70, vía la Nouvelle Action Française y la Nouvelle Action Royaliste. La elección es juiciosa ya que Renouvin, cuya importancia en esta historia es incontestable, no ha sido jamás hasta ahora objeto de un estudio sólido. Este último, recogido por Cucchetti, es instructivo, pues pone en escena al Renouvin actual, que objeta situarse en el espacio político de las derechas nacionalistas francesas y repite su rechazo, tanto de Maurras (de quien sin embargo buscó actualizar su pensamiento alrededor de 1968) como de Maurice Barrès, para reclamarse heredero de Charles De Gaulle y François Mitterrand. El hijo de Jacques Renouvin, recorrió, en efecto, un camino entre la Acción Francesa, su voluntad ostensible de modernizar el maurrasismo y de repensarlo a partir de Mayo del'68 vía una Nouvelle Action Française, su candidatura a la presidencia de la República en 1974, la fundación de la NAR y su acercamiento a los socialistas, dirigidos entonces por François Mitterrand. La evolución de Renouvin y sus próximos está inseparablemte unida a los años '70 y debe leerse en referencia a ese contexto. Lo que permite a los militantes de la Nouvelle Action Française estar perfectamente inmersos en los debates sobre el regionalismo o el anticonsumismo, al mismo tiempo que se distinguen de otras empresas intelectuales como la Nouvelle Droite. Todo esto Cucchetti lo describe muy bien. Podemos agregar que esta misma historia puede también releerse a partir de las disidencias de la Acción Française. Por lo tanto, la escisión de la NAF y su transformación en NAR es un episodio mucho menos aislado de lo que parece si, en perspectiva, lo leemos en relación a la historia general de la AF. En efecto, allí se reencuentran dos reproches comúnmente dirigidos a la dirección de la AF. En primer lugar, su inmovilismo, que tiene como corolario la sacralización de un período de la AF anterior a 1914, considerada como su edad de oro. La Joven Derecha de los años '30 deploraba ya

lo que Lucien Rebatet, en un panfleto famoso, llamaba la "inacción francesa". Las críticas que dirige la NAF a la Restauración Nacional están más cerca de éste de lo que parece, incluso si es evidente que los objetivos, y la trayectoria de Lucien Rebatet hacia el fascismo, e incluso el nacional-socialismo, nada tienen que ver con los propuestos por Bertrand Renouvin o Gérard Leclerc. Además, se ha constatado, desde los orígenes de la AF, alrededor de las figuras de Georges Valois y del Cercle Proudhon, una aspiración a dotar a esta última de una doctrina económica y social de inspiración anticapitalista; doctrina que debía tener como conclusión la puesta en escena de un sistema corporativo que Valois, hasta su partida de la organización y ruptura con Maurras, se esforzó en construir. No lo logró. Su segunda obra autobiográfica, *El hombre contra el dinero*[5], expresa su rechazo a la AF en nombre del anticonservadurismo económico y social. Este episodio no fue olvidado durante la década del '70, donde la historia de la AF es revisitada, en particular, por Renouvin; quien, en 1973, defendió su tesis doctoral: *La Acción Francesa ante la cuestión social*[6].

¿Qué queda del maurrasismo en Bertrand Renouvin? Si él hoy lo rechaza, en los años '70 las cosas eran bien diferentes. Cucchetti evita la trampa del anacronismo y nos muestra cómo se opera la toma de distancia y el posterior alejamiento alrededor del episodio de la candidatura a la elección presidencial de 1974. Una década más tarde, el posicionamiento político de la NAR, en la periferia del partido socialista, es incontestable. Renouvin es nombrado en el Consejo Económico y Social por François Mitterrand, marcando claramente un anclaje partisano en la mayoría presidencial. Al mismo tiempo, y valiéndose de su combate contra el entonces emergente Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen, Renouvin y la NAR rechazan ver a este último agitar, por su propia cuenta, el estandarte de la nación o de Juana de

•••••

[5] *L'homme contre l'argent. Souvenirs de dix ans 1918-1928*, fue publicado por la librería Valois en 1928.

[6] Esta tesis de tercer ciclo en "estudios políticos" (348p.) fue sostenida en 1973 en Aix-en-Provence. En 1983 se publicó bajo una forma reducida con el título de: *Charles Maurras et la question sociale*, en la colección Lys Rouge.

Arco. Renouvin y los suyos presentan, entonces, elementos de continuidad entre la monarquía y la República mostrando, bajo el mismo efecto, que la Revolución Francesa no es más una fractura irreparable, y haciendo de Le Pen un discípulo de Maurras. En fin, el "estúpido siglo XIX", largamente denunciado por la AF, encuentra gracia a los ojos de Renouvin, quien, al mismo tiempo que propone una historia del *royalisme*, reescribe la de la Acción Francesa con la mirada que él porta sobre ella hoy y haciendo elogio del monarquismo constitucional y liberal. El balance parece claro y preciso: el nacionalismo de la AF, si seguimos el itinerario de Renouvin y los suyos, está muerto.

¿Es tan clara la cuestión? Los puntos de interrogación propuestos por Cucchetti no reflejan una prudencia universitaria convenida, sino más bien, una realidad que no puede reducirse a la de la NAF transformada en NAR. En lo que respecta a esta última, podemos decir que, si ésta se posiciona opuestamente a la AF, se parece en cuanto a la naturaleza de sus fracasos. En una entrevista, Bertrand Renouvin define a la NAR como a una "sociedad de pensamiento", término que, evidentemente, los lectores maurrasianos de Augusto Cochin no habrían aceptado para la AF. Siendo así, la NAR, como la AF, tiene más un impacto cultural que político –incluso si ambos impactos no guardan una medida en común. Sobre este punto, si la NAR ha enfatizado las insuficiencias del maurrasismo tradicional, debemos agregar que ella no pudo ni supo construir una organización política dotada de una influencia en el país. La NAR ha reunido así las sucesivas disidencias de la AF que, desde Valois a ella misma, han fracasado todas sobre este punto. Se agregará que el *royalisme* de la NAR no es de ninguna manera hegemónico en estos medios, tan divididos como se encuentran los monárquicos franceses –repartidos según la fórmula de Humberto Cucchetti– en "micro-espacios". Para limitarse al maurrasismo, este último se apoya sobre los movimientos, de escasa efectividad, y de publicaciones entre las cuales las relaciones son difíciles –*L'Action française 2000, Politique magazine, Les Epées*. Ellos perpetúan, a su manera, la herencia maurrasiana y, en ciertos puntos, la del "nacionalismo integral". Sobre la cuestión del nacionalismo es necesario, a instancias de Cucchetti, observar en la crisis de la Acción Francesa uno de los hechos explicativos de lo que él llama la "disolución-

evaporación del nacionalismo", y considerar que esta problemática sea reemplazada por otras: extremas derechas, partidos populistas, etc.. Aplicado al caso de Francia, esta posición merece discusión ya que, efectivamente, se puede considerar que el Frente Nacional es un heredero del nacionalismo francés, mucho menos del maurrasismo como de otras formaciones *ligueuses*. Durante los años '50, en la época de los Jóvenes Independientes de París (JIP), un joven Jean-Marie Le Pen era sostenido por Pierre Taittinger, antiguo diputado y dirigente de las Juventudes Patrióticas (JP), quien se auto-felicitaba al ver las JIP adaptarse a su emblema de JP, grandes competidoras de la AF durante los años '20. Si hace falta tomar en cuenta las puestas en juego propiamente contemporáneas del ascenso de poder de movimientos comúnmente calificados de "populistas", no deberíamos descuidar la importancia de sus antecedentes para comprenderlos.

JOSÉ MARÍA AZNAR Y EL NACIONALISMO ESPAÑOL: QUÉ LUGAR Y QUÉ LECTURA

La contribución de Jordi Canal en su texto *Patriotisme et nationalismes en Espagne à la fin du XXe siècle : José María Aznar et les discours de la droite (1990- 1999)*, interpela al lector francés ya desde su título. En relación a la historiografía francesa, sorprende –pues casi no es usado– al utilizar en singular el concepto de patriotismo y en plural el de nacionalismo, y, sobre todo, heredero de René Rémond, de considerar la derecha al singular.[7] De hecho, el sentido de los términos y los contextos son bien diferentes y la cuestión nacional, tal como es analizada en España, no es así en Francia, donde el fenómeno de los "nacionalismos periféricos" (más allá de la importancia de las cuestiones vasca, bretona o corsa) no ha revestido, en el siglo XX, la importancia que ha conocido en España, a menudo ligada a la cues-

[7] Se recordará que la primera edición de su libro en 1954 se titulaba *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*. En su texto, Jordi Canal realiza una evocación de las derechas.

ción "regional". De hecho, cuando José María Aznar evoca "esta gran nación que se llama España", la fórmula no tiene de ninguna manera el carácter banal que ella podría tener en la boca o bajo la pluma de un dirigente político francés. Vinculado al caso español, las cosas son evidentemente diferentes y deben ser puestas en perspectiva en relación a la situación de las derechas a comienzos de los años '80. Frente a una extrema derecha en decadencia e incapaz de construir un gran partido (a diferencia de otros países europeos, entre ellos Francia) y a una centro-derecha decrépita, la Alianza Popular (AP), nacida en 1976 y dirigida por Manuel Fraga, supo atraer el conjunto de sufragios de la derecha e imponerse como la segunda fuerza política del país en 1982. Sin embargo, le hizo falta ganar sus galones para imponerse como una fuerza de alternancia. La refundación de la AP en Partido Popular (PP) en 1989, y el advenimiento de Aznar –desconocido hasta incluso tres años antes– a la cabeza del movimiento en 1990, cambian la situación. Aznar hace del PP un movimiento de centro derecha y, a pesar de un déficit de carisma, se crea una estatura de oponente y futuro gobernante. En el plan de las ideas, conjuga claramente dos convicciones: el liberalismo y el nacionalismo, incluso sin emplear jamás el término, prefiriendo reservarlo a los "nacionalismos periféricos"; para muchos observadores, sería un "españolista".

Es el análisis del discurso de Aznar sobre la nación y el nacionalismo el que está en el corazón del análisis de Jordi Canal. El corpus es en extremo delicado ya que los discursos del dirigente del PP fueron redactados, clásicamente, por su equipo, salido en particular de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES). La idea esencial que emerge del discurso es la de una nación española presentada como "diversa" y "plural". El desarrollo autónomo no es rechazado sino que el recurso a la "gran nación" es regularmente movilizado en el arsenal teórico. Una obra aparecida en 1994, *España. La segunda transición,* es igualmente preciosa. Se enfatizará el título y, en particular, el singular utilizado a España (el término aparece 189 veces en el volumen). Se retendrán los nombres de los autores de citaciones puestas en epígrafe, José Ortega y Gasset, el autor de la célebre *España invertebrada,* y el filósofo Miguel de Unamuno. Del lado de los autores citados en el texto, junto con los liberales (Raymond Aron, Karl

Popper), se encuentran entre las referencias españolas a José Martínez Ruiz Azorín y a Francés Cambón, dos figuras sobresalientes entre los autores de derecha: el primero ligado a la Acción Francesa, y el segundo, una de las mayores figuras del catalanismo conservador. Queda restringirse al contenido. Aznar desarrolla ideas clásicas: la de una España cuya constitución se remonta a la Edad Media, la de una vieja nación europea de la que hay que estar orgulloso y los principios constitucionales de 1978 sobre la autonomía; cuidándose, sobre todo, de dejar en claro que él no ha sido ni es nacionalista. Los argumentos esgrimidos por Aznar no convencen a Jordi Canal, quien considera que el nacionalismo español está en la base del pensamiento y de los discursos del ex Primer Ministro. Para emplear otras categorías, se podría considerar que Aznar es, sin dudas, más un unitario que un federalista, lo que explicaría sus reservas sobre los "nacionalismos periféricos". Podríamos sugerir también otra interpretación de la lectura de Aznar. Partamos de la idea de que hay una sensibilidad, una tintura o incluso una herencia nacionalista. Al mismo tiempo, reportada a la historia del nacionalismo español del siglo XX, la lectura de Aznar nos muestra que comete explícitamente su acto de deceso cuando explica que él no cree en el nacionalismo "como doctrina política, ni como instrumento de movilización electoral, ni como fundamente de unidad". Cuando se realiza el balance de las experiencias políticas de regímenes nacionalistas en Europa y otros lugares, el resultado es negativo. Aunque el franquismo no es evocado de manera explícita, si se puede considerar, por los objetivos que preceden, que Aznar fustiga los "nacionalistas periféricos, enterrando el nacionalismo español, el "nacionalismo de los nacionalistas", con el fin de retomar una fórmula comúnmente utilizada en la historiografía francesa.

LAS ETAPAS DEL NACIONALISMO ARGENTINO Y UNA PROPUESTA DE RELECTURA EUROPEA

El examen del nacionalismo argentino desde el siglo XIX, estudiado por Julio Pinto, no está desprovisto de lazos con los casos pre-

cedentemente evocados. Allí se reencuentran ante todo influencias bien conocidas, comenzando por la de Maurras y la Acción Francesa sobre el nacionalismo tradicionalista, lo que confirma así los trabajos de Olivier Compagnon, quien subraya que "hasta la Segunda Guerra Mundial, Maurras es parte integrante de la biblioteca ideal de los nacionalistas argentinos".[8] Si la referencia al pensador martegal es incontestable, ella ganaría al ser precisada para mostrar de qué manera el maurrasismo es utilizado y reformulado vía este nacionalismo de las élites que ambiciona fundar una identidad nacional sobre la cultura y a cimentar los jalones de una hegemonía regional de la Argentina. Más allá de los problemas bien conocidos, evidenciados por las transferencias culturales y política, se ubica aquí otra puesta en juego de envergadura. Maurras y la Acción Francesa se encuentran en concurrencia con otras corrientes como el fascismo italiano, para el cual, incluyendo la herencia nacionalista (por ejemplo Alfredo Rocco), Maurras es considerado como un hombre del pasado.[9] Esta obsolescencia se reencuentra durante el segundo período distinguido por Julio Pinto: la crisis de los años '30. Las puestas en juego se modifican y el discurso nacionalista cambia entonces de registro: el nacionalismo de las élites deja su lugar a la lucha antiimperialista y al choque del "pueblo contra la oligarquía". Las rupturas no deben subestimar las continuidades que Julio Pinto señala de manera correcta. En particular, el nacionalismo conserva, sobre el fondo de la guerra de España, la herencia del catolicismo integralista que simboliza Julio Meinvielle. Se agregará, como lo muestran los trabajos sobre Jacques Maritaiin, que el neotomismo se esforzó en demasía por popularizar las doctrinas de AF en Argentina.[10] Faltaría precisar aquí que el tema del "pueblo contra la

•••••

[8] Compagnon, O., «Le maurrassisme en Amérique latine», en: Dard, O. y Grunewald, M. (éds.), *Charles Maurras et l'étranger…*, p. 294.

[9] Musiedlak, D., «Charles Maurras et l'Italie : histoire d'une passion contrariée», en: Dard, O. y Grunewald, M. (éds.), *Charles Maurras et l'étranger…*, en particular p. 164-167.

[10] Compagnon, O., *Jacques Maritain et l'Amérique du Sud. Le modèle malgré lui*, Villeneuve-d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2003, en particular el tercer capítulo titulado «Le voyage en Argentine».

oligarquía" habría podido ser retomado y categorizado en los mismos términos del discurso maurrasiano del "país legal" contra el "país real", lo que lleva a la cuestión anterior de saber lo que circula verdaderamente de las ideas de AF en la Argentina del primer siglo XX, más allá de sus tesis bien conocidas sobre el antidemocratismo o el peso de la historia para reconstruir el presente.

Al mismo tiempo, el maurrasismo pierde su influencia, en particular en el seno de FORJA, lo cual no deja de recordarnos a lo que se puede llamar la "Joven Derecha" europea de los años '30, que de Francia a Rumania, pasando por Bélgica, se radicaliza y se aleja de una Acción Francesa juzgada como arcaica, construyendo un nuevo nacionalismo abierto en particular a las influencias italianas y alemanas tal cual lo muestra el itinerario de escritores como el joven Cioran.[11] Habría aquí, sin dudas, muchas más cosas a profundizar en cuanto a las relaciones entre derechas nacionalistas europeas y argentinas. Agregando además que, después de la Segunda Guerra mundial, el proceso tiende a equilibrarse o, por qué no, a invertirse: las derechas nacionalistas europeas miran con interés la experiencia nacionalista peronista, sin por eso comprender lo que realmente es. En el caso francés, la mediación se hace (más allá de la cuestión de los exiliados de Vichy y de la colaboración) principalmente a través de redes católicas tradicionalistas (aquí reencontramos a Meinvielle). La contrarrevolución de 1955 no cambia nada, y los intercambios se intensifican sobre el fondo de la guerra fría, el anticomunismo y los discursos y análisis sobre la subversión y la contrasubversión. Estos últimos dominan los discursos de las derechas nacionalistas hexagonales y las referencias cruzadas entre Francia y Argentina, en particular, se multiplican vía influencia de la Cité Catholique.[12] Aquí el nacionalismo no es más

•••••

[11] Cf. Dard, O., «Existe-t-il une 'Jeune Droite' dans l'Europe des années trente?», en: Dard, O. y Deschamps, E. (dirs.), *Les relèves en Europe d'un après-guerre à l'autre*, Bruxelles, PIE Peter Lang, 2005, p. 21-52.

[12] Sobre estos puntos, ver: Ranalletti, M., *Du Mékong au Río de la Plata. La doctrine de la guerre révolutionnaire. 'La Cité catholique' et leurs influences en Argentine, 1954-1976*, thèse de doctorat d'histoire, IEP de Paris, 2006 ; Dard, O., «Subversion, anti-subversion et

central e, incluso, en plena reconfiguración en Argentina es donde, como lo muestra Pinto, por un proceso de "transmutation méliorative", pasa entonces a la izquierda, una nueva izquierda que se reivindica como nacional y popular y que tiene como fondo de redefinición la aproximación al peronismo. Nasser o Castro encuentran un lugar privilegiado, celebrados además en los medios del neofascismo francés, al instar de Maurice Bardèche y de su revista *Défense de l'Occident*, sin no obstante evocar a Perón.[13] El epílogo de esta historia es, a la escala de la Argentina, el nacionalismo calificado de "tercermundista" por Pinto y encarnado en particular por los Montoneros. Este no tiene equivalente del lado de las derechas nacionalistas europeas donde, sobre el del anticomunismo o del rechazo de la teología de la liberación, este tipo de movimiento, repensado a la luz de los debates sobre 1968, es asimilado a una forma de subversión. Siendo así, si se prolonga un poco esta historia hasta los años '80, se constatará que aquellos nacionalistas de los '70 (se piensa aquí a la Nueva Derecha francesa), habiendo rechazado a la vez el nacionalismo y optando por un discurso antiliberal, anticapitalista y antinorteamericano, revisitaron su discurso sobre el tercer mundo, defendiendo desde entonces la "causa de los pueblos proponiendo entrar en una nueva fase que se resume en el título de uno de los ensayos de Alain de Benoist, *Europe Tiers-monde, même combat*.[14]

••••• contre-subversion dans les discours des droites radicales françaises : des années 30 aux années 70», en: Cochet, F y Dard, O. (dirs.), *Subversion, anti-subversion et contre-subversion*, Paris, Riveneuve Editions, 2009, p. 25-43 ; y Badaró, M., «Quelques remarques sur le rôle de la notion de "subversion" dans la formation des officiers de l'armée de terre en Argentine», en: Cochet, F y Dard, O. (dirs.), *Subversion, anti-subversion…*, p. 321-332.

[13] Ver Desbuissons, G., *Itinéraire d'un intellectuel fasciste : Maurice Bardèche*, thèse de doctorat d'histoire de l'IEP de Paris, 1990, p. 178-179. Como los argentinos evocados por Julio Pinto, Bardèche expresa su oposición a Franco (p. 176-177) pero no evoca en ningún momento, según esta tesis, la Argentina o Perón.

[14] Paris, Robert Laffont, 1986.

CONCLUSIÓN

De Bertrand Renouvin al nacionalismo argentino pasando por José María Aznar, los objetos parecen bien disparatados. Esta tentativa de repuesta en perspectiva y de relectura sobre el fondo de intercambios y de transferencias culturales muestran, sin embargo, que no lo son para nada y que considerarlos en forma aislada sería un grave error. Las transversalidades existen; algunas fueron puestas en evidencia aquí. Ellas podrían, seguramente, ser desarrolladas y permitir abordar la historia del nacionalismo de otra manera que no sea bajo el ángulo propiamente teórico, sin dudas estimulante, pero que no logra articularse con las realidades empíricas. El examen de estas últimas aparece en, al menos, dos puntos esenciales: el primero es que el nacionalismo es un objeto ideológicamente móvil, que se redefine en permanencia y que puede no solamente pasar de derecha a izquierda (y recíprocamente), sino sobre todo ser tironeado en sus aspiraciones; en segundo lugar, aparece la herencia del "nacionalismo de los nacionalistas", forjado en los comienzos del siglo XX, al que le cuesta pasar la rampa del siglo XXI, incluso si las situaciones son, sobre este punto, variables, en particular entre Francia y España. Otros ejemplos podrían se aquí movilizados, comenzando por el de Italia y la evolución del Movimiento Social Italiano y de Gianfranco Fini. Además, sobre el fondo de transmisiones democráticas, haría falta cuestionar el problema del renacimiento de las "identidades" en Europa central y oriental y afinar considerablemente la categoría de "populista" y de "populismo". Sería entonces posible responder a la pregunta propuesta por una de las contribuciones a propósito de la Acción Francesa: saber si los nacionalismos heredados se encuentran "en extinción".

EPÍLOGO

Del gueto hacia la reconfiguración de las comunidades políticas. Una propuesta analítica entre América Latina y Europa

LUIS MIGUEL DONATELLO

Hace más de veinte años, una corriente dentro de las ciencias sociales –tanto de manera explícita como implícita– condenaba a los diversos nacionalismos seculares de los siglos XIX y XX a la habitación de los objetos vetustos. O, parafraseando a Ulrich Beck, al mundo de las *categorías zombies*. Desde los estudios políticos, Benedict Anderson los consideraba como una copia malograda de las antiguas colonias europeas.[1] Desde la antropología, Ernest Gellner los filiaba a las necesidades de homogenización de los procesos de *Nation-Building* gestados por diversas elites.[2] Haciendo hincapié en su componente "popular", Eric Hobsbawm[3] coincidía en ligar el fenómeno a un momento histórico pretérito.[4] Por su parte, soslayando los argumentos clásicos de la sociología de Max Weber o de Emile Durkheim, Zigmunt Bauman[5] argumentaba otro diagnóstico análogo: desde su perspectiva, los nacionalismos expresaban más la autorepresentación de los intelectuales nacionalistas que una base "sólida".

La palabra "invención" progresivamente ganaba terreno y adquiría el peligroso status de ser un término de moda: buena parte de los es-

.....

[1] Anderson, B., *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983.

[2] Gellner, E., *Nations and nationalism*, Londres, Blackwell Press, 1983.

[3] Hobsbawm, E., *Nations and nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[4] Hermet, G., "Le retour du nationalisme", en : *Revue Francaise de Science Politique*, 1992, Año 42, N° 6, pp. 1042-1047.

[5] Bauman, Z., "Intellectuals in East-Central Europe: continuity and change" en *East European Politics & Societies*, Sage Publications, March 1987, N° 1, pp. 162-186.

tudios sobre diferentes objetos adjetivados en función de *lo nacional*, eran imputados a dicha operación.[6]

El contexto de triunfo de EE.UU. sobre la Unión Soviética, la hegemonía de ciertas doctrinas económicas neoliberales y un nuevo proceso de transnacionalización de la economía y las relaciones sociales más intenso aún que sus antecedentes, daban margen para este tipo de interpretaciones.

Sin embargo, rápidamente llegaron las respuestas. Por un lado, desde la sociología histórica, Charles Tilly argumentaría que un proceso que se constituyó en más de mil años de historia debía ser evaluado con mayor cautela.[7] Por otro, aunando sociología con teoría política, otros autores harían hincapié en que las identidades categoriales tales como "nación" estaban lejos de ser obsoletas. Por el contrario, constituyen recursos desde donde apelan tanto las elites y otros actores políticos en su lucha cotidiana y, al mismo tiempo, tópicos desde los cuales las personas organizan su vida cotidiana en una tensión entre homogeneidad y heterogeneidad. Las transformaciones a las que la teoría sociológica hacía referencia en ese entonces, y todavía lo sigue haciendo (ampliación de la agencia, individuación y participación e integración en redes sociales a gran escala), lejos de ser contradictorias, poseen a las realidades nacionales como sustrato.[8]

Con estas referencias quiero hacer hincapié en que el debate y el diálogo crítico entre sociología, teoría política e historia puede generar un diálogo bastante productivo en torno a un tópico como el que nos convocó para el coloquio que sirvió de fundamento a este libro, en el cual interactuamos especialistas de las mencionadas disciplinas.

•••••

[6] Por ejemplo: SHUMWAY, N., *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, EMECÉ, 1993. En torno a esta cuestión, me parece sumamente significativo el argumento con el cual cierra su contribución Luis Alberto Romero, quien, contextualmente, destaca las características de integración y ecumenismo secular de ciertas experiencias.

[7] Tilly, Ch., *Coercion, capital and european states, AD 990-1990*, Oxford, Blacwell Publishers, 1993.

[8] Calohum, C., "Nationalism and Ethnicity", en: *Annual Reviiew of Sociology*, Annual Reviews, 1993, Vol. 19, pp. 211-239

De este modo, muchas de las tensiones epistemológicas, teóricas y metodológicas que recorren a nuestras disciplinas fueron desarrollándose en dicho evento y se encuentran plasmadas en este libro: entre otros, podemos mencionar los problemas inherentes a la utilización de categorías excluyentes, la oposición entre investigaciones que privilegian la singularidad del caso frente a la necesidad de comparación y establecimiento de pautas generales, las críticas al establecimiento de un *nexo ontológico* entre nacionalismos y derechas.

Como afirma Humberto Cucchetti en el prólogo de este libro, nuestra propuesta fue comprender los nacionalismos en su dinámica concreta en la cual interactúan individuos, diferentes formas de agrupamiento e ideas. Lejos de incluirlos en totalidades culturales cerradas o en principios teóricos inventados por las elites políticas que construyeron los estados nacionales, hemos intentado recuperar el dinamismo de un fenómeno que –por estos mismos motivos– deviene en central para comprender buena parte de los acontecimientos políticos actuales.

En ese sentido, en la última década se vienen realizando aportes significativos desde diferentes ángulos. Me gustaría centrarme en la sociología, dado que es mi disciplina de origen. Un argumento que empieza a adquirir relevancia es aquel que –a partir del diálogo con el pragmatismo anglosajón– pone énfasis en los elementos cognitivos propios de las representaciones colectivas asociadas a las corrientes nacionalistas.[9] En torno a este aspecto se abren un conjunto de caminos de investigación que permiten argumentar la vigencia de la temática.

Si tomamos en serio esta propuesta, se despliegan al menos dos escenarios conflictivos sobre los que valdrá la pena poner el acento en la reflexión y en el ejercicio empírico. Por un lado, la recomposición de las comunidades políticas en un contexto de suma complejidad, en el cual las instituciones estatales nacionales vuelven a asumir el protagonismo perdido frente a la imposibilidad de una regulación

.....

[9] Por ejemplo, Friedland, R., "Nationalism and the problem of collective representación", en: *Annual rebién of Sociology*, Annual Reviews, 2001, vol 27, pp. 125-152; o Rydgren, J., "The power of the past: A contribution to a Congitive Sociology of Ethnic conflict", en: *Sociological Theory*, 2007, Vol 25, N° 3, pp. 225-244

política trasnacional.[10] En este marco, el recurso a *lo nacional* se erige nuevamente en un lugar desde el cual construir nuevos márgenes de derechos. Por otro, el carácter de *religión secular* que pueden asumir estas representaciones que, como advierte John Gray, se manifiestan de manera extrema en cierto milenarismo sobre el que se legitima la política bélica norteamericana.[11]

Otro diagnóstico que me gustaría recuperar, es el desafío que hace unos pocos años lanzaron dos colegas especialistas en América Latina: José Itzigsohn, de la University Of Brown y Matthias Vom Hau, del Institut Barcelona D´Etudis Internacionals. Para estos autores, es necesario volver a construir conceptos teóricos para comprender las transformaciones dentro de las corrientes nacionalistas. Para ello, destacan que nuestra región, lejos de ser un espacio subalterno, emerge como un territorio sumamente significativo desde el cual realizar dicha tarea. Su hipótesis, desarrollada a partir de la comparación de casos entre México, Argentina y Perú, es que los nacionalismos se transforman en función de un conflicto dinámico entre autoridades estatales, movimientos sociales y elites contestatarias.[12]

Buena parte de los argumentos que se fueron desarrollando en este libro, desde la solidez del trabajo empírico, nos habilitan a entrar en diálogo con dicha premisa conceptual. Fundamentalmente, considero necesario incorporar un elemento que trascendió a varios de los artículos: el rol trasnacional de las redes e ideas sobre las cuales se constituyeron varias de las corrientes que tratamos. Retomando nuevamente los argumentos expuestos por Cucchetti en la presentación del libro, son posibles al menos dos tipos de análisis comparativos al respecto: Norte-Sur o Sur-Sur. En ambos casos, la importancia de los

•••••

[10] Weiss, T., "What Happened to the Idea of World Government", en: *International Studies Quarterly,* Blacwell Publishing, Junio de 2009, Vol. 53, N° 2, pp. 253-271

[11] Gray, J., *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Madrid, Paidos, 2008[2007], pp. 13-55

[12] Itzigsohn, J. y Vom Hau, M., "Unfinished Imagined Communities: States, Social Movements and Nationalism in Latin America", en: *Theory and Society*, Springer, 2006, Vol 35, N° 2, pp. 193-212

vínculos materiales y los linajes espirituales nos habilitan a partir de una paradoja: una suerte de *cosmopolitismo anti-cosmopolita*.

En ese sentido, recogiendo nuevamente el guante en torno a las posibilidades de estudios comparativos, y añadiendo asimismo un posible ejercicio Sur-Norte, creemos que existe un gran potencial de trabajo en torno al estudio sobre la naturaleza, la composición y la caracterización conceptual de estos flujos. Esperamos seguir trabajando en torno a ellos.

Finalmente, consideramos que las tareas que implicó este libro solo han podido ser concretadas a partir del apoyo que nos brindaron Nicolás Damín, Gabriel Levita y Guido Giorgi, quienes colaboraron en las diferentes instancias que le sirvieron de fundamento.

Y, asimismo, debemos agradecer a Dominique Guthmann, del Centro Franco Argentino de la Universidad de Buenos Aires, quien siempre nos brinda su auxilio en nuestros diferentes emprendimientos.

BIOGRAFÍAS

Daniel Lvovich
Doctor en Historia por la UNLP. Es Investigador Independiente del CONICET e Investigador Docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento, cuyo Instituto del Desarrollo Humano dirige en la actualidad. Es autor de numerosos libros y artículos sobre historia contemporánea y reciente.

Jorge Saborido
Profesor Titular de Historia Social General en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesor invitado en universidades de Argentina, Uruguay, Chile y España. Autor de numerosos trabajos sobre historia contemporánea, entre los cuales puede citarse Breve Historia de la Argentina (Madrid, 2006), Historia de la Unión Soviética (Buenos Aires, 2009), Prensa y Dictadura en la Argentina 1976-1983 (Comp.) (Buenos Aires, 2011).

Hugo Mancuso
Profesor en UBA; Investigador CONICET y Profesor extraordinario del IIRS-CRS (Roma). Director de las revistas *Adversus* y *Acta*. Entre sus libros se destacan *Topiques/Bachtin* (Paris 1985); *Semiotica e teoria letteraria contemporanea* (Roma 1987); *Memoria e intercultura* (Bs. As. 2000); *La palabra viva* (Bs. As. 2005); *La anomalía argentina* (Madrid 2006) y *De lo decible* (Bs.As. 2010)

Christian Buchrucker
Realizó sus estudios de grado en la Universidad Nacional de Cuyo. En 1982 completó su postgrado como Dr. Phil. (con especialización en Historia y Ciencia Política) en la Freie Universität Berlín. En su condición de Investigador Principal del Conicet y profesor titular de Historia Contemporánea en la FFyL de la Universidad Nac. de Cuyo (Mendoza) está dedicado a la investigación de las ideologías y los conflictos contemporáneos, con especialización en el tema del nacionalismo en el siglo XX.
Entre sus libros son destacables "Nacionalismo y peronismo" (1987, reed.1999), "La Segunda Guerra Mundial" (2006), "El fascismo en el siglo XX" (2008) y –como co-director con Julio Aróstegui y Jorge Saborido– "El

mundo contemporáneo. Historia y problemas" (2001). Recientemente publicó junto con Ignacio Klich "Argentina y la Europa del nazismo" (2009).

Darío Roldán
Historiador, Master en Cs. Sociales y Dr. en Estudios Políticos en l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (Paris), es Profesor Asociado en la Universidad Torcuato Di Tella e Investigador Independiente en el Conicet. Su área de especialización es la historia del pensamiento político.

Ernesto Bohoslavsky
Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Investigador adjunto del CONICET. Se ha concentrado en historia del
pensamiento de las derechas en América latina. Es autor de "El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX (Buenos Aires, 2009)

Fortunato Mallimaci
Profesor Titular Regular de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, institución de la que fue Decano, e Investigador Principal del CONICET. Coordina el Programa Sociedad Cultura y Religión del CEIL. Se doctoro en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Paris. Autor de numerosas publicaciones en el medio local y en el exterior, destacándose sus investigaciones sobre el vínculo entre nacionalismo y catolicismo. Fue distinguido como Caballero de las Palmas Académicas por el gobierno francés.

Luis Donatello
Doctor en Ciencias Sociales Summa Cum Laudem (UBA) y Doctor en Sociología (EHESS). Es profesor regular en la Universidad Nacional del Litoral, Investigador adjunto del CONICET en el CEIL y docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es autor del libro "Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto" (Buenos Aires, 2010).

Jacques Poloni-Simard
Doctor en historia, especialista de los Andes coloniales, es Maître de conférences en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París. Ha sido director de la revista *Annales*. Actualmente es co-director del Centro Franco-Argentino de Altos Estudios de la UBA.

Humberto Cucchetti
Investigador del CONICET en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales. Es autor del libro "Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros", Buenos Aires, Prometeo, 2010. Es miembro del proyecto IDREA (Internationalisation des droites radicales) dirigido por Olivier Dard (2011- 2014) Actualmente realiza un trabajo de investigación sobre trayectorias nacionalistas en Francia.

Jordi Canal
Es Maître de conférences en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y Director del programa «Approches historiques des mondes contemporaines» en dicha institución. Entre sus numerosas publicaciones y obras pueden citarse la dirección de un volumen colectivo sobre historia de España (2010) o su reconocida investigación «Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo 1976-1939 (Madrid, 2006)

Julio Pinto
Licenciado y Doctor en Ciencia Política. Es Profesor Consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y director de la Revista Argentina de Ciencia Política. Autor de distintas obras especializadasentre las que se destaca el Manual de Ciencia Política editado por EUDEBA (ediciones varias).

Luis Alberto Romero
Investigador Principal del Conicet. Ha sido profesor de la Universidad de Buenos Aires, Dirige el Centro de Historia Política de la UNSAM. Es autor de «Breve historia contemporÃ¡nea de la Argentina» (2da ed. 2001) y de estudios sobre la política y la sociedad argentina en el siglo XX.

Olivier Dard
Olivier Dard es profesor de Historia contemporánea en la Universidad Paul Verlaine- Metz. Director del Centre de Recherche Universitaire Lorrain d'Histoire. Ha trabajado en particular sobre la historia del nacionalismo francés y ha publicado, entre numerosas obras, Voyage au cœur de l'OAS, Perrin, collection tempus, 2011 (2005) y dirigido publicaciones colectivas sobre intelectuales como Charles Maurras, Maurices Barrès, Jacques Bainville entre otros.